



¿MI JEFE?

UN SEÑORITO COMO UN TEMPLO

MARIE KÄRSTING

Table of Contents

[Anteportada](#)

[Síguenos...](#)

[Información legal](#)

[Información pertinente](#)

[Dedicatoria de la autora](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Lista de reproducción](#)

[Síguenos...](#)

[Créditos](#)

MARIE KÄRSTING

¿Mi jefe?
Un señorito como un templo

Traducido del francés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@clairecursed](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: julio 2024

Información pertinente

Algunos capítulos de este libro contienen posibles referencias a hechos que las lectoras pueden identificar como reales. Sin embargo, se trata de una historia ficticia y que, en ningún momento, pretende justificar la crítica o la denigración de una personalidad concreta.

*A todas aquellas personas
que conviven con problemas de piel,
pero que no pretenden rendirse.*

*Al personal sanitario de las clínicas dermatológicas,
que siempre encuentra soluciones
y ejerce con perseverancia.*

Al personal del Hospital Universitario de Essen.

1

Las miguitas de comida para perros aún no han tocado el suelo y ya tengo preparada la bolsa para las cacas. Para variar, Hugo hace sus cositas en medio de la acera. Por desgracia, echarle la bronca no sirve de mucho, ya que a este perro le da igual que le hable, le dé órdenes a viva voz o le regañe. El caniche no podría ser más cabezota.

Junto las seis correas que tengo en las manos y me las enrolló alrededor de la muñeca para que no se me escape ningún perro. Con cuidado de no hacerme daño en la piel, porque la tengo muy sensible, me pongo manos a la obra: ¡a recoger cacas!

Carlos, un chihuahua enano, aprovecha para arañarme la pierna; con eso pretende hacerme ver que quiere que lo suba en brazos.

—Enseguida estoy con usted, señorito...

Lo aparto con cuidado, vuelvo a agacharme y... entonces oigo el ruido de un monopatín que pasa a toda leche por mi lado. No reacciono lo bastante rápido y Luke, un labrador marrón, tira con todas sus fuerzas de la correa, por lo que estoy a punto de besar el suelo. Evito pisar a Carlos por los pelos, pero tengo la mala suerte de que el labrador, que es de los más activos, me arrastra con él.

—Luke, ¡estate quieto! —grito.

Logro detenerme unos metros más adelante, cuando consigo agarrar la correa con firmeza. El perro aminora un poco el ritmo, pero en verdad, sé que se muere de ganas por perseguir al chico del monopatín, por eso no deja de ladrar. La gente de la calle se hace a un lado para alejarse de la jauría que más bien me está paseando a mí. Los animalillos dan vueltas a mi alrededor y enredan las correas entre sí. Tampoco es que nadie se ofrezca a ayudarme...

¡Típico de los ricos!

Pasan unos instantes hasta que consigo que Luke se calme. Hugo está también bastante alterado, así que tengo que poner firmes no a uno, sino a dos perros grandes. Para ello, me las gasto de generosa y reparto unas cuantas chuches para calmar a la manada. Los bocaditos de ternera son perfectos para sobornarlos. Así puedo descansar un ratito. Hago memoria y pienso en los muchos vídeos de adiestramiento canino que he visto en YouTube. Entonces bajo la voz y meto las chuches en forma de cubitos en los hocicos preciosos de mis protegidos.

En fin, no necesitaba que se me pusieran intensos...

—Cálmate, Luke. Solo es un monopatín... ¡Eso es, buen chico!

Pasado un rato, el labrador deja de estirar de la correa.

Hace unos minutos ya desde que el monopatín ha girado la esquina, pero la gente sigue mirándome con ojos asesinos cuando pasa por mi lado.

—Anda que no lleva perros la loca esta... —murmura una mujer.

—¡Señora, que no lo hago para pasar el rato...! —le grito.

A ver, la mayoría de veces me gusta pasear a mis bebés, pero no nos engañemos: una necesita dinero. Si tuviera tanto como esta gente, que desfila por la calle en dirección a la tienda de Gucci para agenciarse un nuevo par de gafas de sol... ¡Claro que saldría a fardar de perro!

Pero de momento, eso es un sueño por cumplir. No tengo trabajo fijo ni tampoco pasta, así que no puedo tener perro.

—Pero ¿qué coño es esta mierda?—exclama una voz.

Esa frasecita de malhablado me saca de mis pensamientos. Me doy la vuelta lentamente, para evitar que las correas de los perros vuelvan a enredarse entre sí.

Enfrente de mí veo a un hombre alto, de hombros anchos y caderas estrechas. Lleva una camisa azul claro, una chaqueta que se está ajustando en este mismo momento y unos pantalones de traje que parecen tan caros como el resto del conjunto. Tiene el pelo castaño ligeramente rizado y lo lleva peinado hacia atrás. Su cara es... interesante. Es guapo; eso no se puede negar. Parece una de esas personas que te hacen querer descubrir más, mucho más... Con sus ojos azul claro, su barba de tres días y sus labios carnosos, es sin duda de lo mejorcito que Los Ángeles puede ofrecer, al menos en lo que a hombres se refiere. Sin embargo, esa expresión de desprecio que transforma sus perfectas facciones en una mueca tensa es de todo menos hipnótica.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto inocentemente.

De repente, la pregunta me parece de lo más tonta.

El contraste entre los dos no podría ser más evidente: llevo un top blanco, una camisa de franela de mi madre que tiene más años que la tos, unos vaqueros que han visto días mejores y unas zapatillas sucias del Target¹. El zapato derecho hasta tiene un agujero en la suela. Y bueno, no hablemos de los miles de pelos de perro que me cubren la ropa. Parece que voy vestida con una moqueta.

—Depende... ¿Esta caca es de uno de tus perros?

El hombre frunce el ceño y tuerce la boca.

Miro hacia el suelo y luego fijo la atención en su zapato. Trago saliva.

¡Maldita sea! ¡Menuda plasta²!

—Lo siento mucho. Estaba a punto de recogerla, pero entonces...

El desconocido levanta la mano para hacerme callar.

—¡Déjate de perdones! ¿Sabes de qué marca son estos zapatos? ¡De Emporio Armani! Pienso enviarte la factura de lo que me cueste limpiarlos. ¿Llevas una tarjeta de visita a mano, siquiera?

Da un paso a un lado, restriega la suela en el canto de la acera para deshacerse de la caca y mira el reloj como si tuviera prisa.

—No la llevo, no...

Ahora mismo, el universo me haría un favor si se me tragara la tierra. Normalmente, se me da bien lo de contestar, pero los palos que me he llevado en estos últimos meses han acabado con mi salero y astucia.

Meto la mano en el bolsillo de los vaqueros. Estoy inquieta. Rebusco como si allí, por arte de magia, fuera a encontrar un billete o una santa tarjeta de visita, como si fuera una pija más, para que luego, encima, me busque. No hay nada de nada, Riley. Si tuviera dinero, la limpieza de los zapatos correría a mi cargo, pero no puedo hacerlo. Tengo que ayudar a mi tía y pagar el alquiler como sea. Cada dólar cuenta.

El desconocido me atraviesa con la mirada.

Si no fuera por la cara de mosqueo que me lleva, me lo comería con patatas... ¡Qué sexi, por Dios!

—No te molestes. La próxima vez, ¡ten más cuidado con tus perros y sus... excrementos!

Mueve la cabeza con desdén y sigue su camino. Aprieto el puño en el bolsillo del pantalón.
¡¿Será esnob?! ¡Venga, Riley, ahora no es momento de dejarse pisotear!

Cojo una bolsa de caca, limpio lo que ha manchado en la acera y le hago un nudo a la bolsa. Con la otra mano, sujeto las correas y tiro de los perros detrás de mí.

—Oye, ¡no es culpa mía que Luke odie los monopatines! ¡Me ha pillado desprevenida y tenía que actuar! ¡Solo porque lleves zapatos de Emilio Arpami no significa que puedas tratarme así!

A grandes zancadas, alcanzo al ricachón y le cierro el paso, con la bolsa de plástico aún en la mano. Los perros me siguen obedientemente, pero teniendo en cuenta el calor que hace, creo que no les encanta que vayamos a toda prisa. Peanut saca la lengua y le llega casi hasta el suelo.

El hombre me fulmina con la mirada.

¿Me acaba de poner los ojos en blanco?

—Y no son mis perros. Mi trabajo es pasearlos... —añado.

Se me queda mirando. Empiezo a preguntarme qué hago aquí, renegando. La gente pasa por nuestro lado y nos mira mal.

Aunque vivimos en una metrópolis de tamaño colosal, a veces tengo la impresión de que los barrios acomodados no son más que un pueblecito. Si no fuera por los turistas, todo el mundo se conocería y los vecinos se limitarían a saludarse y charlar. Pero no... Aquí lo que se lleva es juzgar.

—Se dice Emporio Armani —contesta poco después, con una sonrisa burlona.

Sus aires ladinos me golpean como un bate de béisbol. Me quedo sin palabras y me cuesta rebatir.

—¡Bueno, lo que tú digas...!

Levanto demasiado la voz y me ruborizo.

Como si fuera la primera vez que se fija en mí de verdad, el ricachón me observa. ¡Me encantaría arrancarme la ropa para que no pudiera juzgarme! Bueno, eso estaría bastante fuera de lugar. A no ser...

¡Para, tía! ¡Concéntrate!

—¿Tu trabajo es pasear perros?

Levanta una ceja.

—Pues sí, soy paseadora y cuidadora de perros —respondo con cautela.

Hugo intenta olfatear al desconocido y tira de la correa para acercarse. Opongo resistencia: lo último que necesitamos es que le ensucie los pantalones. O peor aún: ¡que levante la pata para marcar su territorio! No es la primera vez que el caniche gigante se atreve con semejante jugarreta y me cuesta mucho disuadirle de que lo haga.

—¿Hace falta formación o un título para hacer algo así? —pregunta el desconocido, con tonito bromista.

Por mucho que me guste su sonrisa burlona, el retintín con el que lo dice me tira para atrás. Refunfuño y sigo mi camino, arrastrando a los perros conmigo. Puede que aún tenga ánimos como para discutir un ratito, para soltar un par de pullas, ¡pero desde luego, no tengo ganas de que me ridiculicen en plena calle!

Inspira... Espira... No te cabrees.

—¡Eh! ¡Espera!

Ignoro su voz a mis espaldas. Pero esto no se acaba ahí: aún tiene el descaro de tocarme. Se me acelera el pulso. No es por nada, pero no es el único que tiene prisa. Tengo que llevar a Lady, una perra pastora, a casa de su ama, que vive aquí, en Beverly Hills, y luego salir pitando hacia

Bel Air, para dejar a Diane en su mansión. No tengo tiempo para tonterías.

—¡Espera! —insiste.

Esta vez noto que me apoya la mano en el brazo y me detengo al instante. Está muy cerca de mí, ¿no? La fragancia de su loción de afeitado me envuelve con sus matices penetrantes y apetitosos. Se me revuelve el estómago y se me encoge el corazón. Me está traicionando el cuerpo, pero no sería la primera vez...

—Déjalo estar, por favor. Te he ensuciado los zapatos y tú, a cambio, me has jodido el día. Estamos en paz, ¿no?

El chihuahua vuelve a arañarme la pierna. Es como si intentara hacerme un agujero en la pantorrilla. Lo que me faltaba.

—¡Ahora no, Carlos...!

Se lo chillo con tanta determinación que el pobre perrito se sienta de repente, decepcionado.

—¿Qué tal si empezamos de nuevo? —me pregunta.

Pero ¿qué quiere este tío?

Me encojo de hombros hoscamente, pero me pica la curiosidad, así que lo miro, expectante.

—¿Tienes disponibilidad para otro perro? —me pregunta, arqueando las cejas.

—Esto... Sí, bueno...

Me pregunto a dónde quiere llegar. El desconocido vuelve a mirar el reloj y silba entre dientes.

—Mierda... Tengo que irme. Escucha, necesito una paseadora de perros —añade, recalcando mi profesión de una forma extraña—. Mi perrita, Piper, no hace tanto ejercicio como debería. No tengo mucho tiempo para estar con ella, porque el trabajo me tiene muy ocupado, así que sería estupendo si pudieras cuidarla. ¿Podrías pasarte por mi oficina y así os olisqueáis mutuamente?

¿Quiere que huela a su perra? ¿De verdad se piensa que estoy tan loca?

No consigo procesar la situación del todo. Habla tan rápido y se muerde el labio inferior con una intermitencia tan preocupante que me distrae. Por un momento, me ha dejado de funcionar el cerebro.

Pasados unos segundos, me abre la mano y me da una tarjeta de visita negra y mate. Nos tocamos durante tan solo un instante y siento una pequeña descarga eléctrica.

Como una idiota, me quedo mirando la elegante tarjetita y luego busco sus ojos.

—Vale —murmuro, con la voz ronca.

—Muy bien. Entonces, nos vemos pronto.

Vuelve a mirar el reloj, se restriega en la acera por última vez para quitarse los restos de caca de perro de la suela y se pone en marcha a paso ligero, para fusionarse con la multitud de hombres de negocios, adictos a las compras y turistas de la zona.

Carlos me salta en la pierna por enésima vez y entonces despierto de mi letargo. Agarro al perrito y lo cojo en brazos, mientras hago malabarismos con la infinidad de correas que llevo en las manos. Antes de guardar la tarjeta, leo lo que figura en ella:

GRAYSON MONTGOMERY
Grupo Montgomery & Lewis
Bróker y agente inmobiliario

Se me hace un nudo en el estómago. Inmediatamente, escudriño entre el gentío, en busca de su traje elegante, pero hace tiempo que ha desaparecido. Parpadeo contra la intensa luz del sol y

vuelvo a leer la tarjeta.

No me puedo creer que haya hablado con el mismísimo Grayson Montgomery.

—¿Dónde está la cámara oculta? —digo, con el ceño fruncido.

Pero el único que responde a mi pregunta es Hugo, que me ladra porque quiere seguir paseando.

¹ *N. de la T.* Famosos grandes almacenes de los EE. UU.

² *N. de la T.* Se refiere a la caca.

2

No siento los pies. Me duelen las pantorrillas, las rodillas... ¿Se le pueden caer a una las piernas por caminar? Juraría que sí.

La bolsa de burritos que he llevado auestas unos dos kilómetros me golpea en la cadera mientras camino. He dejado al resto de perros en casa, pero Peanut aún sigue a mi vera. Aquí estamos las dos, paseando. Su dueña, la señora Hernández, vive en mi barrio. Entre su piso y el mío tan solo hay un par de calles.

Sigo sin entender por qué vive aquí, en una zona tan pordiosera de la ciudad. Al fin y al cabo, es la famosa chef del *Strippin' Star*, un restaurante del centro de Los Ángeles. Podría permitirse el lujo de vivir en un lugar mejor, pero es probable que quiera ahorrar. En ese sentido, estamos en las mismas.

En mi caso, los burritos que tanto me gustan no están precisamente baratos. Por eso, los compro en la gastroneta¹ más barata que encuentro, aunque eso signifique cargar con ellos hasta casa desde una distancia considerable. No había otro sitio más lejos...

Cuando llego a la puerta de la señora Hernández, dejo la bolsa en el alféizar de la ventana y llamo al timbre. La dueña de Peanut siempre me reprocha que compre comida rápida y barata, así que prefiero esconderla antes que aguantar otro sermón.

Pasado un minutito, la puerta se abre y aparece la cara redondita y ligeramente roja de mi clienta.

—¡Riley! Qué pronto has llegado, ¿no?

Miro mi pulsera de actividad con correa de rayas, que una vez más, me muestra un número absurdo de pasos. ¿Tanto he andado?

—¿No habíamos dicho a las 17:30 h? —pregunto, asombrada.

—¡Sí, sí! ¡Claro que sí!

Peanut está encantada de ver a su dueña y empuja la puerta entreabierta para ir a saludarla. La señora Hernández coge a su perrita en brazos de inmediato. Cuando me doy cuenta de que esa señora ha decidido envolverse en una toalla nada más salir de la ducha y que probablemente no lleve nada debajo, agacho rápidamente la cabeza, avergonzada.

—Nena, ¿vuelves a la ducha? —exclama alguien desde el interior del piso.

La señora Hernández tarda dos segundos en ponerse roja como un tomate y, cuando Peanut oye esa voz masculina, salta de los brazos de su dueña. La perrita, que normalmente anda con toda la parsimonia del mundo, corre por el pasillo a toda velocidad.

—Bueno, ¡hasta mañana! —le digo, despidiéndome con la mano.

Lentamente, me doy la vuelta para poner fin a este momento tan embarazoso.

—Sí, eso. Hasta mañana. ¡Gracias!

La puerta se cierra tras de mí y cojo la bolsa de burritos. Cierro los ojos por unos instantes y hago una mueca. Ese tipo de interacción humana siempre me ha dado repelús.

El hecho de que mi clienta de sesenta y tantos años esté a punto de pasar una nohecita emocionante y, sobre todo, mejor acompañada que yo, me da que pensar. No es que quiera tener

novio o amante. Bueno, querer, sí que quiero, pero en general, intento que la gente no se me acerque. Y con razón, además.

Lo que me encantaría ahora mismo es poder salir, hacer amigos, olvidarme del trabajo y disfrutar de la vida nocturna de Los Ángeles. Sueño con ser ese tipo de chica, pero de momento, está muy lejos de mi alcance.

Corre un airecito bueno. Las temperaturas, que han llegado a los treinta grados durante el día, por fin están bajando. Si los tubos de escape no contaminaran la ciudad con ese humo horrible, esta noche de verano habría sido aún más agradable.

De camino a casa, me relajo poco a poco.

Mi barrio, West Adams, no es chic ni tampoco está muy limpio. Sin duda hay lugares más interesantes que ver en Los Ángeles. El índice de criminalidad también es alto por aquí, pero por suerte, rara vez ha pasado algo cerca de mí. Aun así, nunca salgo sola por la noche.

Por fin giro la esquina y oigo los familiares ladridos del perro del vecino. Ya no hay restaurantes de moda ni palmeras de un tamaño alucinante a la vista. La calle está llena de setos, pequeños patios traseros en los que lucen cubos de basura y diminutos bungalós. Me detengo frente al que tiene el número sesenta y siete y busco mis llaves. Unos instantes después, entro en el piso. La tía Faye me espera, con ojos juzgones.

—¿Has traído cena?

Frunce los ojos pálidos para ver qué llevo.

—¡Buenas noches a ti también!

Paso por delante de ella y dejo la mochila junto al perchero. Di que sí, la bienvenida que me ha dado es la guinda del pastel. Vaya día llevo... Espero salvarlo con un episodio de *Pequeñas mentirosas* y un burrito.

—¿Soy yo o huele a chimichangas?

Sonrío. A mi tía Faye le encanta la comida mexicana, así que cuando le traigo algún regalito después del trabajo, se emociona.

—¡Bingo! ¡Esa naricita tuya no falla, tía!

Mi tía se levanta. Le cuesta cerrar la puerta del bungaló, así que voy a ayudarla.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

Caminamos juntas por el angosto pasillo, pintado de amarillo clarito, hasta llegar al salón.

—Pues ahí vamos, hija... Mejor cuéntame qué tal te ha ido el día.

Deduzco que no es uno de sus días buenos, así que prefiero no insistir en el tema y dejo la bolsa en la encimera de la cocina.

Nuestro piso consta de un salón, que también sirve de cocina y a la vez es mi dormitorio, y de un cuarto de baño menudito, con ducha. Además, Faye tiene su propia habitación. Normalmente, le cuesta dormir. A menudo le duele el cuerpo o tiene pesadillas por la noche; por eso necesita la tranquilidad de su cuarto.

—Ha sido un día normalillo, la verdad... —le digo.

Se sienta en el sofá y, por la expresión que distorsiona las facciones de su rostro, que de normal son tan bonitas, deduzco que está sufriendo. Tiene el ceño fruncido, el pelo cobrizo despeinado y se le escapan mechones por todas partes.

—¿Se han portado bien los perros?

Asiento y me encojo de hombros mientras cojo dos platos del armario empotrado y reparto los burritos. Esta vez he decidido que nos pongan guacamole. No suele entrar en mi presupuesto. Me saldría caro hasta si quisiera comprar aguacates y hacerlo yo misma, pero quería ver sonreír a

mi tía. Con un plato en cada mano, bien cubiertito de guacamole, voy arrastrando los pies hasta el sofá. Apenas consigo levantarlos después de todo el día.

—He conocido a alguien interesante...

Le tiendo un plato y ella lo acepta con una sonrisa. Cuando ve el aguacate machacado, se le iluminan los ojos.

—¿Y esto? Gracias, Riley, hija...

Al verla tan alegre, se me calienta el corazoncito. Aunque casi nunca estamos de acuerdo, es con quien más a gusto me siento. Los perrillos también me hacen feliz, obviamente, pero estamos hablando de personas.

Me dejo caer sobre los cojines del sofá cama y apoyo el plato encima de los muslos. Habrá que hacer equilibrios.

—Bueno, ¿a quién? —pregunta Faye.

Mi tía levanta una ceja excesivamente fina.

Muerdo el burrito vegetariano y gimo de placer. El maíz, los frijoles y la lechuga crujiente, combinados con el guacamole... Está todo de rechupete.

—¿Qué? —suelto con la boca llena.

—¡Que a quién leches has conocido hoy...! —Hace una mueca y ladea la cabeza.

—¡Ah, sí, perdón! ¡A Grayson Montgomery! Es el jefe de Montgomery & Lewis, una famosa agencia inmobiliaria, ¡justo al lado de Sunset Strip!

Se me quiebra la voz. Me parece absurdo que me haya dado este arrebato de euforia repentina, porque solo hemos hablado un rato; no es que haya pasado nada más...

—Ah, muy bien. ¿Has ido a una entrevista de trabajo? ¿Te ha ofrecido un puesto? —pregunta mi tía.

Cuanto más sonrío Faye, más me doy cuenta de que le he dado esperanzas para algo que no es. De repente, la luz que hay en mí se apaga. Ya estamos otra vez: de vuelta a la amargura. El dolor que siento es como si tuviera un ladrillo en el estómago.

—Eh... no. Ha sido más bien un encuentro casual. Pisó la caca de Hugo y...

La mirada de mi tía se apaga. En este momento, me gustaría evaporarme, teletransportarme a una habitación distinta y disfrutar de mi intimidad. Me ayudaría a sobrellevar el día de mierda que llevo... ¡Qué largo se me ha hecho!

Apenas consigo soportar la decepción que desdibuja su rostro.

—Pero me ha dado su tarjeta... —añado, como para intentar animarla.

Inmediatamente, me arrepiento de mis palabras.

—¡Esa es mi chica! ¡Bien hecho, cariño!

La tía Faye aplaude. Debe creer que estoy un paso más cerca de conseguir el trabajo de mis sueños. Dejaremos que se emocione esta vez, pero hay que tener cuidado. Minimicemos los daños.

—Pero no hay que hacerse ilusiones, tía. De todas formas, es inútil. Mandé mi currículum después graduarme y ni me contestaron. Nadie me quiso en su momento, de hecho.

—¿Y qué? A lo mejor te necesitan ahora...

Siempre es positiva y optimista cuando se trata de mí. Me cuesta entenderlo, la verdad. Sobre todo porque, en lo que se refiere a ella, es bastante estricta consigo misma.

—Lo dudo. Mis notas en los exámenes siguen dando tanta pena como hace dos años y de eso no hay quien me libre. Bueno, si solo fuera eso...

—¡Bah, tus notas...! —dice entre dientes y desacredita mis palabras con un gesto de la

mano.

Por desgracia, mi tía jamás lo entenderá. Me tiene agotada ya. He intentado varias veces hacerle entender que las notas de los exámenes son muy importantes para tener un buen expediente, pero ha sido en vano. Me saqué el título, sí, aunque a duras penas, y me alegré muchísimo en su momento, pero Los Ángeles es un lugar hostil para los arquitectos y los agentes inmobiliarios. Y encima, la nota media no me da como para seguir estudiando.

No soporto el brillo de sus ojos. Me mira con esperanzas.

—La inmobiliaria no quiso contratarme y no hay más. ¡El señor Montgomery ni siquiera me reconoció cuando se cruzó conmigo en la calle! Y seamos sinceras, ¿cómo iba a hacerlo? Deben recibir cientos de solicitudes. Solo quiere que saque a pasear a su perro... —añado, para dejar las cosas claras.

Me empiezan a arder las mejillas. Soltar una verdad como un templo hace que se me suban los calores, como si me avergonzara de mi vida. El sudor se me acumula en las palmas de las manos y agarro el plato con más fuerza para que no se me escape.

—¿Y...?

Faye le da un buen mordisco a su burrito.

—El bróker y agente inmobiliario con más éxito de Los Ángeles no quiere contratarme para un puesto acorde con mi formación, sino para que cuide a su perro. ¿Qué más quieres?

He perdido el apetito. Me quito el plato de los muslos y lo pongo en la mesita de cristal que hay junto al sofá.

—Cariño, ¡eres tan joven...! Tienes toda la vida por delante. Para trabajar, hay que dejarse la piel. Todo depende de ti.

De repente, parece que mis cutículas son un postre ideal, así que empiezo a mordisquearlas para no tener que mirar a mi tía a los ojos. En el fondo, sé perfectamente que no debería hacerlo. Mejor será que me eche crema en las manos y deje de toqueteármelas. En fin, lo importante es que ahora mismo no quiero tener esta conversación.

—¿Eso es lo que hiciste tú? —argumento en mi defensa.

Levanto la vista y ambas cruzamos la mirada. Me he pasado cuatro pueblos.

—No me arrepiento de lo que hice, Riley. No cambiaría mi carrera por nada en el mundo. Sé que podría haber elegido un trabajo que me permitiera no tener que vérmelas canutas ahora mismo, algo más estable y menos arriesgado que el mundo del cine —Agita sus delicadas manos en el aire antes de continuar—. Pero no, decidí regirme por el corazón. Quizá tú deberías hacer lo mismo. Haz caso a tus instintos y ve a por ello. Arriégate, ¡di sí a la aventura!

Ya estamos otra vez con la cantinela... Sus palabras suenan como eslóganes publicitarios o frases que podría soltar un gurú espiritual.

Todo el mundo sabe que Faye adoraba su carrera de actriz. Yo, la primera, pero también mi madre, los vecinos y todos con los que habla del tema. Y no nos engañemos: era una actriz con talento. Por desgracia, Los Ángeles tiene la costumbre de echar a patadas a la gente que ya no encaja en el ideal de belleza. A mi tía, la alejaron del plató por su edad. Según parece, era demasiado vieja, tenía demasiadas arrugas y ya no era sexi. Eso dijeron los directores.

Me dan ganas de vomitar.

—¿Cómo quieres que sea valiente?

Mi voz se vuelve aguda por momentos. Por un momento, me muero por oír su respuesta, pero la expectación se desvanece a cada segundo que pasa. Hace tres años, sellé mi destino y luego todo se vino abajo.

—¡Llama a ese tal Montgomery! ¡Dile que sigues buscando trabajo y no para cuidar de su perro! Dile que te llevas la cámara todos los días en los paseos, que fotografías edificios y construcciones. Demuéstrale lo mucho que te gusta la arquitectura.

Si mi tía supiera que, en realidad, no utilizo la cámara para que no decaiga mi pasión por la fotografía, sino para hacer de paparazi de un periodicucho sensacionalista de la zona... ¡Probablemente me diría que soy una decepción! Pero tengo que ganar lo suficiente para mantenernos; no hay más.

—Contigo todo parece siempre tan fácil... Eres una mujer muy fuerte, tía, pero yo...

—¡Riley Foster! Eres la hija de mi hermana y ella es una de las mujeres más fuertes del planeta. ¡No te atrevas a decir que eres débil! Después de todo lo que has pasado, ¡sería como si te pegaras un guantazo a ti misma!

Deja su burrito y me mira, con los labios fruncidos y los ojos brillantes.

—Me da miedo no... —murmuro.

Tengo un nudo en la garganta que me impide tragar y articular palabra.

—Lo sé y no pasa nada. Que tengas miedo no quita que seas valiente, cariño.

Por una vez, no me tomo su respuesta como una frase vacía de sentido y digna de un calendario, sino como sabias palabras que se instalan en mi mente.

¿Es posible estar aterrada y ser valiente al mismo tiempo?

—¿Cómo? —pregunto en voz baja.

Lo que más me duele es sentirme impotente. Es como si una sensación horrible me oprimiera pecho, me cortase el aire e intentara levantarme del suelo para dejarme flotando en la disfuncionalidad. Las palabras discurren por mi cabeza como un mantra cruel: nadie quiere saber nada de mí.

Nadie... quiere... saber... nada... de mí.

—Ponte el traje más elegante que tengas. Arréglate y échale cara. Siéntete a gusto con tu cuerpo. Luego entra en esa oficina, ve a hablar directamente con el jefe y pídele que te contrate. Punto pelota.

Sacudo la cabeza y me pongo de pie.

Menuda idea de bombero. Empezando por la ropa que no tengo, o que ya no puedo ponerme porque tengo la piel cubierta de cicatrices y es demasiado sensible... Además, me haría falta mucho valor para entrar en esa oficina llena de gente perfecta. Me resulta imposible decirles lo que tanto ansío.

Como un tigre enjaulado, me paseo de un lado a otro del salón.

—Bueno, si no te ves preparada, acepta la oferta de ese tipo y saca a pasear a su perro. Después de todo, cuantos más perros, más dinero. Y no nos vendría mal, la verdad... Si está tan forrado, que apoquine. No creo que haya problema —dice finalmente.

Razón no le falta. Ahora mismo nos vendría bien apurar hasta el último centavo. En esta casa cuidamos de cada dólar que entra en la hucha.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que vea que eres una paseadora de perros fiable e inteligente y se dé cuenta de que vales mucho más? ¿Y si conoces a gente y haces nuevos amigos? Y fíjate tú: hasta podrías pasar tiempo con un hombre...

Bueno, parece que nos estamos desviando un poco del tema...

Aprieto los dientes. Admito que socializar un poco no me vendría mal. Me hace falta gente con la que hablar; que no sea mi tía, claro. Necesito juntarme con chicos de mi edad. Faye y yo tenemos demasiados años de por medio para estar en la misma onda. No he tenido amigos desde

que terminé la carrera. Con el paso del tiempo, nos distanciamos.

—Con lo de nuevos amigos, ¿te refieres al perro de ese tío?

Mi tía se ríe.

—Dime, ¿es atractivo?

Faye sonrío y da un último bocado a su comida.

—¿El perro? Pues no sé, no lo he visto...

—¡Hija, Montgomery! ¿Te crees que me importa su mascota?

Se lleva la mano a la frente y cierra los ojos, como si mis comentarios le dieran dolor de cabeza.

—¿Y qué más da, tía? —miento.

Se me va la cabeza y, de repente, vuelvo a estar junto a la caca de Hugo, mirando a los ojos claros e infinitos del señor Montgomery. Me acuerdo a la perfección de sus hombros anchos, su mandíbula elegante y su voz grave y perfecta...

—¡Te pillé! No digas más...

Mi tía me hinca el dedo en el pecho.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

Finjo no entender, pero el calor que se me extiende por las mejillas lo hace aún más evidente.

—Conque es atractivo, ¿eh? Me alegro por ti. No engañas a nadie, hija: a ti te gusta ese chico...

Faye siempre tiene que andarse con exageraciones.

Exhalo profundamente y para no tener que contestar, me meto el resto del burrito en la boca, mientras intento ignorar la cara traviesa de mi tía.

¹ N. de la T. Forma adaptada al español del anglicismo *food truck*.

3

Las puertas de cristal del ascensor se abren y me dan una vista ideal del infierno. Bueno, me refiero a mi infierno personal en estos momentos.

Decenas de personas corren de un lado para otro por una sala enorme que se presenta ante mí. Casi todos lleva el móvil en la mano o pegado a la oreja, si es que no están ocupados gritándose entre sí. La mujer que ha cogido el ascensor conmigo me empuja y me mete de forma automática en el caos que tanto detesto. Me limito a gruñir, porque ya estoy acostumbrada a la falta de modales de la gente que trabaja aquí. Bienvenidos a *The Angel Dealer*, el periódico que subsiste a base de exclusivas constantes sobre los famosos de la zona.

Camino rápidamente por el pasillo y evito toparme con ciertos empleados, que están en modo alerta. Por lo visto, debe de haber pasado algo muy fuerte en el mundo del estrellato, porque se les ve un pelín tocados de más. Como llevo bastante tiempo ganándome la vida con esto, ya soy capaz de reconocer el olor a primicia en el aire.

—Hola, Riley, ¿cómo estás? —me pregunta sonriente Ida, la secretaria de mi jefe.

Antes de que pueda responder, le suena el teléfono. Esta chica es un engranaje fundamental en todo este ajetreo, así que decido no quedarme a entretenerla y me alejo discretamente.

Justo cuando estoy a punto de escabullirme por el pasillo de la izquierda, Tom se interpone en mi camino.

Mierda...

—¡Ah, aquí estás! ¡Vente conmigo, venga!

Como si supiera que le voy a obedecer, el jefe supremo echa a andar. A paso ligero, le sigo hasta su despacho. La puerta está abierta. Como siempre, me llaman la atención las enormes fotos de famosos que cuelgan de las paredes, todos en situaciones vergonzosas y que dan bastante apuro. Tiene los clásicos: una cantante famosa conduciendo un coche con su bebé en el regazo, la mujer icónica del momento¹ afeitándose la cabeza en pleno episodio depresivo, una joven heredera bajando de una limusina sin bragas...²

Me muerdo el labio inferior e intento ignorar las fotos.

Dinero. ¡Recuerda que el dinero mueve el mundo! ¡Y tú lo necesitas más que nadie!

—Hace una semana que no sé nada de ti. ¿Qué te ha pasado? ¿Has perdido la cámara o qué?

Tom no tiene pelos en la lengua, pero que vaya a por mí de forma tan abierta... Me ha pillado desprevenida. Me siento como si me hubiera metido una puñalada traperera. Me sudan las manos y me cuesta respirar.

—No... No pasa nada.

Rodea su enorme escritorio y se deja caer en su butaca de cuero. Lleva el pelo oscuro recogido en una trenza y juguetea con ella, enredando el recogido alrededor del dedo índice.

—Bueno, pues entonces explícamelo, para que yo lo entienda. ¿No necesitas más trabajo? ¿Es eso?

Parpadeo un par de veces antes de conseguir abrir la boca.

—¡Claro que lo necesito! ¡Sabes de sobra que sí!

Lentamente, doy un paso hacia él y cargo el peso de mi cuerpo de una pierna a la otra, nerviosa.

—Y entonces, ¿qué problema tienes?

Frunce el ceño y las comisuras de sus labios apuntan hacia abajo. Es la típica expresión de Tom Dubois cuando está a punto de despedir a alguien. Hasta ahora, nunca me había mirado así, pero supongo que siempre hay una primera vez...

Cojo aire e intento pensar con claridad. De camino a aquí, se me habían ocurrido un par de cosas con las que justificarme, pero ahora parece que me he quedado en blanco.

—Bueno, yo... En fin, siempre que le saco una foto comprometida a alguien, me remuerde la conciencia y... A veces están de vacaciones, con sus familias, en un lugar íntimo, acaban de volver de hacer deporte o salen llorando y yo...

Tom me interrumpe, sacude la mano como si yo fuera una mosca cojonera e inclina la silla hacia atrás.

—¿Tienes cargo de conciencia? ¿Y por qué? Ilumíname. No has entrado a su casa a robarles, amor. Solo haces fotos. No hay más.

No me entiende, porque su moral es bastante cuestionable. Para él, solo son fotos. Pero yo sí siento que les estoy robando la libertad a estas personas.

Aun así, mi jefe continúa, como si quisiera convencerme.

—Mira, chica, ¡son famosos! La mayoría de estas estrellas de Hollywood y hombres de negocios son tan ricos como Creso³. Y quieras o no, están en el candelero, ¡ellos mismos se lo han buscado! Da lo mismo que les saques unas fotos más que unas menos. No se nos ha ido la pinza; aquí no hacemos daño a nadie. No infringimos ninguna ley: simplemente mostramos el mundo tal y como es. Al fin y al cabo, ya sabían lo que se les venía encima cuando eligieron darse a conocer, y no todo es de color de rosa en el mundo de la fama. Si eres un personaje público, los paparazis irán a por ti, ¡no hay discusión!

No es la primera vez que oigo este discursito. Aun así, sigo convencida de que lo que hago no está bien.

Las palabras de Tom son casi etéreas y se las lleva el viento.

—Tom, no puedo hacer esto... No así. No sé... Necesito el dinero, sí, y me gusta trabajar para ti, pero...

—Pero tú eres la que más probabilidades tiene de encontrarte con famosos, ya sabes... paseando a los chuchos. Ninguno de nosotros pasa tanto tiempo dando vueltas por las calles de los barrios pijos, y menos, de incógnito.

Señala a las personas que trabajan para él, que están al otro lado de la puerta acristalada. Algunos contestan al teléfono, otros fotocopian más y más papeles, unos pocos desgraciados preparan cafés y, en general, no parece importarles vender su alma para escupir en la cara de los demás.

—Quizá necesite tomarme un descanso. Podría sacarles fotos a otras cosas, ¿qué te parece? Tengo un montón de material de edificios y monumentos, ¡sobre todo de lugares frecuentados por las estrellas! ¿No querrías comprarme esas imágenes y crear una especie de serie fotográfica? A los lectores les encantaría.

Siento que se me acelera el corazón. No sé cómo se me ha ocurrido ponerme así de atrevida. Hasta ahora, me he cortado bastante con lo de enseñarle a Tom mis otras fotos, aparte de lo que suele esperar. Saco del bolsillo una foto que yo misma he revelado y una tarjeta de memoria. Le

doy las dos cosas y me pongo la cazadora vaquera como si estuviera dispuesta a irme.

—Riley, suena bien, pero no me interesa el arte. Si hubiera una foto de una modelo o un actor, la cogería, pero es que... A mis lectores les mueve el cotilleo, no la cultura.

He intentado mantener las expectativas bajas para no pegarme un chasco monumental y pese a todo, aquí estoy, con los ojos llenos de lágrimas. Con las manos temblorosas, recojo la foto y la tarjeta de memoria. Tenso la mandíbula y oigo que Tom sigue hablando.

—Parece que estás de bajón. Si quieres, puedes sustituir a Stella esta noche e ir a la gala de Deep Blue Record, como fotógrafa. Allí solo hay gente que quiere que la vean y le saquen fotos. ¿Qué te parece?

No le miro; me limito a asentir. Es un bonito gesto por su parte y se lo agradezco, pero en realidad, no resuelve el problema. Me ha dado una mísera noche para hacer algunas fotos más o menos normales. Sí, ganaré un poco de dinero, que me viene de perlas para comprarme unos zapatos nuevos, así como algo de comida y productos de higiene menos roñosos. Pero ¿la semana que viene, qué? ¿Qué haré dentro de quince días? Me pasearé una vez más por Hollywood, Beverly Hills y Bel-Air, con la esperanza de toparme con una estrella de incógnito, a ser posible, borracha, sin rumbo en la vida o deprimida.

Justo lo que quería...

—Vale, gracias.

Levanto la vista con cautela y me seco una lágrima con la manga cuando Tom no está mirando.

¿Por qué soy tan sensible, tan flojucha? A veces no me soporto.

—Ida te pondrá al día por Messenger de Facebook. Y ya sabes: ¡no dejes que te echen de la fiesta! —añade.

Está claro que para él la conversación ha terminado, porque se pone a toquetear la tableta que tiene sobre el escritorio y ni me mira.

—Sí, ¡no te preocupes! ¡Cuando me lo propongo, soy terca! —exclamo, como intentando poner cara de valiente.

Salgo a toda prisa de su despacho, con las fotos que me ha rechazado en el bolsillo. Echo un vistazo a las numerosas abejas obreras que zumban alrededor de la colmena del chismorreó. Teclean en sus ordenadores, escriben como pueden en sus libretitas y recogen sus trastos para salir pitando a vete tú a saber dónde. Ahí los tienes, siempre a la caza de una exclusiva. Del próximo escándalo, ¿tal vez? O de nimiedades como: ¿qué dieta sigue la cantante del grupo x? ¿Con quién se ha ido de vacaciones la modelo como se llame? ¿Y por qué ha engordado tanto? Cuantos más trapos sucios saques a la luz, más dinero ganas. A todo el mundo le gusta este tipo de publicaciones, ¿no?

Me agota estar rodeada de gente que vive del sufrimiento ajeno. Yo no me quedo corta en lo de padecer, así que...

Cuando me encuentro sola en el ascensor y las puertas se cierran silenciosamente frente a mí, exhalo aliviada. Me paso la mano por el pelo por enésima vez y vuelvo a rascarme. Entonces me percato de lo que estoy haciendo y paro inmediatamente, pero el picor persiste. Como de costumbre, la urticaria siempre empieza en el cuero cabelludo. Para obligarme a pensar en otra cosa, saco mi móvil del año de la polca, ignoro la raja que tiene en plena pantalla y me meto en el perfil de redes de Deep Blue Record, para mentalizarme de la gala de esta noche. Sin embargo, el picor no quiere abandonarme y baja en dirección a mi espalda. Cierro los ojos y me concentro en mi respiración. No es nada. Seguro que será el estrés de los dos últimos días, o de las dos

últimas semanas. Más bien de los últimos meses...

He ahí el problema, o al menos, eso dicen los médicos. Puede que esté tomando la medicación adecuada y que, después de todos estos años, sepa lo que mi piel tolera y lo que no, pero la agitación y la incertidumbre de mi forma de vida no hacen sino alimentar la psoriasis.

Se me despierta un hormigueo en las corvas. Esa es la zona más sensible de mi cuerpo, así que llegados a este punto, me cago en el mismísimo planeta.

Mi investigación sobre el Deep Blue Record pasa a un segundo plano. Con los dedos tensos por la fijación en no rascarme, rebusco enérgicamente en mi bolso. Cuando por fin palpo el tubo metálico de pomada de cortisona, exhalo un suspiro, aliviada. En ese momento, se abren las puertas del ascensor y me precipito al vestíbulo. Paso por delante del mostrador de recepción, detrás del cual se encuentra, como de costumbre, una rubia muy maquillada y que claramente se ha puesto un par de inyecciones de bótox. Luego giro la esquina para ir al servicio. Necesito un momento de tranquilidad en el aseo.

Al parecer, he tenido suerte: estoy sola. Mientras me lavo las manos, le echo un vistazo a mi cuero cabelludo. Tengo las raíces rojas, pero ese tono no es de mi melena cobriza. Entrecierro los ojos y miro fijamente la rojez que me está arruinando la vida. Maldita sea, no hay nada que pueda hacer... Tengo un producto capilar para evitar los picores ahí, pero no es fácil de aplicar si no estoy en casa. Al menos puedo aliviarme en otras partes del cuerpo con la pomada.

Me meto en el cubículo más alejado para asegurarme de que nadie me moleste, cierro la puerta y me desnudo hasta los codos y luego hasta las corvas, por abajo. Tengo muchas manchitas rojas palpitantes por todas partes, que me pican y escuecen lo que no está escrito. Las cubro con una fina capa de pomada e inmediatamente, respiro, más calmada. No es que me alivien del todo, pero es un buen comienzo. Miro las zonas enrojecidas, las cicatrices en brazos y piernas que me ha dejado esta enfermedad en el cuerpo. Como siempre, se me cierra la garganta durante uno o dos segundos. Luego, vuelvo a la realidad. No me queda más remedio.

Pero el recuerdo se queda conmigo...

Sé que debería estar agradecida. El dolor horrible que viví hasta el año pasado se ha esfumado, pero mi vida ha cambiado por completo. Aunque no soy responsable de esta enfermedad, tengo que asumir las consecuencias. Día tras día, aprendo a aceptar mis cicatrices.

¹ N. de la T. Se refiere a una *it girl*.

² N. de la T. Insistimos en que, por mucho que estos sean referentes conocidos de la cultura *pop* en los que pillaron a ciertas celebridades en situaciones comprometidas, simplemente se mencionan como escándalos prototípicos. En este libro no se pretende ser crítico con los actos de dichas personas.

³ N. de la T. El rey de Lidia, uno de los reinos más ricos de la Antigüedad.

4

—¡Miriam! ¡Aquí, por favor!

Alguien me clava el codo en el costado.

—¡Por aquí, por favor! ¡Ofrécenos tu mejor sonrisa!

Me inclino hacia un lado para poder encuadrar con mi cámara a Miriam Snider, una modelo de lencería que está en boca de todos. Como soy más bien discretita, la joven, que está ocupada acaparando los *flashes* y quedándose sorda con los berridos de los fotógrafos, no mira en mi dirección.

Hay que ver. Irradia belleza...

Sin embargo, consigo una foto de perfil aceptable, que resalta su figura y las plumas negro azabache que luce con su vestido de noche.

Se me dibuja una sonrisa en el rostro. Espero que a Tom le baste con esto. A mi tía y a mí nos vendría bien el dinerito...

—Miriam, ¿dónde te has dejado a Dean? ¿Ya no estáis juntos?

Frunzo el ceño y miro al paparazi que está a mi lado. Es de mediana edad, tiene el pelo largo y negro y lleva unas gafas de sol en la cabeza. Pregunta con una insolencia y perversión incomparables y encima tiene la cara de pedir a gritos a los famosos que posen según le convenga, para conseguir la foto perfecta.

La idea que este hombre tiene de la perfección no implica que la foto sea agradable a la vista o que sea un reflejo auténtico del carácter de la persona. De hecho, él, al igual que sus colegas, o al menos aquellos con los que me he cruzado yo, esperan que den un paso en falso, que pongan cara de perro, que posen en un ángulo poco favorecedor... En fin, cualquier cosa que venda.

Sacudo la cabeza.

—Miriam, ¿te ha dejado Dean? ¿Por eso te emborrachaste el martes pasado en el *Mormon*?

—¡Pero bueno...! ¡Cállese un rato! —grito.

El hombre me mira, arquea una ceja poblada y se encoge de hombros.

—Oye, guapa, tú no te metas...

No me presta más atención y, totalmente absorto en su trabajo, sigue dando órdenes.

Miro a Miriam, que aparentemente no se ha enterado de nada. Puede que esté fingiendo. Lo entendería perfectamente. ¿Quién querría hablar de su ruptura delante de extraños con cámaras?

El siguiente bellezón entra en la alfombra roja. No conozco a esta mujer. Lleva un vestido dorado con joyas a juego —sin duda más caras que cualquier cosa que haya tenido en toda mi vida— y se ha recogido el pelo en un precioso moño. A pesar de su belleza, lucho por conseguir un sitio decente desde el que hacerle una foto, y lo consigo frente a las barreras de seguridad de la entrada de la gala. Como no sé quién es, tendré que investigar de madrugada. Mi jefe me ha dicho muchas veces que pregunte abiertamente por ahí, pero si lo hiciera, me sentiría tonta. No es plan de hacerles una foto y luego preguntarles a la cara quiénes son.

El señor de antes, del que no consigo deshacerme, tiene menos reparos al respecto.

—Eh, ¿quién eres, preciosa?

La mujer se coloca un mechón de pelo castaño detrás de la oreja y sonríe ampliamente.

—¿Hola? Te he hecho una pregunta. ¿Eres tonta o qué te pasa?

Baja la voz, pero aún puedo oírle.

—¡Típico de los ricos! Pese a sus andares de minino y sus aires de grandeza, son tan tontos que no saben siquiera decir cómo se llaman...

Su murmullo se pierde detrás de la infinidad de objetivos que lleva a cuestas.

¡Vaya pedazo de cabrón!

Me distancio casi por instinto, porque estar tan cerca de él me da malestar. Estamos en el mismo barco, pero me repugna su forma presuntuosa e irrespetuosa de actuar.

Me concentro en esa mujer desconocida y hasta tengo suerte. En un momento dado, una ligera brisa sopla entre los mechones que se han soltado de su elaborado peinado, y entonces, entra en juego la magia del obturador. Hago varios disparos seguidos y rezo a los dioses sagrados de la fotografía para que al menos una de mis obras valga oro.

De repente, se oye un ruido metálico a mi lado. El paparazi maleducado se ha unido a otros dos e intentan atravesar la barrera de seguridad que conduce a la alfombra roja. La valla que raspa en el suelo hace un ruido estridente y me produce escalofríos. Me giro rápidamente hacia la cantidad de estrellas presentes. ¿Dónde están los guardias de seguridad cuando se les necesita?

—Chica, échanos una mano. ¡Así conseguiremos mejor ángulo para las fotos!

Me muerdo el labio inferior mientras observo la escenita.

¿Quién les habrá mandado hacer algo así? ¡No hay derecho!

—¡Dejad esa barrera en su sitio! —grito en un momento de valentía.

Los tres hombres se detienen en seco y me miran con ojos hostiles.

—A ver, chavalita repulsiva, menos juzgar y más curarse esos granos que me llevas...

Inmediatamente, miro mi escote y noto que tengo un ligero sarpullido. Me pasa siempre que estoy en situaciones de estrés. Unas manchas redondas han empezado a extenderse desde mi cuello hasta mis pechos. Ahora que me he dado cuenta, el calor, el picor y el malestar se unen a la fiesta. Es un rollo, pero tampoco es el fin del mundo. Si me hubieran dado un dólar por cada insulto que me han soltado a la cara, ¡estaría forrada y tendría menos problemas!

Dejo a los tres hombres allí, juntos y revueltos, con lo que ellos consideran una victoria y me voy. Que se regodeen: aún no he acabado. Conozco este lugar, así que sé exactamente dónde están los guardias de seguridad. ¡Allá vamos!

Es más, sé el gesto que se hacen entre ellos con la mano en caso de peligro, así que en cuanto veo al primer segurata, gesticulo un par de veces, y enseguida, atraigo su atención. Señalo en la dirección de la que vengo y el hombre, que tiene la espalda tan amplia como un mueble bar, el pelo corto y una complexión atlética, echa a correr gritando por su *walkie-talkie*. Doy un paso atrás, porque pronto quedará espacio más que suficiente justo detrás de la barrera en cuestión, y me convenzo de que es ahora o nunca. A veces hay que darle un empujoncito a la vida. No todo es suerte.

Finalmente, los tres paparazis consiguen desencajar la valla y se cuelan en la alfombra roja. Las celebridades reaccionan con moderación en el mejor de los casos, pero con pánico en el peor. Trudy Gaiman, una famosa cantante, les grita con su voz grave. Este es uno de esos momentos en los que me muero de vergüenza por lo que estoy haciendo. ¿De verdad quiero formar parte de este grupo de gente que aterroriza al personal? Bueno, no todos los paparazis serán así, pero siempre hay alguno que se propasa...

Los guardias de seguridad agarran al primer subidito por el cuello y se lo llevan, pero los

otros dos siguen haciendo fotos alegremente. Y lo mismo hacen el resto de sus colegas. Deben sentirse bendecidos por la que se ha armado. ¡Por fin algo de acción en el deslumbrante mundo de la belleza y la riqueza! Algunas estrellas se contagian del furor y sacan el móvil para grabar el ajeteo.

Es demasiado para mí.

De repente, me olvido del sitio glorioso en primera línea, de las fotos y del dinero. Solo quiero volver a casa. No pertenezco a este mundo y pocas veces me he sentido tan fuera de lugar como ahora.

—¡Ha sido ella! ¡Nos ha traicionado! ¡Zorra de mierda! —grita de repente alguien detrás de mí.

Sin previo aviso, me agarran de la mochila y me golpean con fuerza contra una de las barreras. Pierdo el equilibrio y me caigo. Todavía tengo las fuerzas de proteger mi cámara con los brazos. Al fin y al cabo, es mi único bien preciado. Amortiguo la caída con el hombro, pero me llevo un golpe muy violento. El dolor me sube por la nuca hasta el brazo derecho y se me extiende hasta el cráneo, que aterriza de lleno en el suelo. Cierro los ojos, me concentro en la respiración y aprieto los dientes.

Oigo voces por encima de mí. Algo me toca el pie. Luego, una mano cálida se posa en mi brazo y me hace dar un respingo.

—¿Estás bien?

Parpadeo bajo la luz rojiza del atardecer. Un rostro aparece en mi campo de visión.

Esa cara... ¿Qué hace aquí?

—Ay... —digo simplemente, ladeando la cabeza mientras me enderezo.

Zapatos elegantes, pantalones de traje y un par de tobillos desnudos me rodean. Y luego está él... Ha venido. Bueno, en realidad, es un famoso hombre de negocios, ¿no?

—¿Puedes levantarte?

Ahí está, esa voz profunda de nuevo.

—Sí, no te preocupes...

Al levantarme, rechisto de dolor. Me late el corazón en el hombro y la cabeza.

Grayson Montgomery me tiende la mano para ayudarme. Aunque me arden las mejillas y creo que se me va a salir el corazón del pecho, le miro directamente a los ojos. Cerro los dedos sobre los suyos y me invade una sensación de bienestar.

Me siento segura.

Con una sonrisa irónica, me ayuda a ponerme en pie.

—Bueno, bueno, si tenemos aquí a la paseadora de perros... —murmura.

Acto seguido, frunce el ceño y me mira.

—No me estarás siguiendo para vengarte de mí, ¿verdad?

—Podría preguntarte lo mismo... —respondo, ligeramente confusa.

Me zumban los oídos. Es como si tuviera una fina capa de algodón de azúcar taponándomelos.

—Bueno, es evidente que a mí me han invitado al evento. ¿Por qué estás tú aquí?

—Estoy trabajando.

Se me quiebra la voz más de lo que me habría gustado.

—¿Dónde te has dejado a los perros?

Se asegura de que puedo mantenerme en pie antes de soltarme. Una pena, porque me gustaba sentir la presión de sus manos potentes. Tenerlo cerca me resulta agradable. Es como si me

reconfortara su presencia.

Levanto la cámara para explicarme mejor.

Cuando el señor Montgomery posa los ojos en mi herramienta de trabajo, se le ensombrece el rostro. Su asombro y sorpresa al haberse encontrado conmigo se convierten en fastidio. Justo después, da un paso atrás.

—¿Eres uno de ellos?

Con un gesto amplio, señala a la prensa y a los paparazis presentes.

—No, claro que no. Yo me dedico a la fotografía, pero es que...

—¿Entonces no te dedicas a sacar fotitos de hombres de negocios y famosos?

—En realidad, me interesan más los edificios. Y este detrás de ti tiene un estilo industrial muy particular, así que...

No sé por qué le estoy mintiendo. Me avergüenza la situación y me sorprende mucho que haya reaccionado con ese desdén. Y sin embargo, no debería importarme lo que este hombre piense de mí. De hecho, debería darme igual que no le caiga bien. Después de todo, tampoco es que yo le soporte. ¡Es un pijo arrogante! ¡Un hombre de negocios sin escrúpulos que ni siquiera me contactó después de que yo mandara el currículum a su empresa!

—¡Grayson, déjala en paz! ¡Pensaba que querías ayudarla, no interrogarla como si fueras a arrestarla!

De repente, se le acerca una elegante mujer con una trenza oscura que le cae sobre el hombro. Luce un precioso vestido de cola de sirena. Le pone suavemente una mano en el antebrazo y me sonríe con dulzura. Su piel inmaculada rivaliza con el resplandor de su vestido y sus ojos de color castaño oscuro.

—Por favor, disculpa a mi amigo. A veces olvida los principios básicos de la decencia y la interacción humana —dice, esta vez dirigiéndose a mí.

La mujer ensancha la sonrisa y me muestra unos dientes blancos y perfectos.

Asiento y miro hacia abajo. Su presencia me intimida un poco. Además, ha dicho «mi amigo». Amigo en plan... Amiguito, ¿no? He sido una ingenua al suponer que el señor Montgomery estaba soltero. Y aunque lo estuviera, ¿cómo iba a acabar un hombre como él con alguien como yo?

Puf... ¡Ridícula!

A pesar de todo, la decepción se hace con el control de mi tripa.

—¡Me llamo Yasha Lewis! Encantada de conocerte. ¿Te encuentras bien? ¿Te has hecho daño al caer?

—No, tranquila. Me pondré bien. Solo me duele un poco la cabeza. Gracias. ¡Es un placer conocerte a ti también! ¿Dirigís juntos Montgomery & Lewis? —le pregunto, mientras le estrecho la mano por encima de la valla.

La situación es absurda. Dos de las personas más influyentes de Los Ángeles se han desviado de la alfombra roja, y están aquí, justo al lado de un paparazi que les hacen fotos sin parar. Y ahora yo estoy en el encuadre. ¿Y por qué? Porque se han preocupado por mí...

—Sí, ¡justo! —responde, sonriente.

—Le interesa la arquitectura... —dice Grayson, con aire distraído.

Yasha lo mira y luego vuelve a girarse en mi dirección.

—¿Tú también te dedicas a esto?

Si fuera cualquier otra persona, habría estado segura de que se estaba burlando de mí, pero Yasha Lewis me lo pregunta con tanta seriedad y franqueza que no dudo ni por un instante que le

interesa mi respuesta. No le importa de qué lado de la valla esté. Es como si quisiera oír lo que tengo que decirle.

—No. Es paseadora de perros y fotógrafa de arquitectura.

Una vez más, el señor Montgomery responde en mi lugar.

Me limito a asentir e intento mantener la sonrisa, aunque cada vez me encuentro peor. Creo que me he llevado un golpe del quince.

—Ambas son profesiones de lo más útiles. ¿Le has dado ya una tarjeta de visita? —vuelve a preguntar la señorita Lewis.

En ese momento, Grayson no mira a su amiga, sino que fija los ojos en mí con todo el recelo del que es capaz. No hay duda de que no confía en mí.

—Sí, lo he hecho ya... Bueno, ¿volvemos o qué?

La señorita Lewis frunce el ceño y finalmente, asiente. Sin molestarse en mirarme, el arrogante moreno vuelve a la alfombra roja, pero su socia se queda conmigo.

A decir verdad, no me encuentro muy bien y me han entrado náuseas, pero intento poner buena cara.

—¿Seguro que no necesitas un médico? Podemos llevarte al hospital o llamar a una ambulancia.

—No, ¡muchas gracias! Sois muy generosos, pero no necesito nada.

Todavía me arden las mejillas. El nudo en la garganta crece por momentos, porque no sé cómo actuar frente a lo que acaba de ocurrir. Podría haber conseguido el trabajo de paseadora de la perrita del señor Montgomery, pero ahora me parece imposible.

—¿Por qué no vienes a echar un vistazo a nuestras oficinas? Aunque no lo diga, Grayson necesita urgentemente a alguien que cuide de su perrita. Y si quieres, puedes hacer algunas fotos de prueba para nuestros proyectos...

Sigue sonriéndome y ladea la cabeza, como si percibiera mi estado de ánimo.

—Eso estaría genial, ¡gracias!

—Grayson es muy exigente, pero no te preocupes por él. Estoy segura de que le vendrá bien contar con alguien como tú.

Me da unas palmaditas en el brazo y me desea buenas noches antes de dirigirse hacia el señor Montgomery, que ya parece estar al borde de la pataleta. Cogidos del brazo, caminan por la alfombra roja como una pareja perfecta y ambos se alejan de mí.

Es entonces cuando me doy cuenta de que tengo la cámara en la mano. Esta habría sido mi gran oportunidad para hacerles una entrevista, sacarles las fotos más codiciadas de la noche, o de informarme sobre uno de los negocios con más éxito de la ciudad. En lugar de eso, pulso el disparador y les saco una foto de espaldas, que da vergüencita.

Pasan los minutos y, sin que yo me dé cuenta, resulta que me he convertido en una atracción de feria para los demás paparazis. Por desgracia, no obtengo ningún beneficio de ello, solo la atención que no necesito. Todo el mundo a mi alrededor me observa. Se fijan en mis movimientos, me juzgan, me examinan...

No puedo soportarlo más.

La noche se ha ido al cuerno, así que me rindo. Guardo mis herramientas de trabajo en la mochila y hago un par de pausas porque mi estómago está rebelde.

¿Habrá sido la caída? Ese es uno de los primeros signos de la conmoción cerebral, ¿no?

Me suena el móvil. Mejor, porque estaba empanada. Probablemente sea Tom, que quiere saber cómo van las cosas en la gala. Pongo los ojos en blanco mientras rebusco en la mochila.

Cuando por fin lo tengo en las manos, frunzo el ceño. No podía estar más equivocada: es mi tía. Descuelgo el teléfono inmediatamente.

—¿Tía?

—¿Hablo con Riley Foster, la sobrina de Faye Watkins?

—Esto, sí... ¿Quién es?

—Soy Lucy, enfermera del Hospital Kindred en Ladera Heights. Su tía ha tenido un ataque al corazón y está en cuidados intensivos. Usted figura como su contacto de emergencia.

Me quedo sin habla. A pesar de los miles de preguntas que se me pasan por la cabeza, no consigo articular una mísera frase.

—¿Señorita?

—¡Sí! Sí, estoy aquí. Pero ¿cómo está? O sea, ¿ha...?

Cada vez me siento peor. Mis náuseas se agravan por momentos. Me agarro a la valla que tengo al lado y contengo un gemido.

—Su tía está estable por el momento. Sin embargo, ha sufrido un infarto de miocardio de la pared posterior. Es bastante grave. Necesitamos urgentemente que venga al hospital para que los médicos puedan explicarle exactamente lo que implica su situación. Es más, queremos aclarar con usted qué pasos hay que seguir de cara al futuro.

—Voy enseguida.

Es difícil pronunciar las palabras mientras lucho contra las ganas de vomitar.

—Bien. Hasta luego, señorita Foster.

Antes de que pueda preguntar el número de habitación en la que está mi tía, la enfermera cuelga. Empiezo a temblar. El *shock*, la ansiedad y una preocupación sin precedentes me revuelven el estómago. La confusión y las náuseas hacen que me flaquee las rodillas. Estoy sola y no sé qué hacer.

¿Cómo voy a ir a ver a mi tía en este estado? ¿Debería verme un médico antes?

Justo después, vomito en los zapatos de un desconocido. Bueno, creo que está claro lo que tengo que hacer.

Sin duda, hoy es el día de las primeras veces: para empezar, nunca me habían sacado una foto para una revista, o varias, mejor dicho. Además, nunca había vomitado encima de alguien ni tampoco me habían llevado en ambulancia.

Cuando llego al hospital, la cosa no mejora. Al parecer, me he pasado con la dosis de cortisona, por lo que, por primera vez, estoy sintiendo los efectos secundarios de mi negligencia. La verdad es que todo esto me tiene hartita, pero es una buena noticia, porque significa que no he sufrido una conmoción cerebral. Sin embargo, tengo un problemilla personal con el médico: me ha prohibido terminantemente volver a cambiar la pauta de la medicación a mi antojo. No le he dicho nunca que no tengo dinero suficiente para ir pitando al dermatólogo o al hospital en cuanto me entra el malestar, ¿ni que me automedico por regla general!

Por fin llego a la unidad de cuidados intensivos, donde está Faye. Creo que siempre recordaré este momento como una de las experiencias más insólitas que he vivido. Estar aquí, esperando frente a la puerta, sabiendo que detrás solo hay enfermos graves, algunos a punto de fallecer, me genera pavor. Por suerte, la pastilla contra las náuseas que me han dado empieza a hacer efecto. Por otra parte, me siento culpable por haberme pasado tan tarde a ver a mi tía.

No tengo ningún plan. Ni siquiera sé lo que me espera. En mi interior, el miedo no cesa, sino que prevalece sobre el razonamiento lógico. Yo solo intento mentalizarme, pero soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea Faye y su débil corazoncito.

Ya antes del infarto, todo pendía de un hilo.

Cuando la enfermera Lucy por fin se acerca a saludarme, trago saliva varias veces para deshacerme del nudo que me estruja las cuerdas vocales. El olor a desinfectante me quema las fosas nasales mientras caminamos por el pasillo. Por todas partes suenan máquinas que miden constantes vitales y magnitudes que apenas conozco. Mi enfermedad no hace que el entorno me resulte extraño del todo, pero la unidad de cuidados intensivos está más allá de lo que conozco. Cuando entramos a la habitación, la luz es tan tenue que parpadeo varias veces para acostumbrarme a la oscuridad del entorno.

—Su tía aún no está consciente. Es normal, porque le han administrado morfina. La colocación del estent¹ puede ser dolorosa, sobre todo en las intervenciones quirúrgicas de urgencia, porque tras el infarto, el corazón está en una situación crítica de por sí.

Cualquier cosa que ayude a Faye me parece bien, así que asiento. Mi tía está tumbada en la cama del hospital. Le han puesto una bata quirúrgica y la han tapado con una manta. Está conectada a una maraña de cables y tubos. La veo tan chiquitita... Casi parece diminuta. Es una imagen descolorida de ella, desprovista de espíritu. Aunque lleva años enferma y estoy acostumbrada a verla padeciendo y un tanto lívida, este es otro nivel.

Me sabe la boca a sal. Ya estamos con las lágrimas... No quiero llorar. Tengo que ser fuerte, porque ella está muy débil. Y sin embargo, no puedo evitar que se me empapen las mejillas con las primeras gotitas.

¡Joder!

—¿Cuándo cree que se despertará? —pregunto entre sollozos.

—Va a llevar algún tiempo, señorita Foster. El médico de cabecera se lo explicará todo.

La enfermera Lucy me da una palmadita en el hombro para reconfortarme. Ese dulce gesto casi me hace cruzar la línea. Si me abrazara, me derrumbaría; lo tengo clarísimo. Sin embargo, asiento e intento aparentar valentía, y ella se marcha. Apenas puedo soportar ver así a Faye, así que me doy la vuelta.

A menudo, en las películas, los familiares del hospitalizado cogen de la mano al enfermo, se ponen a hablar con él o le pasan una esponja por la frente. Quizá yo debería hacer lo mismo. Tendré que ser útil de algún modo, ¿no? Me refiero a ayudar de verdad...

En lugar de eso, llamo a mi madre por enésima vez, solo para que me salte otra vez el buzón de voz. Sé que está en algún lugar del mar del Norte, en una zona fronteriza de Europa cuyo nombre desconozco, y que entre nosotras, la diferencia horaria es enorme. Aun así, me habría gustado que respondiera a la primera a mis llamadas y que estuviera aquí para apoyarme, en lugar de en busca de una ballena casi extinta. Aunque seamos sinceros: no es la primera vez en mi vida que esta mujer me decepciona.

—¿Señorita Foster?

Un médico, que apenas me saca media cabeza, entra en la habitación, mira a mi tía y me hace señas para que le siga. Miro a Faye. Debería haberla acariciado, hacerle saber que estoy aquí y que he venido por ella. Por nosotras, en verdad, por lo poco que queda de la familia. Si mi madre no es capaz de cuidar de su hermana, ya lo haré yo.

Entramos juntos en la sala de enfermería y me quedo allí, expectante. Me está costando esperar y esperar a que me expliquen los detalles de la situación. Las dos enfermeras presentes se van en cuanto nos ven para dejarnos solos, y el médico me invita a sentarme.

—Soy el doctor Jarvis. Antes le he colocado varios estents a su tía.

—¿Cómo que varios?

La mesa que nos separa está repleta de tazas de café y cubierta de migas y papeles. Con una tranquilidad de la que solo pueden fardar los médicos, barre las miguitas de galleta con un gesto indiferente y firme de la mano y las deja caer en el suelo pulido.

—Cuatro, para ser preciso. No voy a mentirle... Ha estado cerca.

Trago saliva y asiento. Siento una carga que me oprime el pecho.

—Su tía ha salido de esta; por el momento, al menos. Sin embargo, la vigilaré de cerca durante las próximas cuarenta y ocho horas. Solo cuando estemos seguros de que no hay riesgo de otro infarto, la trasladaremos a planta. Hasta entonces, seguirá recibiendo cuidados intensivos. No se preocupe: está en buenas manos.

Una vez más, asiento. Me siento como un pasmarote. No opino, no se me ocurre nada que decir, tan solo absorbo lo que el universo me ofrece. Ni siquiera puedo pensar con claridad, solo permito que las emociones se acumulen en mi interior hasta formar un torbellino.

El médico se rasca la barba canosa.

—¿Tiene alguna pregunta?

—Em... —digo, inclinándome hacia delante—. ¿Qué hago ahora? Quiero decir, ¿qué va a pasar? ¿Se pondrá bien?

—Por desgracia, no lo sabemos. Las posibilidades de recuperación dependen de lo que ocurra a continuación. En todo caso, aunque haya superado la fase crítica, no será fácil. Llevará tiempo y seguirá teniendo un ritmo cardíaco muy limitado. En otras palabras, necesitará rehabilitación, tendrá que cumplir con una serie de ejercicios, cambiar su estilo de vida y, en el

peor de los casos, necesitará cuidados.

Sonríe, pero es una sonrisa triste.

Ahí está, el choque de realidad. La preocupación por mi tía me está matando, pero además, esto es un desastre para nuestro humilde estilo de vida.

¿Qué vamos a hacer? ¿De dónde vamos a sacar el dinero?

—Pero todo esto es solo una posibilidad. No tiene por qué suceder. De momento, vamos poco a poco.

—Entiendo... —murmuro, no muy convencida.

Parece un buen hombre y sé que debo confiar en sus conocimientos, porque yo, de cardiología, no entiendo ni papa. Pero él no tiene ni idea del pantanal en el que nos hemos metido las dos a raíz de todo esto.

—Antes de que vuelva con su tía, tenemos papeleo del que ocuparnos. ¿Podría decirme cuál es su seguro médico?

El médico frunce el ceño mientras mira la historia clínica que tiene delante. Me invade el miedo. Se me humedecen las palmas de las manos y la nuca. El picor en la espalda se agudiza.

Menudo desastre.

—Mi tía no tiene seguro médico. Está jubilada, por así decirlo, y...

Me callo porque no hay nada más que decir. No se me ocurre qué más añadir.

—Bien, entonces emitiremos una factura directamente por los servicios. Por favor, deje sus datos a la enfermera Lucy cuando se vaya. Tendrá que rellenar un formulario que encontrará en recepción. Si tiene alguna pregunta médica, no dude en venir a verme.

Se levanta y yo hago lo mismo.

—Muchas gracias...

Definitivamente, hoy es el día de las primeras veces. Aunque he pasado por un infierno en los últimos años por culpa de mi urticaria, la carrera y el acoso que he sufrido, hoy es el primer día de mi vida en el que no sé qué va a ser de mí.

¹ *N. de la T.* De acuerdo con la Fundéu, es una «prótesis intravascular que sirve para mantener abierto un vaso previamente estenosado».

6

Cada vez me pasa más a menudo: a pesar de que tengo un montón de prendas en el armario, ninguna me sirve. No porque una vez más me haya olvidado de descolgar la colada del tendedero y se haya llenado de mugre por el aire polvoriento del extrarradio, sino porque ninguna de las prendas es adecuada para la ocasión. Todos mis trajes elegantes dejan ver demasiada chicha. No en el sentido clásico: no son exageradamente escotados, pero sí cortos de mangas y andan un poco escasos de tela por la parte de los hombros. A cualquier otra mujer le quedarían bien, pero yo no me los pondría ni loca. Con estas cicatrices, no se puede.

Desesperada, miro a mi alrededor y luego alzo la vista en dirección al espejo. Ya conozco el mundillo en el que voy a meterme. Lo fotografío a menudo y, en cierto sentido, formo parte de él, aunque sea por obligación. Al fin y al cabo, todos los días saco a pasear a los perros de famosos y empresarios pudientes. No creo que nunca me haya cuestionado qué ponerme. No es que me haya importado las pintas que llevaba para dar una vuelta con los perrillos... hasta hoy.

De repente, mi camisa de cuadros está demasiado arrugada, mis vaqueros, demasiado rotos y mis botines, demasiado sucios. Sin embargo, dentro de nada me tengo que presentar en Montgomery & Lewis y necesito lucir perfecta. Si hay alguna esperanza de conseguir un trabajo de verdad o un contacto en este sector, tengo que estar impecable. Y he ahí algo que jamás se me ha dado bien.

Al final opto por una falda, pero como no quiero enseñar las piernas bajo ningún concepto, me pongo unas medias negras opacas debajo. Por mucho que rebusque en el armario y haya una montaña de ropa apilada en el sofá, no encuentro un top que me siente bien. De repente, un suéter azul oscuro de cuello alto de mi tía me parece una buena opción. Es demasiado abrigado para las temperaturas veraniegas de Los Ángeles, pero oculta las partes de mi piel que llevan horrorizándome todo el día.

Vuelvo a mirarme al espejo. Tengo un aspecto mucho más profesional que de costumbre, pero estoy lejos de ser una mujer adinerada y con clase.

Bueno, qué más da. Nos apañaremos con esto...

Me recojo rápidamente la melena en una trenza alta y salgo por patas. Faye siempre me ha dicho que hay que vestirse para el trabajo que una quiere, no para el que se tiene.

¡Pues he aquí mi penoso intento, tía!

Antes de que pueda volver a cuestionar mi plan y echar a perder mi motivación, me suena el móvil. Nunca había deslizado el icono verde hacia arriba con tanta rapidez para responder a una llamada.

—¿Sí? —digo entre jadeos, casi sin aliento.

Inmediatamente, se despiertan en mí pensamientos y temores. Tengo la cabeza a punto de estallar, como una hilera de cohetes en un castillo de fuegos artificiales.

—¿Riley?

Al oír la voz de mi madre, me fallan las piernas. Me tumbo en el sofá, aparto la pila de ropa con una mano y con la otra, sujeto el teléfono contra la oreja.

—¿Qué pasa? Me has llamado centenares de veces...

Las lágrimas me impiden hablar, así que carraspeo con ganas antes de que, al fin, salgan las palabras.

—Es la tía Faye... Le ha dado un ataque al corazón y...

—¡Ay, Dios! ¿Cómo está? No... Pero ¿ha...?

—Está bien —interrumpo a mi madre para que deje de imaginarse lo peor.

Hasta este momento, solo he pensado en mí, sobre todo en las consecuencias que el estado de Faye tendría en mi vida. No se me había ocurrido pensar en mi madre ni en el miedo que debe sentir por su hermana, estando a miles de kilómetros de distancia.

Para ahorrarle el susto, le cuento lo que ha sucedido en las últimas veinticuatro horas, de carrerilla. Intento dejar a un lado mis preocupaciones y concentrarme en los hechos y detalles. Los exámenes médicos, los progresos tras la operación, las perspectivas de futuro... Mi tía, a la que tanto quiero, está estable y de momento, me aferro a eso para mantener la esperanza.

—Esta tarde voy a pasarme a verla. Si sigue siendo tan valiente y fuerte, mañana saldrá de cuidados intensivos —añado.

El silencio que sigue a mis palabras dura unos cuantos segundos. Me levanto y cojo un par de prendas, en un intento bastante superficial de doblarlas.

—Bueno, menos es nada... Aún hay esperanza —murmura mi madre, que parece estar pensativa.

Así son las cosas con los Foster. Necesitamos tiempo para superar los problemas y digerirlos.

—Todo va a salir bien. Saldremos de esta.

No estoy segura de a quién estoy tratando de convencer con eso último: ¿a mi madre o a mí misma? Además, estoy segura de que no lo conseguiremos, porque estoy sola.

—Te enviaré dinero —dice y yo pongo los ojos en blanco.

—Mamá...

—No tengo mucho, pero te enviaré todo lo que he ahorrado.

—No hace falta.

No tengo ganas ni fuerzas para discutir con ella. Su trabajo es su razón de vivir. La mayor parte del tiempo no podría estar más feliz por ella. No quiero interponerme en sus planes de futuro, porque después de todo lo que ha pasado con mi padre, tiene derecho a buscar la felicidad como ella considere. Sé que ha encontrado su vocación como bióloga marina. Aunque a veces me siento muy sola, con Faye se me hace más fácil y llevadero. Pero ahora, sola en esta caja de zapatos que tenemos por piso y hasta el cuello de preocupaciones en lo que a dinero se refiere, he de admitir que apenas puedo soportarlo.

—Lo siento mucho, cariño... Lo sabes, ¿no?

—Sí, lo sé.

Me las arreglaré. No me queda otra. Solo necesito dinero y, de paso, un poco de tiempo para encontrar un trabajo decente o más clientes. Eso bastará para salir del apuro y pagar las facturas médicas de Faye.

Bajo la vista al suelo.

No, no será suficiente... Las cifras son infumables y los ahorros de mi madre no van a resolver la situación. Ahora mismo, no me importa lo infantil que suene: quiero ir adonde esté ella. Necesito que me abrace.

—Te echo de menos... —susurra, como si pudiera leerme la mente.

A pesar de nuestras diferencias y de la enorme distancia que nos separa, siempre hemos

tenido una conexión telepática.

—Y yo a ti... Te quiero, mamá.

De nuevo, se me hace un nudo en la garganta.

De repente, se oye ruido de fondo al otro lado de la línea. Un par de voces se cuelan en el micro y la señal se corta. Escucho a mi madre a trompicones.

—Lo siento, pero... tengo que...

—Tranquila. Vete a salvar ballenas, o lo que sea que hagas...

Aunque la tristeza ya se ha instalado en mi pecho, sonrío. Con tan solo imaginármela a la deriva, en medio del océano, buscando animales que proteger, me siento mucho mejor. Es como si el dolor de las últimas horas mereciera la pena. El mundo me parece un poco menos injusto.

—Mañana te llamo. Prometido.

La línea se corta de nuevo. En cualquier momento, perderé la señal. Con ese teléfono por satélite que usa, estoy más que acostumbrada...

—Vale, ¡hasta mañana! —le digo para despedirme, aunque sé perfectamente que no cumplirá su promesa.

Justo cuando se corta la línea, me suena otra vez el teléfono. Sorprendida, descuelgo rápidamente, pensando que tal vez sea mi madre otra vez, aunque es poco probable.

—¿Mamá?

—No, soy Tom. Y estoy furioso.

No hacía falta que lo dijera: lo intuyo por el tonito con el que se dirige a mí.

—Esto... Hola, Tom.

—¿Me vas a decir por qué apareces en el *California Times* con los dos agentes inmobiliarios más famosos de la costa oeste? Y ahora lo importante: ¿por qué coño no me has enviado una foto de ellos? Si conoces a gente tan importante, ¡al menos podrías hacer el esfuerzo de lucirte un poco!

—Pero ¿qué dices? Si yo...

—¿Qué pasa, ahora hablo en chino o qué?

Sé que es una pregunta retórica, pero tampoco sabría si decirle que no al cien por cien. Que yo sepa, mi jefe habla más de siete idiomas...

—Em, no... —tartamudeo de una forma penosa.

—Entonces te olerás por qué estoy tan decepcionado.

Por lo visto, en la redacción se respira tensión, porque aparta el teléfono para gritarle algo a alguien y luego sigue despotricando de mí como si nada.

—Bien, ¿por qué no me has mandado una foto de Grayson Montgomery y Yasha Lewis? ¿Eres amiga de esos dos?

—¿Qué? ¡No! Por Dios, si apenas los conozco...

—¡Ah, o sea que los conoces!

—La verdad es que no. Solo he hablado con ellos una o dos veces hasta ahora.

Se me escapan un par de gallos cada vez que hablo.

—¿Y por qué no les has sacado una foto? Me refiero a una decente, no a ese horror que he encontrado entre lo que me mandaste. ¿De espaldas, en serio? Sabes cómo funciona una cámara y lo que espero de ti, ¿no?

Pues sí que está cabreado...

—Hoy los veo —digo, antes de que se emocione y se pase de la raya.

—¿Ah, sí?

De repente, se le pasa el enfado. Respiro hondo.

—De hecho, estaba a punto de marcharme. Voy a pasear al perro de Grayson Montgomery. Quizá pueda averiguar a qué evento los han invitado e ir a hacerles fotos allí la próxima vez.

Tremendo plan que he urdido en mi cabeza.

—Riley, Riley, Riley...

Me lo imagino negando con la cabeza.

—Escucha, Tom, ayer ingresaron a mi tía en el hospital. Yo también he tenido problemas de salud. Por favor, no me despidas. Necesito el dinero. Si no, no sé cómo saldré adelante. Te he enviado algunas fotos de anoche. Seguro que puedes usar una o dos; no me digas que no. Y si necesitas de forma patológica tener a Montgomery y Lewis... ¡Te conseguiré esas fotos, te lo prometo!

Frunzo los labios y espero su reacción.

—Cariño, aún no sabes lo que es un paparazi, ¿verdad?

—¿Alguien que saca fotos a los famosos?

—No, alguien que espera el momento perfecto y pulsa el disparador.

Trago saliva y me calzo los botines. Me había olvidado de las grietas que asoman en el cuero y de que quería limpiarlas antes de salir. Ahora ya no me da tiempo.

—Las fotos que me has mandado de esa cantante de segunda son muy bonitas, pero no me sirven de nada para el tabloide. La chica está muy mona, pero por eso mismo, es aburridísimo. ¿Tú te crees que eso le va a interesar a alguien? Quiero que encuentres un escándalo y lo immortalices. ¡Algo nuevo, algo que vuelva locos a los lectores! ¡Una historia que podamos publicar en internet y que llame la atención de los medios!

Meto la pomada de cortisona en el bolso junto con la cartera, las llaves y las pastillas, y me lo cuelgo en el hombro. Con un par de zancadas, salgo del bungaló y doy un portazo tras de mí.

—¡Lo tengo! Quiero a Brandon Montgomery —suelta Tom.

Si estuviera en su despacho, ahora mismo me estaría mirando de reojo, como un matón salido de una peli malucha de gánsteres.

—¿A quién?

—¡El hijo de Grayson! Quiero una foto suya, con o sin su padre. Desde que nació, ha mantenido al niño lejos de los medios. Tampoco se sabe quién es su madre. Nadie tiene fotos, nadie sabe qué hay detrás de todo esto ni cuál es su historia. Y para eso estás tú. Me lo vas a servir en bandejita de plata, ¿a que sí?

Me detengo en medio de la calzada. Un camión me toca el claxon y me devuelve a la realidad.

—Creo que te estás flipando. No me sobreestimes. Grayson y yo apenas nos conocemos. Jamás va a dejar que me acerque a su familia...

Cruzo la calle a toda prisa y me pongo a la sombra para que mi piel no haga de las suyas. Cada vez me pica más debajo del suéter.

—Puede que te haya sobrevalorado, sí. Por desgracia, tienes talento, pero lo desperdicias en sueños absurdos. Si de verdad quieres trabajar para mí y ganar algo de dinero, tráeme una foto de Brandon Montgomery. Si la consigues, te pagaré 50 000 dólares.

Abro los ojos de par en par. ¿He oído bien? ¿Estoy soñando? Debe ser una pesadilla...

—¿Perdón?

—Piénsalo, Riley: esta es tu oportunidad de demostrarme que no me he equivocado contigo.

A mis piernas les cuesta sostenerme. Me detengo de nuevo y parpadeo contra la luz cegadora

del sol ardiente de West Adams.

La cifra es tan alta que casi parece surrealista. Sé que algunos de mis compañeros se han agenciado ese dinero o más con sus pinitos en el negocio. No es la primera vez que oigo historias sobre paparazis que han conseguido la foto del siglo y que han salido del pozo con la pasta que cobraron por ella. Sin ir más lejos, el año pasado, la primera foto de la barriguilla de embarazada de Leslie Sniper hizo que un fotógrafo ganara ni más ni menos que 500 000 dólares. Las mismísimas Angelique LaCruz y Taylor White vendieron las fotos de su boda a *Society Magazine* por casi un millón de dólares. Vamos, que las fotos dan *money*¹. Eso está claro.

El dinero es la solución a todos mis problemas, pero me ayudaría enormemente. Pero ¿cómo me acerco a Grayson Montgomery? Además, ¿realmente quiero hacerlo? ¡Su hijo es solo un crío! Un chavalín inocente que todavía no forma parte de todo este circo.

—Yo... —arranco, pero Tom no me deja objetar.

—Aprovecha la oportunidad, bonita. Si no, estás fuera.

Justo después, cuelga.

Oigo la señal comunicando y, más tarde, tan solo el ruido del tráfico y los ladridos del pitbull de los vecinos.

¹ N. de la T. En inglés, dinero.

Solo con ver la fachada impoluta de las oficinas, ya asumo que esto no podría ser más distinto a mi barrio. El mármol que refleja los rayos del sol, los refinados muebles tapizados que se ven a través de los ventanales que llegan del techo al suelo y el metal pulido a la perfección de la puerta principal del edificio apestan a opulencia. Reconozco los indicios de riqueza gracias a las múltiples villas y propiedades donde voy a buscar a los perritos cada mañana y los dejo por la noche. Aun así, el corazón se me acelera en el pecho y me sudan las manos. Todo es familiar y nuevo a la vez.

Cierro los ojos un momento.

50 000 dólares.

No puedo sacarme esa cifra de la cabeza, pero me corroe tener que hacer algo tan horrible para conseguirla. No sé si podré. Va en contra de mis principios. La familia es sagrada para mí.

¿Vale la pena poner en riesgo la familia de otro para salvar la mía?

Abro los ojos y veo a mi tía Faye. Ella ha cruzado el foso en más de una ocasión para conseguir sus objetivos. Me lo ha dicho muchas veces. Se merece que hagamos lo mismo por ella, sin mirar atrás.

Empujo una de las puertas acristaladas del edificio e, inmediatamente, me recibe un terrier de pelaje rizado color crema.

—Tú debes de ser Piper, ¿verdad que sí, chica?

Me agacho y dejo que la perrita me olisque la mano. Mueve la cola de un lado a otro.

—Bienvenida a Montgomery & Lewis. ¿En qué puedo ayudarla?

Un joven vestido con un traje azul claro se para detrás del mostrador más cercano a la puerta principal y me mira.

—Me llamo Riley Foster. Soy paseadora de perros y me gustaría hablar con el señor Montgomery.

Intento ocultar los nervios con una sonrisilla. La perrita sigue moviendo la cola y pega saltos alegres de un lado a otro.

—Grayson Montgomery está en una reunión, pero enseguida le diré que ha llegado. ¿Le apetece un café?

El chico se alisa la chaqueta con la palma de la mano. Lleva en la muñeca un reloj de pulsera brillante, que probablemente cueste tanto como todos mis estudios.

—Sí, claro, te lo agradezco —respondo, apartando rápidamente la mirada para que no se percate de que le he echado un vistazo al relojito.

Si no, a lo mejor le da por llamar a la policía...

Asiente y se levanta. Eso me da la oportunidad de seguir observando lo que me rodea.

Como en un aula de instituto, las mesas están alineadas en una sala redonda. Bueno, seguro que esta agencia está equipada con tecnología puntera. Detrás de unas pantallas curvas hay dos mujeres trabajando. Ambas parecen modelos dignas de una revista de moda. Primero me fijo en una mujer bajita y elegante, con una melena negra azabache hasta los hombros. Lleva un vestido

rosa brillante y tacones de aguja dorados. Vamos, lo que solo se ve en una inmobiliaria del Sunset Strip. La chica se fija en mí, con el teléfono en la oreja, y me saluda como si nos conociéramos. Incrédula, le devuelvo el saludo. A su lado, hay una mujer que rondará el metro ochenta. Está ligeramente agachada, de forma que sus pechos tensan peligrosamente la tela de su blusa plateada. Tiene el pelo rubio y rizado y me recuerda a la melena de un león. Ella también me mira, pero solo para inclinar levemente la cabeza. Me lo tomaré como un saludo.

Al otro lado de la sala, unos ojos marrones y atentos me miran fijamente. La belleza bronceada se coloca una mata de pelo castaño oscuro brillante por encima del hombro y se levanta. Tras ajustarse una falda bastante corta, camina a grandes zancadas hacia mí.

Clonc, clonc, clonc.

Sus zapatos hacen un ruido infernal sobre el mármol.

Todo el mundo nos mira: el chico que me prepara el café, su compañera, que luce un vestido morado con *brillibrilli*¹, que sería más apropiado para la hora feliz que para reunirse con los clientes, y la joven morena del fondo de la sala, deslumbrante, que levanta la vista de la pantalla. No me quitan los ojos de encima y empiezo a pensar que la plantilla entera se ha engalanado para un evento en sociedad. Está claro que ellos serían el mismísimo epicentro de la fiesta.

—Hola, soy Reagan Hughes —dice la mujer que sigue caminando hacia mí.

Se detiene frente a mí y me tiende una mano perfectamente cuidada. La perrita, que sigue pegada a mí, le hace sitio inmediatamente. Normal. No puedo evitar quedarme embobada con la belleza de esta mujer. Tiene que ser, mínimo, de la realeza. La forma en que levanta la cabeza, me sonrío y me da un apretón de manos suave pero firme... En fin, me deja sin palabras.

—Hola...

A su lado, me siento como una sin techo. Así, de pronto, soy una de esas personas que viven en los barrios bajos de Los Ángeles, en la red de túneles, aislados de la sociedad.

—¿Quieres ver a Grayson? ¿De qué le conoces?

Me observa.

No como en las pelis, cuando la villana se acerca a la pobre chica y la mira de arriba abajo. No, creo que no lo hace con mala intención. Sin embargo, supongo que sí se está fijando en cada detalle de mi atuendo. Probablemente todos en esta sala sepan lo que vale mi ropa. O mejor dicho, lo que no vale.

—Me gustaría pasear a su perra. Trabajo en eso.

Me entra un ligero dolor en el pecho al admitirlo en voz alta. En el pasado, soñaba con trabajar aquí, ser como ella. Quería ejercer como arquitecta o agente inmobiliaria en una empresa de éxito y ganar dinero para poder permitirme todos estos lujos: pedicura, manicura, *lifting* de cejas, extensiones... En fin, todo sin lo que no se puede vivir en esta parte de los Ángeles.

—Qué guay. Debe ser interesante, ¿no? Seguro que conoces a mucha gente rica...

Reagan mira brevemente por encima del hombro antes de sonreírme.

—Sí, así es... Mis clientes están todos muy ocupados y necesitan que alguien cuide de sus perrillos.

Posa los ojos en mis manos e inmediatamente dejo de jugar con la manga del suéter. Aunque sonrío todo el tiempo, no puedo evitar la sensación de que es solo una fachada.

—¿Sabes si alguno de ellos está buscando una nueva propiedad? Como sabes, somos agentes inmobiliarios y nos encanta descubrir oportunidades de negocio. Siempre he sido partidaria del proverbio: «Una mano lava la otra»². En fin, ya me entiendes...

Me guiña un ojo.

—Por supuesto. Yo pienso igual que tú. Ahora mismo no se me ocurre nadie en particular, pero si me entero de algo, te llamo.

Dudo mucho que pueda ayudar a esta diosa de piernas interminables a conseguir algo en su vida, pero estoy dispuesta a intentarlo. No le digo que la mayoría de mis clientes solo me hablan de cacas de perro y horas de paseo.

—Perfecto, gracias...

—Riley —añado con precisión.

Reagan abre la boca, pero la mujer de la melena de león se acerca a ella antes de que pueda decir nada.

—¿Ya estás espantando a nuestros clientes otra vez? —le pregunta a su compañera.

Reagan pone los brazos en jarra sobre sus caderas firmes y sacude la cabeza de una forma tan dramática que se le agita el pelo castaño.

—Claro que no. ¿Quién te crees que soy? Además, Riley no es una clienta. Me lo acaba de decir...

La expresión de su cara me confirma, así como a todos los que nos observan atentamente, que no necesitaba hablar conmigo para darse cuenta de lo evidente.

La rubia no contesta y aparta a Reagan.

—Quinn Mills, encantada de conocerte. Sea lo que sea que te ha dicho, no te creas ni una palabra.

Se empujan entre ellas con aire juguetón. Detrás de ellas, los demás se ríen de su bromita, pero me cuesta ver qué hay de divertido en todo esto. Actúan de forma bastante sospechosa.

Como no sé cómo reaccionar ante esta discusión, sonrío y asiento. Van a pensar que estoy desquiciada, pero me da igual.

Piper se me cuela entre las piernas, así que miro hacia abajo durante un instante. Cuando levanto la vista, se abre una puerta al otro extremo de la sala, justo al lado de lo que parece ser una cocina, que todo sea dicho, es más lujosa que cualquiera en la que haya estado antes.

¿Cuánto costará una de esas cafeteras? Probablemente lo que gano en un mes de trabajo o más...

—¡Ay, qué bien! ¡Aquí estás! —exclama de pronto Yasha Lewis, sonriéndome.

A diferencia de las demás mujeres presentes, sus zapatos no repiquetean contra el suelo. Lleva sandalias planas, pero probablemente no sean más baratas que los tacones de aguja de sus compañeras.

A la señorita Lewis la siguen dos hombres. Uno de ellos me resulta familiar. ¿Le habré visto en la alfombra roja de la gala del año pasado? Es muy probable, porque tiene la estatura y los andares de un modelo de ropa interior.

Poco después, le llega el turno al señor Montgomery, que sale de la sala de reuniones. A diferencia del desconocido y de su compañero, no me sonríe. Más bien saca a relucir una leve mueca al reconocerme. El corazón me deja de latir de inmediato y luego vuelve a la carga a una velocidad acelerada.

—¿Has visto, Grayson? ¡Piper ya adora a Riley!

Yasha es la primera de todas en acercarse a mí. Se agacha y coge a la perrilla en brazos. El animal no parece muy entusiasmado. Se resiste y parece que quiere volver conmigo.

Sí, lo sé, tengo ese efecto en los peludines de cuatro patas...

Grayson se detiene a un metro de nosotros y se mete las manos en los bolsillos del pantalón

de traje. Va vestido con una elegancia suprema y parece un hombre de negocios respetable. Como siempre, vaya.

—Oh, perdona, aún no conoces a Sawyer... —dice Yasha mientras Piper se baja al suelo.

La perrita vuelve a mí y me rasca las piernas.

—Me llamo Sawyer Montgomery. Encantado de conocerte.

El desconocido me tiende la mano. La sonrisa amplia que me dedica le ocupa prácticamente toda la cara. Entonces percibo un sutil parecido entre Grayson y él. No es tan evidente a simple vista, pero sí que es cierto que son bastante similares.

Joder, estos hermanos ganaron la lotería en el tema de la genética...

—¡Piper, estate quieta!

Grayson se acerca a mí y empuja suavemente a su perrita hacia un lado con el pie.

—Discúlpala —añade.

Aunque me habla a mí, ni siquiera me mira a la cara. Sin embargo, de repente me doy cuenta de que lo tengo muy cerca.

¿Por qué siempre me hace esto?

—Bueno, ¿pasamos a la entrevista? —pregunta Yasha.

Mira a Piper, luego a mí y, finalmente, a Grayson. Nadie se mueve. Sawyer sigue sonriéndome ampliamente. Grayson evita el contacto visual y Piper me araña las medias. Espero que no me haga una patata. O al menos, que no escarbe hasta que se me salte una costura...

—Creo que ha habido un malentendido... —dice Grayson.

Bueno, por lo menos, ahora me mira, pero apenas hay diferencia. Solo veo frialdad en sus ojos.

—¿A qué te refieres? Me gustaría cuidar de Piper, señor Montgomery —digo con valentía.

Enderezo la espalda e intento resistir al aire rudo que emana de él. Ya he tenido suficiente experiencia con gente rica. No se librará de mí tan fácilmente. Necesito este trabajo.

—Sí, ese era el plan... —dice Yasha.

—Por favor, no te metas en esto, Yasha...

Grayson se vuelve hacia ella y ambos intercambian miradas que no consigo entender. Supongo que el otro Montgomery tampoco, porque se encoge de hombros y se va a paso firme hacia las modelos-agentes inmobiliarias, que están todas arrejuntadas, no muy lejos de nosotros, sin perderse ni un segundo de nuestra conversación.

—Grayson, ya hemos hablado de esto... —susurra la señorita Lewis.

Doy un paso atrás. No quiero verme atrapada en fuego cruzado. Cuando una pareja discute, suele acabar mal. Ya lo he vivido con mi tía y su exmarido.

—Ya te dije que tenía mis dudas sobre la señorita Foster... —responde.

Ay.

Mi primer instinto es huir. No quiero inmiscuirme en conflictos como este y que luego me estalle todo en la cara. Pero también es cierto que necesito el dinero urgentemente. Y en cierto modo, mi reputación también está en juego, así que no voy a permitir que me rechace.

—Disculpa, pero soy perfectamente capaz de cuidar de Piper. Si tienes alguna duda sobre mis capacidades, adelante, pregunta, seguro que podré acallar tus miedos. Conozco bien a los perros y nunca ha pasado nada grave cuando los saco a pasear. La única infracción que he cometido en los últimos seis meses ha sido no recoger las heces lo suficientemente rápido para evitar que acabaran en unos zapatos caros.

El corazón me late con fuerza. Agacho la cabeza hacia Piper para evitar la mirada crítica de

Grayson. Sus compañeros ya me han hecho sentir incómoda, pero esto es otro nivel.

—No dudo de tus capacidades. Estoy seguro de que te desvives por ellos, pero lo que cuestiono es tu carácter. Yo solo trabajo con gente íntegra y leal.

Sonríe con calma, pero apenas levanta las comisuras de los labios.

Toso. Me he atragantado con mi propia saliva.

Pero ¿qué coño...?

No se me ocurre otra cosa que mirarle fijamente, enarcando las cejas. Siento un cosquilleo. Primero en el hombro derecho y luego va bajando por el omóplato hasta la espalda, a mitad camino entre los hombros y los riñones.

—Grayson, ¡por Dios! —exclama Yasha, sorprendida.

Su pareja se gira hacia mí y toma mi mano entre las suyas. Extrañamente, hay algo reconfortante en ese contacto. No recuerdo la última vez que alguien me cogió de la mano.

—Por favor, disculpa a mi amigo. Se toma muchas molestias en lo de proteger su vida privada.

Luego se vuelve hacia Grayson y me suelta la mano. Me atrevo a intervenir.

—No sé qué has oído hablar de mí, o qué te han contado, porque no parece que te hayas formado una buena opinión de mí. Sin embargo, jamás he tenido problemas con ninguno de mis clientes anteriores. Si es por las fotos que hago de vez en cuando...

Grayson levanta la mano. Inmediatamente, me callo. Me odio por haber cedido.

Pero ¿quién se cree que es? Me deja en evidencia aquí, delante de todo su equipo, y cuando intento defenderme, ¿tengo que arrodillarme ante él? Dios, me encantaría ser como mi tía Faye. Ella habría pasado de su orden de silencio y le habría soltado lo que pensaba.

—Mira, no pretendo ofenderte, pero no dejo de pensar en que tienes motivos ocultos...

—¿Quieres dejar de actuar como si te persiguiera, Grayson? ¡Es una paseadora de perros! ¡Nada más! Necesitas ayuda, de verdad te lo digo...

Los dos se miran de nuevo.

Se escucha un cuchicheo detrás de nosotros. Los agentes inmobiliarios, Montgomery número dos y el chico de recepción parecen estar viviendo esta discusión a fondo. Debe de haber sido lo mejor del día...

Ya estoy harta. Aunque no puedo resistirme a los ojitos marrones de Piper, que me prometen amor eterno, me alejo lentamente. Ni siquiera quiero oír lo que tengan que decir de mí. Las palabras de Yasha, aunque las haya soltado para protegerme, duelen.

No soy más que una paseadora de perros. Y ya.

Quise entrar en este mundo y ahora se me niega hasta como empleada ajena a la empresa.

Mientras camino lentamente hacia atrás y me giro hacia la puerta para desaparecer sin volver a abrir la boca, una mano se posa en mi hombro. Es el otro Montgomery.

Me guiña un ojo, señala con la cabeza en dirección a los dos ricos que siguen discutiendo y silba estridentemente para que nos miren.

—Oye, Grayson, siempre pones a prueba a todos tus empleados, ¿verdad? ¿Por qué no le aplicas el cuento a la señorita Foster?

Su hermano niega inmediatamente con la cabeza. Yasha asiente y se escucha un bisbiseo en la sala. Otra vez las cuchichitas³. Intuyo algunas palabras, pero no descifro nada con sentido.

—No quiero que sepa dónde vivo —contesta Grayson.

Contengo la respiración. ¿De verdad ha dicho eso? ¿Qué he hecho yo para merecer tanta

hostilidad? Ni siquiera sabe lo que hago como paparazi, así que, claro, no puede saber que intento regirme por la moral. Además, ni siquiera he cometido un error garrafal en público. No soy responsable de las fotos que aparecen en primera plana de los tabloides. Mi nombre jamás figura ahí abajo.

Al ver su ceño fruncido, la forma en que levanta la barbilla y su actitud de chulo con los brazos cruzados, que amenazan con petar las mangas de una chaqueta un tanto ajustada, casi me entran ganas de aceptar la oferta de Tom. Los 50 000 dólares me saben a gloria.

Grayson Montgomery es un imbécil.

Lo está siendo ahora, con su forma absurda de discriminarme, y lo fue en su momento, cuando le mandé el currículum y ni siquiera recibí un correo en el que me rechazase de forma educada. ¡Me da igual lo que le pase a este hombre!

—Bueno, pues le doy mi dirección —dice su hermano, encogiéndose de hombros.

—Exacto, o la mía. ¿A mí qué más me da? ¿Qué va a hacer la señorita Foster? —añade Yasha.

Me muerdo el labio inferior. Si se trata de dinero fácil, aquí hay para rato...

Grayson pone los ojos en blanco. Me muerdo la carne con fuerza, porque las ganas de darle un puñetazo en su preciosa cara esculpida en mármol son casi inaguantables.

¿Qué problema tiene este hombre?

—Vale, pero será solo hoy. Le dejarás a Piper a mi hermano, porque, de todas formas, todo el mundo sabe dónde vive.

Montgomery número dos chilla como si se tratara de una competición de lo más emocionante. Dios mío, ¿sabrá la gente como él lo que es esforzarse en el día a día?

—Qué amable por tu parte... —Las palabras salen de mi boca con un tono más tajante de lo que me gustaría.

De repente, le cambia la expresión del rostro; pasa de esbozar molestia y tenacidad a dibujar algo muy distinto: asombro.

Grayson Montgomery me subestima y no es el primero que aprende gracias a mí que las apariencias engañan.

¹ *N. de la T.* Brillante y, en ocasiones, con purpurina.

² *N. de la T.* El proverbio entero es: «Una mano lava a la otra, y ambas la cara». Se refiere a que, si dos personas se ayudan, ambas acaban antes y con menos esfuerzo.

³ *N. de la T.* Del verbo «cuchichear». Hablar en voz baja, pero a un volumen lo suficientemente alto como para que se perciba de fondo.

8

Como sospechaba, Piper no es solo cariñosa con cualquiera que le preste un pelín de atención, sino que también se adapta perfectamente a mi jauría de perrillos.

Ahora que el señor Montgomery ha accedido a que la pasee, recojo al resto de mis protegidos y paso lo que queda del día con ellos en el parque canino de Laurel Canyon. Juegan en la arena, me traen palos y se pelean entre ellos con tanta energía que me cuesta dejarlos en sus casas, porque cuando llega la tarde, están todos cansados y van arrastrando las patas.

Lo mismo podría decirse de mí. Ha sido un día de altibajos. Todavía estoy enfadada con mi nuevo jefe y cada vez que me calmo, me acuerdo de la oferta de Tom. Sería tan fácil...

Bueno, y a todo este percal, se suma lo preocupada que estoy por Faye. Aunque hoy no he tenido noticias del hospital, lo cual es buena señal, he decidido pasarme a verla en un rato. Por eso, estoy dejando a los perros en casa de sus dueños a la velocidad del rayo. En realidad, teniendo en cuenta lo agotados que están, creo que vamos más bien a paso tortuga...

Al final, Sawyer Montgomery me ha dado su dirección, y según la aplicación de navegación del móvil, tengo que pasar el primer control de seguridad un kilómetro antes de llegar a la casa en cuestión. Después de comentarle a la seguridad el motivo de mi visita y de que el señor Montgomery lo confirme, puedo cruzar la frontera de la zona residencial.

Tengo clientes muy ricos, pero lo de esta familia no tiene nombre. Hasta nos hacen pasar a Piper y a mí por una cámara con un detector de metales. La guardia de seguridad quiere quedarse con mi cámara, pero protesto. Por suerte, cuando le digo que tiene el pelo precioso, me deja pasar. Al cruzar la frontera, todo es distinto. Los chalés anteriores a esta exclusiva zona residencial imponen, pero aquí, en el epicentro del paraíso, lo que veo me deja sin aliento.

Edificios gigantescos, de los que apenas se ve el fin, están rodeados de especies arbóreas que no había visto en mi vida. Las praderas desafían el calor abrasador de Los Ángeles con un verde intenso y flores de todos los colores habidos y por haber. Todo lo anterior aporta el toquecito justo de diversidad. Pero la belleza de este sitio no se debe al azar: en cada jardín hay al menos un trabajador encargado de que la flora no se achicharre con estas temperaturas. Todos me saludan amablemente mientras paseo por las calles con Piper. La perrilla ha deducido enseguida adónde vamos, y se la ve encantada de ir a buscar a su tío.

Me pregunto si Grayson vivirá por aquí...

Tengo curiosidad, pero será mejor que me abstenga de hacer preguntas. Seguro que si me da por indagar, hace que me arresten. En verdad, no se equivoca con sus teorías...

El GPS me indica que tengo que girar a la derecha para llegar a mi destino. Mientras sigo las instrucciones, Piper tira de la correa con entusiasmo y yo levanto la vista. Me quedo de piedra. La estampa de la casa me golpea en plena cara.

Bueno, si la llamara «casa» no le haría justicia. Un castillo sería más apropiado, o puede que una mansión, pero sin el matiz de edificio antiguo. «Templo» tampoco es mala palabra, pero no metamos la religión de por medio. O «villa» quizá, pero no luce ostentosa. En fin, en resumen: es increíble.

Las palmeras ocultan la vista completa del edificio que tengo delante. Me subo la visera de la gorra para poder contemplar todos los detalles. Automáticamente, abro el bolso en bandolera y saco la cámara. Piper tira de la correa, pero le doy una orden bastante clara y le ofrezco una chuche a cambio de unos segunditos de tregua y enseguida la tengo tranquilita.

Sería difícil impedir que le saque un par de fotos a este sitio: la disposición de los tejados, la vegetación que rodea la casa, pero que también destaca entre los pisos... Por no hablar del espectacular sendero de piedra que sale de la entrada, que ni siquiera sé a dónde lleva. ¡Todo me anima a inmortalizar la escena! Estoy en mi salsa: arquitectura, fotografía, arte y creatividad; todo en uno. Me olvido de lo que me rodea y me limito a encuadrar. Me agacho para conseguir un ángulo precioso de la puerta principal. Piper parece contenta, porque me lame la manita.

—Ah, ¡ahí estás!

Casi me caigo de espaldas cuando oigo la voz de Sawyer Montgomery, no muy lejos de mí. Bordea la casa y me saluda con la mano. Guardo la cámara en el bolso a toda prisa y finjo que busco algo. Cojo rápidamente la bolsita de chuches caninas y le doy dos a Piper.

—Será mejor que no me traiciones o te quedas sin chuches... —digo entre dientes.

La perra me mira y mastica, satisfecha.

—¿Ha ido todo bien con esta chiquitina?

Me levanto, me recoloco la ropa y me acerco a él. Luego me quito la gorra y, de paso, me arreglo el pelo.

—El paseíto ha ido de maravilla, ¿verdad, Piper?

La perrita avanza sin estirar de la correa. Muy educada ella; probablemente espere que le dé más golosinas.

—Vaya, vaya, señorita Foster, la peque parece muy feliz... —admite Sawyer, aplaudiendo—. Ven conmigo. ¿Puedo llamarte Riley? Ahora que vas a venir aquí más a menudo, supongo que estamos en confianza.

Me quita la correa de la mano y se dirige a su castillo-mansión-templo-villa.

—¡Sí, claro! Me encantaría...

—En ese caso, llámame Sawyer —susurra por encima del hombro.

Asiento.

Le sigo y entramos en la casa. Abro la boca. Al ver la madera oscura, combinada con la gran variedad de plantas exóticas dispuestas en un jardín vertical de interior, me entran ganas de coger la cámara de nuevo. Pero esta vez no me dejo llevar por mis instintos. No se puede, pero me duele en el alma. Si me concediera una o dos horas en su casa, captaría la esencia de esta finca con una serie de imágenes imponentes. Pero no he venido aquí para eso, así que...

Y tan rápido como me invade el asombro, intento alejarme de un estado contemplativo que no lleva a ninguna parte. Grayson aparece en el pasillo que conduce al salón. Bueno, supongo que lo será, a juzgar por el enorme sofá, la pantalla y el proyector de vídeo del techo que intuyo a lo lejos.

Su cara lo dice todo.

—Buenos días, señor Montgomery —le saludo.

Esta vez no pienso cohibirme. No soy uno de ellos, pero me estoy ganando la vida de forma honrada. ¿Acaso él puede decir lo mismo? ¿Acaso la gente pudiente no suele tener motivos por los que avergonzarse?

Cuando no está trabajando, lleva ropa mucho más informal. Viste unos vaqueros y una camisa gris, que le quedan igual de bien que el traje. Los colores combinan a la perfección con

sus ojos claros. La tela le sienta como un guante a su cuerpo divinamente musculado y...

Tengo que impedir que se me vaya la cabeza, porque ya me está mirando y ni siquiera puedo hacerme una idea de lo que pensará de mí. Todo en él es un misterio. No consigo descifrar sus facciones. Entonces, habla, y me doy cuenta de que me he empanado mirándole a los labios.

—Sawyer, ¿puedes dejarnos un momento? Me gustaría descubrirle a la señorita Foster lo que va a pasar ahora...

Cualquier otra persona creería que se trata de un comentario amistoso, pero yo sé que es la confirmación de que mi aventura en Montgomery & Lewis ha terminado. Hay algo en sus ojos que me da la impresión de que no soy bienvenida aquí. Ni ahora, ni nunca. Jamás. No importa cuántas veces lo intente.

Sawyer acata la orden de su hermano y echa a andar en otra dirección. Sus pasos resuenan a mis espaldas. Habría dado lo que fuera por poder echar un vistazo las otras habitaciones, pero ahora está claro que ni de coña.

Grayson se mete la mano en el bolsillo, abre una cartera de cuero y saca un billete de cien dólares.

—Dámela, por favor —dice, mientras me lo da.

—¿Qué?

Ya le ha quitado la correa de Piper a Sawyer. ¿Qué más quiere este hombre?

Oscurece los ojos y luego estira los labios en una sonrisa que no podría parecer más fría.

—Vamos, Riley... ¿Te crees que soy tonto? Dame la cámara.

La cabeza me da vueltas. Se me tensan las facciones, se me aceleran los latidos del corazón y, de repente, siento que tengo un vacío en el estómago. Necesito comer urgentemente, pero tengo problemas más importantes.

—No sé de qué me estás hablando... —murmuro y doy un paso atrás.

No puedo evitar reaccionar así y, sin embargo, eso me delata. Justo lo que no quería: parezco alguien a quien han pillado con las manos en la masa.

—Te he estado observando y te he visto haciendo fotos de la casa. Eres una paparazi y estás intentando colarte en nuestras vidas con toda esta historieta del perro. Pero eso se acaba aquí y ahora.

Dicho esto, se guarda el billete en el bolsillo de forma descuidada, como si fuera calderilla para él y da otro paso hacia mí. Su aroma se cuela en mis fosas nasales. Aunque estoy asustada y no sé qué va a pasar a continuación, también soy consciente de que lo tengo muy cerca, y eso implica peligro.

—Como no me des esa cámara ahora mismo, llamaré a seguridad.

—¡Está bien, está bien! Por favor, no quiero problemas. Te la daré, pero la necesito de vuelta, ¿de acuerdo?

No puedo imaginar lo que será de mí si se la queda. Dependo totalmente de mis dos trabajos para sobrevivir y no tengo dinero para comprarme otra.

Abro el bolso frenéticamente.

Piper se sobresalta por mi gesto repentino y se hace a un lado. Me mira, recelosa, y me entran ganas de llorar. Las emociones de los últimos días amenazan con salir a la luz. Por mucho que quiera mostrarme fuerte, cada vez que estoy frente a Grayson Montgomery, mi fachada se va al traste. Con mano temblorosa, le doy la cámara. Las yemas de nuestros dedos se tocan brevemente. Evito su mirada, aunque ha cambiado un poquito.

¿Acaso no esperaba que me rindiese con tanta facilidad? ¿No entiende que no tengo ninguna

posibilidad contra alguien como él?

Sacude ligeramente la cabeza y mira la cámara.

—¿Cómo se enciende?

Espero un momento antes de responder.

¿Está de coña? Pero ¿cuán lejos está este hombre de la realidad? A ver, mi cámara réflex tiene más botones que cualquier otro modelo digital, pero hay uno rojo en el que se lee «ON»...

—Ahí —le digo mientras me acerco a él.

Le señalo el botón con la cabeza.

Me mira. Otra vez esos ojos inescrutables. Estamos tan cerca el uno del otro... Más cerca que nunca.

—No se me da muy bien la tecnología —murmura.

Por suerte, ayer pasé las fotos del evento de los famosos al ordenador y las borré de la cámara. Enciendo el botón y me inclino hacia él para que pueda ver en la pantalla las fotos que he sacado. Espero entre foto y foto, para asegurarme de que las haya visto todas: la casa de Sawyer, su jardín y el estanque de al lado... También hay fotos de los perros en el parque. Bueno, y un selfi, que ahora que lo veo, me hace sonrojarme, porque se me ve parte de la rojez del cuello.

Inmediatamente, me empieza a picar la piel, pero me resisto. No debo rascarme.

Finalmente, le doy al botón de «borrar imágenes» y las elimino todas.

—Ya está: hecho. Por favor, no llames a seguridad. Si lo que quieres es que me vaya, lo haré. Me iré y no volveré jamás. Te lo prometo.

Sigue mirándome, con el ceño fruncido. Su cara está tan cerca de la mía que puedo ver todo tipo de detalles: la barba incipiente que le perfila la mandíbula y la boca, la pequeña cicatriz en la nariz que se extiende como una banda plateada hasta su labio superior... He ahí una imperfección que no tiene cabida en su mundo de ensueño. Bueno, ni tampoco en el mío.

Aparto la mirada, retrocedo y guardo la cámara antes de que me la quite. Me inclino brevemente hacia Piper, le acaricio la cabecita y salgo a paso ligero del edificio. El calor me calienta la piel fría.

Se me hace un nudo en la garganta. Un torrente de lágrimas calientes se desborda por mis ojos y me tiembla todo el cuerpo. No estoy hecha para este tipo de estrés. No lo soporto.

—¡Riley, espera!

Sigo caminando, porque no quiero que me vea llorar. Al menos que me ahorre la vergüenza, ¿no?

—¡Siento haberte juzgado mal!

Me detengo y un hociquito húmedo me roza la pierna. Piper me mira con esos ojitos de cachorro a los que no me puedo resistir. Bueno, ¿quién podría hacerlo? La cojo en brazos sin dudarle y le rasco detrás de la oreja. Las lágrimas mojan su pelaje rizado.

—Lo siento, te he tomado por una paparazi. Error mío.

Grayson se pasa una mano por el pelo y se lo alborota. A la luz del sol, casi diría que su brillo compite con el de la superficie del estanque.

—Lo mío es sacar fotos, señor Montgomery. A veces trabajo con personas, pero sobre todo, me gusta fotografiar edificios. Bueno, y animales, o cosas que me interesan, en general.

No es mentira, pero tampoco es verdad al cien por cien. Debería ser sincera, pero ¿qué cambiaría eso?

—No pretendía juzgarte. Por favor, acepta mis disculpas.

Esta vez, me deja ver a través de su coraza. Es tan solo un instante, porque enseguida se cubre con ella de nuevo.

Dios, este hombre es tan serio...

Las gotas de sudor me caen por la espalda. Tengo las palmas de las manos mojadas y una sed insospechada. Me encojo de hombros.

—No importa, estoy acostumbrada. No te preocupes.

Solo quiero irme a casa, recuperar el aliento e ir a ver a mi tía.

—Lo cierto es que me han gustado tus fotos —murmura.

Es la primera vez que no suena como un hombre de negocios. ¿Así es Grayson en privado?

—Esto... Gracias.

—Plasman claramente la propiedad de mi hermano, pero de forma que es imposible determinar su ubicación exacta —añade.

Asiento.

—No quiero hacerte daño; ni a ti ni a tu familia.

Vuelvo a encogerme de hombros. No tengo ni idea de adónde me va a llevar esta conversación.

—Tienes un don para la fotografía. ¿Por qué no te dedicas a esto?

Su sonrisa ya no es fría, sino cálida, y le ocupa toda la cara.

Debería decirle la verdad ahora mismo, pero soy débil y me siento extrañamente atraída por él.

—No todo el mundo tiene la suerte de poder elegir a qué dedicarse o de nacer en un imperio familiar bien asentado.

Su cara se congela y en unos segundos, da paso a una nueva emoción: la alegría. De repente, se echa a reír. Parece que le divierte. Al principio me quedo paralizada, como una tonta, pero luego, me uno.

Qué situación más absurda...

—En fin, disfruta de lo que queda de día. ¿Nos vemos mañana?

Grayson recupera el aliento.

—¿Cómo dices?

—Que vengas a por Piper mañana. Aquí, a casa de mi hermano. Sobre las nueve, si es posible.

Tan pronto como lo dice, ya se está dando la vuelta para irse.

—¡Espera un momento! ¿Todavía quieres que saque a pasear a tu perra?

—Sí. Yasha tiene razón. Necesito ayuda y parece que le gustas mucho a Piper.

La perrita ya no desconfía de mí. Ahora la tengo pegada, como un niño pequeño esperando el postre. No deja de darme golpecitos con la cabeza en el hombro, pero como la tengo cogida, mis manos están ocupadas y no puedo darle una chuche.

—No estoy segura de que sea una buena idea...

Definitivamente, no se esperaba mi respuesta. Seguro que creía que iba a aceptar sí o sí. Pero es que está claro que no se fía de mí, y yo, en cierto sentido, tampoco me fío de él.

¿He confiado alguna vez en alguien?

Ni siquiera confío en mí misma. Este hombre me ha dado suficiente guerra como para que yo le traicione. ¿La ha liado así solo para acabar dándome el trabajo que quería? Venga ya... ¡Y encima me ha insultado varias veces en el proceso! Aún estoy a tiempo de ganarme los 50 000 dólares, y con la escenita que ha montado, es como si quisiera darme vía libre para que le

joda la vida. Porque me frenan la decencia y el sentido común, que si no...

—Mira, te propongo algo: si quieres, por las molestias, puedes volver a hacer fotos de esta casa, como antes. Solo que esta vez no las borrarás: yo te las compraré. Esta propiedad pronto estará a la venta y podré usar tus fotos para nuestro catálogo. Sacarías dinero de todo esto...

Gesticula con ambas manos y luego pone los brazos en jarra, esperando mi reacción.

—No sé yo...

Con una oferta así, no sé ni qué decir. Vuelvo a encogerme de hombros y dejo a Piper en el suelo, que ya está un pelín agitada.

Grayson se acerca a mí, se arrodilla a mis pies y acaricia el pelaje rizado de su perrita.

—Te he dado una oportunidad, señorita Foster. Ahora te toca darme una a mí. No soy tan gilipollas como crees...

Yo no estoy tan segura. Cuando un hombre suelta algo así, suele ser mala señal, ¿no?

Frunzo los labios.

—Una mano lava la otra, ¿no? —dice y me mira, sonriente.

Me está obligando a sucumbir a mis fantasías. Después de todo, no es muy frecuente —por no decir que no me ha pasado nunca— que un hombre se arrodille ante mí. Y menos alguien como el señor Montgomery. Sin embargo, no puedo dejar de pensar en mi tía Faye y en las facturas del hospital que tengo que pagar.

—Sí, una mano lava la otra —respondo.

Acabo de acceder, pero ¿a qué exactamente? Bueno, eso ya lo veremos. Grayson lo sabrá muy pero que muy pronto.

Las otras habitaciones de la villa son un sueño. Bueno, quizá me quedo corta. El caso es que superan todas mis expectativas. Intento captar todos los detalles, como el papel pintado del dormitorio de invitados o los toques dorados del baño principal. Por lo que sea, en esta casa hay más cuartos de baño que dormitorios, pero lo apoyo. Estoy disfrutando como una niña de esta sesión. La luz amarilla con matices anaranjados del sol, que ya se pone a lo lejos, juega a mi favor, y recorro la casa con una sonrisa.

¿De verdad van a pagarme por esto? ¡Lo habría hecho gratis!

—¿Cómo vas?

Grayson aparece en la puerta. Bajo rápidamente la cámara, aunque no es que me haya pillado haciendo nada prohibido.

—¿Quieres ver las fotos?

Viene directamente hacia mí y se coloca detrás de mi hombro para poder mirar la pantalla de la cámara. Entro en la galería para mostrarle los archivos guardados en la memoria. Mientras paso las fotos, una a una, su aliento me acaricia suavemente la nuca. Se me pone la piel de gallina en la espalda y los brazos. ¿Qué me está pasando? Seguro que todo esto tiene que ver con los efectos secundarios de una dosis de cortisona más alta que la recomendada.

Sí, está claro que es eso.

—Son preciosas. Encajan perfectamente con nuestro catálogo. ¡Buen trabajo!

Me pone la mano en el hombro y doy un respingo. No porque no quiera que me toque; de hecho, mi cuerpo tiene su propia opinión al respecto. Sin embargo, hace mucho tiempo desde la última vez que alguien me tocó. La única que me abraza de vez en cuando es mi tía.

En general, intento mantener el contacto físico al mínimo. A menudo ni siquiera me hace falta insistir, porque cuando le digo a la gente que tengo una enfermedad inflamatoria de la piel, ni se atreven a tocarme. Actúan como si fuera contagiosa.

¡Son más tontos y no nacen!

Pero bueno, estoy acostumbrada a esos prejuicios. Y la mayoría de las veces, me da igual.

—Lo siento... No pretendía...

El señor Montgomery retrocede inmediatamente y mira al suelo.

—Oh, no, tranquilo... Es solo que...

Me callo y también miro al suelo. ¿Por qué es tan difícil decirle lo que pienso?

De repente, alzo la vista.

Ah, sí, debe ser eso...

Este hombre parece un modelo de ropa interior y yo solo soy Riley Foster, de West Adams.

—¿Estáis en el piso de arriba?

Oigo la voz de Yasha desde el pasillo, al otro lado de los muebles y del acervo de objetos decorativos que probablemente cuesten más de lo que yo ganaré en toda una vida.

—¡Sí, estamos aquí!

Como si eso le sirviera de algo, teniendo en cuenta el tamaño de la casa... Me muevo

ligeramente y, por desgracia, el señor Montgomery se aleja de mí. Tal vez sea lo mejor. Ya tengo suficientes problemas: no necesito falsas esperanzas.

—¡Bajo enseguida! —declara Grayson.

Y mientras intenta salir de la habitación, se choca con la señorita Lewis.

—¡Uy! ¡Perdón!

Intercambian una mirada. Cuando él le pone la mano en el hombro, me parece un gesto tan íntimo que me cabreo. Pero reprimo mis emociones

No es asunto mío. Todo esto no me incumbe y no debería tomármelo tan a pecho. Sin embargo, no puedo apartar la mirada de su mano sobre su piel desnuda. Yasha lleva un elegante vestido negro que se amolda perfectamente a su esbelta figura. Se ha recogido el pelo oscuro en un moño bajo, a la altura de la nuca. Tiene un cuello tan delgado... Además, luce unos enormes pendientes de piedras preciosas que acentúan su rostro en forma de corazón. Si hubiera visto joyas así en mi barrio, habría llamado inmediatamente a la poli o habría ido a preguntar de dónde había sacado esa falsificación.

—Perdona, ¿te he hecho daño? —pregunta Grayson, pensativo.

Yasha niega con la cabeza.

Sus gestos son tan refinados... ¿Cómo lo hará? ¿Será esto lo que les enseñan en las escuelas para niños ricos?

—Solo quería asegurarme de que no os estabais pegando.

Me guiña un ojo. Me dirige una sonrisa agradable y sincera. Es guapa, tiene dinero y, además, no podría ser más simpática.

—Todo bien por aquí —dice el señor Montgomery en voz demasiado alta, mientras me mira.

Asiento inmediatamente. No quiero que vea que la situación me ha picado un poquito. Lo que me pasa es que me pone triste que ya no estemos los dos solos, que su mano ya no esté sobre mi cuerpo.

—Además, quería preguntarle a Riley si le apetecería quedarse a cenar.

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar inmediatamente. Los dos me miran, pero de forma muy distinta. Yasha sonríe y ladea la cabeza. Espera mi respuesta, como si estuviera impaciente por poner otro cubierto en la mesa. Sin embargo, el señor Montgomery...

—¿No sería un poco inapropiado? Lo digo en general, señorita Foster —dice, sonriéndome débilmente—. Esta noche vienen todos los agentes inmobiliarios y empleados de la empresa. Es una cena de negocios y bueno, no trabajas con la inmobiliaria, solo...

—Paseo perros —añado yo en su lugar, porque no tiene el valor de decir la verdad.

Duele, pero no más que las heridas que me han infligido en el pasado. Una más o una menos... ¿qué más da?

—¡Grayson!

Yasha le pega un codazo en el costado y gime.

—¡No me refería a eso!

Levanta los brazos en señal de defensa.

—No pasa nada, señorita Lewis —añado.

—Yasha. Por favor, llámame Yasha —me corrige.

—No pasa nada, Yasha. Además, tengo que ir a ver a mi tía. Está en el hospital y necesita toda mi atención. Por otra parte, el señor Montgomery tiene razón: no trabajo para vuestra empresa, así que estaría fuera de lugar que asistiera a una cena de negocios. Pero gracias por pensar en mí.

Por mucho que quiera evitar su mirada, me fijo en su expresión. Se le ha oscurecido el rostro. ¿Le remorderá la conciencia por lo de mi tía? Este hombre es un misterio con patas. Cada vez que parece que hemos dado un paso hacia delante, en realidad, han sido dos hacia atrás.

—Siento lo de tu tía. Si hay algo que podamos hacer, avísanos, ¿de acuerdo?

Yasha me pasa el brazo por encima del hombro y me saca del baño número cinco de la casa de Sawyer. Hago un amago de girar la cabeza para mirar al señor Montgomery, pero me obligo a concentrarme en lo que tengo delante.

—Os enviaré las fotos cuando las haya editado un poco. ¿De acuerdo, señorita Lewis? ¿Cuándo os viene bien?

—Tranquila. Insisto: llámame Yasha... —repite, sacudiendo la cabeza.

—Para el fin de semana estaría bien... —responde la voz grave de Grayson detrás de nosotras.

Sawyer aparece a nuestro lado.

—¿Te quedas a cenar, Riley?

Yasha se limita a negar con la cabeza.

Con cada paso en la escalera, el volumen de la música va subiendo. Se oye el ruido metálico de los cubiertos y el tintineo de las copas, y las voces se entremezclan.

—¿Ya han venido todos? —pregunta Grayson, que nos sigue.

—Sí, han venido las chicas. ¡El nivel de los invitados es insuperable! —responde Sawyer.

Nos detenemos en la entrada.

—¡Pero bueno, si es la chica de los perros!

Quinn Mills, la agente inmobiliaria de melena rubia, se une a nosotros. Sonríe ampliamente y da sorbos a su copa de champán.

—Hola, señorita Mills —respondo con calma.

—¿No te quedas con nosotros?

Es demasiado para mí. La sensación de inferioridad fluye por mis venas como si de sangre se tratara.

—Por desgracia, tengo que marcharme. Tendrás las fotos a tiempo, no te preocupes —le digo a mi jefe—. Hasta mañana, entonces...

Esas últimas palabras se me escapan a duras penas de mis labios, casi fruncidos.

El señor Montgomery me mira, enarcando las cejas.

—¿Para Piper? No, al final mañana no hace falta, pero...

—Muy bien, entonces os deseo que paséis buena noche. ¡Que aproveche!

Sin esperar a que reaccionen, tiro de la manilla de la puerta. Me arde la piel. Dejo atrás el alboroto y me alejo de la propiedad antes de detenerme a respirar un momento.

Me quito el bolso del hombro y abro la cremallera. Solo me hacen falta un par de segundos para encontrar la pomada. Observo los alrededores de forma furtiva. Solo cuando estoy segura de que no hay nadie mirando, me subo las mangas del suéter. Un puñado de escamas de piel seca caen al asfalto. Me unto rápidamente la pomada en las zonas más dañadas. Inmediatamente, siento alivio en las zonas enrojecidas, que tanto me picaban. Tengo el resto del cuerpo igual de irritado.

—¿Te encuentras bien?

Me doy la vuelta y suelto el tubo. Reagan Hughes se agacha y lo recoge por mí, antes de dármelo con una sonrisa amable.

—Esto, gracias... Yo...

¿Me habrá visto embadurnarme? ¿Y las manchas rojas? ¿Sabrá lo que es la cortisona?

—No luces muy allá, Riley... —dice inclinando la barbilla hacia delante.

La miro fijamente. No sé qué decir.

—No, perdona. No quiero decir que no seas guapa. Todo lo contrario. Es solo que te he visto pálida y esta crema...

—Se me seca la piel cuando estoy estresada; eso es todo —digo rápidamente, antes de que siga hablando.

—¿Y por qué estás tan estresada?

Trago saliva. Reagan no es de las que hace pocas preguntas.

—Mi tía está en el hospital. Le dio un ataque al corazón hace poco y tengo muchas cosas de las que ocuparme.

Intento sonreír para que ese mujerón piense que no tengo nada que ocultar. Para el caso, los demás ya saben lo de mi tía y espero que Reagan me deje seguir con lo mío.

—¿Eres tú quien la cuida?

Reagan se quita el bolso del hombro, lo abre y saca un paquete de cigarrillos. Me ofrece uno y yo niego con la cabeza.

—No, gracias, no fumo. Mi dermatólogo se volvería loco si me diera por fumar. Tengo una enfermedad autoinmune.

Reagan se encoge de hombros, se coloca un cigarrillo en los labios rojos y perfectamente maquillados y lo enciende. Le da una calada, satisfecha, y expulsa el humo blanco por la nariz.

—¿Tienes tiempo para ocuparte de los problemas de salud de tu tía?

—No me ocupo de mi tía. Bueno, al menos de momento. Por ahora, sigue en el hospital. Puede que hoy la saquen de cuidados intensivos, así que tengo que...

—¿Ganas mucho dinero cuidando perros?

Intento poner buena cara, pero cada vez me molestan más sus preguntitas.

¿Estará tramando algo? ¿O es que el señor Montgomery la ha enviado a interrogarme para saber más? ¿Por eso me habrá dicho que no saque a Piper mañana?

Contaba con ese dinero...

—No, por desgracia, no. No está muy bien pagado, ¿sabes? —murmuro.

No me siento cómoda hablando de dinero con una agente inmobiliaria que es tan buena en lo suyo. Además, no es que este sea mi tema predilecto de conversación.

—Pero entonces... ¿Estáis bien aseguradas, al menos? Tú o tu tía... O alguien de la familia.

Sacudo la cabeza y ella expulsa el humo en forma de aro, a través de sus labios carnosos.

—Entiendo que estés estresada. Escucha, sé lo que es que te pille el toro. No vengo del mejor sitio del mundo. Yo también he andado corta de dinero en algún momento de mi vida. Por suerte, eso quedó en el pasado —explica, mientras le da un golpecito al cigarrillo con el dedo índice para que las cenizas caigan sobre el pavimento, que está perfectamente barrido.

Al menos no las ha arrojado sobre el césped ni en ningún arbusto seco. Aunque aquí, a diferencia del resto de la ciudad, es difícil encontrar alguno que no sea verde brillante.

—Me caes bien. No sé, nos parecemos un poco —añade.

Me saca de quicio que intente hacerme un cumplido, y ya, que compare nuestras situaciones... Me la quedo mirando en silencio.

—¿Por qué no aceptas más clientes? No te quedes con los ricos recién llegados como Grayson, o esa mujer, la gerente del restaurante de mala muerte, que pronto cerrará.

Reagan observa atentamente mi reacción.

Se me pasan mil preguntas por la cabeza. ¿Cómo sabe que cuido del perro de la señora Hernández? ¿Acaso todos los ricos se conocen? ¿Y por qué habla así del señor Montgomery?

La ansiedad se apodera de mi pecho. Y, sin embargo, tengo curiosidad. Quiero que me cuente la idea que tiene en la cabeza.

—Me encantaría tener nuevos clientes, la verdad... —respondo con calma.

Con una sonrisa digna de una vencedora, sugiere:

—Mañana por la tarde tengo una recepción en una propiedad en Malibú. Es una venta exclusiva. Van a traer a gente para enseñar la casa en un ambiente relajado y amistoso. Es algo de otro planeta, no la casita de la bruja que tenemos aquí detrás...

Hace un gesto despectivo en dirección a la finca de Sawyer y arroja el cigarrillo a la acera. Aplasta la colilla con su *stiletto*, luego me mira fijamente a los ojos y entonces me doy cuenta de que claramente la bruja es ella, y quiere hechizarme. Pero aún no he decidido si lo suyo es la magia negra o la blanca.

—Allí está la alta sociedad de Los Ángeles y alrededores. Los peces gordos de verdad, ¿sabes? Ellos son los invitados. Ponte el traje más extravagante que encuentres y camúflate entre la multitud. Quizá encuentres nuevos clientes para tu negocio canino. Pero trae también la cámara. Haz muchas fotos, porque la propiedad es magnífica. Está justo en la playa y tiene vistas al océano desde un acantilado. Los vendedores estarán encantados de tener fotos profesionales y de que les presten un poco de atención.

Reagan enfatiza las últimas palabras. Me guiña un ojo, me da una invitación y me besa en la mejilla. Su refinado perfume se apodera de mis fosas nasales. Hay algo en su aura que no acabo de entender. El papel pesa y se nota que es de calidad. Me mira a los ojos y se me encoge el corazón.

¿Sabrá algo de mi trabajo como paparazi? ¿Significa eso que me tiene calada?

A pesar del suéter de manga larga, me siento completamente desnuda frente a ella.

—Gracias... —le digo.

Se coloca un mechón detrás de la oreja y me deja allí. Tardo un momento en organizar mis pensamientos.

—Oye, Reagan, ¿estará también el señor Montgomery?

El chasquido de sus zapatos se detiene de forma abrupta. Se gira y pone los brazos en jarra.

—¿Qué te he dicho sobre los invitados?

—Que serán peces muy gordos...

Puede que haya recuperado mi voz, pero aún me tiembla.

—Pues tú misma has respondido a la pregunta. No, el señor Montgomery no estará, aunque le gustaría.

Me guiña el ojo otra vez.

¿Nunca va a dejar de hacer eso?

Oigo de nuevo el sonido de sus tacones contra el asfalto. Mientras camina en dirección a la propiedad de Sawyer, los últimos rayos de sol se reflejan en las lentes de su americana.

No puedo evitar mirarla como una niña envidiosa. Cuando se mete en la casa, le echo un vistazo a la invitación. Solo con leer la dirección, siento que la velada superará con creces todo lo que pueda imaginarme.

Llegar a Malibú ha sido toda una proeza. He tenido que acortar la visita a mi tía, que ya está despierta, pero sigue en el hospital, para que me diera tiempo a ir al evento. Después, he cogido tres tranvías y un autobús. Ha sido un trayecto de casi tres horas, así que habría preferido dar media vuelta e ir a casa. Mi trenza bien elaborada no ha sobrevivido al transporte público, llevo el vestido arrugado y el perfume caro que me prestó Faye hace tiempo para ocasiones especiales ha sido sustituido por el olor a sudor ajeno. No es exactamente lo que esperaba, pero intento ser positiva. Y la vista del mar turquesa y las rocas en tonos anaranjados me hace olvidarlo todo.

Corro a duras penas con mis tacones altos, a los que no estoy acostumbrada, hasta la propiedad que asoma por el acantilado. Veo el océano brillar de forma ininterrumpida entre las otras mansiones. Huele a sal y a flores; es un aroma fresco y fascinante. La espuma del mar se acumula en la playa de arena como el champán en una copa y las gaviotas me sobrevuelan y graznan. Parece que anuncian mi llegada.

En West Adams, en cambio, lo que se oye por norma general son los gritos de vecinos discutiendo, las sirenas y, si apuramos, algún que otro disparo. Con la niebla y el estrés de la ciudad, uno se olvida de lo cerca que está Malibú y su aire paradisíaco. En lugar de esconderse tras los muros de puro hormigón de mi barrio, aquí el sol brilla sobre las palmeras, los deportivos y, en este caso, sobre mis hombros cubiertos de crema solar. No suelo ir enseñando, por miedo a que alguien descubra mis defectos, pero Reagan me pidió que me luciera con el atuendo. Estoy lejos de vestir con el glamur que tiene ella, pero he hecho lo que he podido con este vestido con los hombros descubiertos y una gruesa capa de maquillaje que cubre las manchas rojas de mi piel.

Espero que sea suficiente para ella. ¿Me dejará quedarme si no le gusta mi atuendo? Ahora ya no es momento de plantearse algo así, porque estoy en la calle principal. Es demasiado tarde para dar marcha atrás.

Un hombre con esmoquin negro me sonrío.

—¿La llave, señorita?

Por un momento, me quedo sin habla, pero acabo entendiendo a lo que se refiere.

—No he venido en coche, pero gracias.

Insegura, paso por su lado.

—De acuerdo... —le oigo decir, e ignoro el tono irritado de su voz.

El pingüino número dos me espera en la puerta de esta casa imponente. Me detengo y me llevo la mano a la frente para echarle un vistazo al edificio y luego doy un paso al frente.

—¿Está usted en la lista de invitados, señorita?

Este hombre no tiene tantas ganas de sonreír como el primero.

¿Estaré en la lista? No tengo ni idea...

—Imagino que sí. Me llamo Riley Foster. Tengo también una invitación, por si quiere verla...

Inmediatamente, empiezo a rebuscar en mi bolso demasiado pequeño. ¿Cómo pueden hacer

un bolso tan minúsculo y que, aun así, no encuentre nada ni aunque me empeñe?

—Vale, aquí está. Disfrute de la noche.

Detengo mi búsqueda y le hago un gesto con la cabeza. Sus ojos siguen exactamente los movimientos de mis manos. Me observa cerrar la cremallera del bolso y ajustarme las mangas del vestido, antes de atusarme el pelo. No me gusta que me examine tan de cerca, así que huyo hacia el interior de la casa y me detengo en seco. Me he quedado clavada en el sitio.

Todo es de mármol blanco: el suelo, para empezar, pero también el recibidor de la entrada, la mesa, e incluso la lámpara de araña. Nunca había visto nada igual.

Saco la cámara, que apenas me cabe en este maldito bolso, y enfoco. Hago las primeras fotos, pero no estoy satisfecha. La perspectiva y la luz no son las mejores.

—¡Eh! Te conozco, ¿verdad?

Una mujer bajita y con el pelo ondulado hasta los hombros se detiene delante de mí y me saluda con la mano. Me suena su cara.

—Trabajas para el grupo Montgomery & Lewis, ¿verdad?

Sonrío, pero el corazón empieza a latirme con fuerza.

¿Están aquí todos los de la empresa o qué? Reagan dijo claramente que Grayson no vendría...

—¡Sí, por eso me suenas! Soy la diseñadora de interiores y decoradora, Mackenzie Dunne. Pero puedes llamarme MK si quieres.

Me tiende la mano y se la estrecho inmediatamente.

—Riley —le respondo.

Detrás de Mackenzie hay otras dos personas que también me resultan familiares. La primera es una mujer alta que lleva el pelo negro recogido en forma de tupé y cuyo vestido brilla como si quisiera rivalizar con el mármol y la luz del sol que incide sobre él. Eso sí es un atuendo extraordinario, como exigía Reagan. A su lado, me siento como una mamá que lleva *prêt-à-porter*. En realidad, sí soy, porque me compré este vestido en un Walmart¹ y soy una mamá, al menos para mis bebés de cuatro patas.

Junto a esta mujer tan preciosa está el hombre que me recibió en la agencia inmobiliaria.

—Estos son Brielle y Diego —dice Mackenzie, presentando a sus compañeros.

Brielle también me tiende la mano. Cuando se acerca, un olor de lo más agradable inunda el aire. Diego inclina ligeramente la cabeza y luego se aleja de sus compañeras para lanzarse a los brazos de otro joven al que parece conocer.

—No se lo tengas en cuenta, es un poco especialito —dice Brielle disculpándose, después de mirarme de arriba abajo.

La verdad es que me parece poco habitual que quien trabaje en recepción sea el rarito del grupo, sobre todo teniendo en cuenta que se trata de una velada de trabajo para los tres, pero tampoco es que eso me incumba.

—No pasa nada.

—Brielle acaba de empezar a trabajar con nosotros. Colabora con Grayson en algunos proyectos de construcción —continúa Mackenzie.

Brielle asiente y da un sorbo a su cóctel.

—Oh, me parece un trabajo apasionante. ¿A qué proyectos te dedicas?

—¿Te suena el nuevo Hotel Milton?

—¡Sí, claro! —digo, impresionada.

No puedo evitar imaginarme el edificio.

—Pues por ahí van los tiros —dice, encogiéndose de hombros.

Para ella será un edificio más, pero para mí, es todo un hito. Cierro la boca con todas mis fuerzas para no mirarla como una vaca rumiando, con cara de pasmada.

—Vaya... Espera, ¿cómo te apellidas?

—Tupou. Pero no me empieces con lo de «señorita». Llámame Brielle.

Abro los ojos de par en par. La mismísima Brielle Tupou, ¿cómo no la voy a conocer!

Un camarero se acerca con una bandeja llena de comida. Cojo un vaso de lo que parece zumo de naranja y bebo un buen sorbo. Toso y me doy cuenta de que no es solo un zumito.

—¿Todo bien?

Mackenzie arquea una ceja.

—Sí, todo bien. Estoy hablando con uno de los mayores talentos arquitectónicos emergentes de la costa oeste, ¡así que no podría ir mejor...! —exclamo, encantada.

Extrañamente, mi palabrería no hace que la señorita Tupou ponga los ojos en blanco, sino que consigo que se ría.

—Gracias por el cumplido. ¿Significa eso que te interesa la arquitectura?

A Brielle le brillan los ojos. Resulta que tenemos algo en común, porque también parece ser su asignatura favorita. Salvo que ella tiene mil veces más éxito que yo y bueno, trabaja de verdad en este campo.

No es una cualquiera.

—Sí, mucho —comparto su entusiasmo, pero intento calmarme un poquito.

Me habría gustado decirle que yo también estudié arquitectura y encima, en la misma universidad que ella. Solo me saca tres años, así que conozco su trabajo. Nuestros profesores solían contar maravillas de ella. Brielle Tupou es la mujer de oro de la nueva generación de arquitectos. Pero no puedo decirle que compartimos pasión. Me da miedo que se lo cuente al señor Montgomery y no quiero ponerme en evidencia. El fracaso ya ha sido estrepitoso; no necesito más testigos.

—Sí, bueno, pero es más bien un *hobby*. En realidad me dedico a pasear perros —añado, intentando cambiar de tema.

—Sí. ¿A que es guay? ¡Todos esos perritos adorables...! ¿Cuál es tu raza favorita? —pregunta Mackenzie, pero Diego, que se ha unido a nosotros, la interrumpe.

—¿Quién te ha invitado? —dice de repente.

Mis ojos se mueven entre las caras de los presentes.

—Reagan...

—Por supuesto que ha sido ella...

Mackenzie respira hondo y exhala. Brielle mira a su alrededor y Diego sonríe, pero no lo hace con benevolencia, ni tampoco como un gesto amistoso.

—Bueno, suerte... —murmura, aferrándose a las dos chicas, antes de que se den la vuelta y me dejen colgada.

Susurran cosas que no entiendo y la ilusión de que encajaba se disipa en un abrir y cerrar de ojos. Inmediatamente, me siento fuera de lugar, más que antes de encontrarme con ellos. Juntos se alejan, inmersos en una conversación a base de susurros. Y aquí estoy otra vez, sola.

No hay ni una mísera cara conocida a la vista, así que cada vez me siento peor. Escéptica, observo la velada que se celebra ante mis ojos. Están sirviendo caviar y otros aperitivos. Hay grupos de personas elegantemente vestidas que beben copas de vino y champán. Desde fuera,

nadie diría que se trata de una venta inmobiliaria a domicilio. A mi alrededor, los invitados hablan de dividendos, bótox y... perros. De todo menos de la extraordinaria casa en la que estamos.

Recuerdo mi objetivo principal: encontrar nuevos clientes. Es hora de actuar. Con el corazón palpitante, me acerco a una señora mayor y a su acompañante.

—Buenas noches, me llamo Riley Foster. Me ha parecido oír que tiene un pointer inglés. Es una raza preciosa y muy ágil. ¿Le interesaría que les ayudara a cuidarlo?

Carraspeo y me obligo a ponerme derecha para dar una imagen profesional.

—Oh, vaya, no se me había ocurrido que hubiera gente que... —murmura la señora, dando un codazo a su pareja.

Él sonríe amablemente.

—Soy paseadora de perros y ahora mismo tengo a más de una decena a mi cargo. Si su mascota necesita jugar o si no pueden sacarla a pasear... —digo, pero la mujer niega con la cabeza.

—Los dos estamos en muy buena forma para cuidar de nuestro perro. Muchas gracias.

La expresión de su cara cambia notablemente.

—No, no quería decir que... Parecen personas muy ocupadas y con muchas obligaciones y todo el mundo necesita ayuda de vez en cuando...

La pareja intercambia una mirada. La mujer frunce los labios.

—Muchas gracias, pero no es necesario en este momento.

Me invade la decepción. Es mi primer intento. No me he desenvuelto mal, la verdad, pero aun así, esperaba captar clientes enseguida. Me urge pensar en otra táctica para acercarme a ellos.

Por cierto, ¿dónde está Reagan? ¿Me traerá algún cliente?

Al fin y al cabo, conoce a la clientela mejor que nadie y seguro que sabe de alguien que necesite ayuda con su perro.

Me despido con una sonrisa tensa y me doy la vuelta para buscar a otras personas con las que hablar. Entonces me acuerdo de las tarjetas de visita que llevo en el bolso, que yo misma he diseñado y que están recién impresas. Las busco. Debería darle una a esta pareja, por si...

Absorta en mi búsqueda, avanzo a ciegas y me tropiezo con alguien alto y esbelto.

—Oh, perdone, yo...

Las palabras se me atascan en la garganta.

Grayson Montgomery me mira. Sus pálidos ojos reflejan el asombro y luego se oscurecen.

—¿Qué haces aquí?

Trago saliva. Una vez y otra, y luego otra más. De repente, tengo la boca muy seca y la mente en blanco. Lo único que puedo hacer es mirarle a la cara, oler su perfume y apreciar el fuego que emana de su cuerpo, puesto a punto para la ocasión. Por abrasador que sea el sol de Los Ángeles, ¡no creo que exista una estrella que irradie más calor que él!

¡Un segundo...!

Hago una mueca.

—¿Es una broma? ¿Me estás siguiendo? ¿A qué estás jugando? —vuelve a preguntar, claramente molesto.

¿Me ha preguntado si le estoy siguiendo? ¿Qué dice de jugar? ¿Se ha vuelto loco o qué?

—¡Me han invitado! ¡Me han dicho que haga fotos! Os las puedo mandar...

—¡Oh, no! ¡No vas a hacer fotos de mi casa!

Grayson eleva la voz con cada sílaba y las miradas furtivas empiezan a caer sobre nosotros.

—Pero yo...

—¡Ven conmigo!

Este hombre tiene la manía de dejarme siempre a mitad de frase. Sin esperar mi reacción, echa a andar. Avanza a paso firme y decidido. Me apresuro a seguirle, mientras intento asimilar lo que sucede.

¿Esta es su casa?

Subimos una amplia escalera. Observo el mármol que lo reviste todo, la iluminación indirecta y la enorme piscina que se estrecha a los lados y rodea toda la propiedad. A través de la puerta de la terraza y el ventanal, veo los escarpados acantilados, el océano brillante y el sol. Esas vistas valdrán millones de dólares; de eso estoy segura. Aparto la mirada a regañadientes del lujo y la ostentación que me rodea.

Necesito que venga Reagan a explicárselo todo. Aunque, bueno, algo me dice que debería dudar de ella...

—Bien, aquí dentro podemos hablar tranquilamente del tema —dice Grayson con brusquedad, señalando una puerta abierta.

Entro en la habitación y me detengo justo en medio.

Pero ¿dónde estamos?

Escudriño los alrededores con los ojos entrecerrados. Hay una cama circular que podría pertenecer a algún ricachón de los que se codean con las conejitas *Playboy*. A mi derecha hay un cuarto de baño con una ducha provista de un gran dosel con efecto lluvia y una bañera de pie. Entre ambas habitaciones solo hay una fina pared de cristal, ligeramente opaca. El techo de la habitación es de madera y en él veo una pantalla. Justo debajo hay una cama *king-size*, que a su vez, se alza sobre un material que no sabría describir y que tiene el mismo tamaño y forma, como si fuera un mecanismo.

¿Qué coño hace este tío aquí? ¿Graba pelis para adultos o qué?

—¿Qué haces en mi casa?

Salgo de mi estado contemplativo y miro fijamente a Grayson.

—¡Eso me gustaría saber a mí!

Ya estoy harta de tanta tontería. ¿Qué problema tiene conmigo?

—Esta es mi casita de vacaciones. Es mi propiedad y te has colado en una fiesta que he organizado para mis clientes y amigos.

Cruza los brazos sobre el pecho.

—Disculpa, ¿qué? ¿Tu casita de vacaciones?

¡Es un pedazo de villa!

—Sí, o mi chalé, como quieras llamarlo. Y tú no eres ni una clienta ni una amiga. Si no has venido a comprar una casa, ¿qué coño haces aquí?

Respira con más dificultad que de costumbre.

Aprieto los labios y tiro de mi bolso. Rebusco en su interior, pero la cámara ocupa demasiado espacio. La dejo sobre la cama y sigo rebuscando. Grayson se acerca a grandes zancadas y coge la cámara.

—No me lo puedo creer... ¿Qué haces con eso? ¿Has sacado fotos de mi propiedad?

—¡Toma!

Por fin encuentro la invitación de Reagan y se la pongo en el pecho con desdén. La verdad es que el papel es tan duro como el mármol del fondo del pasillo. Un poco menos segura de mí

misma, le quito la cámara de la mano. Ya estamos otra vez, pegaditos el uno al otro. Este hombre me agota.

—¿Cómo la has conseguido?

—Me la dio Reagan. ¡Ella me invitó! Me contó una milonga. No sabía que vivías aquí, o que este era tu chaletito, o como quiera que llame la gente rica a este tipo de villas. ¿Has visto esto? ¡Seguro que grabáis pelis porno aquí!

Enciendo la cámara y borro todas las imágenes de la entrada de su propiedad.

—¿Cómo dices?

—¿Te crees que soy tonta? Perdona, pero ¿una cama redonda? Y seguro que tiene un mecanismo para que gire, ¿o no?

Le paso la cámara para que compruebe que ya no queda ni una sola foto. Se acabó lo que se daba. Me cruzo de brazos y le miro fijamente. La ira me quema en la boca del estómago y me llena todo el cuerpo.

¿Quién se cree que es? Montándome un numerito cuando ni siquiera he hecho nada malo...

El señor Montgomery comprueba la cámara y, al ver que no hay nada en ella, sacude la cabeza y me la devuelve.

—Siento haber irrumpido en la fiesta. Pensaba que era una especie de misión. Reagan me dijo que hiciera fotos del lugar y de la gente que había aquí, y que tenía permiso para preguntar por lo de los perros. No sé por qué siempre supones que quiero hacerte daño, pero solo puedo prometerme que no pasará. Además, ¡ya estoy harta!

Tal vez esté cometiendo un error garrafal, pero aún me queda algo de orgullo. Paso por su lado con la cabeza bien alta, pero se me engancha el vestido con la cómoda.

¡Ni siquiera puedo irme con dignidad!

Se me cae todo lo que llevo en el bolso. Al menos tengo la cámara en la mano, así que no se me ha roto.

—Creo que me cuesta confiar en ti —murmura mientras se agacha para recoger mis cosas.

Por suerte, soy más rápida que él y me hago con ellas enseguida. Ni de coña le dejo ver lo que llevo encima. Lo que una chica lleva en el bolso es secreto de Estado.

—¿Ah, sí? Jamás lo habría imaginado...

El sarcasmo gotea de mis palabras como una cucharadita de miel espesa.

Nuestras miradas se cruzan por un instante. Ya no tiene cara de enfado. ¿Parece... divertido por la situación? ¿Por qué sonríe con esa cara de tonto? Me gustaría que borrara esa expresión absurda.

Este chico está desatado...

—Riley, yo...

—¿Lo sientes? Sí, yo también lo siento —Le interrumpo y, por la expresión de su cara, supongo que no suele pasarle—. Echaré de menos a Piper, pero qué se le va a hacer.

Lo siento mucho por ella. O sea, tiene una perrilla adorable y fácil de cuidar, pero por otra parte, creo que ya vale de distracciones. He vivido en una nube durante un par de días, pero ahora toca volver a la realidad. Me he ilusionado y, por un momento, mis fantasías han hecho de las suyas, pero este percance me ha vuelto a hundir en la miseria. Y en cuanto al señor Montgomery...

La belleza no compensa todos sus defectos. Además, aunque esto implique decirles adiós a los 50 000 dólares, jamás habría sido capaz de traicionarlo así... Por desgracia, mi balanza de la moral está bien equilibrada.

Sonrí, sobre todo para mí, pero él me devuelve la sonrisa.

—Te recomiendo que hables un poco con tus empleados y aprendas a percibir la forma en que gestionan la información y dan órdenes en tu nombre. Me da la impresión de que se te están rebelando un poco... —añado.

Con esa última pulla, lo dejo ahí. Si fuera más valiente, como Faye, le sacaría una foto a la cara de lelo que se le ha quedado y la vendería al mejor postor. Pero como soy una cobarde, tendré que conformarme con el recuerdo de mi vacile.

Salgo de la habitación porno y respiro hondo.

—¡Espera, por favor...! —exclama a mis espaldas.

Le ignoro. De todos modos, no servirá de nada. Sigo avanzando, bajo las escaleras y llego al exterior.

—Señorita Foster, ¡te llevo a casa! ¡Espera, que se lo digo al aparcacoches!

El señor Montgomery pasa corriendo por mi lado y desaparece entre la multitud.

¿Ha dicho «aparcacoches»? Joder, sí que estoy lejos de West Adams...

Con los taconazos que llevo, no puedo salir a toda prisa de este búnker de lujo, y la insistencia del señor Montgomery tampoco ayuda. Poco después, veo que me espera en la misma puerta con un deportivo amarillo. La forma en que se apoya despreocupadamente en el coche, sin dejar de mirarme, casi me hace ceder.

—¿A dónde te llevo?

—Gracias, pero volveré por mi cuenta.

Miro furtivamente al aparcacoches, que le entrega al señor Montgomery la llave de su lujoso coche.

—Ha venido a pie —le dice simplemente.

Pues nada, uno de sus secuaces ha acabado delatándome.

—Me las arreglaré —le digo amablemente.

Levanto la mano para despedirme y giro hacia el camino principal para abandonar su propiedad, pero no parece dispuesto a dejar que me salga con la mía.

—¡Señorita Foster, no me quedo tranquilo si vuelves a casa en transporte público! —me grita.

¿Por qué se comporta así? ¿Por qué se empeña en arrastrarse por alguien como yo?

Le devuelvo la mirada. El muy idiota me ha tocado la fibra sensible. Lo hace todo el tiempo y ya empiezo a desesperarme.

—¿Por qué? ¿Porque la gente normal no va en autobús a los sitios?

—No, porque se tarda una eternidad en llegar a Los Ángeles. ¿En qué parte de la ciudad vives?

Aunque todo esto implique ignorar que me ha hecho daño con su actitud, cedo al impulso irremediable de pasar tiempo con él, lo cual me inquieta y me molesta a partes iguales. Dicho esto, tampoco quiero que se entere de las condiciones en las que vivo. Se suele decir que hay aceptar el lugar del que una viene. ¡Pues a la mierda con eso! A mí me da vergüenza.

Entrecierro los ojos para verle mejor. Su coche brilla como si lo hubieran pulido y parece un segundo sol cuando los halos de luz se reflejan en él. El destello del coche se esparce por todas partes.

—No está en Bel-Air ni en Beverly Hills, así que no te pilla en tu ruta habitual. Además, tienes una fiesta en casa. Deberías quedarte aquí.

Me doy la vuelta otra vez.

Discutiendo nunca se consiguen las cosas, así que quiero ahorrarme el disgusto. En lugar de eso, tengo que pensar rápidamente cómo voy a conseguir el dinero para pagar las facturas del hospital, que llegarán pronto.

—¡Por ti, estoy dispuesto a salirme del camino...! —dice a mis espaldas.

Abro la boca y entonces me suena el móvil. Alzo la mano en el aire para que se calle un segundo y espere. Cojo la llamada. El señor Montgomery me mira, inescrutable, y pone los brazos en jarra.

—¿Diga?

—Cariño, soy yo... —suena la voz ronca de mi tía.

Inmediatamente, entro en pánico. Sin saber exactamente a dónde dirigirme, echo a andar por la calle lo más rápido que puedo, ansiosa. Suenan pasos detrás de mí, pero no tengo tiempo de preocuparme por ellos.

—¿Va todo bien? ¿Pasa algo?

Se me va la voz por momentos.

—No pasa nada, hija. No te preocupes, es solo que...

Faye se queda callada.

—¿Tía?

—Te has ido tan deprisa y corriendo antes y... me aburro aquí. No me dejan levantarme, y aunque lo haga, siempre tengo que sentarme justo después. Es... Estoy, bueno...

Mi tía no es la mejor expresando sus sentimientos y a menudo se anda por las ramas en vez de ir al grano. Por suerte, ese discursito ya me es bastante familiar.

—¿Demasiado sola? —sugiero.

Me relajo y me detengo al otro lado de la calle, donde hay unas vistas excelentes de la propiedad del señor Montgomery. Y de él, también, porque me ha seguido. Ha dejado suficiente distancia entre nosotros para que tenga cierta intimidad. Le sacudo la cabeza y él responde encogiéndose de hombros.

—Sí, un poco, sí... Me siento tan extraña... Nos pasamos la vida preocupadas: por ti, por mí, por encontrar dinero. En fin...

No necesita terminar la frase, porque yo estoy en las mismas.

—¿Qué quieres, tía? Dímelo sin miedo —pregunto, intentando ahorrarle la molestia de explicarme.

Me aclaro la garganta.

—Sé que ya has venido a verme hoy y ahora estás en ese evento tan importante. No quiero molestarte y...

—Esta fiesta es una farsa —digo en voz alta, para que me oiga la persona que quiero que se entere.

—¿Te importaría venir a verme otra vez?

Le noto en la voz lo mucho que le ha costado hacerme esa pregunta. Debe de sentirse muy sola para mostrarse tan vulnerable conmigo.

Asiento y miro el reloj. Pero al ver la hora, sacudo la cabeza y levanto la vista hacia el señor Montgomery. Jamás llegaré antes de que acabe el horario de visita, a no ser que...

—Claro que voy a verte. Puede que tarde un poco, pero voy a ir, ¿vale, tía?

Faye solloza al teléfono y se me rompe el corazón en mil pedazos. Joder, tengo que ir al hospital como sea. Me despido, pero ella ya ha colgado.

Cierro los ojos un momento. Mi vida es un caos y lo odio, pero tengo que priorizar y

tragarme la poca autoestima que me queda.
—¿Puedes llevarme a Ladera Heights?

¹ *N. de la T.* Otros grandes almacenes estadounidenses.

11

—¿Y por qué necesitas ir al hospital exactamente? No será una emergencia, ¿verdad? ¡Deberíamos haber llamado a una ambulancia! ¡Llevo treinta minutos conduciendo y aún no has dicho ni una palabra! ¿Qué te pasa?

Con una mirada de desaprobación, Grayson enfatiza lo indignado que está. Pero me atrevería a decir que hay un atisbo de preocupación en sus ojos.

—No me pasa nada. Cálmate un poco.

Me mira una vez más, irritado.

Después de haber depositado todas mis esperanzas en él y de haber echado a perder la posibilidad de trabajar para Montgomery & Lewis, me siento liberada, así que ahora ya puedo hablarle bien claro.

Si no es capaz de deducir que quiero ir a ver a mi tía, que se apañe: no voy a ser yo quien se lo explique. Ya sabe lo que hay, porque se lo conté a Yasha delante de él, pero al parecer, no debe importarle tanto, porque ni se acuerda.

No digo nada más y él aparta la mirada.

—Entonces, ¿por qué tengo que llevarte al hospital Kindred? —insiste, ante mi silencio.

Está concentrado en el tráfico y aprovecho para mirarle de forma descarada. De repente, me fulmina con ojos interrogantes, así que me giro rápidamente.

—Mi tía está ingresada porque le dio un infarto...

¿Por qué basta con una mirada suya para hacerme flaquear?

De repente, siento una fuerte corriente en la cara, como si me hubiera dado por subir el aire acondicionado, cuando en realidad, ya está a toda potencia.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

Ha pisado el acelerador. Rápidamente, le apoyo la mano en la parte superior del brazo.

—¡Tranquilo! No corre peligro. No más de la cuenta... Solo se siente sola allí.

Cruzamos las miradas por un instante. Inmediatamente, le aparto la mano del brazo.

Es la primera vez que lo toco de forma consciente y, para qué mentir, me ha gustado. Ha sido un gesto cálido y excitante, en el mejor sentido posible. El corazón me late más deprisa y aprieto ligeramente los puños para olvidar la agradable sensación de su cuerpo en contacto con mi mano.

El señor Montgomery reduce de nuevo la velocidad del coche hasta la máxima permitida en autovía. Un extraño silencio se instala entre nosotros y permanece hasta que llegamos al hospital. Cuando aparca el coche, ya tengo la mano puesta en la manilla de la puerta.

—Espero que tu tía se recupere rápidamente y sin complicaciones.

No sabría describir la forma en que me mira. De repente, de la nada, me siento más compasiva y valoro lo que ha hecho por mí, pero estoy tan abrumada que me limito a asentir. Sin hacer ningún comentario, salgo del coche, le hago un gesto de despedida con la mano y me dirijo al hospital. Gracias a las órdenes de mi cabeza, me rigen las piernas. Mejor, así, porque prefiero ignorar a mi corazón traicionero, que late como un loco.

En el interior del edificio, hay un bullicio considerable.

El personal de enfermería corre por los pasillos con carritos llenos de bandejas de comida. Bastan un par de segundos para percibir el olor ambiental a desinfectante y frunzo la nariz para deshacerme de él. Avanzo por los pasillos, esquivando a la gente que corre en todas direcciones, y oigo pitidos procedentes de varias habitaciones. Paro a una trabajadora y le pregunto cómo llegar a la habitación que busco, porque esta mañana, después de mi visita, trasladaron a Faye de la unidad de cuidados intensivos a planta, así que no sé llegar. La chica, que es muy amable, me acompaña y enseguida encuentro a mi tía.

Está en una habitación compartida con otras cinco personas. Me cuesta no hacer comentarios sarcásticos sobre esta situación, pero la responsable de este desastre soy yo; nada más y nada menos. Si tuviera un sueldo decente, podría ofrecerle algo mejor a mi tía.

Las ventanas están todas cerradas, así que el aire de la habitación está bastante calentito. Es como si el sabor de la enfermedad se me pegara al cuerpo, a la lengua, con cada respiración fatigada.

—Hola, tía... —saludo a Faye, e inmediatamente me acerco a las ventanas para abrirlas.

Mi tía no es la única que se alegra de que me haya dado por ventilar. Los demás pacientes parecen aliviados al ver que alguien les cuida un pelín, con un gesto tan sencillo como dejar que entre el aire. Está claro que no hay mucho personal cualificado por aquí, y eso me da náuseas.

—¡Riley!

Faye patalea un par de veces y se incorpora en la cama de hospital.

—Estate quieta, porfa. Los médicos han dicho que tienes que tomártelo con calma —le digo.

—Sí que lo han dicho, sí... Hoy me han regañado varias veces, hija.

La abuelita de su izquierda parece de mal humor y levanta el dedo para gritar.

—¡Cállate un rato, Francine!

Parece que Faye ya ha hecho amigos nuevos. Me alegro por ella. Sé por experiencia que es mejor mantenerse al margen en este tipo de asuntos.

—¿Cómo te sientes sola con esta compañía tan agradable?

No puedo evitar hacer ese comentario. Faye gesticula con la mano para hacerme ver que pasa de las quejas ajenas y su amigueta de la cama de al lado pone mala cara.

Aquí se respira amabilidad... ¡Qué maravilla de lugar!

—Por mucho reposo que me hayan impuesto, me gustaría un poco más de intimidad para poder hablar las dos —refunfuña, y ese comentario me sienta como una puñalada en el pecho.

Aunque sé que no es un reproche, no deja de afectarme. Debería haberle conseguido una habitación individual. O al menos, una compartida con un solo paciente. Si no hubiera metido la pata hasta el fondo cuando me gradué, no me las vería en esta situación y podría darle todo lo que necesita.

—Voy a por una silla de ruedas —anuncio.

—¡Riley, por Dios!

—No me discutas.

Hago caso omiso de sus quejas infinitas y salgo al pasillo, donde hay una silla de ruedas acolchada esperándonos, perfecta para este tipo de casos.

La empujo con decisión hacia la cama del hospital y Faye se sienta sin decir palabra. Se tambalea de una forma un tanto peligrosa y eso me recuerda lo enferma que está. Necesita ayuda para todo. Me estoy mentalizando poco a poco de la situación y el pánico no deja de aumentar en mi interior.

¿Qué será de nosotras en el futuro?

Sin un cuidador o algún tipo de ayuda, no podrá seguir adelante día a día, y yo no puedo llevármela de paseo ni quedarme a su lado todo el rato.

—Vamos fuera, ¿quieres? En este calabozo apenas corre aire fresco...

Se aparta el fino pelo de la cara.

Conozco a mi tía lo suficiente como para saber que no se siente a gusto con todo esto. Odia depender de la ayuda de los demás. Odia no tener a nadie que la peine y también estar tumbada en una cama en una habitación... Simplemente no encaja con su forma de ser.

—Sí, tía, claro que sí —confirmo, mientras la empujo fuera de la habitación.

No es fácil manejar la silla de ruedas y el gotero con todas estas puertas que se abren y se cierran, ni pasar por en medio de gente a la que le damos igual.

—¡Por Dios, sácame de aquí! —dice, sacudiendo la cabeza.

Sonríó para mis adentros. Mientras esté de mala uva con el universo, es que aún queda algo de ella.

—¿Cómo te ha ido el día?

—Bueno, pues estoy rodeada de idiotas. Esta mañana tenía que hacerme un análisis de sangre y me han mandado a un residente que no tenía ni idea. Me ha pinchado mientras desayunaba, ¡y me ha manchado el sándwich de sangre!

Hago una mueca de asco.

No me hace falta ver la expresión de Faye para saber que, si tuviera más dinero, habría demandado con gusto al hospital. Con estos temas se pone bastante terca. Bueno, en realidad, mi tía solo es amable en ocasiones contadas, como cuando me acompañaba a mis citas médicas para inyecciones¹ y otras terapias. Ahí era un ángel bondadoso y amable. Las únicas que sabemos lo que hay debajo de la dura coraza de mi tía somos mi madre y yo. En realidad, esta mujer es oro puro.

—La verdad es que suena horripilante —lo admito.

—¡Sí, ha sido asqueroso!

Asiento, aunque ella no pueda verlo.

Me concentro en hacia dónde voy para no desubicarme: todos estos pasillos parecen iguales. Pese a que hace poco que he hecho este mismo camino en dirección contraria, me cuesta encontrar la salida.

Faye sigue quejándose. Para empezar, sobre la comida, que claramente, está insulsa. Luego dice que el personal no se toma el tiempo suficiente para atenderla. ¿Cómo van a hacerlo, si tienen decenas de pacientes a su cargo y solo pueden dedicarles un par de minutos a cada uno? Y por último, rabia sobre calor, al que, como antigua actriz de Hollywood, debería ser inmune, teniendo en cuenta que lleva años viviendo aquí.

—Bueno, digamos que la cama no está mal... —concluye.

Me sorprenden tanto sus palabras que casi la estampo contra una puerta de cristal, que al parecer, no se abre de forma automática.

—Pero si ayer me dijiste que era como... Espera, que lo tengo en la punta de la lengua... Ah, sí: ¡ligeramente menos terrible que estar crucificada!

—¡Chiss!

Faye gira el cuello y me mira con desaprobación. Sacude la cabeza y vuelve a mirar al frente. Salimos, al fin, y mi tía respira el aire de forma exageradamente ruidosa.

—¡Libertad!

Su voz se pierde por culpa del traqueteo de su gotero encima de los adoquines.

A diferencia de los hospitales de los barrios con dinerito, aquí no hay parques, ni siquiera césped o un simple banco. Aun así, la alejo un poco de la entrada, porque los fumadores se ponen al pie de la puerta. Aquí, los pacientes se codean con el personal de enfermería y los médicos, todos pegados a sus cigarrillos. Por suerte, Faye consiguió dejar ese hábito hace un tiempo. Y yo, también, por el bien de mi piel.

Echo el freno de la silla de ruedas y me pongo delante de ella. Inmediatamente, toma mis manos entre las suyas, que están heladas.

—Gracias —murmura.

—De nada.

—No, de verdad. Me estás ayudando muchísimo; llevas años haciéndolo... No podría estar más feliz de tener una sobrina como tú, Riley.

Carraspea para ocultar el pesar de su voz. Me inclino y le beso la cabeza. Intenta restarle importancia a este momento tan emotivo con una caricia torpe y luego se pone a filosofar sobre la plaga de ratas de Los Ángeles. Me cuenta que está increíblemente segura de haber visto un espécimen de roedor en su habitación del hospital.

Respiro hondo y exhalo yo también. No es exactamente aire fresco y limpio, pero bueno, no tiene nada que ver con ese cóctel tóxico que macera en el interior del edificio.

Miro al horizonte, que aquí, a la otra punta de Los Ángeles, no es nada más que un conjunto de bloques de hormigón entre los que ni siquiera corre el aire. Miro distraídamente los coches del aparcamiento, cada uno más viejo y cochambroso que el anterior. Incluso los médicos jefe conducen coches familiares hechos polvo que, claramente, han visto días mejores. Sin embargo, hay un coche que destaca entre todos los demás. Como el propio sol, me deslumbra, porque es amarillo chillón. Entrecierro los ojos y me quedo mirándolo fijamente.

Mierda.

—¿Puedes quedarte aquí esperándome unos minutitos?

Antes de que Faye pueda darme una respuesta, mis pies toman el control. Me dirijo directamente al coche en cuestión, cruzo rápidamente el aparcamiento y llamo a la ventanilla del conductor. Como los cristales están tintados, no consigo ver el interior. Nada. Llamo con insistencia, pero nadie abre la puerta ni baja la ventanilla. Tiro de la manilla con los dedos, pero tampoco consigo que se abra.

Qué extraño... ¿Dónde se habrá metido Grayson Montgomery?

Desconcertada, miro a mi alrededor.

Alguien con un traje elegante, que encaja aún menos con la estética decadente de los alrededores, está agachado delante de un arbusto. Le tiembla todo el cuerpo.

—¿Señor Montgomery?

Levanto la voz, sorprendida de pillarle en esa postura.

Niega con la cabeza, pero sigue temblando.

—¿Señor Montgomery? —insisto, decidida.

Sigo andando. Me acerco a ese ricachón en cuclillas y me cuelo entre él y un seto marchito, para intentar establecer contacto visual.

No parece él. Sus ojos azul grisáceo, extrañamente húmedos, miran fijamente al vacío. Tiene el pelo revuelto, porque no deja de pasarse las manos por él. Le tiemblan los labios y murmura constantemente algo que no entiendo.

—¿Señor Montgomery?

No reacciona.

¿Me habrá visto siquiera?

—¿¡Grayson!? —exclamo.

Por fin me mira.

—¿Te encuentras bien?

Esa es, sin duda, la pregunta más tonta que he hecho en toda mi vida. ¡Pues claro que no! Me mira con una carita que me resulta bastante familiar. La he visto varias veces en el espejo...

—Ven conmigo —le digo, mientras le pongo la mano en el hombro.

Al principio tiene la mirada perdida, pero poco a poco, recobra la lucidez.

—Esto... Yo... —dice, pero luego se queda callado, como si estuviera desorientado.

—¿Dónde tienes las llaves del coche?

Como un robot, se las saca del bolsillo del pantalón del traje y me las da.

—Ven conmigo, anda —le ordeno.

Le sonrío, en un intento de calmar su ansiedad.

Es evidente que una cara amable no bastará para que se recupere al instante, pero a veces, la gentileza y una mirada cariñosa y sincera hacen maravillas. Me coge de la mano y ambos entrelazamos los dedos. Tiro de él hacia mí para ayudarlo a levantarse. Estamos muy cerca el uno del otro y casi me caigo entre los arbustos que tengo detrás por el impulso, pero el señor Montgomery me sujeta. Parece que vuelve a actuar como una persona normal. Sin embargo, sus ojos aún le delatan: mira a su alrededor como si algo le persiguiera.

¿Una persona? ¿Un recuerdo?

Le pongo suavemente las manos en los hombros para girarlo y empujarlo delante de mí. Cuando llegamos a su coche, pulso el botón de apertura de puertas de la llave. El ruido le sobresalta e instintivamente se acerca a mí.

Ahora es él quien necesita ayuda, no yo. Han cambiado las tornas y yo tengo el poder. Sin embargo, en lugar de sentir satisfacción o algo similar, se me desgarrá el corazón. No me gusta verlo así y eso que apenas nos conocemos. De repente, siento que esto se está volviendo demasiado íntimo y me siento incómoda.

—Bueno, pues aquí estamos. ¿Quieres subir o...?

Abro la puerta del conductor, pero el señor Montgomery no se mueve ni un milímetro.

Miro brevemente a mi tía, que está en mi campo de visión. Está sentada mirando lo que hago. *Estupendo... Se viene interrogatorio.*

—Grayson, ¿quieres que llame a alguien? ¿A tu hermano, a Yasha...?

—¡No, no! ¡Por favor, no!

De nuevo, el pánico se apodera de sus ojos.

—Vale, vale... —digo, levantando las manos como si quisiera rendirme.

Sé que todo está en su cabeza. Al fin y al cabo, me habrá dejado aquí hará una media hora, plenamente consciente. El problema es mucho más hondo, más visceral, y lo entiendo, porque yo misma he pasado por ello. No es que se haya desorientado ni que esté débil, no: es un ataque de ansiedad. Debería llamar a alguien, a una persona en la que pueda confiar y que ya conozca la situación, pero no puedo coger su móvil y avisar a alguien sin su permiso. Eso no estaría bien.

—Pues así no te vas a volver a casa... —le digo.

—Ya... Ahora mismo, no puedo conducir... —admite.

—No quiero darte lecciones de vida, pero... creo que te ha dado un ataque de ansiedad.

Me he metido en un terreno pantanoso. De todas formas, los síntomas se parecen a los míos:

taquicardia, sudoración, pérdida de la capacidad comunicativa, desorientación, temblores, respiración anormal...

Nos miramos fijamente durante unos instantes. Espero a que procese la información. Entonces me agarra las muñecas con los dedos. Su aliento dispersa los mechones sueltos de mi pelo trenzado. Poco después, asiente. Pues ha tenido suerte, porque esa es mi especialidad. Afortunadamente, ha pasado casi un año desde mi último ataque, pero antes de eso, era la reina del pánico.

Lo arrastro hasta el asiento del copiloto, abro la puerta y lo empujo hacia dentro.

—Tranquilo Grayson, ¿vale? Todo va a salir bien, te lo prometo. Escucha: inspira y espira profundamente, con todas tus fuerzas, y aprieta los labios al mismo tiempo. Tengo que ir a ver cómo está mi tía, pero vuelvo enseguida.

Sigue mis instrucciones, pero sacude violentamente la cabeza al mismo tiempo.

—¡No te vayas, Riley, por favor! ¡No me dejes aquí! —me suplica entre jadeos.

Me quedo sin aliento. Por muy descabellada que sea esta situación, por mucho que hayamos discutido y por mucho que quiera distanciarme de él, estas palabras hacen que me lata el corazón más deprisa y con una fuerza insospechada.

—No te dejaré. Vuelvo enseguida. Te lo prometo —le aseguro.

Se me sonrojan las mejillas.

Eso parece convencerle y me suelta. Sigue respirando y se balancea ligeramente hacia delante y hacia atrás.

Sin más dilación, doy un portazo, cierro el coche para que a nadie se le ocurra robarlo y corro hacia Faye, que viene lentamente hacia mí, en la silla de ruedas.

¹ *N. de la T.* La psoriasis se trata en ocasiones con inyecciones de una solución líquida que se administra por vía subcutánea o intravenosa.

12

La situación roza el absurdo. Si lo piensas, es como si acabase de secuestrar a uno de los hombres de negocios más exitosos de Los Ángeles. Pero ¿qué debo hacer si no? No quiero avisar a nadie sin su consentimiento y, por razones que se me escapan, no sé dónde vive. Bueno, dónde vive de verdad. La casita de vacaciones en la que se está celebrando una fiesta en este mismo instante está descartada.

Tampoco sería muy considerado aprovecharme de su estado y mirar la dirección en su carné de identidad. Dejarlo solo no es una opción, pero me parece que mi exjefe tampoco quiere entrar al hospital, así que no me queda más remedio que llevarlo a West Adams en este coche increíblemente caro y meterlo en mi piso.

Esto es una mierda con mayúsculas.

Después de acompañar a la tía Faye a su habitación, vuelvo corriendo al coche para ponerme al volante.

Conducir este monstruo es todo un reto. Me chorrea el sudor por la espalda, porque estoy segura de que no soy capaz de manejar semejante trasto. Además, en caso de accidente, ¿lo cubrirá el seguro? Probablemente, no. Con cada kilómetro que recorremos, el nudo de mi garganta se vuelve más y más grande.

Hasta ahora, solo había conducido coches pequeñitos, normales y corrientes. Esta máquina está a otro nivel. Siento la potencia bajo mis pies. Con todo, podría decirse que es lo más emocionante que me ha pasado en años. Estoy controlando un coche que, de normal, como mucho habría observado desde la distancia, desde la acera. ¡Pero mira por dónde, soy yo quien lo conduce!

Cuando me detengo en un semáforo en rojo, el conductor del coche de al lado me saluda con la cabeza. Los peatones se paran y me hacen una foto. No es al revés, no. ¡Flipo! El entusiasmo se mezcla de una forma extraña con la preocupación por el señor Montgomery y mis habilidades en carretera. Con este cochazo, son cuestionables...

Para que no se crea que lo estoy secuestrando, ya que este hombre es un paranoico, le explico paso por paso lo que estamos haciendo. Le digo a dónde vamos, que puede descansar en mi casa... En fin, de todo un poco, para que luego no me demande. Nunca se sabe. Sin embargo, el señor Montgomery no dice ni mu en todo el camino.

Al principio, respiraba como le pedí, pero en algún momento, dejó de hacerlo y simplemente cerró los ojos. Ahora se frota las manos y no emite ningún sonido. Ni siquiera sé si me está escuchando.

He estado tan distraída con toda esta situación que acabo de darme cuenta de que va a ver mi casa. No solo el caos que reina en el bungaló desde que ingresaron a Faye, sino también lo desastroso que es mi barrio. Va a respirar la tristeza que yo he asumido como parte de mi vida cotidiana y que apenas noto. Estoy segura de que a él le parecerá un lugar horrible.

Cuando aparco el coche, me entran náuseas. No es muy buena idea dejar un coche de este nivel aquí en medio. Seguro que si alguien que no toca le echa el ojo, desaparece en menos que

canta un gallo.

—Grayson, el coche... —digo, pero el señor Montgomery me interrumpe.

—Viene equipado con un sistema de seguridad y está asegurado —responde a una pregunta que ni siquiera he formulado.

¿Así que sabe que estamos en el gueto de Los Ángeles?

¡Pues claro que lo sabe! Basta con mirar por la ventanilla del coche para confirmarlo.

La valentía que llevo intentando acumular por el camino desaparece al instante.

—Sé que este lugar parece dudoso, pero estaremos a salvo en el piso.

Lo suelto con un hilo de voz, así que apenas puedo creer lo que digo.

El señor Montgomery se limita a asentir. Salgo y él me sigue. Pulso con brío el botón de cierre del coche, como para asegurarme de que está bien cerrado. Luego me acerco a mi exjefe y le doy la llave. La coge, la sujeta con la palma abierta como si le hubiera dado un bichillo muerto y se la vuelve a meter en el bolsillo del pantalón con una mueca.

—Bueno, por aquí... Sígueme.

En lugar de avanzar, me quedo quieta. Me apoyo en una pierna y luego en otra, de forma alterna, porque aún me cuesta admitir lo caótica que es mi vida. Este hombre no confía en mí, se ha portado como un imbécil conmigo, y de repente, lo tengo enfrente de la puerta de casa. Vale, soy yo quien lo ha traído hasta aquí, pero ahora me encantaría poder volver atrás.

Se frota los ojos y asiente.

Joder. Habrá que ir haciendo camino...

Respiro hondo y subo las escaleras hasta la entrada. Como de costumbre, quito el cerrojo de la puerta antes de abrirla, y luego la empujo con el hombro. Dejo pasar primero al señor Montgomery, que me ha seguido en silencio. Al verle con su trajecito elegante en mi casa deslucida y mohosa, no se me ocurre nada que decir.

El silencio se vuelve espeso. De repente, siento la necesidad de justificarme.

—Disculpa el desorden —murmuro, y me apresuro a entrar.

Primero me dirijo al sofá, donde recojo algunas prendas. Luego me acerco a la cocina y dejo en el fregadero el cuenco con la leche que me ha sobrado de los cereales de esta mañana. Como un torbellino, voy recogiendo por todos los rincones. Sin aliento y cargada como una mula con cosas que no tienen un lugar concreto en este piso, me detengo frente a él.

Parece cansado. Mira a su alrededor con los ojos chiquititos. Tiene una expresión neutral en el rostro, así que ni siquiera soy capaz de saber si ha perdido el poco respeto que me tenía.

—Bueno, normalmente todo esto está ordenado. Y mi tía, pues... En fin, como yo trabajo con perros, estoy fuera mucho tiempo... El barrio parece peor de lo que es, pero...

—No te preocupes —me susurra.

Se acerca y me pone una mano en el brazo.

—Gracias por traerme aquí. Así puedo darme un respiro —añade.

Su gesto hace que me olvide de todas las excusas y justificaciones. Se queda en silencio. Es agradable que no me venga con exigencias.

—¿Quieres algo de beber?

—Me encantaría tomar un poco de agua, si es posible.

Retira la mano de mi brazo y su tacto deja un calor diferente en la zona en la que me ha tocado. No me abrasa como los rayos del sol, sino que me reconforta con su tacto suave.

Corro hacia la pila como una loca. El agua es algo que, por suerte, aún tengo a mano, y también hay fresquita en la nevera. Abro el frigorífico con rapidez y descubro que la luz se ha

fundido. Saco la botella y veo que está tibia. Con los ojos muy abiertos, miro dentro de la nevera y palpo los pocos alimentos que tengo allí guardados. Todos están a una temperatura anormalmente alta. Me muerdo el labio inferior.

Con la mayor discreción posible, me hago a un lado y pulso el interruptor de la luz de la pared. Mi temor se confirma: no hay electricidad. La nauseabunda sensación de haber cometido un error garrafal se despierta en mi nuca y se desliza entre mis ojos en forma de un desagradable dolor.

La factura de la luz. Me he olvidado de pagarla...

Cierro de golpe la puerta de la nevera, cojo un vaso y vierto en él el líquido tibio. He de repasar mis opciones. Bueno, no es que tenga ninguna; me hace falta dinero, no hay más. Tengo la cartera vacía y la cuenta bancaria, a cero.

No me queda nada.

Me obligo a esbozar una sonrisa inocente y le tiendo el agua al señor Montgomery. Vacía el vaso de un trago e inmediatamente, le sirvo otro.

—Siéntate, por favor. ¿Quieres algo más? ¿Tienes hambre?

Tengo que vaciar la nevera lo antes posible: tirar comida va en contra de mis principios.

Se sienta, sacude la cabeza y se cruza de brazos. Me quedo en la cocina. Estoy agotada. Toda esta situación parece un sueño febril.

—Puedes dormir aquí también, si quieres... —murmuro, y acto seguido, me muerdo la lengua.

Dicho así, suena un poco raro, como si intentara ligar con él. Sin embargo, en mi mente, ahora mismo eso es inconcebible. En otras circunstancias, es decir, si el pobre no hubiera tenido un ataque de ansiedad, pues puede, pero así, no.

—¿Te importa si descanso un poco?

Se levanta y se quita la chaqueta.

Como ese gesto me parece un tanto íntimo y dudo que lo haga en la oficina, en la calle o en público, bajo la mirada, avergonzada.

—Claro, si no, no te habría traído aquí. Necesitas dormir un rato.

Siento su mirada clavada en mí, pero no levanto la vista.

—Sí, lo necesito —murmura para sí mismo.

Hago como que no le he oído para no entrar en una conversación que nos haría sentir incómodos a los dos. Además, no soy su psicóloga y apenas nos conocemos.

Aun así, tenerlo aquí me hace sentirme un poco hiperactiva. No es desagradable, pero no puedo estarme quieta. Siento una necesidad imperiosa de cuidarle, porque cuando estoy en casa, siempre me toca encargarme de alguien. Sin embargo, esta vez, mi tía no anda por aquí.

Miro, cautivada, cómo se quita los zapatos y se tumba en el sofá. No me esperaba verlo en calcetines. De repente, parece... un hombre normal. Ya no es el jefe supremo y superagente inmobiliario; es un tío cualquiera en mi salón.

¡Joder, tengo a un tío tumbado en el sofá!

Salgo de la habitación. Eso significa que me toca ir al baño. Dado el tamaño de mi piso, no tengo muchas opciones. Después de retirar distraídamente algunos pelillos sueltos del lavabo —por si quiere asearse—, me miro en el espejo e intento atusarme el pelo. Tengo calor, pero sería un poco raro que me cambiara de ropa. ¿Qué pensará si me pongo cómoda? Sin embargo, de repente, me siento estúpida con mi atuendo.

Me muerdo el labio inferior, desconcertada. La ropa desperdigada por el suelo me mantiene

ocupada. La recojo con cuidado antes de meterla en el cesto de la ropa sucia. Reviso los bolsillos y encuentro un billete de veinte dólares.

¡Por fin me pasa algo bueno!

Sé que al señor Montgomery no le apetece comer de momento, pero me consta que, una vez el miedo abandona el cuerpo de uno y bajan los niveles de adrenalina, es normal que le entre un hambre feroz. Por eso, pido varios platos a nuestro servicio de comida a domicilio de confianza y me gasto el dinero que acabo de encontrar. Tardo unos minutos entre unas cosas y otras y me doy cuenta de que llevo un rato aquí encerrada.

¿Creerá que he ido a evacuar al baño? Pero... ¿por qué pienso en esto ahora?

Cuando estoy con él, me vuelvo un poco rarita.

Vuelvo a la habitación principal con ímpetu, convencida de que puedo sentirme segura de mí misma. Al fin y al cabo, esta es mi casa y él solo es un invitado. Sin embargo, me quedo en la puerta.

Es evidente que el señor Montgomery también tiene calor. Está tumbado en camiseta interior, pero aún conserva los pantalones. Tiene los ojos cerrados. A mí, en cambio, me está entrando un calor muy distinto ahora mismo. Miro a mi alrededor, impotente.

¿Estará dormido? ¿Tengo que meterme en la habitación de Faye? ¿Y si aprovecho la ocasión?

Opto por lo segundo y lo admiro un poquito más. Los rayos del sol inciden en su piel desnuda. Parece suave y delicada. En realidad, no hay una coraza dura e inquebrantable, como él intenta hacernos ver. Lo que sí debe estar duro es el bíceps que me lleva en cada brazo. Ha juntado las manos y las tiene apoyadas encima de la cabeza. Tiene los músculos tensos y le brilla el pelo como si acabara de salir de un anuncio de champú. Parece que han esculpido la cara de este hombre en mármol. Seguro que el artista tomó como referencia a un dios griego y, ¡mira por dónde! Al final, le salió Grayson Montgomery.

El corazón me late con fuerza. Tengo la boca seca y me arden las mejillas. Dejo de contemplarlo unos instantes y me fijo en una tarjeta de visita que hay sobre la mesa. Es una de las que he hecho yo misma. De la forma más rápida y silenciosa posible, me acerco al sofá para quitarla de en medio. Me agacho y doy un saltito para alcanzarla. El señor Montgomery abre los ojos y me mira fijamente. Al cabo de un momento, aparta la vista, luego me mira la mano y después el papelito que he intentado hacer desaparecer.

—Veo que has seguido mi consejo con lo de las tarjetas... —murmura, soñoliento, mientras hace una mueca de cansancio.

Al verle sonreír, yo tampoco puedo contenerme.

—Bueno, podría decirse que me inspiraste, sí...

—Cuando nos conocimos, no tenías ninguna, y ahora, mira.

—Sí, creo que me he vuelto más profesional... —interrumpo, mientras me la guardo en el escote.

El señor Montgomery frunce el ceño.

—¿No me dejas que la vea? Dame una, al menos.

—Me ha costado mucho imprimirlas, así que no estoy para desperdiciarlas.

Sigo medio inclinada sobre él. Retrocedo con prisa y me bajo el vestido.

—¿Por qué ibas a desperdiciarla si me la das?

—Porque no eres un cliente serio... —le digo.

Se endereza y se pasa la mano por el pelo con indiferencia.

—Señorita Foster, he oído muchas cosas sobre mí, pero lo de que no soy un cliente serio... Eso no me lo han dicho nunca. Siento decepcionarte: estoy muy contento con mi forma de ser.

¡Será ególatra!

—¿Lo estás? Bueno, pues entonces baja un poco los humitos. No queremos que te pases de gilipollas...

¿He soltado eso en voz alta?

Me muerdo la mejilla por dentro, pero él se ríe. No en voz baja, sino que suelta una carcajada sonora.

—¿Te estás quedando conmigo? —le pregunto, un poco ofendida.

—Solo un poco.

Esta situación es cada vez más absurda. Para él es solo un juego, ¿no? ¿Intenta ponerme a prueba o qué? Siento que me he perdido algo.

—Me encantaría que me dieras una tarjeta de visita, porque la necesito —dice finalmente.

—¿Para qué?

Me quedo mirándole. Lo que está pasando aquí, en mi salón, me tiene hechizada.

—Para no pasarme de gilipollas. Ya sabes...

Inclino la cabeza para hacerle ver que no entiendo a dónde quiere llegar. Bueno, de hecho, hace días que no entiendo lo que pasa a mi alrededor.

Grayson se limita a sonreírme. Es una sonrisilla torcida y descarada, pero hay algo en ella que despierta mi curiosidad.

Lentamente, saco la tarjeta de visita de mi escote y se la doy. En cuanto la coge, se la quito.

Ese trozo de cartón ha estado entre mis tetas...

—Bueno, mejor te traigo otra —murmuro, pero él me agarra de la muñeca para que no pueda apartarme.

—No, no, quiero exactamente esa.

Me están entrando los calores. De pronto, el desierto de Nevada se expande por mi cuerpo. Me mira con unos ojos ardientes. ¿Serán imaginaciones mías?

De repente, me siento desnuda de hombros para abajo. Su mano sobre mi piel es como un pase directo al infierno. Provoca en mí pensamientos indecentes y siento que mi cuerpo va a prenderse fuego en cualquier momento, pero a él no parece importarle. Todo lo contrario, porque me sujeta con firmeza y no hace ningún esfuerzo por soltarme.

—¿Quieres esta tarjeta?

Casi me quedo sin voz. Carraspeo una y otra vez, pero no sirve de nada. No consigo recuperar mi tono habitual.

—La he encontrado yo, así que sí, quiero esa tarjeta. Si es necesario, iré a buscarla de donde ha salido.

Parpadeo. Sigue sin quitarme los ojos de encima. Cuando ve mi reacción, sonrío aún más. Luego me quita la tarjeta de los dedos con la otra mano. No rompe la conexión que tenemos ni por un segundo. No aparta los ojos de mí: es como si mirara dentro de mi alma. Sabe exactamente lo que siento, lo que ocurre ahora mismo en mi interior. Sabe que solo puedo pensar en él, en la cercanía de nuestros cuerpos.

De repente, me pregunto si es otra persona. ¿Dónde está su miedo, su ansiedad? ¿Dónde ha quedado todo el escepticismo, el recelo hacia mí? ¿Y qué coño busca un hombre así en una mujer como yo?

Antes de que pueda preguntárselo, llaman a la puerta y el señor Montgomery me suelta.

13

Pocas veces me he alegrado tanto al oír sonar el timbre. No me suelen gustar las visitas. Nuestros amigos y conocidos apenas se pasan por aquí, así que cuando alguien llama a la puerta, suele tratarse de un asunto serio. Un agente de ejecución que viene a reclamar dinero o un policía que quiere interrogarnos sobre un delito cometido en el barrio. No suele tratarse de una sorpresa agradable del día a día.

De todos modos, me precipito hacia la puerta y la abro, como si la salvación estuviera a punto de aparecer frente a mí, con toda esta tensión palpable. Y así es, en cierto modo.

La señora Hernández tiene una expresión que mezcla la alegría y la disculpa. Al otro lado de la correa, Peanut se sacude.

—Riley, siento molestarte, pero... Bueno, tengo que ir a trabajar urgentemente porque mi *sous-chef* ha llamado para decirme que está enfermo. ¿Podrías...?

—Claro, ¡no hay problema! —respondo inmediatamente, porque acabo de encontrar el dinero con el que pagar la factura de la luz.

Peanut rara vez pasa la noche en mi casa, pero cuando lo hace, siempre me acaban pagando como a una reina. La señora Hernández será muchas cosas, pero desde luego, no es tacaña. Sin embargo, podría decirse que «cotilla» es su segundo nombre. Mi clienta sube las escaleras, me da la correa y, en el proceso, intenta entrecerrar los ojos para ver a través de la puerta. Inmediatamente, la entorno un pelín.

—Oye, ¿cómo está tu tía?

La señora Hernández frunce el ceño.

—Sigue en el hospital...

Me agarro a la puerta, porque me cuesta que Peanut suba los últimos escalones. No es una perra muy atlética.

—¿O sea que estás sola? Por favor, cuídate...

Parece preocupada, algo que tampoco tiene mucho sentido. A su edad, Faye no puede protegerme y normalmente, me las apaña bien sola.

Asiento. En ese momento, se oye que alguien tira de la cadena del váter. La señora Hernández empequeñece los ojos.

—¿Cuándo vas a venir a por Peanut?

Parece que mi maniobra de distracción surte efecto.

—¿Podrías traérmela mañana? Sobre las diez, por ejemplo.

Asiento de nuevo. Peanut por fin ha conseguido subir el último escalón y tira sin piedad de la correa, porque quiere entrar en el piso, que a su juicio, está fresquito. Sin embargo, no debería motivarse tan pronto, porque el aire acondicionado funciona con electricidad...

—Sí, no hay problema. ¡Ánimo con el trabajo!

Aunque quede de descarada, me despido con la mano, entro en el piso y cierro de un portazo. Peanut sigue tirando de la correa, así que me agacho y se lo quito todo (collar incluido) de una. El bulldog sacude de nuevo su escaso pelaje y se dirige a la cocina dando saltitos.

—Pero bueno, ¿quién es este? O esta...

El señor Montgomery vuelve a sentarse en el sofá y mira a Peanut y luego a mí.

—Alguien se ha unido a nuestra fiestecita. Espero que no te importe.

Supongo que lo hago por educación, pero en el fondo, quiero saber si le parece bien.

—Es tu trabajo y es importante para ti, así que... Muy bien.

Lo dice de una forma... Casi parece que soy oncóloga o senadora.

—Bueno, sí... Supongo —mascullo, mientras sigo a Peanut a la cocina.

Lleno rápidamente un cuenco con agua y lo pongo delante de la perrilla, que está medio seca. Saca la lengüita y empieza a beber con cuidado.

Mientras tanto, el señor Montgomery recorre la habitación e inspecciona todo con detalle. Aparentemente, está mucho mejor, lo cual me alegra, pero también me pone nerviosa, porque ahora ya no está ausente. Está vivito y coleando, en mi piso, invadiendo mi intimidad y, por desgracia, ocupando mis pensamientos.

Se pasea y mira las fotografías que colgó Faye en las paredes. No debería haber perdido el tiempo contemplándolo antes, debería haber aprovechado para quitar todas esas fotos...

—Son tuyas... —dice.

No digo ni una palabra, solo aprieto los labios.

—Se nota enseguida. Tienes tu propio estilo.

Me mira y luego vuelve a contemplar la foto del Fine Arts Building en la hora dorada.

—No sabría decir exactamente qué caracteriza tu forma de sacar fotos, pero una vez lo has visto, lo reconoces en cualquier parte —añade, señalando los detalles que quería resaltar con la composición y otros parámetros.

Su intuición no se equivoca.

Con tan solo un par de pasos, me acerco a él.

—Se trata de jugar con la luz. Para mí tiene una importancia vital. No es que haga fotos extraordinarias desde el punto de vista profesional, simplemente tengo...

Yo también señalo la foto y nuestros dedos se rozan sin querer. Estamos muy cerca, a tan solo un palmo de distancia. Me mira y me recorre la cara con sus ojos azules.

—Buen ojo —termina mi frase.

—Sí, puede... —susurro.

La cosa se está poniendo calentita. La última vez que mi corazón se comportó así fue hace años, con mi ex. Sin embargo, cuanto más invade el señor Montgomery mi espacio personal, más me doy cuenta de que no querría que estuviera en otro sitio. Mi cuerpo reacciona a todos y cada uno de sus movimientos. Los pensamientos se agolpan en mi cabeza y no soy capaz de someterlos a mi buen juicio.

Estoy desatada y no puedo evitar pensar que el sentimiento es mutuo. Hay algo que flota en el aire; una chispa eléctrica entre nosotros y estoy segura de que, en cualquier momento, estallaré en llamas.

Grayson se acerca hacia mí, poco a poco. Aunque es un momento muy inoportuno y extraño para un beso, estoy preparada. Sé que lo estoy. En mi interior, el deseo crepita. Necesito esta distracción, aunque solo ocurra otra vez y lo nuestro no tenga futuro. En realidad, no podría ser una idea más descabellada.

Aquí. Con él.

Y sin embargo, yo también me inclino hacia él. Lo busco.

Le miro a los ojos hasta que se vuelven azul claro. Entonces cierro los míos y su cálido

aliento se me posa en la cara. Huele a café y a menta. Una combinación que nunca había probado.

Quiero más.

Todo a mi alrededor se desvanece cuando sus labios se encuentran con los míos. Al principio, es suave, delicado, pero me aprieto contra él. No soy plenamente consciente de mis actos. Mi cuerpo toma el control y se vuelve indomable. Y no soy la única: el señor Montgomery también se deja llevar por los instintos de su cuerpo y me pone las manos en las caderas, antes de besarme con fuerza. Saboreo su boca y una serie de escalofríos me recorren los brazos. Mi lengua se contorsiona con la suya y ambas bailan. Aunque tengo calor, se me eriza el vello del cuerpo. Cuando sube una de las manos y la hunde en mi pelo, se me escapa un gemido entre beso y beso. Se detiene un momento y abro los ojos. Una vez más, solo veo un azul claro infinito.

—¿Esto es una reacción alérgica?

Me acaricia suavemente el hombro derecho. Giro el cuello para echarle un vistazo a la zona.

—Ah, no... No es nada.

Doy un paso atrás y él deja caer las manos a ambos lados, como un coco cae de un cocotero.

El señor Montgomery abre la boca, pero inmediatamente, la vuelve a cerrar. Me alejo de él y me dirijo al baño para cubrirme con otra capa de maquillaje o esconder las imperfecciones de una forma u otra. Ni de coña dejo que vea lo que tengo en la piel. En mi cabeza reina el caos. Es como si fuera un ordenador sobrecargado por la cantidad de pestañas abiertas, que amenaza con apagarse en cualquier momento, sin que dé tiempo a guardar.

Tengo que salir de aquí. Debo evitar que pase, porque todo esto no solo es absurdo, sino que está empezando a darme vergüencita.

Pero no puedo irme muy lejos del bungaló, porque justo en ese momento, Peanut empieza a hacer un ruido raro. Es bastante desagradable, pero me resulta familiar. Refunfuño, vuelvo corriendo a la cocina y me arrodillo en el suelo, a su lado.

—¿Qué le pasa?

El señor Montgomery aparece a mi vera, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos en mí.

—Esta perrita tiene un estornudo inverso...

—¿Cómo has dicho?

—Un estornudo inverso.

Ahora no tengo tiempo para esto...

Tiro suavemente de Peanut hacia mí, para poder cogerla de la cabeza. Con el pulgar, le cierro uno de los orificios nasales y, con la otra mano, le doy un masajito en el cuello. El mero hecho de tenerme cerca la calma inmediatamente.

El señor Montgomery se arrodilla a mi lado. Me mira, frunciendo el ceño.

—¿Se va a morir?

—¡Claro que no! Les pasa de vez en cuando. No es peligroso.

Peanut está cada vez más relajada. Los jadeos disminuyen y su respiración se vuelve más regular y profunda. Poco después, suelta un gruñido ronco, similar a un eructo, y mi exjefe se aparta hacia un lado. Se me escapa una risita interna.

¿Cómo puede alguien tener tanto éxito en la vida y, pese a todo, saber tan poco de ella?

El timbre vuelve a sonar.

—No puede ser... —gimo e intento incorporarme, pero el señor Montgomery me pone la mano en el hombro.

No en cualquier sitio, sino exactamente donde mi psoriasis había conseguido asomar entre la crema y la base de maquillaje. A él no le parece gran cosa, pero a mí, se me cae el corazón del pecho y se me escurre por las piernas. Encima sigo llevando este puto vestido...

¿Por qué no duda en tocarme, pese a lo repulsiva que es mi piel?

Mientras abre la puerta, rasco a Peanut, que parece otra después del masajito. Ya no tiene miedo y solo se fija en la comida que le doy.

—¿Has pedido comida, Riley? —pregunta Grayson.

Curioso: me ha llamado por mi nombre. No es la primera vez, pero ahora suena distinto.

—Sí, ¡espera! Voy a por el dinero...

Miro de reojo a Peanut para asegurarme de que ya está lista para seguir con su vida. Me ajusto el vestido y corro al baño, donde he dejado el billete. Pero cuando vuelvo, agitándolo en el aire, el señor Montgomery ya ha cerrado la puerta y está llevando las bandejas de poliestireno a la mesita del salón.

—¿Cuánto te ha costado?

Intento recordar la cantidad que aparecía en la aplicación.

—Bueno, da igual, ¡aquí tienes! —digo, mientras le entrego mi último y preciado billete.

—Invito yo —murmura, mientras se deja caer en el sofá.

Me freno en seco. Es un gesto amistoso y cordial, pero una sensación de inquietud me recorre el pecho y se me instala en el corazón.

—Tengo suficiente dinero. Además, ha sido idea mía pedir comida...

—Da igual. De todas formas, no tengo hambre.

Se pasa una mano por el pelo, que normalmente lleva tan bien peinado. Parece un poco cansado por el día.

O puede que sea por el beso. ¿Se arrepentirá? ¿Debería arrepentirme yo?

—Pues lo había pedido para ti...

Entrecierro los ojos y pongo los brazos en jarras. Tiene que comer. Sin discusiones.

—Pues no tengo hambre... —responde, sacudiendo la cabeza.

¿Por qué sigue sonriéndome? ¿Le parece divertido?

—Después de un ataque de ansiedad, siempre se tiene hambre, así que...

Me quedo callada de forma súbita, porque parece que me estoy yendo de la lengua con los detalles sobre mi vida.

—¿Alguna vez has tenido uno, Riley? Lo siento, quiero decir, señorita Foster...

—Tranquilo, creo que podemos llamarnos por nuestro nombre ya...

Es gracioso que se dé cuenta de eso ahora. ¿Tanto le importan las formalidades? Quiero decir, antes me ha metido la lengua hasta la garganta...

¡En fin, da igual!

—Bien, pues ¿has tenido un ataque de ansiedad alguna vez?

Me mira de una forma totalmente distinta. Atrás han quedado la mirada cómplice y la sonrisilla traviesa. Está tan casi tan serio como yo avergonzada.

—Sí —confieso.

¿Para qué negarlo, si ya lo he admitido a medias?

Me mira y luego baja la vista hacia mi hombro. Estoy segura de que tiene mil preguntas, pero se las traga y la verdad es que lo agradezco.

—Y después de una... ¿Aún tienes hambre?

—Pues claro —contesto, con aire despreocupado.

Le dejo el billete de 20 dólares a su lado y abro las bandejas de comida mexicana. Siento un hormigueo en la piel. Por una parte, es buena señal, porque estoy cerca de él, pero creo que también es algo terrible, porque mis sarpullidos están intentando salir a la luz, liberarse del maquillaje. Me pica, me escuece, pero me resisto y consigo no levantarme ni rascarme. Ahora no.

Grayson desliza el billete en mi dirección una vez más.

—Si me dejas que te invite, comeré algo. ¿Qué me dices?

—¿Siempre tienes que llevarlo todo al campo de los negocios?

—Sí. Casi nadie se atreve a llevarme la contraria.

Sonríe de nuevo.

—Pues alguna vez no te vendría mal...

Se ríe de forma escandalosa y yo hago lo mismo. Pasar de su oferta y llevarle la contraria sería muy dírver, pero he de admitir que estoy en la ruina más absoluta y me viene bien aceptar la comida gratis, sin pensármelo dos veces. Tendré que resignarme a mi suerte...

Me levanto en silencio, voy a la cocina y traigo platos y cubiertos, para aparentar un poco de decencia. Cuando tengo invitados, me gusta fingir que no soy de las que engulle directamente de las bandejas de plástico. Reparto el bol de burritos, el chili vegetariano y los *dips*¹ a partes iguales entre los dos platos. No quiero que suelte que como mucho, aunque es verdad...

Me han administrado mucha cortisona en los últimos años, así que no solo tengo la cara ligeramente hinchada, sino que además, tengo un apetito insospechado. Aunque ahora convivo con una dosis bastante leve, los efectos secundarios siguen aquí conmigo. No se me nota tanto en la cara, pero sí en las raciones que devoro. Es más, con tanta actividad con los perrillos, me entra un hambre voraz.

—Gracias.

Grayson coge su plato y echa un vistazo a la cantidad de comida que le he servido solo para él.

—¿No te gusta la comida mexicana? —le pregunto, desconcertada.

—No te voy a mentir: no tengo ni idea.

—¿Cómo?

El tenedor se me resbala de la mano.

—Bueno, sé lo que son las quesadillas y el guacamole, pero nunca he comido nada así... —añade, mientras señala el plato.

—Pero... ¿Cómo? Pensaba que serías uno de esos trotamundos y que ya habrías probado todos los manjares habidos y por haber...

—Antes viajaba mucho, pero desde que...

De repente, se queda callado y aparta la vista. Con un tenedor, pincha unos frijoles y se los lleva a la boca. Aprovecho para dar un bocado y espero a que siga hablando, pero no lo hace.

—Mmm... Yo nunca he salido de aquí.

En un intento de acabar con el incómodo silencio que había entre nosotros, consigo que levante las cejas hasta el nacimiento del pelo.

—No me lo puedo creer. ¿Nunca has estado fuera de Los Ángeles?

—Bueno, un poco sí... Hoy he estado en Malibú, ¿sabes? —le digo con picardía.

Niega con la cabeza.

Me siento ridícula. No debería haber soltado eso. Me hace parecer aún más una pobre

vagabunda. Pero tampoco debería preocuparme por lo que piensa de mí. No es que haya nada que nos una, aparte de ese beso del que ninguno queremos hablar. Seguramente se irá después de cenar y ale, adiós, muy buenas.

—Es una pena —dice.

Me encojo de hombros.

—Una se acostumbra, incluso aunque viva en Los Ángeles...

—Si tuvieras todo el dinero del mundo para viajar, ¿a dónde irías?

No me quita los ojos de encima, y en vez de llevarse el tenedor a la boca, se da en la mejilla. La salsa se le pega al pómulo y sonrío.

—A París... —respondo, sin dejar de comer.

—¿A la ciudad del amor? Cómo no...

—No, no es por eso. Créeme, nada que ver con el amor. No me interesa el romanticismo.

Dejo el tenedor y me cruzo de brazos, porque me pone de los nervios que haya asumido tal cosa. Después de todo, no soy una de esas soñadoras tontorronas...

—Oh, vale, perdona...

Frunce el ceño. Para alguien que no tiene hambre y no sabe mucho de comida mexicana, come rápido...

—París, y Europa en general, tienen algo que no hay manera de encontrar aquí. Bueno, los estadounidenses intentamos imitarlo, pero... En fin, sí que es verdad que tenemos ejemplos arquitectónicos interesantes, pero ¿París? ¡Dios, París! Esa ciudad es como un museo viviente. La historia, los edificios, las fachadas de estilo Haussmann²... El Centro Pompidou, el Instituto del Mundo Árabe, el Louvre... Allí, el patrimonio histórico se une a la osadía arquitectónica. Daría cualquier cosa por verlo algún día... Y por sacarle fotos, claro.

Me arden las mejillas. Por un momento, me he olvidado de que estábamos comiendo. Entonces vuelvo a la realidad, me callo y me doy cuenta de la expresión de su rostro. Sigue siendo difícil de leer, pero diría que parece sorprendido.

—Te entiendo. París es una maravilla. Una joya para todo aquel que se deje fascinar por la arquitectura...

Asiento y me aparto un mechón de pelo de la cara. Es extraño volver a compartir mi pasión con alguien. Antes lo hacía con amigos y compañeros, pero mi enfermedad me hizo perder mi círculo de amistades. Con el tiempo, todo se fue a pique. Ya nada es como antes. Lo de Grayson... es algo nuevo. Cuando le digo lo que pienso, me siento vulnerable. Tengo miedo de que me juzgue, pero al mismo tiempo, es emocionante tener a alguien que, en cierto modo, me entiende. Mi tía es un amor y me apoya en todo lo que hago, pero no le apasionan las mismas cosas que a mí.

—Deberías añadir España, Holanda, Italia, Dinamarca, Israel y Singapur a la lista... —añade entre bocado y bocado.

Me alegra que haya recuperado las fuerzas. El miedo te quema por dentro y, por desgracia, hablo por experiencia. Me solidarizo con él.

—Sería genial poder viajar...

Acto seguido, me llevo algo a la boca. Ahora que hablamos de este tema, parece que siento el impulso de soltar gilipolleces.

—Sí, yo también lo echo de menos.

Tengo una pregunta candente en la punta de la lengua, pero he de aguantarme las ganas de

soltarla. Al fin y al cabo, tampoco es que yo le haya contado mucho de mi vida. Sin embargo, ahora que miro el piso con detenimiento, las condiciones en las que sobrevivo no podrían ser más transparentes.

—La comida está riquísima —dice.

—Es que la ha pedido una chica que es una ricura...

Le sonrío.

¿Por qué tiene ese efecto en mí?

Con él me siento relajada y a gusto, casi como en familia. Hace apenas unas horas quería huir de él, y ahora lo tengo aquí. ¡Es casi un milagro! Bueno, y lo del beso ya es una cosa... Ha sido un desliz en contra de la voluntad de mi cuerpo, que aún necesita intimidad. Pero que estemos en mi salón, compartiendo la cena... Es como si alimentara directamente a mi alma hambrienta.

Seguimos comiendo en silencio. No es incómodo: es como si estuviéramos en sintonía, disfrutando de la buena comida. Es agradable estar acompañada. En general, no suelo sentirme sola, porque Faye siempre está por aquí rondando. Hallo la paz que necesito en el trabajo, y cuando termino la jornada, vengo a casa a charlar con ella, feliz. Pero desde que tuvo el infarto, se me caen las paredes encima. Aquí reina el silencio. Por suerte, ahora tengo una distracción muy efectiva: Peanut está tumbada a mis pies, esperando desesperadamente que se me caiga un trocito de comida y Grayson me hace compañía. Así no le doy excesivas vueltas al asunto.

Nos acabamos la comida que hay en el plato y me levanto para recoger. Cuando me doy cuenta de lo que viene ahora, se me encoge el corazón. Ya no hay motivos para que se quede aquí un rato más. Tiene el estómago lleno y se le ha pasado la ansiedad, así que, en cualquier momento, volverá a su mundo y me dejará atrás. Puede que ni siquiera me explique lo que ha pasado antes entre nosotros.

De hecho, ¿ha sido real o me lo he imaginado? Lo hemos dejado todo atrás tan pronto como ha surgido. En nada, se irá. No hay más verdad que esa, y sin embargo, me cabrea. De hecho, por el rabillo del ojo, le veo ponerse la chaqueta y comprobar dónde tiene las llaves del coche.

—Gracias por acogerme y ser tan comprensiva... —dice, para despedirse.

Intento ocupar las manos y dejo correr un poco de agua de la pila para fingir que limpio los cacharros. Como el agua caliente sale de la caldera, el grifo solo suelta un chorro tibio procedente de las tuberías. Será mejor que Grayson se vaya, así no se enterará de que me han cortado la luz.

—Es un placer. No hay problema —murmuro.

—Bueno, será mejor que me vaya a casa...

Me quedo quieta y asiento.

—Sí, claro...

—¡Pasa una buena noche!

Me vuelvo hacia él, me seco las manos en el vestido y doy un paso al frente. Le doy la mano como si fuera un hombre de negocios, pero él se limita a mirarla. En lugar de estrechármela, se acerca a mí, apoya su mejilla, en la que asoma una barbita de varios días, contra la mía y murmura:

—Muchas gracias...

Una vez más, su aliento me besa la piel. Sus labios flotan sobre mi rostro y se me para el corazón. Es como en una de esas telenovelas en las que lo exageran todo.

—También podrías quedarte...

Pero ¿qué coño me pasa?

No soy yo misma. Esto no es propio de mí. Ni siquiera sé de dónde ha salido esta faceta atrevida. Me muerdo el labio inferior para evitar soltar alguna tontería más.

Grayson se aparta, pero no del todo. Nuestras caras siguen muy cerquita.

—Vale —susurra—. Entonces voy a tener que hacer una llamada. Un segundo.

—Vale —susurro.

Al principio me cuesta creer que todo esto no sea producto de mi imaginación. Grayson se sale un segundo de casa, pero le oigo hablar con alguien de todos modos. Para darle la intimidad que se merece, me dirijo al sofá.

¡Que alguien me ayude! ¡Socorro, socorro!

Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Se habrá creído que estoy coqueteando con él? ¡Pues claro que sí! Un momento... ¿Le he tirado la caña o es que estoy sola y desesperada y no consigo sentirme bien conmigo misma? ¿Qué pensará él?

Grayson abre la puerta y vuelve a entrar. Con los ojos fijos en el móvil, se acerca al sofá y se sienta a mi vera. El silencio invade la estancia. En un momento dado, deja el teléfono y me mira. Cada vez estoy más nerviosa.

—No tengo electricidad —le digo.

—¿No tienes?

—No me va la luz... —miento—. No podemos ver pelis ni nada.

Tengo la lengua seca como una alpargata y trago varias veces para seguir hablando con normalidad.

—¿Quieres que le eche un vistazo al cuadro de luces?

—No, no quiero.

Los dos nos quedamos mirándonos con los ojos muy abiertos.

—No sé qué imagen tienes de mí, pero sé lo que me hago. De verdad, no soy tan solo un tipo que se pasea con zapatos de diseño y una bonita sonrisa.

Parpadeo.

¡No pienso eso de él! Aunque, bueno...

—Te creo, lo juro, pero me preocupa que te exploten los plomos en la cara o algo. Están un poco viejos...

Es una excusa, pero en el fondo, es verdad. Eso sí, como sepa algo de contadores, no tardará mucho en darse cuenta de que no he pagado la factura. Y bueno, mientras pueda ahorrarme la vergüenza...

—Si quieres, te busco a un técnico que te lo arregle. Tengo contactos. Seguro que no tardo en conseguir a alguien que te lo deje como nuevo hoy mismo...

—No, ¡tranquilo! Voy a traer algunas velas. ¿Por qué no jugamos a un juego de mesa?

Mi cabeza entra inmediatamente en modo gestión de crisis. También tengo el cuerpo alerta, así que me pongo en pie de un salto, saco unas cuantas velas de la cómoda del estrecho pasillo y las esparzo por el salón y la cocina. Me aseguro de colocarlas de modo que Peanut no pueda tirarlas. No estamos para que se me incendie el piso...

—¿Un juego de mesa? —Es lo único que dice Grayson al respecto.

Sin embargo, lo deja estar. No indaga más. Aunque sé que voy por el piso dando saltos como un galgo asustado, no insiste con el tema de la electricidad y no me cuestiona el haber rechazado su sugerencia de buscar a alguien que lo arregle. En cierto modo, he salido ganando.

—Sí, en plan... ¿Qué te parece el Monopoly? —digo, mientras meto la cabeza en el armario de Faye y rebusco en él para sacar nuestra colección de juegos.

—Bueno... ¿Tienes el Jenga?

Me golpeo la cabeza contra la puerta.

—¿El Jenga?

—Sí... Ese juego de los bloques de madera, ya sabes...

Claro que sé lo que es un Jenga. Lo que me sorprende es que él lo sepa. Cojo la caja de cartón y vuelvo al salón.

—Me encanta este juego...

—A mí también —dice.

Sonriente, pongo la caja sobre la mesita.

En cuanto hemos montado una torre con las piezas de madera, se me olvida que me han cortado la electricidad. La luz indirecta de las velas crea una atmósfera de lo más acogedora. Y mientras el sol se pone, nos concentramos en el juego. El aroma a sándalo impregna lentamente la estancia.

Sí, me he animado a encender la vela perfumada que me regalaron por mi cumpleaños...

Peanut duerme frente al televisor apagado. De vez en cuando, mientras animo a Grayson o cuando él susurra, concentrado, al retirar un bloque de madera que está en un punto crítico, la perrilla abre un ojo para ver qué pasa.

Me toca, así que me tomo mi tiempo. Debo sopesar mi próximo movimiento, porque no tengo muy buen perder. Esta vez, no oigo su grito de alegría cuando consigo colocar el bloque de madera sobre la mesa.

¡Qué alivio! No he volcado la torre. Pero ¿por qué no dice nada?

Grayson se ha quedado roque. Ha echado la cabeza hacia atrás y, si me esfuerzo en escuchar, parece que ronca ligeramente.

Un tanto inquieta, voy corriendo a la cocina, bebo un vaso de agua y pongo los brazos en jarra. Yo también estoy cansada. El día ha sido completamente distinto a lo que me imaginaba, y ahora tengo a un hombre, por no decir a un extraño, durmiendo en mi piso.

Vuelvo en silencio al sofá para comprobar que nada ha cambiado en los tres minutos que he pasado en la cocina. Con cautela, me siento a su lado y miro al techo. Tal vez debería irme a dormir yo también... Pero ¿a dónde? Sería un poco raro ir a la habitación de Faye y dejarlo aquí solo, ¿no?

Doy un respingo cuando Grayson me apoya la cabeza en el hombro y balbucea. Me quedo de piedra, como en estado de *shock*. No consigo respirar. La incertidumbre llega a mí como una ola. Me posa su cálido aliento en la nuca y, de repente, ya no me pica la piel.

Como no puedo seguir conteniendo la respiración, su exquisito aroma se me cuela en las fosas nasales. La forma en que su pecho sube y baja a un ritmo constante me aporta cierta serenidad. Poco a poco me voy quedando sin fuerzas.

Con cuidado, cambio de postura para ponerme cómoda. Grayson se altera ligeramente y se acerca a mí. Me toca el cuello con la nariz. No me lo esperaba, pero es lo mejor que he sentido en meses. Mejor que el beso, incluso, aunque hay que admitir que fue increíblemente sexi. No tiene la respiración entrecortada, sino que es más como un suave susurro perpetuo. Es relajante, como el romper de las olas. No quiero estropear el momento, así que me rindo a su lado y cierro los ojos.

¹ N. de la T. Salsa o alimento untuoso, listo para picotear o mojar en él.

² N. de la T. A mediados del siglo XIX, Napoleón III encargó a G. E. Haussmann la renovación del París

moderno, así que lo cubrió de esas fachadas tan características de la ciudad, dispuestas en horizontal y que buscan la homogeneidad.

Cuando me despierto, hay tres cosas distintas con respecto a la noche anterior. Para empezar, Grayson ha desaparecido y en su lugar, está Peanut, que se ha quedado frita en mis brazos y me está babeando enterita. En segundo lugar, la tarjeta de visita por la que nos peleamos ayer ya no está y, para acabar, sé perfectamente que alguien ha quitado una pieza de la torre del Jenga, que aún sigue en pie.

Me levanto para prepararme una taza de té. Hasta que no doy un sorbo del líquido calentito, no me doy cuenta de que he usado el hervidor de agua sin problemas. La electricidad ha vuelto como por arte de magia.

Inmediatamente, cojo el móvil, que ya casi no tiene batería, y llamo a la compañía eléctrica. El hombre que me atiende me explica con amabilidad que la factura está pagada. Por la política de protección de datos, no puede revelarme quién ha sido el responsable. Entrecierro los ojos y cuelgo. Niego con la cabeza.

Con el teléfono en la mano, miro la pantalla, perpleja. Aún tengo guardado el número de Grayson. Era solo para tenerlo a mano en caso de emergencia canina, pero todavía no lo he borrado... Tengo nuestra discusión demasiado reciente. Además... ¿Debería pensar que aún tenemos una conversación pendiente o eso es cosa del pasado ya? Suspiro, abro un nuevo chat y me pongo a escribir.

*** Riley:** *¿Por qué lo has hecho?*

Ya no tengo que preocuparme por ser educada. Se ha ido, sin más, y no hay nada entre nosotros. Ni siquiera hemos hablado del beso que nos dimos.

Contra todo pronóstico, el señor Montgomery me responde de inmediato.

*** Grayson:** *Con un simple «gracias» bastaría.*

*** Riley:** *¿Cómo lo has sabido?*

*** Grayson:** *Yo lo sé todo.*

Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué tiene que ser siempre tan gilipollas? Bueno, siempre no, pero en la mayoría de los casos, sí.

*** Riley:** *No. No sabías lo que era un estornudo inverso de perro.*

*** Grayson:** *Esos conocimientos caninos tuyos no cuentan, marisabidilla.*

Pongo mala cara. Me saca de quicio. Me da vergüenza que haya descubierto que no tenía

electricidad porque no había pagado la factura de la luz. Aun así, nuestra conversación es emocionante. Hace que se me acelere el pulso y me lata fuerte el corazón.

** **Grayson:** ¿Qué planes tienes hoy?*

Agarro el *smartphone* con más fuerza de la necesaria.

** **Riley:** Sigo cuidando de Peanut.*

Echo un vistazo al reloj y me doy cuenta de que ya es hora de llevar a la pequeña bulldog a casa. Pero antes tengo que sacarla a pasear. Y como es mi día libre, no tengo nada mejor que hacer que ir a ver a Faye después.

** **Grayson:** ¿Y luego, qué?*

** **Riley:** Voy a ver a mi tía.*

Me confunde que haga tantas preguntas. Mientras escribo el siguiente mensaje, me quito las santas medias. Al fin... Estoy deseando deshacerme del vestido y ponerme ropa cómoda.

** **Riley:** ¿Por qué quieres saberlo?*

** **Grayson:** Me gustaría enseñarte algo... ¿Serías capaz de reservarme una hora de tu valioso tiempo?*

Aprieto los labios. Inmediatamente, me viene a la mente el recuerdo de su cama redonda. Ay, Dios...

** **Riley:** ¿Y qué quieres enseñarme exactamente? Si puede saberse...*

Me arden las mejillas. Aparto brevemente el móvil, respiro hondo y me quito el vestido por arriba. Con agilidad, me deshago la trenza, o al menos, lo poco que queda de ella.

** **Grayson:** Es una sorpresa. Estoy seguro de que te encantará. Confía en mí.*

Hago una mueca. ¿Cómo puede saber lo que me gusta? ¿Y por qué debería confiar en él?

** **Riley:** Odio las sorpresas...*

** **Grayson:** Considéralo una muestra de agradecimiento por lo de ayer.*

** **Riley:** Bueno, técnicamente ya estamos en paz. La factura de la luz, ¿recuerdas?*

** **Grayson:** Bueno, eso ha sido más bien una forma de compensarte por haber sido un gilipollas.*

** Riley: ¿Cómo?*

** Grayson: Me dijiste que intentara no pasarme de gilipollas. Esta es mi forma de intentarlo.*

Miro fijamente la luz azulada que emite el móvil. Leo atentamente los mensajitos que nos hemos mandado. ¿Está pasando esto de verdad? Es surrealista...

** Riley: Bueno, vale.*

Tecleo más rápido de lo que esperaba.

** Grayson: ¡Perfecto! ¿Estarás lista a las 10:30? Mi chófer pasará a recogerte.*

** Riley: ¿Qué?*

** Grayson: Estoy en una reunión ahora. ¿Te parece bien o...?*

** Riley: Sí...*

** Grayson: ¡Tráete la cámara!*

** Riley: ¿Por qué?*

No responde a mi último mensaje.

Durante el paseo con Peanut, intento asimilar lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas, pero no puedo. No dejo de agitar la cabeza, incrédula. La gente con la que me cruzo pensará que estoy majara. Ni el sol ni el aire fresco me calman. No soy capaz de librarme del entusiasmo que llevo en el cuerpo.

Cuando le devuelvo a su perrita, la señora Hernández se da cuenta de que no quepo en mí de la emoción. Aun así, esquivo sus preguntas y salgo pitando de allí. Parece que todavía le pica el gusanillo de la curiosidad, pero ¿qué le voy a decir? Ya solo con plantearme lo que ha sucedido, me cuesta creerme esta historia... Así que, bueno, si lo exteriorizara, seguro que pensaría que me lo he inventado todo.

De vuelta a casa, me enfrento al mayor de los problemas: ¿qué leches me pongo?

Miro el móvil, pero Grayson aún no ha contestado. Probablemente esté muy ocupado.

Como no me ha dado detalles claros, primero me pego una ducha rápida. Qué maravilla tener agua caliente... Luego me aplico una buena dosis de crema, porque mi piel se resiente cuando me paso con el maquillaje. Como si fuera ella la que manda, decide lo que debo ponerme. Tengo un par de ronchas rojas que me impiden salir en manga corta o sin medias. Además, Grayson me ha pedido que coja la cámara, así que no creo que sea una cita, sino más bien un encuentro casual de trabajo.

Una cita con Grayson Montgomery... Sí, venga, flipada...

Estoy lista en un par de minutos y entonces suena el timbre. Me echo una rebeca al hombro,

cojo el bolso y compruebo las ventanas y las velas. Como ayer encendí tantas, me da miedo haberme dejado una encendida. Lo lógico sería que se hubiese consumido hace tiempo, pero nunca se es demasiado precavida.

Cuando abro la puerta, me detengo en seco. Hay una limusina negra aparcada donde ayer dejé el coche de Grayson. Un hombre con traje y pajarita da un paso adelante y me dedica una amplia sonrisa.

—¿Es la casa de Riley Foster?

—Em, sí... —murmuro.

Me aparto el pelo de la cara y cierro la puerta. Aún estoy a tiempo de echarme atrás, entrar en casa y cancelar la excursioncita que Grayson ha planeado. Todavía podría bloquear su contacto y no verle nunca más. Aunque bueno, está claro que nuestros caminos podrían volver a cruzarse, pero entonces tendría la libertad de evitarle o fingir que no le conozco. Sí, quizá eso sería lo mejor. Cada vez que me manda un mensaje, que me presta atención o es amable conmigo, aumenta el riesgo de acabar en una situación que no controlo. ¡Ni siquiera sé a dónde me llevan!

Muy a mi pesar, cuando pienso en él, me entra un cosquilleo curioso, y el recuerdo de nuestro beso despierta una sensación emocionante en mi cuerpo.

Esto no está bien.

Quiero ir con él y descubrir lo que le apetece enseñarme. Se viene un chasco monumental; lo tengo clarísimo. Pero precisamente por eso, sonrío mientras bajo los escalones y me dirijo hacia la limusina, para entrar en un mundo completamente distinto al mío.

El conductor me sostiene la puerta como si fuera una princesa.

—Me llamo Alfred. Me envía el señor Montgomery.

Es una sensación indescriptible. El interior del coche es impresionante. Todo brilla y huele a cuero.

—Allí, en el lateral, encontrará aperitivos y algún que otro refrigerio. Sírvese: corre a cuenta del señor. El trayecto durará unos treinta minutos. También puede ver la televisión, si quiere. El mando a distancia está ahí.

Señala primero a un lado de la espaciosa cabina y luego al otro. Asiento. Luego cierra la puerta, sube él mismo al coche, se pone una gorra de las típicas que llevan en las series de ricos y arranca el motor.

Al principio, no sé dónde meterme. Es extrañísimo estar sola en una limusina. De hecho, no tengo con qué compararla, pero pronto me acostumbro al lujo. Ver la ciudad desde esta perspectiva me deja sin palabras. Aquí solo hay dos extremos: zonas extraordinarias y fastuosas o calles destartadas, en la ruina. Los lugares frecuentados por estrellas y famosillos pasan ante mis ojos y no me siento para nada una extraña. De repente, las atracciones turísticas abarrotadas parecen tan ajenas a mi vida...

¿Cómo voy a ver la televisión aquí dentro?

Observo a los transeúntes, los otros coches y los pájaros en el cielo a través de los cristales tintados, fascinada. Se me pasa el apuro y me tomo algo del minibar que hay a mi derecha. Una Coca-Cola *light* y unos frutos secos me sirven como desayuno tardío.

Alfred sale de Whitley Heights y se dirige a Hollywood Hills. Cuento los segundos con impaciencia en cada semáforo, ya que en cuanto arrancamos, sé que me espera mucho más. Mi trabajo de paseadora de perros me lleva regularmente a las zonas ricas y famosas de la ciudad, pero aún no tengo clientes en las Hills. Tampoco he estado muy a menudo por aquí, así que intento ubicarme lo mejor que puedo.

Pero ¿por qué me ha traído Grayson a esta parte de la ciudad?

No sé qué esperar. Estoy inquieta por este viajecito repentino.

Nos dirigimos directamente a la cadena montañosa y mi temor aumenta por momentos. ¿Querrá hacer senderismo conmigo? Con estas zapatillas baratas que me compré en las rebajas de verano, va a ser todo un reto...

Pasamos por una zona en obras. Tractores con oruga, grúas y excavadoras se mueven de un lado a otro y levantan polvo. Aun dentro de este enorme coche, oigo el ruido de la maquinaria.

—¿Falta mucho para llegar?

Por infantil que parezca, soy incapaz de no hacer esta pregunta. Tengo las palmas de las manos empapadas de sudor y, al ritmo al que golpeo el asiento de enfrente, solo hago que ponerme más y más nerviosa. Yo sola.

—No, enseguida estamos, señorita —responde Alfred.

Exhalo lentamente para que no se me vaya la olla.

La limusina brillante se detiene en medio de los escombros y la suciedad. Alfred sale del coche y, antes de que me dé tiempo a dejar la lata de Coca-Cola en el estante, echarme el bolso al hombro y levantarme, me abre la puerta de par en par. Salgo del coche con los ojos entrecerrados por la luz del sol. Aquí pega de lo lindo. Dentro se estaba muy bien con el airecito, pero aquí sopla un viento caliente y seco que me revuelve el pelo.

—Muchas gracias... —murmuro, mientras miro a mi alrededor.

Me llevo la mano a la frente. Si no, no conseguiré distinguir nada.

—De nada. Que tenga un buen día.

Alfred se coge la visera de la gorra y cierra la puerta con la otra mano. Da unas zancadas alrededor de la limusina y vuelve a subir al coche. Sin él, me siento perdida.

A lo lejos, veo a un par de operarios trabajando en un agujero en el suelo. A mi izquierda, la estructura de un edificio. No es una locura, porque está en proceso de construcción, pero es muy grande. Echo la cabeza hacia atrás para poder admirar los extremos de las paredes desde este lugar privilegiado.

—¡Ah, ahí estás! —resuena, desde las alturas.

Miro a mi alrededor, luchando contra el sol, pero no veo a nadie. Con todo, sé que es su voz. La reconocería en cualquier lugar, en cualquier momento.

—¡Hola! ¡Aquí, unos pisos más arriba...! —añade.

Miro hacia arriba y veo una silueta a la luz del sol.

—¿Subes o qué?

En lugar de contestarle, echo a andar cuesta arriba por la colina sobre la que se alza este tosco edificio. Me he puesto los zapatos perfectos para este paseíto y me alegro de ello. Mi especialidad es la arquitectura, así que mis conocimientos de construcción son bastante rudimentarios, pero me impresionan los muros gigantescos y los vanos que darán paso a enormes ventanales en el futuro. Tardo más de lo normal en subir, porque me detengo cada poco para admirar las vistas. No de las obras de abajo, sino de esta mitad de Los Ángeles, Hollywood y Sunset Strip: el mismísimo corazón de la ciudad.

—¿Qué te parece?

Grayson me recibe mientras baja las escaleras.

—¿Quién leches construye aquí una propiedad tan gigantesca?

Señalo a mi alrededor.

—Yo.

Se detiene justo delante de mí y me pone con delicadeza el casco que lleva bajo el brazo. Él también lleva uno.

—¿Por qué? ¿Cómo?

—Esta es la única zona de las Hills en la que aún se puede construir un edificio tan grande y alto. Según la última ordenanza municipal, está prohibido, pero yo aproveché la oportunidad justo antes de que se aprobara la norma y puse la primera piedra. Además, es el primer proyecto que dirijo de principio a fin. Las vigas, el techo, todo está a mi cargo... Es mi bebé. Este proyecto es mío —declara con orgullo.

—¡Hala! —suelto, porque es asombrosa la escala y la relevancia de este proyecto—. ¿Quién ha diseñado este edificio? ¿Se lo debemos a tu inventiva?

—Bueno, eso es cosa de Sawyer. Y de no ser por Yasha, probablemente me habría muerto unas tres veces. Pero sí, mi proyecto, mi concepto.

—¡Qué barbaridad!

Hago una mueca. Mi respuesta deja mucho que desear. Ahí está él: lleva una camisa elegante, unos pantalones cargo y esa locura de zapatos de charol que siempre calza. No podría tener un aspecto más profesional. Sin embargo, yo... Llego aquí y suelto cuatro palabras, en plan chabacanera.

—En fin, una santa barbaridad... —añado, aunque todavía sueno como una paleta que se repite como un disco rayado.

Me sonrío y empiezo a sentir escalofríos.

—¡Ven, que te lo enseño!

Se adelanta y yo le sigo. Poso la vista donde medianamente puedo. El entorno me deja sin palabras: nunca había visto el tamaño de mi ciudad natal así, de golpe. Además, lo de poder admirar también a Grayson Montgomery en este entorno... no tiene precio. Aparto la mirada enseguida, porque no es profesional quedarse empanada observándolo, como una gaviota hambrienta.

—Cinco dormitorios, nueve baños, ¡casi dos mil metros cuadrados de propiedad! En la azotea tendremos trescientos grados de vistas ilimitadas de Los Ángeles y los barrios más hermosos y espectaculares del entorno. Una piscina rodeará toda la casa como un foso y, justo debajo del balcón, ¡el agua caerá en cascada por un muro de dos metros de altura!

Hace un gesto hacia el precipicio.

—De momento, hay que darle a la imaginación. Aquí, en el balcón, vamos a instalar unas puertas correderas automáticas y descomunales, que se podrán mover individualmente con un mando a distancia, e incluso habrá reconocimiento de voz para hacerlo. Así podrás decidir qué parte del mundo exterior quieres dejar pasar a la casa.

—Un concepto de vivienda abierta. Esa combinación de interior y exterior es una idea muy inteligente —añado, mientras me acerco al futuro balcón.

Lllamarlo así me resulta ridículo, porque es más grande que mi casa entera. No dejo de repetir en mi cabeza los detalles que me ha revelado. ¡Puro lujo! Pero ¿a qué viene lo de los nueve cuartos de baño para cinco habitaciones? Jamás entenderé a los ricos...

—Azulejos de España, mármol de Italia... Traeremos Europa a Los Ángeles. Voy a poner focos por todas partes para proporcionar luz indirecta. Los amaneceres y atardeceres harán que se me pare el corazón. Imagínatelo...

Asiento y cojo la cámara. No voy a dejar pasar esta oportunidad. Le quito la tapa al objetivo y ajusto la cámara para hacer unas cuantas fotos. Pero cuando les echo un vistazo, no estoy

satisfecha. Con la boca torcida, miro a mi alrededor y descubro unas cuantas bolsas apiladas en forma de torre. Sin pedir permiso ni preguntarme siquiera si es buena idea, me cuelgo la cámara al cuello y subo.

—¿Qué haces ahí arriba? ¡Ten cuidado!

Grayson se me acerca, pero le hago señas para que sepa que no pasa nada.

—Estoy bien. Solo necesito el ángulo perfecto para retratar la ciudad con la mejor luz posible. Dame un minuto. Aquí arriba se ve mejor.

En cuanto me subo a lo alto de la torre, con la cámara preparada, hago fotos lo más rápido que puedo. Por el rabillo del ojo, veo a Grayson encogerse de hombros y dar un paso atrás. No se da cuenta de que me está bloqueando parcialmente la vista. Ahora mismo, se me cuelga en la foto. Su camisa oscura bajo la intensa luz del sol es un punto de interés inevitable a través del visor, así que le fotografío a él también. Está tan guapo...

Cuando se gira y sonríe, consigo una imagen perfecta de él. He captado el momento justo.

—¿Me has sacado una foto?

Frunce el ceño.

—Puede... —murmuro y sigo pulsando el disparador.

—¡Eh, paparazzi! ¿Quieres que te ayude a bajar?

Sé que no me llamaría así a malas. Lo dice de coña. La expresión relajada de su rostro me lo confirma.

O puede que...

De repente, estoy un poco ida. Todo en mí se tensa. No me gusta oír esa palabra de su boca. Me invade una desagradable sensación de *déjà vu*. Suelto la cámara de inmediato y me siento en la torre. Estoy más alto de lo que esperaba. ¿Seré capaz de saltar de aquí hasta abajo?

—¡Espera!

Grayson se acerca a mí y extiende los brazos. Me recuerda a mi madre. Cuando yo era pequeña, ella trabajaba en Los Ángeles y solía llevarme al centro comercial al menos una vez a la semana, para comer helado y jugar en un castillo hinchable que había allí. Al final del día, siempre me animaba a hacerme la valiente y saltar del castillo a sus brazos.

—Yo te cojo.

A Grayson se le iluminan los ojos.

Salto de la pila de bolsas y, como era de esperar, mi caída grácil y soñada, en la que él me coge y yo me aferro a su cuello con dulzura, no se hace realidad. Parece que peso más de lo que él esperaba y le derribo con todo mi ímpetu. Nos caemos hacia atrás como dos niños que juegan: yo encima de él.

—¡Au! —dice simplemente, mientras se quita el casco de la cabeza.

—¡Ay, Dios! ¡Perdona! —exclamo, mientras le agarro de los pómulos para mirarlo de cerca.

¿Se habrá hecho daño?

—No es nada, tranquila —murmura.

Tiene unos ojos infinitos. Me acaricia la cara con su aliento un par de veces y hace que se me agiten algunos mechones de pelo. Estamos tan cerca que no podríamos esconder nada delante del otro.

—¿Te he hecho daño? —insisto, preocupada.

Sacude la cabeza de una forma apenas perceptible.

—Peso bastante... —murmuro, apoyándome para quitarme de encima de él.

Pero no me deja. Rápidamente, me agarra de las muñecas y me mantiene con firmeza, justo

donde me quiere.

—El edificio no es la única sorpresa... —murmura.

¡No me digas! Al parecer, la mayor sorpresa es que me estoy enamorando de él...

—¿Ah, no? ¿Qué más hay? —pregunto sin aliento.

—¿Quieres trabajar para mí?

¿Puede un corazón bailar de alegría y romperse al mismo tiempo? He hecho realidad el mayor sueño de mi vida aquí mismo, y sin embargo, esperaba que me dijera algo muy distinto.

Bueno, Riley, parece que la única que siente algo eres tú...

—Sería genial... —respondo brevemente.

—No me refiero a que saques a pasear a Piper, que también puedes seguir, si quieres, sino a que trabajes como fotógrafa para nuestro catálogo. Te haríamos fija en la empresa. Pagamos bien y ofrecemos un seguro médico.

Su sonrisa irónica alivia mi dolor.

—Me parece estupendo... —murmuro.

—¿Qué te pasa? ¿He dicho algo malo?

No pienso explicarle que quería trabajar con él, pero como arquitecta. Que me haga fija con el tema de la perrita y de la fotografía supone una mejora indudable de mi situación actual; sin embargo, su oferta me duele. Por dos motivos, además.

—No te preocupes, no tienes por qué cuidar solo de Piper. Todavía puedes pasear a otros perros y ganar un poco más de dinero. Te necesito dos días a la semana para que me acompañes a mí y a los otros agentes inmobiliarios a las visitas, recepciones y eventos. De vez en cuando, puede que también tengas que venir por las tardes, pero no te preocupes, Alfred te recogerá y te traerá de vuelta. ¿Te parece bien?

Su entusiasmo es contagioso. Me va a tocar dejar de lado mi orgullo herido y aceptar lo que se me ofrece: una forma de cuidar de Faye y, por extensión, de mí misma.

—¿Esta es tu versión de no pasarte de gilipollas?

Me muerdo el labio inferior. Mi cara sigue justo delante de la suya. Mientras hablamos, los mechones de pelo se me resbalan por los hombros y nos encierra como una cortina. En cualquier momento, se me caerá el casco.

—En cierto modo, sí.

Frunce el ceño.

—¿Por qué? ¿Por qué este repentino cambio de opinión sobre mí?

Entrecierro los ojos. Esto parece demasiado bueno para ser verdad.

—Por ti. Me has abierto los ojos. Llevo demasiado tiempo cerrándome puertas por mis malditos prejuicios.

Ni que fuera un maestro de las palabras... Noto que se va por las ramas.

—¿Y puedo saber de qué puerta estás hablando exactamente?

Vuelve a mirarme, pero de un modo que hace que me sonroje.

—Riley, ¿puedo besarte?

Me late el corazón como si estuviera a punto de acabar una maratón. Asiento, pero sigo queriendo saber más sobre esa puerta.

—¿Solo me das este trabajo porque...?

Sus labios se posan sobre los míos. Me calla a besos. Mi cuerpo se enciende de inmediato. Me suelta las muñecas y me agarra del pelo. Se me cae el casco al suelo y se oye un estruendo. Yo hago lo mismo y me cargo su peinado perfecto mientras él se apodera de mi boca con su

lengua. No es un beso, es un gesto ansioso, desesperado. Lo es por ambas partes, porque yo también quiero más. Sabe a café y huele a bosque y a mar. La mezcla de aromas se apodera de mis sentidos. Me acaricia la cara con las manos y luego las baja por mi cuello para posármelas en los hombros. Tira suavemente de mí y, esta vez, consigo moverme. El cambio de postura me hace jadear. Ahora está encima de mí y la forma en que me besa me roba la cordura.

Le agarro de la nuca con ambas manos para acercarlo aún más. Necesito sentir todo su peso sobre mí. Sin embargo, Grayson no accede a mi petición; todo lo contrario: se levanta ligeramente para observarme. Siento que esa mirada es más íntima que cualquier beso que pueda darme jamás.

—No te contrato porque me vuelvas loco, en el mejor sentido de la palabra. Te lo prometo.

Sus ojos ardientes vuelven a encender la llama en mi interior.

—Bésame —le ordeno, y él vuelve a caer sobre mí.

Todas mis dudas se disipan: si estamos yendo demasiado lejos, si todo esto es apropiado, si es demasiado rico o exitoso para mí, no tengo nada que ofrecerle, si un obrero de la construcción puede irrumpir en cualquier momento y pillarnos o si estoy distrayendo a Grayson de cosas más importantes... Me olvido de todo, gracias a su tacto. La tensión entre nosotros por fin disminuye.

Separa sus suaves labios de los míos y gime.

—Una cita —murmura.

—¿Una cita?

Me inclino hacia él y dejo que me rodee la espalda, pero él retrocede.

—Deja que tengamos una cita.

Me quedo mirándole.

Las palabras salen de su boca y llegan a mis oídos, pero no les veo sentido. No consigo pensar en otra cosa que no sea su cuerpo sobre el mío.

—Riley, te estoy invitando a salir. ¿Te gustaría?

Su mirada cambia, de repente. La llama de sus ojos se extingue y abre paso a una expresión que me deja sin aliento.

Inseguridad.

—¿Ahora?

Me cuesta respirar.

¿Qué está pasando? ¿Qué estamos haciendo? ¿Cuál es la situación sentimental de este hombre? ¿Estará saliendo con alguien, estará soltero...?

Ahora me doy cuenta de que, en verdad, no sé nada de él. En su momento asumí que estaba con Yasha, pero si está revolcándose en la tierra conmigo en este lugar, no puede ser, ¿no?

—Hoy estoy ocupado. No me viene bien, pero... ¿qué te parece si nos vemos mañana?

Se pasa una mano por el pelo. De repente, no parece un hombre de negocios de éxito, ni tampoco un seductor seguro de sí mismo. Me recuerda al típico chavalín que espera a su novia en la puerta del cine.

—De acuerdo —susurro.

De ayer a hoy, las temperaturas en la ciudad han subido tanto que sudo con tan solo dibujar. ¡Y eso que estoy sentada!

Cambio de lápiz y miro el parque canino que tengo justo enfrente. En realidad, llamarlo «parque» es un tanto ilusorio, porque el suelo es una mezcla de polvo y mantillo, pero aun así, es un sitio agradable al que traer a los animalitos.

Diane, la perra salchicha a la que cuido desde hace unos meses, se ha buscado un lugar tranquilo a la sombra. Por culpa de su pelaje negro azabache, es un imán mágico para el calor, y por eso agradece las zonas fresquitas. Se ha tumbado junto a unos cuencos que he llenado de agua fría.

Cada cierto tiempo, cuento a mis protegidos, para asegurarme de que andan todos cerca de mí.

Carlos mordisquea su pelota, que tendrá, como mucho, el tamaño de una nuez. El juguetito es acorde con su cuerpo diminuto y se le ve contento. Como su raza es de origen mexicano, parece estar más a gusto al sol. Lady, la perra pastora, no parece tan entusiasmada. Su espeso pelaje hace que vivir en Los Ángeles sea apenas soportable para ella. Enseguida se pone a hurgar con las patas en el bebedero, como si buscara agua para refrescarse. La rociaría con la típica manguera que suele haber en estos parques, pero de camino a casa, se le calentaría el pelaje mojadito y puede ser peligroso. En cuanto a Hugo, ahí sigue, corriendo de un lado a otro en el pipicán¹.

¡Me cachis! Me faltan dos perros... ¿Dónde se habrán metido?

Dejo caer descuidadamente el lápiz sobre mi boceto y me levanto. Entonces, a lo lejos, veo a Luke y Piper paseando juntos por la valla de la otra punta del parque. Vaya par... Esos dos siempre tienen tonterías en la cabeza.

—¡Eh, chicos, venid aquí!

Me llevo los dedos índice y pulgar a los labios para emitir un silbido estridente que les deja bien clarito lo que quiero que hagan.

Piper vuelve hacia mí, pero Luke no se mueve.

—¡Luke!

Pongo los brazos en jarra y me quedo mirándolo. Cuando Piper se acerca a mis pies, le acaricio la cabeza.

Entonces, un chico aparece junto a la valla y abre la puerta del parque canino. No debe de tener más de 16 años y el pastor australiano al que sujeta desde el otro extremo de la correa tira de él con todas sus fuerzas. El perro tiene prisa por pasar y parece excitado. Luke primero se queda quieto y luego mueve la cola como el labrador simpaticón y sociable que es. El chico tira de la correa de su mascota en lugar de desatársela. Al perro le cuesta avanzar y se pone a ladrar.

—¿No sería mejor que le quitaras la correa? —grito, un poco tensa, para intentar que me oiga.

Mi voz resuena en el parque, en el que apenas hay gente. Con este calor, a nadie, salvo a los

paseadores, se le ocurre sacar a sus perros a darse una vuelta bajo el sol tórrido. A mí no me ha quedado más remedio, porque ni quiero imaginarme lo que habrían hecho estos seis colegas en mi piso.

—Prefiero no hacerlo —contesta el chico.

Acelero el paso para acercarme a ellos.

Me molesta que no suelte a su mascota. Al fin y al cabo, es una de las normas del parque. No es buena idea que un perro con correa se encuentre cara a cara con una jauría de animales sueltos. Lo lógico es que se ponga nervioso.

Por suerte, de momento, el único que se le ha acercado es Luke. Pero cuando el labrador vuelve a mover la cola delante del pastor australiano, este último salta hacia delante y se suelta de la correa de su dueño. Sin previo aviso, el perro ajeno a mi jauría le muerde la oreja a Luke. Mi protegido grita de dolor y gruñe y luego forcejea con él. Presa del pánico, echo a correr de inmediato, lo más rápido que puedo.

—¡Eh! —grito, como si pudiera evitar que volvieran a hacerse daño.

Mi berrido hace que Luke se achante, pero el pastor australiano pasa de mi cara. Mi querido labrador corre hacia mí con el rabo entre las piernas, pero el otro le persigue. Me da un vuelco el corazón. Su joven amo es un inútil y el perro no deja de encararse. Con esa actitud, jamás podrá controlar a su animal. Por mi parte, tengo a toda una jauría detrás de mí, lista para atacar a este perro si no consigo ahuyentarlo.

Esto podría acabar muy mal...

Sigo corriendo y aumento el ritmo hasta que me arden los muslos, y grito con todas mis fuerzas:

—¡Saca a tu perro de aquí! ¡Sácalo ya! ¡Vamos!

Al oírme gritar, el pastor australiano se para inmediatamente y yo también detengo la persecución a menos de un metro de él. Luke no se lo ha pensado dos veces y me ha seguido corriendo. El perro ajeno a mi ruta de paseos me mira fijamente. Tiene las orejas levantadas y el hocico retorcido, para enseñarme los dientes, y ha agachado el pecho. Está listo para atacar.

Mierda...

Por fin, el adolescente se da cuenta de la situación e intenta recuperar el control.

—¡Lassie! —exclama, pero a su perro le da igual.

El animal se inclina más hacia atrás, como para coger impulso, y yo reculo. De repente, mis pantorrillas tocan otro cuerpo caliente. Uno de mis bebés se ha acercado y percibo que la cosa se va a poner fea. Espero que no sea Luke, porque justo venía detrás de mí... Debe de estar aturdido y me va a costar gestionar la situación si tengo que correr por mi vida y, además, salvarlo de este perro furioso. O perra, según parece.

Me giro para alejar a ese animal furioso de mí, para evitar otra pelea, pero no veo a Luke por ninguna parte. La que está a mi lado es Piper, y antes de que pueda reaccionar, salta sobre la perra ajena al grupo, con los pelillos erizados. Oigo gruñidos y un grito desgarrador, luego otro. Intento intervenir dentro de mis posibilidades, pero en plena pelea, no es fácil. Nunca había estado en una situación así. No sé qué hacer y podría ser peligroso.

Cuando golpeo a la perra rabiosa en la cabeza, solo pienso en dos cosas: por favor, que no muerda a Piper y, a ser posible, a mí tampoco, porque no tengo ni idea de si alguna vez se me curará la herida.

Después de pegarle cuatro veces en el cráneo duro como una piedra, Lassie se harta y suelta a Piper. Ella se queda en el suelo gimoteando. Me abalanzo sobre ella e intento ver dónde le ha

hecho daño. Por el rabillo del ojo veo al chaval huyendo con su mascota.

Los sollozos se me escapan de la garganta.

—Tranquila. Todo va a salir bien, peque... —murmuro mientras levanto con cuidado a Piper.

Los demás perros de la jauría se reúnen a mi alrededor. Todos juntos, nos dirigimos al banco en el que, minutos antes, había estado garabateando para un proyecto.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta un hombre mayor con el pelo canoso y un ratonero de Praga chiquitito en brazos.

El señor se acerca a mí, preocupado.

—¿Puede llamar a un taxi y decir que es una emergencia? Gracias.

Agradezco la ayuda, pero no tengo tiempo de dar más explicaciones. El pastor australiano ha mordido a Piper en el cuello y en el hombro. Tiene unas heridas bastante profundas y sangran sin parar. La oreja de Luke tampoco tiene buena pinta. Es una zona muy sensible y escandalosa del cuerpo de los perritos, porque está llena de terminaciones nerviosas y vasos sanguíneos, así que al pobre le chorrea la sangre por el hocico.

Vaya puto desastre. Quiero llorar, pero me aclaro la garganta para centrarme. Tengo que mantener la cabeza fría. Estos perritos dependen de mí y debo asegurarme de que estén bien.

En un abrir y cerrar de ojos, los ato a todos y los fijo al arnés que me he abrochado al cuerpo antes de salir. Busco desesperadamente en el bolso el espray desinfectante que siempre llevo encima y le rocío generosamente la oreja a Luke, y luego se lo echo a Piper en ambas heridas.

El hombre mayor me hace un gesto con la mano.

—¡Hay un taxi esperándote al otro lado del parque!

—¡Muchas gracias!

No necesito más. Envuelvo una bolsa de caca limpia alrededor de la oreja de Luke y se la ato con firmeza. Luego cojo a Piper y corro lo más rápido que puedo con todos mis perros hacia la salida del parque canino. En mi cabeza, recuerdo el plan de contingencia que elaboré hace un año, con la esperanza de no necesitarlo jamás.

El taxi está a unos pocos metros de la puerta. Acelero el paso sin dejar de mirar a Luke. Llevar dos animales auestas es imposible y Piper sigue gimiendo. Debe de estar sufriendo mucho. Los perros no lloran sin motivo.

El taxista se baja y viene a mi encuentro.

—Hola, ¡tengo una emergencia! Necesito ir a una clínica veterinaria —digo, intentando no tartamudear, mientras intento recordar la dirección del vete más cercano.

—¿Esos perros son tuyos?

El taxista se cruza de brazos.

—No, no son míos. Mi trabajo es pasearlos. Por favor, tenemos que darnos prisa. Lléveme a la clínica veterinaria del Ocean Boulevard.

Me paro frente a la puerta, esperando que me abra. Lo primero que debo hacer es asegurarme de que Piper está estable y dejarla en el asiento trasero. Luego meteré a Hugo y a Diane en el maletero y a Lady en el asiento del copiloto, con Carlos... Seguro que cabemos todos. Luke tendrá que estar a mi lado para que pueda controlar la hemorragia...

—Lo siento, pero no puedo llevarte.

El taxista da un paso atrás.

—¿Cómo que no? ¿No entiende lo que le digo?

Alzo la voz. Odio esto.

—Estás cubierta de sangre.

Me señala. Efectivamente, tengo las manos manchadas de sangre. También me corre por los brazos y los codos. Me ha empapado la blusa.

—¡Abra la puerta ahora mismo!

Se me disparan los nervios y le grito a la cara a ese desconocido.

Sin mediar palabra, el taxista da la vuelta al coche para subirse y me deja allí, en la estacada.

—¡Dios santo! ¡Por lo menos tenga la decencia de llamar a uno de sus compañeros...!

Me enseña el dedito famoso y se sube al taxi antes de marcharse despoticando. Hay mucho tráfico por la zona, así que no tardo en ver otro taxi y le hago señas para pararlo. Al principio, el coche se acerca y aminora la marcha, así que recobro parte de la esperanza. Pero cuando la mujer al volante ve a todos los perros, cambia de carril y pasa de largo.

Aprieto los dientes hasta que me cruje la mandíbula. La ira se acumula en mi interior y forma una bola de incomprensión y odio hacia el mundo entero.

¿Qué le pasa a la gente?

Me arrodillo, dejo a Piper gimiendo sobre el asfalto y me siento a su lado. Luego marco el número de la única persona que sé que puede ayudarme y, al mismo tiempo, destruir todo lo bueno que ha ocurrido en mi vida en los últimos dos días.

Después de un par de segundos de espera, la persona que descuelga el móvil no es la que me esperaba.

—Hola, soy Yasha.

—¡Yasha! Soy Riley, Riley Foster. ¿Puedes ayudarme? ¡Por favor! ¡Necesito ayuda y no sé qué hacer!

No sé por qué estoy perdiendo los papeles de esta forma. Tal vez sea porque he tocado fondo. Quizá me dé un miedo horrible que Grayson no vuelva a dirigirme la palabra jamás. O puede que sea por la dulce voz de Yasha... En fin, de repente, me pongo a sollozar y lo suelto todo.

—Vale, tranquila... ¡Explícamelo todo con calma! ¿Estás herida?

—No, no lo estoy. Pero Luke, uno de los perros que cuido, sí. Y Piper...

Se me quiebra la voz. Lady se sienta a mi lado y me lame la sangre del brazo. Apoyo la cabeza en la suya. No dejo de acariciar a Piper para que sepa que jamás la dejaré sola.

—¿Dónde estás? ¿Qué necesitas?

Yasha es exactamente la mujer de negocios que esperaba. ¿Cómo es que siempre hace las preguntas correctas en el momento correcto?

—Estoy en Santa Mónica, frente al parque para perros, en la esquina de Pico Boulevard con Ocean View. ¿Puedes venir a recogerme? Necesito ir a una clínica veterinaria. Es urgente.

El nudo en la garganta crece con cada minuto que paso tirada en la calle. Hundo la cara en el espeso pelaje de Lady.

—Alfred llegará enseguida. Respira con calma. Todo va a salir bien.

No está aquí, no sabe lo que ha pasado, y sin embargo, me creo sus palabras. Esa mujer irradia tanta confianza que consigue despertar un poco de esperanza en mí.

—Vale, gracias. Siento mucho todo esto. Es todo culpa mía...

Esas palabras van más por Piper que por Yasha. Miro todo el rato a los dos perritos heridos. Me fijo en Luke. Está sentado a mi lado, temblando. Espero que el flujo de sangre hacia la oreja no se detenga...

—No importa. Lo hecho, hecho está. Nos aseguraremos de que todos estéis bien. ¿A qué clínica veterinaria quieres ir? Voy a llamar para decir que vas de urgencia.

Le doy la dirección con la voz temblorosa. Tras hacerme prometer que no perderé la cabeza,

cuelga. Guardo el móvil. Me mancho los pantalones y el bolso de sangre y vuelvo a coger a Piper. Me apoyo en Luke para que sepa que estoy a su lado y acuno a Piper como a un bebé. En cierto modo, ahora mismo, lo es. Está desamparada y depende totalmente de mí.

Respiro hondo. Me seco las lágrimas con la manga y compruebo cómo están los demás perritos. Todos están sentados a nuestro alrededor. Ni siquiera Carlos hace ruido ni ladra a los transeúntes. Al menos hay un poco de calma en todo este caos.

Aun así, odio a todas y cada una de las personas que pasan por nuestro lado, porque nadie se detiene. La mayoría de la gente nos gira la cara, arruga la nariz o incluso nos señala, como si fuéramos un circo.

Al cabo de unos minutos, una mujer se ofrece a ayudarme. Justo entonces, una limusina se detiene delante de mí. El alivio que siento es inconcebible. Cojo a Piper, intentando mantener el equilibrio, y le explico a la desconocida que ya han venido a ayudarme.

Alfred, con un porte más atlético de lo que jamás habría imaginado, se acerca corriendo. Como el coche es tan espacioso, no hace falta encerrar a parte de mis protegidos en el maletero. Abre la puerta lateral y me ayuda a meter a todos los animales. No le importa mancharse el uniforme de sangre o que le salpiquemos la delicada tela de los cojines. Le preocupan los perros. Es más, también cuida de mí. Me recuerda cientos de veces que me hidrate, así que, de camino a la clínica veterinaria, me bebo medio litro de agua.

Siento un alivio descomunal. Ya no estoy sola.

¹ *N. de la T.* Otra forma de llamar a un parque para perros.

Mientras los veterinarios curan a Piper y Luke, yo hablo por teléfono. Contar la misma historia una y otra vez me pone de los nervios. Después de contactar con los cuatro dueños de los perros que no han resultado heridos, parece que mis palabras ya carecen de sentido, pero Alfred me da una palmadita en el hombro.

En cuanto he informado a los dueños de lo sucedido, coge a Diane, Carlos, Lady y Hugo para subirlos a la limusina y me pide que le dé las direcciones correspondientes de cada uno. Está dispuesto a llevarlos a casa. Alfred me está ayudando una barbaridad y sé que es para que me concentre en los dos perritos heridos. No sé cómo agradecerse. Aun así, quedarme sola en la sala de espera es horrible.

En primer lugar, el estrés se manifiesta con un nudo en la garganta. No importa cuántas veces carraspee: no desaparece. Es como una plaga que lo devora todo a su paso. Se extiende, se instala en mi pecho y se me cuela en la cabeza. El dolor se esparce con tal virulencia que me pongo en pie de un salto. Ahora solo quiero salir corriendo. Es un instinto que no pretende abandonarme, así que inspiro con fuerza cuatro veces seguidas, luego contengo la respiración durante cuatro segundos y después espiro lentamente. Es otra de las técnicas que domino. Entre tanto, camino de un lado a otro de la sala de espera, pero eso no es suficiente para mantener la adrenalina bombeando por mi cuerpo. Necesito moverme, salir pitando. Por suerte, cuando ya no puedo resistir el reflejo de huir, alguien me detiene.

—¿Señorita Foster?

La veterinaria que me quitó a Piper de los brazos viene a mi encuentro. Junto a ella, está Luke, atadito con una correa.

—¡Ay, Dios! ¡Mi chico! ¡Aquí estás!

Me arrodillo y lo abrazo. Luego lo empujo suavemente y le miro la orejita. No me lo pone fácil, porque lleva un collarín.

—Luke está relativamente bien. Le hemos limpiado bien la herida. Por suerte, ha sido más el susto. Mi compañero le ha suturado la herida con un par de puntos. Luego le hemos administrado antibióticos y analgésicos. Va a tener que tomarse estas pastillas durante una semanita. Así le dolerá menos. Es un perrito muy valiente.

Sonríe y, de repente, siento que he perdido las fuerzas. Cojo la silla que tengo al lado y me siento.

—¿Y Piper? —pregunto en voz baja.

—Tranquila, todo está bajo control. Los dos han perdido mucha sangre, pero en general, están bien. Se curarán, siempre y cuando guarden reposo. A Piper la estamos curando aún. Hemos tenido que afeitarle el pelo en algunas zonas para limpiar donde la mordieron, quitarle también un diente del perro que la atacó y coserlo todo de nuevo, pero no te preocupes. Tardará un poco más en salir porque está anestesiada.

Absorbo toda la información que puedo, pero tengo la cabeza llena.

—Gracias —le digo simplemente—. Os lo agradezco muchísimo, de verdad.

Estoy tan cansada...

—Luke ya puede irse a casa —dice, tendiéndome la correa.

Acepto vacilante.

¿Deberían seguir confiándome perros? ¿Estoy capacitada para cuidar de ellos? ¿Seré tan responsable como creía?

Me muerdo el labio inferior y evito la mirada de la veterinaria.

—No te preocupes. Ahora te avisamos.

Dicho esto, hace un gesto con la cabeza y vuelve a la consulta. Es evidente que Luke está igual de cansado que yo, porque se tumba a mis pies.

—Vamos a llamar a tu amo, ¿vale?

Tengo la boca seca. Si Alfred no me hubiera convencido de beber en la limusina, ya me habría muerto de sed. Al marcar el número del señor Liu, me tiembla la mano. Me da pánico que me desee la muerte, me demande para dejarme seca o intente destruirme de cualquier otra forma. Sin embargo, el dueño de Luke mantiene la calma y la sensatez. La forma en que gestiona las crisis me recuerda a Yasha.

¿Por eso esta gente tiene éxito en los negocios?

Me dice que vendrá directo a la clínica y recogerá a Luke él mismo. Yo siento que me voy a morir aquí en medio y me rasco la sangre seca de la piel. No dejo de hacerme una pregunta tras otra, pero mientras esperamos, el labrador se queda dormido a mis pies. Le dejo, aunque se me entumecen los pies por el peso.

Justo cuando estoy a punto de cerrar los ojos, a pesar del torbellino de dudas que tengo en la cabeza, la veterinaria entra en la sala de espera. Lleva un gatito en brazos y se lo entrega a su dueña, que también se ha levantado y sentado innumerables veces. Parece que también está desesperada.

Finalmente, se vuelve hacia mí y me levanto.

—Piper está lista.

Asiento. La veterinaria se pasa la mano por el pelo, se rasca la nariz y parece no saber cómo dirigirse a mí.

—¿Ha habido complicaciones? —pregunto, preocupada.

—No, en absoluto. Por desgracia, tenemos que notificar este incidente a la policía. Hay que informar de las mordeduras.

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Frunzo los labios y me pongo de pie.

—Es una simple cuestión de control, me temo —añade confusa.

—Pero no han sido mis perros los que han atacado y mordido, sino ese otro perro... ¿Y eso no se aplica solo a las mordeduras a humanos?

—Esperen. Hablemos de esto ahora que estamos todos —responde alguien a nuestro lado.

El señor Liu asiente, se agacha y acaricia la cabeza de Luke, que sigue dormidito.

—¿Está bien?

El señor Liu se dirige directamente a la veterinaria.

—Sí, solo está un poco grogui, por la medicina que le hemos dado.

El dueño de Luke escucha atentamente y luego asiente.

—Yo me encargo de la factura de Luke. Usted cuénteme lo de ese proyecto de caridad que anuncian. Aceptan donaciones, ¿me equivoco? —pregunta el señor Liu.

Sonríe y señala un cartel que cuelga a la entrada de la clínica.

—Señor Liu, deje que pague la factura. Todo esto es culpa mía.

—No, Riley. No lo es. Por cómo lo has descrito, a mí me parece un accidente por culpa de la estupidez del otro dueño. Aun así, estoy muy contento de que cuides de Luke. Te lo llevas por ahí, aguantas sus manías y hoy no te has separado de él ni un minuto. El dueño soy yo y me hago responsable de lo que necesite. Y también pienso hacerme cargo de la obligación de declarar las mordeduras de ambos animales. No te preocupes.

Me guiña un ojo. El pelo negro le brilla al sol y las gafas que lleva en la cabeza como una diadema reflejan la luz que se filtra por las ventanas.

Entrecierro los ojos. Es porque el sol me deslumbra, pero también porque me conmueven sus palabras. Se me encoge el corazón en el pecho.

Luke se queda conmigo y el señor Liu se dirige al mostrador. Desde aquí, veo que paga con una tarjeta de crédito negra. La veterinaria y él hablan brevemente y luego se dan palmaditas en el hombro como si fueran socios de toda la vida.

—Apañado.

El señor Liu me hace un gesto con el pulgar.

—Pero ¿cómo?

—La señora García, la veterinaria, dirige un proyecto para perros callejeros en México. Tengo cierta debilidad por los animales, ya lo sabes, así que supongo que diez mil dólares es una donación más que justa...

Agarra a Luke de la correa con una naturalidad sorprendente, como si lo que acabara de soltarme fuera normal, y lo miro con los ojos muy abiertos. Luego coge a Luke en brazos como si fuera un cachorrito y se vuelve hacia mí.

—¿Puedes darme la medicación que le han prescrito, por favor?

Cojo la bolsa de plástico que contiene todo lo que necesita y se la cuelgo del pulgar derecho.

—Voy a tomarme el resto de la semana libre para cuidar de este grandullón. Te recomiendo que hagas lo mismo y descanses. Pero a partir de la semana que viene, Luke estará encantado de que vuelvas a cuidar de él.

Soy incapaz de decir nada; solo asiento. Muevo la cabeza, sonrío y lo miro con cara de tonta. La situación me parece surrealista. Y al mismo tiempo, tengo la esperanza de que este día dé un giro positivo. Si Grayson reacciona con el mismo temple, quizá pospongamos la cita, pero a lo mejor, con el tiempo, podremos retomar la idea.

—Descansa un poco, Riley. No tienes buen aspecto.

Tras ese consejo bienintencionado, sale de la clínica con Luke en brazos. Cierro los ojos y deseo con todas mis fuerzas que la orejita de mi protegido no se infecte.

—Aquí la tienes —dice la veterinaria.

Se acerca a mí con Piper en brazos. Cojo a la perrita y la dejo con cuidado en una de las sillas. La agarro bien para que no se resbale.

—Gracias —susurro.

Parece tan chiquitita... Es pequeña de por sí, pero ahora la veo más frágil. No se parece en nada a la perra de carácter fuerte con la que he estado en los últimos días, sino que ahora se comporta como un cachorrito. Está herida, vendada y drogada.

—Yo la vigilo mientras vas a pagar —me sugiere amablemente la vete.

Entonces me doy cuenta de mi otro problema. En un arrebato de generosidad, para acabar con los remordimientos, mi conciencia me ha hecho ofrecerme a pagar la factura del señor Liu, pero en realidad, no tengo ni un centavo en la cuenta bancaria. Tengo los bolsillos completamente vacíos.

Lentamente, me dirijo al mostrador.

—¿Va a pagar la factura de Piper? —pregunta el recepcionista.

Un joven con gafas gruesas me mira, expectante, detrás del mostrador.

—Sí —digo.

Todo en mí grita «NO». Si pudiera, lo haría de cabeza. Quiero asumir la responsabilidad de mis actos, pero no puedo. Necesito reservarme el dinero que me dio la señora Hernández por haberme encargado de Peanut sin previo aviso. Si no, ¿cómo podré pagar el transporte público cuando vaya al hospital y al trabajo, o a comprar comida?

—Son ochocientos cuarenta dólares —dice el recepcionista.

Me quedo helada. A pesar de la ola de calor que hace fuera, de repente, me entra un frío polar.

—Lo siento, pero no tengo tanto dinero. ¿Puedo pagar a plazos? Podría... darte cien dólares en efectivo ahora mismo.

Estoy tan avergonzada que haría cualquier cosa para salir de esta situación.

A lo mejor comer no es tan necesario...

A mis espaldas, escucho unos pasos apresurados. Grayson entra corriendo, pasa por mi lado y aparta a la veterinaria. Inmediatamente, se acerca a Piper. La perrita está tan contenta que mueve el rabo, a pesar de estar aún medio drogada.

—¿Es usted el dueño de la perra? —pregunta la veterinaria, que primero lo mira a él y luego me mira a mí con el ceño fruncido.

—Sí, soy el dueño de Piper.

Grayson coge a la perra en brazos y la lleva hasta el mostrador. Se vuelve hacia el joven que está allí, pero a mí ni siquiera me mira. Se me rompe el corazón. Quiere a esa perra como a un chiquillo y yo le he hecho daño. Indirectamente, claro está, pero aun así...

Me odia.

De nuevo, se me llenan los ojos de lágrimas. Tenso todos los músculos del cuerpo para fingir que soy fuerte.

—Aún no se han abonado los gastos —dice el recepcionista.

—Ya me encargo yo... —gruñe Grayson y por fin me mira.

No hay nada en sus ojos: solo frialdad y desaprobación.

—Llevo la cartera en el bolsillo derecho del pantalón. Págame con ella, señorita Foster —me ordena, en lugar de pedírmelo.

El hecho de que vuelva a llamarme «señorita Foster», en vez de Riley, me hace añicos el corazón. Siento náuseas mientras le meto la mano en el bolsillo. Abro la preciosa cartera de cuero y veo que hay billetes por todas partes. Algunos ni los había visto antes. Ese nivel de riqueza ni lo huelo. Saco mil dólares, que es tan solo un poco en comparación con lo que hay ahí dentro, y se los doy a ese desconocido al que todos llaman Grayson Montgomery. Enseguida, paga. Estoy a punto de guardar el cambio, pero Grayson señala con la cabeza la hucha con forma de gato que hay en el mostrador. Con dedos temblorosos, meto más de cien dólares en la hucha.

—¿Sabe qué tiene que hacer con Piper?

La veterinaria se ha acercado. Le explica en qué consiste el tratamiento y el seguimiento que debe hacer e insiste en la pauta de la medicación que hay que darle a Piper. Me viene muy bien escucharlo una segunda vez, porque me ayuda a memorizar cada detalle. Grayson asiente varias veces, besa a Piper en el hociquito y, cuando la veterinaria termina, le da las gracias. Sin decirme nada más, se coloca la bolsa de medicinas bajo el brazo y sale de la consulta con la perrita.

Corro tras él.

—¿Grayson?

Al salir, tengo que agarrarme un momento a la barandilla de las escaleras que dan a la calle.

El señor Montgomery no reacciona. Tiene el coche aparcado delante de la consulta. Es otro: una berlina gris oscuro que parece tragarse toda la luz de Los Ángeles.

Por Dios, pero ¿cuántos coches tiene este hombre?

—Grayson, por favor, deja que te explique...

—¡No!

Camina alrededor del coche, sacudiendo la cabeza. Abre la puerta trasera y deja con cuidado a Piper en el asiento.

—Por favor, me gustaría explicarte...

—¡He dicho que no!

Cierra la puerta, da media vuelta y camina hacia mí. Me quedo quieta en el sitio. Si quiere gritarme, adelante. Lo entiendo. Si Piper fuera mi perra y le pasara algo mientras está a su cargo, yo también me volvería loca.

—¿Hay algo que sepas hacer bien, Riley?

No grita, lo cual es aún peor. Pienso en lo que había previsto decirle, pero decido ser honesta. Debo serlo.

—Según parece, no.

—Eso pensaba yo... —añade.

Es como si me pegara una bofetada. Sus palabras son hirientes y me duelen en el alma. Los pensamientos intrusivos y perversos se amontonan en mi cabeza, como en una fiesta de autoodio.

Grayson me deja allí de pie. Sin mirar atrás, se mete en el coche y arranca el motor.

Puede que me odie, que pretenda ignorarme, pero aún tengo algo que decirle. Me va a escuchar, así que le golpeo la ventanilla.

—¡Baja la ventanilla!

Grayson pulsa el botón.

—¿Qué quieres?

—Lo siento. Aunque no me creas, lo siento muchísimo. Lo he hecho lo mejor que he podido y he estado todo el rato ahí, con Piper. ¡Hasta me puse en medio en la pelea!

Siendo sinceros, no es que eso lo justifique. Sin embargo, tengo que decírselo, o jamás volveré a pegar ojo.

—¿Que lo sientes? ¿Qué sientes exactamente, Riley? ¿Que casi me haces perder a otro miembro de mi familia? ¿O que casi tengo que decírselo a Brandon? Venga, dime, ¿qué es lo que sientes?

¿A quién ha perdido de su familia? ¿Y qué dice de explicárselo a un tal Brandon?

No sé de qué me habla este hombre.

—¡Pero papá...! Siempre dices que no hay que enfadarse con alguien que ha hecho lo que ha podido... ¿Por qué estás tan enfadado? Piper está bien, ¿verdad?

Una vocecita aguda y dulce suena desde la parte trasera del coche.

—No te metas, cielo. Es una conversación de mayores, de adultos.

—¡Pues no estás hablando como un adulto!

No entiendo nada. Con los ojos muy abiertos, observo a Grayson, que se da la vuelta en el respaldo de su asiento y sonríe.

—Chico listo... —murmura, sacudiendo la cabeza.

—¿Quién es esa chica? —vuelve a preguntar la vocecita.

—Brandon, yo...

—Es Riley, ¿verdad? ¿No puede venir con nosotros y contarnos lo que le ha pasado a Piper?

—Pero...

—¡Papá, por favor...! ¡Si no, no me dormiré nunca! ¡Necesito saberlo!

Gime exageradamente para terminar con sus súplicas.

—¿Dónde están los otros perros? —pregunta Grayson.

Tardo un momento en darme cuenta de que se dirige a mí.

—Esto... Alfred se los ha llevado a casa. A Luke, el otro perro herido, lo ha recogido el señor Liu.

—¿El señor Liu, dices?

—Sí, un hombre de negocios de...

—Lo conozco... —murmura Grayson, mientras se pasa una mano por el pelo.

—¿Hay otro perrito herido? —pregunta una voz desde el asiento trasero.

Miro fijamente a Grayson y asiento. Él pone ojos de pena, como si se fuera a derretir.

—Lo siento... Creo que he juzgado la situación demasiado pronto. ¿Podrías contarme que ha pasado exactamente? —dice, despacio.

Me gusta este hombre, de verdad, pero por su culpa, ahora tengo el corazón partido. Sus palabras me han hecho daño y no es la primera vez.

—Quizá sea mejor que me vaya a casa... —murmuro, mientras bajo la vista a los zapatos, que también están cubiertos de sangre.

Parece que acabo de escapar de un apocalipsis zombi.

—Perdona, de verdad... Lo siento. Con la rabia y la preocupación he dicho cosas que no debía... Ha sido sin pensar. Y Brandon...

Hace una breve pausa, como si estuviera sopesando la situación.

—Es importante que Brandon, mi hijo, sepa lo que le ha pasado a Piper —dice finalmente.

Se hace un breve silencio.

¿El niño del asiento de atrás es su hijo?

Bueno, Riley, eso explica por qué le llama «papá»... Inmediatamente, recuerdo la conversación con Tom. Estoy bastante confusa. No me siento muy segura de mí misma. Además, la supuesta cita que iba a tener con el hombre que me gusta acaba de derivar en este pedazo de marrón.

Con Grayson, parece que todo son idas y venidas. Pese a todo, cuando le miro a los ojos, el corazón me late mucho más deprisa. Debería dejarlo estar. Sería más sano para mí; para todos, de hecho. Pero necesito dejar las cosas claras primero, así que rodeo el coche y él me abre la puerta desde dentro. Con el corazón palpitante y el estómago hecho un nudo, subo.

—Hola, soy Brandon —oigo detrás de mí.

Me giro hacia el niño de pelito rubio claro y sonrío.

—Yo soy Riley.

—Ya lo sé —responde, sonriente, y se deja caer contra el respaldo.

Esto es demasiado para mí. No me funciona el cerebro. ¡Error del sistema!

Se me saltan las lágrimas y no consigo contenerlas.

Aunque intento disimular el bajón, no lo consigo. Grayson me mira todo el rato, preocupado, pero Brandon está en la edad de preguntar. La curiosidad lo está matando y le cuento cada detalle de lo ocurrido en el parque canino. Con unos ojos grandes y claros como los de su padre, me escucha y hace muchas preguntas. Por qué, por qué, por qué... No puedo responderlas a todas.

—Cielo, ya basta. Dale un respiro a Riley... —dice Grayson, mientras yo sigo luchando conmigo misma para responder a Brandon sobre por qué no cogí a Piper en brazos para evitar que atacara a la otra perra.

No creo que me culpe. Parece más bien un niño empático, pero su pregunta me hace pensar en el error que he cometido y eso duele.

—¡Pero sigo teniendo preguntas...!

—¡Pues no tengas tantas!

No le miro, pero solo con oír los ruidos que hace el peque, me lo imagino enfurruñado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Quiero quedarme con Piper esta noche!

—Vale, puede dormir en tu cuarto. Pero solo esta vez... —acepta Grayson.

Pasado un rato, frena el coche delante de una gran verja a la entrada de una zona residencial. El guardia le permite pasar con un simple movimiento de cabeza. Esta propiedad privada no parece estar muy lejos de donde vive su hermano.

—Vale, pero aún no es hora de dormir...

—¿Cómo que no? ¡Mira qué hora es!

Todos miramos el reloj del coche. Son las ocho de la tarde.

¿A dónde ha ido el tiempo?

—Un ocho y dos ceros significa que tengo que irme a la cama —murmura Brandon.

Grayson asiente.

—Puedes dejarme aquí. Os he contado todo lo que sé. Brandon ya tiene respuesta a sus preguntas y Piper está mejor, así que...

Miro hacia el asiento trasero. La perra está dormida y tranquilita, acurrucada junto a su minihumano.

—Por favor, quédate con nosotros...

Grayson me mira y una sonrisa vacilante aparece en su rostro.

Asiento y miro los increíbles edificios por los que pasamos. Cada uno es más ostentoso que el anterior. Enormes palmeras bordean las calles. Los rayos anaranjados del sol bajo y poniente cubren sus largas hojas verde oscuro. Las abejas zumban alrededor de los magníficos setos en flor y los naranjos que rodean las blancas avenidas. Una vez más, siento que he trascendido y ahora estoy en otro mundo.

Llevo las zapatillas manchadas de sangre... ¿Qué pinto yo aquí?

Grayson dirige el coche hacia una entrada al final de la calle. Delante de mí hay una propiedad de arenisca amarilla, similar a una casa en la playa. Los tejados de color rojo oscuro

contrastan fuertemente con las tejas decorativas que adornan la puerta principal y las numerosas ventanas. El césped verde y perfecto de la entrada, que parece el de un campo de golf, bordea los edificios hasta el infinito. En cuanto se para el motor, Brandon abre la puerta del coche y sale de un salto. Corre por el césped, pero a Grayson no le importa.

—Bueno, puedo irme ya si quieres. No tienes que fingir delante de Brandon. He metido la pata y entiendo que no quieras tener nada que ver conmigo. Dejémoslo estar.

Necesito todo el coraje que es capaz de reunir mi cuerpo para soltar estas palabras. Me duele el corazón, porque nada me habría gustado más que meterme en esa villa con él, pero esto se acaba aquí. Ya son más de mil las razones por las que no hemos podido llevarnos bien.

—Por favor, quédate —murmura Grayson mientras abre la puerta de su lado del coche.

Rodea el vehículo y luego abre la mía.

—Sé que te mereces una explicación y te la daré. Pero, por favor, dame tiempo para acostar a mi hijo y ocuparme de Piper.

Nos miramos. Le tiendo la mano y me ayuda a salir, como si fuera una princesa, cuando en realidad, no soy más que el patito feo de esta historia. Grayson espera una respuesta, con el ceño fruncido. Y quien se la da no es mi cabeza, sino mi corazón.

—De acuerdo —digo, exhalando con dificultad.

—Ven, anda. Siéntete como en casa —dice, antes de adelantarse.

En la puerta hay una mujer desconocida. El corazón me da un vuelco. ¿Quién será? Sé tan poco de la vida de este hombre que añado investigar a esa señora misteriosa a mi lista de notas mentales. Bueno, quizá, después de que hablemos, ya no sea necesario. Quizá deba seguir con mi plan y olvidarme de él y de su mundo. Tengo las manos vacías, así que cojo instintivamente la cámara.

Grayson echa a andar delante de mí y habla con la mujer desconocida, y luego intercepta a Brandon al vuelo, que corría despedido hacia él. Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, les saco una foto padre e hijo en un momento íntimo. Es una escena sencilla, costumbrista. La forma en que abraza a su hijo es conmovedora. Poco después, Brandon le pasa una mantita y ambos vienen a mi encuentro.

—¡Vamos a meter a Piper en casita! —anuncia el briboncín con una sonrisa.

Asiento y le hago un gesto de aprobación.

—Riley, eres libre de hacer fotos, pero por favor, sácalas de forma que nadie sepa dónde vivimos... —dice Grayson, recalcando las últimas palabras.

No espera a que le responda, pero me sonrío al pasar.

—Y deja que Bree te prepare algo de beber. Eso sí, date prisa, ¡porque creo que tiene una cita esta noche! —añade.

Sigo caminando hacia la fachada de la casa. Estoy un poco cabreada conmigo misma. Me arrepiento de haber sacado esa foto. En cuanto llegue a casa y esté tranquila, la borraré. En fin, si fuera por Tom... Con esa foto podría agenciarme la cantidad soñada de dinero que tanto necesito.

El mero hecho de que esté pensando en semejante oferta podrida hasta la médula demuestra que vivo en la pobreza extrema. Ya no solo por el saldo de mi cuenta, sino también por la forma en que he ignorado mis principios. ¡Hay que ver! Me paso unos días entre los ricos y famosos de la ciudad y ya no sé lo que está bien y lo que está mal...

Entro en casa de Grayson, justo detrás de Bree.

El recibidor tiene unas vibras *vintage*, propias de una casa glamurosa al puro estilo de

Hollywood, combinadas con el ambiente acogedor de un caserón español. Hay una especie de torre con vigas de madera oscura, un suelo de baldosas con un estampado muy particular y una escalera de caracol que lleva a los pisos superiores.

—¿Quiere algo de beber?

La mujer de pelo gris me sonrío amablemente.

—Solo un vaso de agua... Gracias —susurro, sin dejar de admirar el techo de madera.

No había visto nada igual en mi vida. La bebida que le he pedido parece absurdamente inapropiada, porque esta casa exige algo regio y espectacular, un cóctel chispeante como un mojito, o recatado y estiloso, como un *cosmopolitan*.

Bree asiente y se dirige a la parte derecha de la casa. La sigo distraídamente y casi derribo una estatuilla de terracota mientras avanzo, abstraída, intentando memorizar los detalles de la decoración.

—¿Puedes cerrar la puerta detrás de ti? —pregunta Grayson a mis espaldas.

Brandon y él suben a Piper con cuidado al piso de arriba. Cierro la puerta de madera maciza y me pierdo entre las lámparas doradas y los cuadros antiguos, cuyos marcos destacan con miles de detalles.

Bree vuelve a mi lado y me tiende un vaso de agua mineral. Bebo tres sorbos. Ella agacha la cabeza, me quita el recipiente de las manos y luego desaparece una vez más. Esta vez la sigo sin problemas.

El suelo de baldosas de terracota se extiende desde el vestíbulo hasta la cocina, que tiene un aire campestre, rústico y acogedor. Aquí el acero inoxidable y el cristal no tienen nada que hacer. Los reyes de la estancia son los azulejos estampados, que brillan en todo su esplendor. Hay unos cuantos taburetes de bar junto a una encimera de piedra, en la que destacan unos fogones y un montón de mandos para activar la cocina. Los detalles de la estancia contribuyen al conjunto.

Me siento en uno de los taburetes. La señora que se ocupa de la casa de Grayson me sirve otro vaso de agua.

—¿Se encuentra bien?

Su pregunta me saca de mis pensamientos. No estoy en condiciones de responder, así que me encojo de hombros.

—¿Necesita algo más? ¿Un tentempié, quizá?

Abre la nevera, que está llena y perfectamente organizada. Hay verduras, distintos alimentos untables y un montón de cuencos de porcelana blanca con comida casera preparada, lista para servir.

—No, gracias.

Bree parece irritada y espera un momento a ver si cambio de opinión antes de asentir y dejar el delantal. Lo dobla y lo guarda en un cajón.

—Que pase una buena noche.

—Lo mismo digo —le contesto y veo cómo se va.

Se ha ganado el descanso. Seguro que, con eso, habrá puesto fin a una jornada muy larga.

Me parece absurdo que tenga una mujer que se ocupe de su hogar a estas alturas. ¿Qué hará exactamente? ¿Le limpiará la casa o se dedicará a cuidar de Brandon? ¿Y dónde estará la madre de Brandon, o sea, la mujer de Grayson?

Bebo otro sorbo de agua y me levanto del taburete, movida por la curiosidad. Grayson no me ha pedido que le espere en ningún sitio en particular, así que puedo darme una vuelta, ¿no?

Atravieso la cocina y paso por delante de una mesa gigantesca, tallada en un enorme tronco

de árbol. Admiro la disposición de un ramillete de cortadera¹ y flores silvestres secas en el centro. Todo está decorado con mucho gusto. Seguro que Grayson tiene ojo para el diseño de interiores, pero la estancia me dice a gritos que esto es obra de una mujer.

Miro los cuadros. Todos son paisajes. Son bastante antiguos y transmiten una esencia de antaño que no logro captar del todo. Delante de mí hay un ventanal, y al igual que en otras partes de la casa, aún más vigas de madera oscura. La villa tiene un aire medieval, pero también elegante. Cuando me acerco para mirar al exterior, las puertas de cristal se activan solas. Se abren al notar mi presencia y se desplazan hacia los lados para que yo pueda salir. Aquí también hay césped y descubro que no me equivocaba con mi primera impresión. A la derecha, veo que el césped converge con un campo de golf.

Me seco el sudor de la cara, impresionada.

A la izquierda, el césped termina de forma repentina en un par de baldosas de terracota que rodean una enorme piscina. También hay una zona de barbacoa, con un horno de leña y todos los accesorios necesarios para cocinar al aire libre, así como una casita de madera y un invernadero de piedra arenisca y cristal. Inmediatamente, cojo la cámara y la enciendo. El diseño, la luz que se refleja perfectamente en la superficie del agua... La verdad es que es impresionante. Quien haya diseñado y dispuesto todo esto es un genio.

Me tumbo en el césped y hago algunas fotos desde esta perspectiva, para immortalizar la vista entre las palmeras de la carretera de acceso. Me dejo llevar. Saco una serie de fotos de las que luego me siento orgullosa. En cuanto termino con el trabajo que nadie me ha pedido, me dejo caer en una tumbona junto a la piscina y miro al cielo. El sol se pone en el horizonte y raya el aire a mi alrededor con una serie de líneas moradas. Las estrellas aparecen lentamente en el firmamento y la luna ya asoma.

Mientras el día llega a su fin, se me eriza el vello de los brazos. Los cantos de animalillos que provienen de los setos me dan un poco de paz. En este lugar, es fácil que una se olvide de sus preocupaciones. Estoy segura de que la persona que construyó esta propiedad también lo pensó. Es perfecta. De pronto, todo lo que siempre he soñado parece tan lejos de mi alcance que las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos. Echo de menos a Faye. Y me he dado cuenta de eso ahora, en la otra punta de la ciudad.

Respiro hondo para evitar que mis emociones vuelvan a desbordarme y marco su número. Contesta inmediatamente, como si lo hubiera estado esperando.

—Hola, mi amor... —me dice.

Con tan solo escuchar su voz, siento el corazón más liviano. Se me aclara la vista y se me despeja la mente.

—Hola, tita... He tenido un día de mierda.

Escucha mi historia y suelta sus típicos comentarios de guía espiritual. Tiene razón, porque sabe que lo que ha pasado con Luke y Piper me ha afectado de verdad e intenta aconsejarme.

—¿Dónde estás?

—Si te lo digo, no me creerás... Además, no tengo muy clara la ubicación exacta.

—¿Estás con ese tal Grayson?

—Sí —mascullo, mientras estiro las piernas.

Me tumbo y relajo el cuerpo. Estoy cansadísima. No sé cómo voy a llegar a casa, pero tengo que comer algo e intentar dormir un poco.

—¿Qué hay entre vosotros dos? Quiero decir, con lo que ha pasado hoy...

Faye parece sospechar. No se lo reprocho, pero me molesta que dude de él.

Bueno, ¿acaso tú no tienes dudas?

Otra pregunta a la que no sé responder de primeras.

—Nada, supongo.

—Pues no lo parece...

Pongo fin a mi penoso intento de deshacerme del cansancio y me levanto. Inquieta, camino alrededor de la piscina. Solo con acercarme, me entran ganas de bañarme. En el otro extremo, observo que una parte de la piscina está separada del resto por un muro y me parece ver unos chorros. Pegarme un bañito en el *jacuzzi* me sentaría tan bien... Pero quita, quita, está descartado.

—Somos amigos, creo. Compañeros de trabajo, o al menos casi lo somos. Nuestra relación es más como de jefe y empleada. Bueno, en realidad, tampoco estoy segura de eso...

Suspiro.

—¿Por qué no le preguntas qué leches sois? Necesitas mentalizarte, por lo que pueda pasar. No dejes que juegue contigo. A mí me parece que se está aprovechando de ti...

—¿Por qué iba a hacerlo? ¡Si tiene todo lo que una puede desear!

Hago un gesto con la mano, como si ella pudiera ver a través del teléfono el asombroso alarde de riqueza que tengo frente a los ojos.

—Bueno, ¿y? Que alguien tenga muchos bienes materiales, cochazos y propiedades desproporcionadas no significa que sea feliz, ni mucho menos. Créeme, he conocido bastante gente así en el pasado. Y a menudo, solían ser unos desgraciados insufribles...

—No creo que Grayson sea un desgraciado insufrible, tía.

—Ah, ¿no?

Su voz me sobresalta y pego un brinco hacia la izquierda. Sus dedos, que me agarran del brazo y tiran de mí, me salvan. Si Grayson no me tuviera cogida, me habría caído a la piscina.

—Escucha, tía, tengo que dejarte, pero gracias por apoyarme. Hasta mañana.

—Cuídate... —suelta Faye antes de colgar.

Me guardo el móvil en el bolsillo del pantalón. Me arden las mejillas.

—Lo siento... —murmuro.

Me mira. Todavía me tiene cogida del antebrazo. Volvemos a estar tan cerca que mis pensamientos se detienen. Ahora mismo, lo último que necesito es esto. Le pongo una mano en el pecho y le empujo suavemente. Él me suelta el brazo.

—Perdona... —refunfuña.

Rompemos el contacto visual e inmediatamente siento un vacío en mi interior. Como si mi felicidad dependiera de su mirada.

¿Qué sentido tiene eso? No quiero que me miren. No me gusta que me miren. Al menos desde que me diagnosticaron la psoriasis...

—Necesito respuestas —digo.

—Pues adelante, formula las preguntas...

Ladea la cabeza, como si no me entendiera. Luego pone los brazos en jarras.

—¿Te apetece cenar pasta?

—¿Por qué evitas tener una conversación conmigo? ¿Qué hago aquí, Grayson?

—A la última pregunta deberías responderte tú misma... —suelta, sin más.

No me esperaba esa contestación. Tiene razón en lo último, pero aún necesito saber más. Bueno, por algún sitio hay que empezar. Creo que me haría falta una enciclopedia Grayson-

Montgomery para entenderlo del todo...

No sé si estoy preparada para lo que se viene. Después de todo, tengo otras cosas que hacer en mi vida.

—Puedes hacerme todas las preguntas que quieras en un ratito, pero antes, a cenar.

Sus ojos se relajan, se vuelven menos severos. Parece bajar un poco la guardia y me deja mirar a través de su coraza.

—¿Me responderás entonces?

—Lo intentaré. ¿Estás de acuerdo o no?

—No.

Esta vez soy yo quien le deja ahí, como un pasmarote. Ya he tenido bastante con que me toree en otras ocasiones. Vuelvo por donde he venido, pero Grayson se acerca a mí con un par de zancadas rápidas y me tira suavemente de la manga para mostrarme un atajo a la cocina. Estoy débil, así que me rindo.

—¿Te gusta la pasta?

—Bree ha terminado por hoy —respondo.

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿quién va a hacer la cena?

Le sigo adentro de la cocina. En vez de contestar, se pone a rebuscar en los armarios.

—¿Quieres ponerte a cocinar ahora? No tengo hambre, gracias —le digo, observándole.

—¿Te gustan las setas?

—No.

—¿Y las berenjenas?

—No.

—¿Y el brócoli?

—Tampoco.

Se vuelve hacia mí, con las cejas levantadas.

—Pero ¿tú qué comes?

—Nada tuyo.

Le miro con los brazos en jarra.

—¿De verdad crees que, como soy bróker, no sé cocinar?

—No tiene nada que ver con tu profesión.

—¿Y entonces qué es?

Levanta una ceja.

—Los ricos nunca cocinan.

Quiero pasarme de descarada y dejarle por los suelos, porque sigo enfadada con él por haberme tratado con semejante desdén con todo el asunto de Piper. Sin embargo, luzco más bien como su hijo en pleno subidón de azúcar. Bueno, así me imagino yo.

—Tienes muchos prejuicios. ¿Te lo han dicho alguna vez?

Entrecierro los ojos. Tiene razón, pero no pienso admitirlo. Yo tendré prejuicios, pero él tampoco se queda corto.

Ya lo ha demostrado en más de una ocasión...

—¡Pues anda que tú...! —exclamo, incapaz de soportarlo más.

Parece que no hace ni caso a mi comentario.

—Te ofrecí un trabajo y aceptaste. Dos tardes a la semana, eres mía. Has hecho fotos de mi casa, así que esta noche, te pagaré, no te preocupes. Soy tu jefe. Si te digo que voy a cocinar para

ti, al menos sé un poco profesional, como haría una empleada, y prueba la comida. Si no te gusta, no volveré a cocinar para ti. Te lo prometo.

Mientras reniega, saca un cazo, varias sartenes y un puñado de ingredientes. Luego pela y trocea una cebolla, pica unos ajos y pone el agua a hervir.

—Como empleada del mes que soy, lo intentaré —contesto, malhumorada.

Pues nada, ahí se queda el asunto. Al menos desde fuera, porque en mi cabeza, se desata un torbellino de emociones y suposiciones.

¿De verdad soy solo su empleada?

El caos que tengo en mi interior solo hace que marearme. Para mantener las manos ocupadas, cojo la albahaca que Grayson ha sacado de la nevera.

—No hace falta que me ayudes —refunfuña.

Lava unas hojas de espinaca con actitud estoica.

—¿Te gustan las espinacas? Por favor, dime que sí. Me estoy quedando sin opciones...

—Sí —digo con una sonrisa.

Hay muchas cosas sin resolver entre nosotros y me pesan, pero aun así, es divertido pasar tiempo con él.

¿Cómo se supera este batiburrillo de sentimientos contradictorios?

—Gracias a Dios... —susurra.

Me río entre dientes. Por el rabillo del ojo, veo cómo se le dibuja una sonrisa en la cara.

Cocinamos en silencio. En realidad, hacemos buen equipo. Nos entendemos sin demasiadas palabras. Sus ojos pasan de la sartén al cazo y enseguida sé qué hacer: añadir sal y echar los espaguetis al agua hirviendo. Cuando llega el momento de probar la salsa, parece que pierde sus facultades para leerme la mente. Me mete la cuchara en la boca y espera mi respuesta, en vilo. Como siempre, me resulta difícil verbalizar lo que no me gusta. Solo sé que hay algo que no cuadra.

—¿Más pimienta?

Asiento inmediatamente.

Cuando la comida está casi lista, Grayson pone la mesa y me doy cuenta una vez más de las pintas que llevo. Me disculpo un segundo y me indica el camino al baño. Cruzo de nuevo por debajo de la torre de la entrada y giro a la derecha, hacia una parte de la casa que aún no he visto.

Antes de abrir la puerta del cuarto de baño, me freno en seco. En el pasillo, sobre una cómoda de madera oscura, hay un par de fotos alineadas. Brandon brilla en todas ellas. Ese niño irradia luz. Lo veo en un columpio, en su primer día de cole, en una fiesta, con un sombrero, y disfrazado de fantasma para Halloween. En una de ellas, sale jugando al golf con Grayson.

Luego veo una foto en la que una mujer lo abraza. El peque no tendrá más de 2 años y tiene la cara embadurnada de mantequilla de cacahuete. Grayson apoya la mano en el hombro de su hijo y parece que le flaquean las piernas de la risa. Ella tiene el pelo largo y rubio, con las raíces oscuras. Me recuerda a un mujerón de Hollywood: tiene pecas en la nariz, la frente del tamaño perfecto y los labios carnosos. Al igual que Brandon, está preciosa y el objetivo la capta en todo su esplendor. La otra mano de Grayson debe de estar detrás de su espalda, pero no consigo verla exactamente en la foto. En el borde inferior, hay un trocito de papel escrito a mano. En él se lee, como solo puede hacerlo un nene, con letras de distintos tamaños y algunas escritas del revés:

«Te echamos de menos, mami».

¹ *N. de la T.* También conocida como hierba de la Pampa, es una especie botánica de los pastos del sur de

Sudamérica, concretamente de la región pampeana y de la Patagonia, aunque ahora se puede encontrar en otros lugares del mundo.

Me lavo la cara a toda prisa, de forma superficial. El agua fría me refresca y me ayuda a despejarme un poco después del susto que me he llevado. Eso sí, esto no tiene ni punto de comparación con lo que sería meterse en la piscina...

Lo que daría por vivir una semana en una casa así...

Pero bueno, Faye tiene razón: no es oro todo lo que reluce. Que Grayson sea rico no significa que sea infinitamente feliz. Me pone triste haber sido tan ingenua. Eso no hace que mis sentimientos sean menos válidos, lo sé; mi psicóloga me lo ha dicho en varias ocasiones. Aun así, podría haber sido más empática. Si le hubiera preguntado ciertas cosas al principio, habría sabido dónde me metía.

Cuando vuelvo, la cosa está raruna entre los dos. Comemos en silencio. Grayson lleva observándome desde el primer bocado y yo intento pasar de él para picarle. Me merezco al menos ese gustito. Pero pasado un rato, se vuelve incómodo. Sigo sin respuesta para todas las preguntas que tengo en la cabeza y la más importante de todas no la puedo soltar así, de repente. Además, si quiere contarme esa historia, será mejor que salga de él mismo.

Grayson sigue callado y deduzco que se está encerrando en sí mismo.

—Mi tía ha estado a punto de morir. Me paso los días preocupada y todo me pesa desde entonces.

No sé por qué me abro así delante de Grayson, cuando él se cierra en banda. Es como si pretendiera llenar el silencio y darle ejemplo al mismo tiempo, para que se exprese libremente. Me molesta ser así, porque parezco una maníaca.

Debería hablar urgentemente con un experto.

—Eres una mujer fuerte —murmura, mientras deja el tenedor.

Sigo comiendo, porque no puedo ni quiero responder a ese comentario.

¿Qué hace a una persona fuerte o débil? ¿Acaso no es normal tener momentos de debilidad?

—¿Cómo lo haces para gestionar tu situación? —me pregunta.

Trago saliva y respondo.

—Bueno, no sé... Sigo adelante. Todos llevamos un fardo u otro a cuestas.

—En eso tienes razón...

Su mirada lo dice todo.

—¿Y cuál es el tuyo? ¿Qué te pesa a ti?

Miro fijamente el plato. Siento que el corazón me late en la garganta. Estoy impaciente por ver su reacción. Por suerte, no es en vano, porque al parecer, está decidido a sincerarse conmigo.

—Mi mujer, Melanie, murió en un accidente de coche. Es la madre de Brandon. Bueno, era...

Grayson junta las manos en el regazo y se reclina en la silla.

—Lo siento —digo, con una voz propia de la asfixia.

También dejo el tenedor junto al plato, porque no es momento de comer.

¿Qué puedo decir? Me acaba de revelar su secreto. ¿Cómo puedo hacerle ver lo que siento?

—Gracias. A estas alturas, yo... me las apaño. Ya han pasado dos años. Dios, el tiempo vuela. No entiendo cómo puede hacer tanto desde el accidente. Parece que fue ayer cuando estaba aquí, con nosotros.

Mira alrededor de la cocina y el comedor contiguo. La expresión desconsolada de sus ojos me entristece.

Me aclaro la garganta.

—¿Cómo... cómo lo lleva Brandon?

Frunzo los labios. Me he metido en terreno pantanoso. Es como si anduviera a trompicones por un castillo de naipes que puede derribarse en cualquier momento.

Grayson sonríe con pesar.

—Es un niño. Tiene tres añitos, así que apenas entiende lo que pasó entonces. Aun así, está de luto. Es aterrador ver a un ser humano tan pequeñito sufrir así. Como padre, casi me destruye. De ahí que...

Hace una pausa y mira al techo. Respira tan rápido que oigo el aire entrando y saliendo de sus pulmones. Me levanto y le apoyo la mano en el hombro, con dulzura. Es mejor que me mire y no se ahogue en sus propios pensamientos.

—De ahí que hayas reaccionado así antes... —digo, para terminar su frase.

Puede que tuviera ese ataque de ansiedad en el hospital por la misma razón...

—Sí, pero eso no significa que esté bien. No puedo descargar mis frustraciones en los demás. Estoy intentando mejorar en ese aspecto, pero a menudo, en este tipo de situaciones, se me va de las manos. Tenía un miedo horrible de que Piper muriese. ¿Qué le habría dicho a Brandon si hubiera pasado? El mundo ya se ha cebado bastante con él.

Se le quiebra la voz. Desde fuera, parece que, gracias a su padre, ese niño lo tiene todo. Pero ahora que lo veo desde dentro, sé que a Brandon le falta algo que el dinero jamás podrá comprar.

—Pero está viva. Piper está sana y salva. Hoy no has perdido a nadie.

—Sí, a ti —murmura.

Trago saliva. Grayson se levanta, me coge la mano y se la pone en el pecho.

—Lo siento —dice—. Siento ser siempre un gilipollas. Supongo que no podía soportar el hecho de que tú... de que me... En fin, hacía mucho tiempo que no sentía algo así. Me vuelves loco.

Esta vez es diferente. Mientras se me declara, no me siento frágil, como hecha de goma. Vale, me late el pulso en los oídos, tengo la boca seca y hay algo en mi interior que me pide a gritos que sucumba, pero al menos soy capaz de verbalizar lo que siento.

—Yo también siento algo por ti, pero no sé si estamos destinados a estar juntos. No quiero más dramas en mi vida. No sé si nos viene bien que te vuelva loco, y viceversa, tampoco.

—Supongo que tienes razón...

—¿Eso crees?

—Sí... Yo tampoco quiero más drama. No quiero que se me vaya la olla, ni tampoco a ti. En serio, Riley, solo quiero entender lo que pasa entre nosotros dos.

Agacha la cabeza y percibo una fuerte conexión entre nosotros. Su mirada, su olor... son excitantes, pero me siento a gusto con él.

—Y yo también, pero para eso, tenemos que ser sinceros el uno con el otro.

—Vale, en ese caso, tengo que confesarte algo.

Tenía un pelín de esperanza, pero hace falta poco para que se desvanezca. Esto es justo lo que no quería.

—Grayson, necesito constantes en mi vida, no altibajos. Quizá ahora sería un buen momento para hacer borrón y cuenta nueva...

—Sé lo de tu solicitud. Diego me la envió.

Inmediatamente, me entran los calores, pero no en el buen sentido. Le quito la mano del pecho. Llevo notando los latidos de su corazón desde que me la ha colocado ahí.

—Sé que saqué malas notas...

Es lo único que se me ocurre decir. Siento la necesidad de justificarme. No quiero hablar de mi fracaso delante de él. Ya he asumido la derrota. ¿A qué viene esto ahora?

—Estudiaste arquitectura. ¿Por qué no me lo has dicho?

—¡Porque no importa!

—¡Claro que importa! Eres una profesional de mi campo y te he contratado como paseadora de perros y fotógrafa. ¡Es absurdo!

Doy un paso atrás.

—Bueno, supongo que es a lo que aspiro... No doy para más.

Es injusto sacar otra vez ese temita. Ya me pidió perdón en su momento. Aun así, he de admitir que todavía me duele. De repente, vuelve el hormigueo. Empieza en las manos y me sube por los brazos y los hombros, hasta llegar a la espalda. Me arde la piel.

—¿Por qué te infravaloras tanto? ¿Por qué no asumes el potencial que tienes? ¿Por qué no lo intentas de una vez por todas?

Se le ve enfadado. Sin duda, está cabreado, porque tiene el ceño fruncido y se ha cruzado de brazos.

No encuentro palabras para expresar lo que siento, así que me alejo de él y me acerco al taburete en el que está mi bolso.

—¿Vas a huir otra vez? Creía que estábamos aquí para derribar muros, para ser sinceros...

—¿De verdad me vienes ahora con reproches? No es por nada, pero ¿cuántas veces has intentado librarte de mí?

—¡Pero ya no, Riley! ¡Ya no!

Estoy abrumada. Rebusco en mi bolso y me guardo apresuradamente el móvil en el bolsillo, pero me falta algo. Cuando me doy cuenta de lo que es, me separo del taburete y muevo de un lado a otro, nerviosa.

—¿Estás buscando tu proyecto? —me pregunta secamente.

—¿Has rebuscado en mi bolso?

—Estás en mi casa.

—Me has invitado tú. ¿Así es como tratas a tus invitados?

—¿Así es como tratas tú a alguien que quiere ayudarte?

—¿Te comportas así con todos tus empleados?

—¿Ah, ahora eres uno de mis empleados? ¿Significa eso que vas a aceptar el trabajo?

No tengo fuerzas para seguir luchando con él.

Grayson se me acerca y me enseña el proyecto que hice en el parque canino. Es del edificio que me enseñó.

—Es bastante bueno.

Sacudo la cabeza.

—Son solo garabatos. Dámelo. No quiero que nadie lo vea, ¡y tú, menos!

—Es una idea ingeniosa, Riley, digna de una profesional. Déjate de historias. Tienes talento. No sé por qué sacaste malas notas en la carrera, pero no me interesa. Mañana empiezas como

arquitecta en el Grupo Montgomery & Lewis. Te ofrecemos un puesto fijo, con todo lo que eso implica.

Sonríe. Ya no parece enfadado. Con cuidado, me entrega mi dibujo.

Tengo que admitir que he disfrutado diseñándolo. El proyecto de construcción de Grayson me ha inspirado y me ha dado la motivación que había perdido hace meses. Por fin tengo ideas y me apetece trabajar en un proyecto arquitectónico.

Aun así, cojo el papel y lo rompo delante de él.

—¡No soy una obra social, Grayson!

—Para mí, nunca lo has sido. Si te sientes como tal, pregúntate quién te hace pensarlo. ¿De verdad soy yo, o más bien eres tú misma?

Lo dice con tranquilidad. Ya no hay gritos.

Poco a poco, recoge los trozos de papel de mi proyecto y los coloca con cuidado sobre la mesa del comedor. Luego saca la cinta adhesiva de uno de los cajones de la cocina y pega los papelitos entre sí. Mientras tanto, no puedo quitarme sus palabras de la cabeza.

¿Me está mareando con su discursito de tío tóxico o tiene un poco de razón en lo que dice?

Cuando Grayson termina de pegar los trocitos, sostiene mi dibujo.

—Vamos a construir esto juntos. Te lo digo de corazón. No lo hago por caridad, sino con todo el espíritu emprendedor que queda en mí. No dejaré que desperdicies tu talento. ¡Por favor, Riley! ¡Construye esta propiedad conmigo! ¡Atrévete a salir de tu zona de confort! ¡Deja de ocultar lo que tanto deseas!

Algo ruge dentro de mí. Pocas veces en mi vida me he sentido así. La última vez fue cuando mi madre me dio a elegir entre irme con ella a la otra punta del mundo o quedarme con mi tía enferma del corazón. La decisión fue mía, y estoy segura de que, a pesar de todas las dudas, complejos e inquietudes, me sigo queriendo a mí misma más que cualquier otro. Sé que, debajo de toda la mierda, de los pensamientos negativos, ese amor propio sigue ahí.

¿Debería trabajar con Grayson, si no he empezado y ya estamos discutiendo? Menuda idea de bombero... Me exige tanto constantemente que ni siquiera sé si podré conseguirlo. ¿Ponerme de acuerdo con él, a pesar de toda la frustración que me corroe? Me muero de ganas de hacer mil cosas distintas con él, pero esa también es una idea de mierda...

—Está bien —digo, jadeante.

Grayson aplaude.

—Buena decisión. Y oye, Riley...

Lo miro directamente a los ojos.

—¿Qué?

—Puedes irte cuando quieras.

—¡No quiero irme!

Esa es la verdad. En cuanto digo esas palabras, me doy cuenta.

¿Puedo permitirme una felicidad que no creo que sea posible? ¿Y perdonarle por la forma en que me ha tratado?

Grayson me mira un momento, luego asiente, satisfecho, y vuelve a sentarse. Con una pachorra admirable, se sigue comiendo los espaguetis.

—Bueno, ahora que has decidido quedarte, ¿tienes alguna queja, algo que objetar? Una sugerencia, ¿quizá?

—Una ducha estaría bien...

Las palabras me salen de la boca de forma espontánea, antes de que pueda pensar con

claridad. Con esta ropa, cubierta de sangre seca de perro, estoy incomodísima. Y a mi cabeza le vendría bien un descanso, porque ya casi ni sé dónde estoy. Bueno, y a mi piel irritada, ni se sabe...

—De acuerdo.

Da un último bocado a la cena y se levanta. Observo sus labios mientras mastica. Cuando pasa por mi lado, siento el calor que emana de su cuerpo. No digo nada más, simplemente le sigo. Al parecer, no vamos al baño donde antes me lavé la cara. Grayson se adelanta y me invita a que me adentre en la casa. Por mucho que intente memorizar cada rincón, estoy segura de que me perdería sin su ayuda. Cuando abre una pesada puerta de madera, me quedo sin habla.

Al otro lado, hay una bañera exenta con grifo y patas doradas, justo enfrente de un ventanal enorme.

—No te preocupes, las ventanas son efecto espejo. No harás un *striptease* para todo el complejo residencial... —me dice y me mira de un modo que hace que me palpite el corazón.

¿Por qué me atrae tanto? ¿Puede cortarse un poco o qué?

Rompe el contacto visual y coge un par de toallas blancas recién perfumadas.

—Puedes usarlas si quieres. Ahí, detrás de esa pared, hay una ducha con rociador efecto lluvia. Ajústala a tu gusto.

Cambia de pierna para apoyarse en la otra y yo sigo mirando a mi alrededor. Todas las superficies y grifos de este baño están pulidos y brillan con magnificencia. Los motivos dorados, los azulejos de mosaico y los colores resplandecientes me hacen sentir como en un baño turco.

—¿Quién diseñó este edificio? ¿Y quién se encargó de la decoración de interiores?

Sé que es extraño que me interese por la arquitectura en una situación como esta, pero al fin y al cabo, es mi pasión.

—El edificio lo diseñó Yasha hace unos años. Fue uno de sus primeros trabajos. Sus raíces culturales están bien integradas en el resultado, ¿no crees? Mackenzie se encargó del diseño de interiores. Quiso ayudarme a superar la muerte de Melanie. Aquí la veía por todas partes. Mi mujer era esta casa, en serio. Necesitaba cambiarlo todo, así que empezamos desde cero con los dormitorios y los baños. Lo único que está intacto es la cocina, el comedor y la sala de estar. Brandon nos pidió que los dejáramos tal cual.

Grayson me mira como inmerso en viejos recuerdos.

—Deberíamos convencer a Mackenzie para que participe en nuestro proyecto conjunto —digo, mientras me quito los zapatos.

—Por supuesto.

Parece encantado con la oferta. Unos segundos después, el ambiente se vuelve raro entre nosotros. Otra vez.

—Gracias por haberme contado todo esto —murmuro.

Estoy lista para ducharme, pero él no se va. ¿Por qué se queda?

—Gracias por no marcharte.

Le brillan los ojos.

Quiero meterme en su cabeza y enterarme de todo lo que le ha pasado hasta ahora. Es una persona extraordinaria y, poco a poco, me va revelando sus secretos. Pero nada va lo suficientemente rápido.

Quiero más.

Le cambia la cara. Debe haber visto algo en la mía, porque de repente, se acerca. Estamos frente a frente.

—¿Por qué enviaste la solicitud? Creía que...

—Ya hemos hablado de esto... —le interrumpo.

He tratado tanto el tema en los últimos días que ya no tengo ganas de seguir por ahí.

—Ah, ¿sí?

—Me gustaría darme una ducha.

Me suelto el pelo.

Grayson se detiene justo delante de mí. Siento su aliento en mi piel.

—¿Por qué no sales del baño? —susurro.

—Porque no quiero.

Parece que pretende devolvérmela. Donde las dan, las toman.

Esta vez, soy yo quien da el primer paso. Aprieto mis labios contra los suyos, como si fuera una prueba de valor. En el fondo, lo es, porque me tiemblan las rodillas. Primer aviso de que quiero salir pitando. Grayson acerca el cuerpo al mío y yo retrocedo unos pasos hasta sentir la fría y dura pared contra mi espalda. Se me escapa un gemido minúsculo, que él amortigua con los labios.

Me gusta todo de él: su boquita dulce, sus mejillas, que rozan con las mías, resbaladizas... Su barba de tres días se eriza con nuestro contacto y me presiona suavemente el pecho con su torso. Me agarra del pelo y tira de él con delicadeza, de modo que dejo caer lentamente la cabeza hacia atrás. Me da un beso acalorado en la barbilla y luego va bajando por el cuello y la clavícula. Me intenta subir la blusa. Quiere ver más. Juguetea con el dobladillo, pero yo pongo las manos sobre las suyas para frenarle. Grayson levanta la ceja. Sonríe y guío sus manos sobre mi camiseta. No quiero quitármela, pero tampoco quiero escapar de su tacto. Me roza la piel con las yemas de los dedos y hace que se me erice el vello del cuerpo. Hacía mucho tiempo que nadie me tocaba como Grayson. Parece que fue hace una eternidad, así que la sangre me circula por las venas como si fuera la primera vez.

Cuando me pone la mano en el pecho y lo palpa con vigor, me aprieto contra él. Algo se activa en mí: ya no son solo sus manos, paseándose por mi cuerpo y acariciándome... Hay más.

De primeras, le hundo los dedos en el pelo y se lo enmaraño. No quiero que siga peinado: está tan guapo con ese aspecto desaliñado... Lo beso salvajemente y le muerdo el labio inferior. Oigo su respiración, que se acelera cuando mis manos comienzan a explorar su ser. Le acaricio los pectorales firmes con los dedos y luego me paseo por su abdomen. Grayson me suelta y se desabrocha la camisa a cámara lenta. Esto no va lo bastante rápido para mí. Hay un fuego que me consume y pide a gritos más leña para avivar la pasión. El único que puede complacerme es él, así que le agarro de la camisa y se la abro de un tirón. Adiós a los botones.

—¡Oh, vaya! —dice simplemente, mientras me mira con una sonrisa burlona.

—Descuéntamelo de mi primer sueldo —susurro, mientras le beso en los pectorales.

No me salto ni un centímetro de su torso, porque me sabe a gloria y su piel se siente aterciopelada al contacto con mis labios. Mientras le lamo el pezón, él me agarra con firmeza de la espalda. Me muero por él. Yo también quiero quitarme la blusa, pero mis propias barreras me lo impiden. Vuelve a intentar librarse de mi ropa y yo lo distraigo jugueteando con su cinturón.

—Riley... —gime, como si me necesitara con urgencia.

Lo deseo tanto que voy a perder la cabeza. Antes hemos discutido por este sentimiento sin freno, pero ahora no puede importarme menos.

Lo quiero aquí, conmigo, encima de mí. Dentro de mí.

Por fin consigo desabrocharle el cinturón. Grayson me ayuda a que le baje los pantalones y los calzoncillos y se los quita del todo. Está desnudo delante de mí, pero no tengo tiempo de admirarlo.

—Te deseo... —me susurra al oído antes de darme la vuelta para ponerme de espaldas.

Me aparta el pelo a un lado, me baja el cuello de la blusa y me besa la piel. No llevo maquillaje en esa zona, así que enseguida, salta la alarma.

—No hagas eso —le digo y aleja las manos de inmediato.

Me vuelvo hacia él.

—Perdona, no sabía que... Creía que...

Grayson hace una mueca, como si hubiera mordido un limón. Inmediatamente, me pongo de puntillas para besarle, pero él no se deja.

—Escucha, quiero hacerlo. Créeme, te deseo con locura, pero...

Me da vergüenza justificarme así, en pleno ataque de libido. El momento era perfecto y me he cargado la magia.

Grayson me mira durante unos instantes. No puedo evitar admirar su cuerpo desnudo. Está ahí, frente a mí, como Dios lo trajo al mundo, pero confiado y tranquilo. Está seguro de su cuerpo, del tamaño de lo que tiene entre las piernas, pero sobre todo, de lo que eso representa. Está bien dotado en todos los sentidos.

De repente, se aleja de mí.

El dolor se hace con el control de mi pecho. Todo amenaza con derrumbarse a mi alrededor. Si me deja aquí, sola, nunca me recuperaré. Retrocede hasta la puerta para que pueda verle y apaga la luz. El cuarto de baño se queda a oscuras. Solo las estrellas y la luna, cuya luz se cuela por la ventana, nos guían en la penumbra. Me basta para no chocarme con la pared. Me quedo quieta entre las sombras, con los brazos cruzados sobre el pecho y entrecierro los ojos para enfrentarme a la repentina falta de luz.

Grayson se acerca a mi oreja y me susurra:

—¿Así mejor?

—Sí —respondo.

No necesito nada más. Sus labios vuelven inmediatamente a los míos. El fuego de mi interior aún no se ha apagado, sino que se reaviva con su primer contacto.

—¿Puedo? —pregunta, mientras tira hacia arriba de mi blusa.

—Sí... —jadeo y cierro los ojos, lo cual no es necesario, pero me ayuda a soltarme.

Grayson me quita la blusa por encima de la cabeza y me deshago de ella junto con el sujetador. Sus labios me recorren de cabo a rabo. Siento su dulzura en todas partes: en los hombros, en el cuello, en los pechos... Se mete mi pezón en la boca y lo lame, lo chupa y lo muerde. Gimo, cada vez más deprisa, cada vez más alto, hasta que él me pone la mano en la boca para callarme. La otra sigue bajando, y juntos, nos deshacemos también de mis pantalones y bragas.

Aprieta su cuerpo contra el mío y no creo que haya palabras para describir lo bien que me siento tan cerca de él, piel con piel. No recuerdo la última vez que sentí el roce permanente del cuerpo de otro contra el mío. Y hasta hace unos minutos, no concebía que alguien me tocara. Pero con él, es fácil. No dejo de pensar que encajamos. Probablemente sepa lo que me pasa, pero no le importa. Mis cicatrices no le suponen ningún problema.

Tira de mí y nos empuja hacia el otro lado de la pared, hasta que me choco con otra superficie vertical y fría, cubierta de azulejos. De repente, cae agua del techo. Grito. Grayson maldice en voz alta, pero enseguida nos echamos a reír.

—¡Lo siento!

—¡No, lo siento yo!

Los dos nos disculpamos prácticamente a la vez, porque ni siquiera sabemos de quién ha sido

la culpa. Es extraño sentir la lluvia de agua caliente a oscuras. Sin embargo, también es agradable. Levanto la cara, con la esperanza de que las gotas se lleven no solo el estrés del día, sino los pensamientos que suelen bloquearme.

Grayson me acaricia aquí y allá. Se para en todas las partes de mi cuerpo, menos en una. Y entonces, como si pudiera oír mis pensamientos y deseos, desaparece de repente. Me quedo ahí, intentando palpar la nada. Lo busco, porque aún oigo su respiración agitada. Entonces siento sus labios en mi vientre. Le agarro del pelo con ambas manos. Está húmedo. Se lo echo hacia atrás y e intento atraer suavemente su cabeza hacia arriba, pero no responde a mis plegarias. Se arrodilla frente a mí y me besa cada vez más abajo. Me muerdo el labio inferior para no hacer ruido. Después de todo, no estamos solos. Aun así, espero que esta casa sea lo bastante grande para que no nos molesten. Sigue besándome y mordisqueándome de forma superficial hasta que se detiene justo encima de la única parte de mi cuerpo que aún no ha explorado.

—Eres increíble... —susurra, mientras me besa ahí abajo.

Lo hace una y otra vez. Me besa despacio, con dulzura, en la piel que lleva a mi sexo, y cada vez lo deseo más. Intento aguantar, pero la paciencia nunca ha sido mi fuerte. Unos segundos después, posa la lengua, al fin, en la parte más sensible de mi cuerpo. Lentamente, la hace girar.

Se queda ahí un rato, lamiéndomelo en círculos, para descubrir lo que me gusta. Mis gemidos son un claro indicio de que va por buen camino. Ambos nos habituamos a un ritmo que me hace sentir un placer cada vez más intenso. Lo dejo todo a un lado: las preocupaciones, los miedos y toda la mierda que tengo en la cabeza se desvanecen. Me concentro en el agua que fluye sobre mí, en sus manos, con las que me apresa los pechos y en su lengua, que está exactamente donde la necesito. Me agarro a su pelo y tiro de él porque no puedo más. Siento la satisfacción en oleadas y estoy cada vez más cerca del éxtasis. Quiero correrme; lo espero con impaciencia, y al mismo tiempo, necesito que dure más. Es una sensación tan bella... Ojalá no acabe nunca. Grayson es ardiente y apasionado: en él percibo la mezcla perfecta de cautela y osadía.

Cuando desliza un dedo dentro de mí y luego otro, me desato. En cuestión de segundos, encuentra el ritmo perfecto y yo jadeo cada vez más fuerte. Estoy a punto de llegar al orgasmo. En cualquier momento, saldré volando, me caeré por el precipicio, me desplomaré en sus brazos. Le tiro del pelo una vez más, pero no quiero hacerle daño, así que le agarro del brazo. De repente, se levanta y me besa. Me saboreo en sus labios. Sigue manteniendo un ritmo perfecto con los dedos. Le gimo en la boca y bajo la mano por su cuerpo para masturbarlo. Necesito que sienta lo mismo que yo. Quiero que se encienda un fuego en él, que explote conmigo. No quiero recorrer este camino sola.

Necesito que lo vivamos a la vez.

—Eres preciosa... —me susurra al oído, mientras me muerde el lóbulo.

Seguimos toándonos y, al cabo de un rato, no sé si son sus palabras las que me empujan al borde del precipicio, o la forma en que me muerde. Puede que sean sus dedos dentro de mí, pero no importa: de repente, vuelo.

Grito y me tapa la boca con la palma de la mano. Me desplomo contra su pecho, porque me flaquean las piernas. La fuerza con la que se escapa la tensión acumulada en mi interior es insoportable. Grayson me coge y acto seguido, llega al clímax. Su miembro se tensa bajo el agarre de mi mano y un líquido caliente cae lentamente por su cuerpo. Le pongo la otra mano sobre la boca, porque quiero sentir sus labios. El agua sigue rociándonos, pero debajo del chorro, hasta parece que hace frío, porque el verdadero calor sigue aún en mis adentros.

—¿Estás bien? —me pregunta, con voz dulce.

—Sí, ¿y tú?

—Sí —susurra, y me besa primero en la boca y luego en la punta de la nariz y la frente.

—¿Eres capaz de tenerte en pie?

—Creo que sí —murmuro, mientras me aferro a uno de los barrotes que me he clavado antes en el costado.

Estoy un poco aturdida, pero consigo incorporarme.

—Ha sido...

No lo dice, pero sé exactamente lo que está pensando.

—¿Una locura? —sugiero y noto cómo sonrío contra mi mejilla.

—Eso mismo.

Grayson se separa de mí, pulsa los botones de la pared y cambia el chorro que nos cae encima por unos mucho más pequeños que salen de las paredes laterales.

—Te dejo que te duches en paz.

Asiento.

Es probable que no consiga borrar la sonrisa de la cara en los próximos días.

—¿Te importa si enciendo la luz? No miraré, lo prometo.

Inmediatamente, siento la necesidad de explicarme. Tengo que relajar la tensión, aunque a Grayson se le ve calmado. No parece que quiera saberlo, y eso le resta presión al asunto.

—Sí, vale, pero solo si me dejas mirar a mí...

—Es un poco injusto, pero vale, accedo —dice, riendo entre dientes y me vuelve a besar.

Luego sale de la ducha.

—¿Quieres que te traiga un albornoz y ropa limpia?

—Sí, sería genial. Gracias.

Cuando pienso en mi ropa sucia, me entran ganas de pasarme otra hora bajo los chorros de agua.

—¿Quieres... quedarte a dormir aquí?

En ese momento, vuelve a encender la luz. Está buenísimo. Tiene músculo, pero sin pasarse. Me miro y veo que tengo manchas rojas por todas partes. Sin embargo, me acaricio suavemente la piel. No me siento incómoda después de este momento íntimo.

—¿Crees que Brandon estará de acuerdo?

Grayson no responde de inmediato. Eso me demuestra que está pensando seriamente en lo que va a decir a continuación.

—Sería un gran paso, pero estoy dispuesto a darlo. ¿Y tú?

Debe de ser difícil para él, porque se le ve inquieto, pero cumple con su palabra y no me mira en ningún momento.

—Sí, lo estoy.

A Grayson le basta con mi respuesta. Poco después, sale del baño, con tan solo un albornoz.

La puerta chirría y abro los ojos de inmediato. Los rayos del sol se cuelan en la habitación de invitados y la iluminan en una danza intensa y resplandeciente que me hace entrecerrar los ojos. Envuelta por el olor a sábanas limpias, me estiro y bostezo. La siguiente vez que despego los párpados, consigo ver con claridad. Aunque la puerta sigue moviéndose, no veo a nadie. No hay ni rastro de Grayson. Ayer sopesamos si convenía que pasáramos la noche juntos en su habitación, pero decidimos que era mejor no hacerlo para no disgustar a Brandon.

Me muevo entre las sábanas de seda y echo un vistazo al dormitorio, que está decorado en la misma línea que toda la villa. La han diseñado con gusto. Veo un enorme espejo, la madera oscura de siempre, que está presente en toda la casa, y unas cortinas que ondean al viento. En esta estancia reina la inimitable mezcla de tonos naturales y colores vivos, el motivo central que rige el estilo de la casa. Mientras observo los muebles, que han debido de costar una fortuna, me doy cuenta de que Piper ha entrado en la habitación. Está cojeando.

—Ay, mi niña... —Le tiendo la mano para saludarla.

Inmediatamente, la perrita restriega su naricilla húmeda contra mi piel. Me incorporo y luego me agacho una vez más para examinar de cerca sus heridas. No soy una experta en el tema, pero teniendo en cuenta mi enfermedad, algo sé de curación. Levanto a la perra con cuidado, le aparto un pelín las vendas y veo que todo parece limpio y sin infecciones.

Con ella en brazos y una sonrisa en la cara, salgo tranquilamente al pasillo. En la planta baja, oigo música y voces. Sigo el balbuceo de Brandon hasta la cocina. En mis brazos, Piper se excita ligeramente, así que la dejo suavemente en el suelo.

—Hola —dice Grayson, que está en la cocina con Bree.

Brandon corre hacia mí. Yasha y Sawyer están sentados en la mesa del comedor y me saludan.

Me pongo roja de inmediato. Grayson me ha prestado un pijama de manga larga, tanto en los brazos como en las piernas, cosa que agradezco ahora mismo, al igual que ayer. No sé por qué es tan considerado. En realidad, no le he dicho que estoy enferma, pero tal vez sea un buen observador.

De repente, Brandon me tira de la manga.

—¿Quieres algo de desayunar? ¿Qué te gusta? Papá no lo sabía...

El pequeñín niega con la cabeza. Grayson sonríe y casca un par de huevos en un bol.

Grayson es papá. Ya lo sabía, pero ahora me doy cuenta de lo que eso significa. Hay ciertas cosas que cobran sentido de repente. Ahora entiendo por qué se toma tantas molestias por ocultar su dirección y su vida privada, por qué es tan minucioso y se gestiona tanto el tiempo. Lo hace por Brandon. Y aunque ayer sentí la necesidad de huir, me siento comodísima. Bueno, al menos con ellos dos. La presencia de Yasha y Sawyer hace que se me revuelva el estómago.

¡Peligro!

—Gracias, pero no tengo hambre... —le susurro.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—Bueno... ¿Una tostadita, tal vez? —digo, para no decepcionarlo.

—¡Yo te la hago!

Brandon corre inmediatamente hacia la encimera de la cocina y abre un cajón.

—Pero puedo hacérmela yo... —digo, pero Grayson me pone una mano en la cadera.

—Déjalo. Lleva veinte minutos hablando de eso. Está que se sube por las paredes: se muere de ganas de hacerte el desayuno. Sé amable con él, porque no se le da muy bien...

—¡Pues claro que sí! Si es monísimo... —le digo en voz baja, para que Brandon no me oiga.

—¿Has dormido bien?

Desvío la mirada hacia Yasha y Sawyer. Grayson hace lo mismo.

—No te preocupes. No saben nada. Y si se hacen una idea, serán discretos. Tranquila.

Me da un empujoncito hacia la mesa.

—Pero ella... Y nosotros... —tartamudeo.

Cuando me acerco a ellos, esbozo una sonrisa. Habría preferido pasar la mañana a solas con Grayson. Bueno, con Brandon y Grayson. Al fin y al cabo, son un dúo inseparable.

—Solemos planificar la semana mientras desayunamos —Se dirige a mí y luego se vuelve a sus compañeros—. No os importa que Riley esté presente, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —responde Yasha de inmediato y me dedica una amplia sonrisa.

Como siempre, es simpática y agradable. Me encanta mirarla porque irradia bondad.

—Ponte cómoda.

Sawyer también sonríe, pero enarca una ceja. Estoy segura de que tiene un par de preguntas rondándole esa cabecita loca.

—De hecho, nos viene de perlas, porque tenemos algo para ti. Aquí lo tienes: recién impreso esta misma mañana.

Yasha empuja hacia mí unos papeles grapados.

—¿Qué es esto?

Me siento frente a ella y leo el título: «Contrato de trabajo».

—Pero...

No encuentro las palabras.

Grayson se sienta a mi lado.

—Te lo dije. Esta mañana he llamado directamente a Yasha. Lo hemos decidido los tres.

Hace especial énfasis en las últimas palabras.

Le miro primero a él y luego a Yasha y a Sawyer.

—¿Estáis seguros? Mis notas...

—No les des tanta importancia a las notas. Tienes que disfrutar con lo que haces.

Unas palabras muy sabias...

Justo después, Brandon irrumpe en la mesa y coloca un plato de tostadas con mermelada delante de mí. La sustancia roja gotea sobre el papel y yo abro los ojos de par en par.

—Gracias, chiquitín...

Grayson aparta tranquilamente el plato del contrato, quita los papeles de debajo y vuelve a colocar la vajilla sobre la mesa.

—Brielle está deseando trabajar contigo. Tiene mucha experiencia, así que puedes aprender de ella.

Dicho esto, Sawyer se levanta y desaparece por el pasillo. Como si hubieran ensayado el discurso, Yasha toma el relevo.

—Se acordaba de ti, ¿sabes? Me dijo que fuisteis a la misma universidad. Podrías habernos

contado esto antes. Siento que no viéramos todo tu potencia al principio...

Parece afectada.

No entiendo qué sucede en el mundo. ¿Esta gente no entiende que, aparte de Faye, son las únicas personas en todo el planeta que ven algo en mí? Hasta mi madre se ha rendido...

—Estoy muy agradecida por esta oportunidad y no os defraudaré. Os lo prometo.

Me sale una voz casi gutural. No quiero ponerme a llorar aquí mismo, así que me aclaro la garganta y miro hacia la piscina.

Sawyer se cuela en mi campo de visión y agita unos papeles.

—Fírmalo ya, si quieres, sin miedo y, de paso, sin mermelada.

—¿No vas a comerte la tostada?

Brandon, que entretanto se ha sentado con nosotros y claramente se aburre con esta conversación de negocios, se centra en las cosas importantes de la vida.

—¡Claro que sí! Perdona, peque...

Con manos temblorosas, cojo el pan y le doy un mordisquito. Está tan dulce que se me contraen las mucosas. Cojo una taza y apuro un sorbo de lo que quiera que haya dentro. Con los ojos entrecerrados, dejo la tostada en el plato.

—¿Está buena? Le he echado miel por debajo.

—Sí, está de rechupete —miento, mientras toso.

—Vaya, ¿ya bebéis de la misma taza y todo?

Sawyer vuelve a levantar la ceja con suspicacia. Yasha le da un codazo en el costado, que es de todo menos disimulado. En fin, es bastante evidente, ¿no?

—Vaya, perdona...

Miro a Grayson, que se limita a sonreír e inclinarse hacia mí. Me pasa el pulgar por el labio inferior para limpiarme y luego se lo lleva a la boca.

—Es monísimo, ¿eh? —murmura.

Los latidos de mi corazón me retumban por todo el cuerpo.

—Brandon, ¿estás listo? ¡Hay que irse!

Bree, con una bolsa de papel llena en la mano, mueve el dedo índice para que Brandon vaya en su dirección.

—Que tengas buen día, cielo. Sé simpático con Bree, anda. Tiene carita de haber pasado mala noche...

Grayson levanta las cejas, como si esperara que su ama de llaves le echase la bronca. Y con razón, porque le mira mal. Pero luego sonrío, y eso lo dice todo. Bree coge una manzana del frutero de la encimera y espera a que Brandon bese a su padre en la mejilla, luego a Yasha y finalmente, a Sawyer. El peque se detiene delante de mí y se mete las manitas en los bolsillos del pantalón.

—Gracias por el desayuno —le digo, tendiéndole la mano.

Después de todo, apenas nos conocemos y lo único que sabe de mí es que soy la responsable de las heridas de su mejor amiga. Pero Brandon tiene otros planes: se acerca, me aparta la mano y me rodea con sus bracitos.

—Gracias por salvar a Piper —susurra, apretando la carita contra mi tripa.

Me da un vuelco el corazón. Es una sensación distinta a la habitual, pero preciosa, al fin y al cabo.

—Siempre que haga falta, peque.

Se separa de mí, se despide con la mano y sigue a Bree, que le señala el reloj. Antes de salir,

ambos se detienen delante de Piper, que está tumbadita en su cama, y le rascan detrás de las orejas. Finalmente, desaparecen por el pasillo. Unos instantes después, oímos cómo la puerta principal se cierra.

—Bueno, ¿qué puntos hay que tratar?

Sawyer deja la segunda copia del contrato de trabajo a mi lado, vuelve a sentarse y junta las manos sobre la mesa.

—He hablado con Aubree esta mañana. Ha llamado para decir que estaba enferma. Por lo demás, todo el equipo vendrá a la fiesta de esta noche.

Yasha consulta su *smartphone* mientras tanto.

—¿Quién la organiza? —pregunta Sawyer.

—El anfitrión es el señor Fitz. Ha invitado a toda la agencia a su yate —responde Grayson.

—¿¡Un yate!? —exclamo asombrada.

—Sí, es una fiesta tranquilita en un yate, con cóctel y cena. El señor Fitz es uno de nuestros principales clientes, así que, evidentemente, aceptamos la invitación. Habrá gente interesante y compradores potenciales. Levaremos anclas en Malibú y navegaremos durante unas horas. Ahora eres uno de los nuestros, así que sobra decir que estás más que invitada.

Yasha levanta la vista y sonríe.

—Oh... —digo simplemente, mirando la tostada pastosita que me ha preparado Brandon.

Me surgen como diez preguntas más de repente.

¿De verdad tengo que ir? ¿Si no conozco a nadie! Por otro lado, es una forma de pasar el tiempo con mis nuevos compañeros y si todo el equipo está allí... Ay, Dios, ¿qué voy a ponerme? ¿Y cómo voy a llegar a Malibú?

—¿Qué más, qué más...? Contadme algo que no sepa.

Sawyer ladea la cabeza.

¿Se referirá a mí? ¿A nosotros?

—Quinn vendió la semana pasada unas propiedades por valor de treinta y cinco millones de dólares en Bel-Air —explica Grayson e ignora la bombita que ha soltado su hermano.

—Ah, la del club de campo, ¿no?

Yasha sonríe.

—Exactamente. Reagan vendió la propiedad de Long Beach de su amigo, el famosillo misterioso, por veintidós millones, y acto seguido, un amigo de su amigo le encargó un trabajito. Quiere poner en venta su villa de lujo por trece millones, y la de Long Beach, también. En fin, por lo demás... Tú, Yasha, vendiste una finca por dieciocho millones en Beverly Hills; y tú, Sawyer, vendiste tres copropiedades en Westwood por quince millones. Por otro lado, Aubree y yo aseguramos la venta del centro comercial de Santa Mónica. Firmamos un contrato de exclusividad con la ciudad de Los Ángeles.

Me siento e intento respirar. Todo el mundo parece asumir estas cifras desorbitadas como si no parecieran salidas de un sueño.

—¡Vaya semanita! —dice Sawyer, aplaudiendo.

Yasha asiente de nuevo y mira el móvil.

—Si conseguimos cerrar uno o dos tratos en la fiesta del señor Fitz, será nuestro mejor mes en mucho tiempo.

—¿Cómo va tu proyecto de construcción?

—Viento en popa. Riley y yo fuimos a visitarlo esta semana. Los contratistas están ocupados, como debe ser. Por eso, después de la fiesta del yate de esta noche, me gustaría librar este finde.

Sawyer enarca una ceja de nuevo. Mira a su hermano como si tuviera monos en la cara.

—Vaaale... ¿No tenías visitas?

—Solo una, pero puede encargarse Quinn.

Yasha intercambia una mirada con Sawyer. Grayson se levanta y da un último sorbo a su taza.

Nuestra taza.

No sé dónde meterme. Aquí pasa algo raro. Las caras de los presentes lo confirman, pero no consigo entender lo que sucede. Me levanto, insegura.

—¿Vas a cogerte el finde para estar de relax con Brandon?

Sawyer no se da por vencido.

—No, Brandon se quedará con mamá, y Piper, también. Por el momento, Riley, te llevo a casa. ¿O mejor te acerco al hospital?

Me mira y yo asiento y sonrío. Así me ahorro un viaje en transporte público o un paseo a la fuerza.

—En fin, luego Brandon y yo iremos a la clínica veterinaria, a ver cómo lleva Piper las heridas. Y antes de la fiesta del yate, los dejaré a los dos en casa de mamá.

Sawyer asiente.

—Vamos, que te vas a tomar el día libre. Así, de repente.

Yasha guarda el teléfono, apoya los codos en la mesa y junta las manos para poder apoyar la barbilla en ellas.

—Sí, sin más. Me voy a Malibú.

—¿Tú solo?

Sawyer mira a su hermano.

¿Qué está pasando aquí?

—No, solo no.

Me coge la mano y la estrecha entre las suyas.

Otra vez me hormiguea la piel. El picor que se me extiende lentamente por la espalda me recuerda que tengo que tomarme las pastillas y echarme pomada cuanto antes.

—Voy a subir un momento... —digo en voz baja y le aparto la mano a Grayson.

Me mira de una forma indescifrable, pero me pica demasiado como para no salir pitando. Desaparezco en el pasillo y subo las escaleras para meterme en la habitación de invitados. Desde arriba, oigo un murmullo en la cocina. Escucho a Sawyer decir de fondo:

—¿Cuándo va a trabajar Riley exactamente?

Y Grayson se limita a decir:

—Cuando nos venga bien a los dos.

Me meto en la habitación con prisas porque no quiero enterarme del dramita. Me caen bien Yasha y Sawyer y entiendo que estén alterados. Yo también lo estoy, probablemente más que ellos.

Cojo el bolso a toda prisa y rebusco en él. Encuentro mis pastillas de cortisona y me las trago sin beber agua siquiera. Luego busco la pomada.

—¿Qué tramas por aquí?

Levanto la vista. Grayson está de pie en el marco de la puerta y me mira una vez más, con unos ojos que no soy capaz de leer.

—Solo estoy organizando el bolso.

—Ah, vale, pero... Estamos bien, ¿no?

Sus ojos claros son como el agua de la piscina, en la que se reflejan los rayos del sol, como los destellos arcoíris en las paredes del dormitorio.

—No voy a huir. No te preocupes. Solo estaba buscando algo.

En ese momento, dejo el bolso, porque no quiero sacar la pomada delante de él. No dejo de mirar a Grayson.

—Lo de ayer fue un error —dice.

Toma.

Patada directa al pecho. Un disparo me habría hecho menos daño. Automáticamente, doy un paso atrás.

¿Por eso necesita este fin de semana para él solo? ¿Porque no le convence lo nuestro?

—Deberías haber dormido conmigo, en mi cama. Te he echado de menos esta noche. Además, Brandon se lo está tomando mucho mejor de lo que pensaba...

De repente, recupero el calor corporal y, de paso, el aliento. No me había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

Grayson se acerca y me coge una vez más de la mano. Aunque no me lo imagino haciendo trabajo físico con su traje elegante, que lleva todas las mañanas como si fuera un uniforme, tiene las manos ásperas y callosas. Al sentirlas, me acuerdo de lo que hicimos anoche y me transporto a la ducha.

El agua caliente sobre mi piel. Sus manos por todo mi cuerpo...

—¿Puedes con todo esto?

Al escuchar su voz, vuelvo al presente. Tengo las mejillas ardiendo.

—¿Con qué?

—Con lo de Brandon.

Otra vez esa mirada. Empiezo a entender a lo que se refiere.

—Creo que sí...

¿Es posible que sus ojos sean aún más brillantes con esta luz?

—Perdona, no ha sido una buena respuesta. Adoro a Brandon. Es un pequeñín encantador y dulce y me gusta pasar tiempo con él. Lo que me da miedo es... sustituirla.

Grayson me pone inmediatamente un dedo en los labios.

—Ni se te ocurra pensar en eso. No tienes que sustituir a nadie. Solo tienes que ser tú misma. Lo que quiero que entiendas es que... Somos él y yo. En realidad, es un trío, si contamos a Piper. No tengo ni idea de adónde va lo nuestro, pero solo sucederá si Brandon entra la ecuación. Bueno, corrijo: si ellos dos...

Le pongo la mano en la mejilla. Necesito sentirlo. Está levantando un muro. Lo entiendo, porque en ese tema, soy la maestra. Aun así, quiero derribarlo, ir arrancando las piedras una por una, para ver al verdadero Grayson, no al que normalmente esconde sus defectos y miedos detrás del éxito y la riqueza, como si no importaran.

—Lo sé, Grayson. Lo acepto —Me aclaro la garganta—. Prométeme que conmigo serás siempre tú mismo. Luego ya se verá adónde va todo esto.

Si alguien me hubiera preguntado hace quince días si estaría dispuesta a salir con un hombre que tiene un hijo, me habría caído al suelo de la risa. Pero si siguiéramos en esa línea, acabaría en el hospital. Quiero decir, solo hace falta pensar en los coches en los que me he subido, las casas en las que he estado, el lujo que me rodea... Mi vida ha dado un giro absurdo.

—No necesito más —Inclina la cabeza para que mis dedos descansen sobre sus labios y luego me los besa—. Por favor, ven conmigo a la fiesta del yate esta noche, como mi

acompañante. Conoce mejor a tus compañeros de trabajo y luego ven a pasar el fin de semana conmigo a Malibú. Hoy puedes cogerte el día libre para cuidar de tu tía, pero necesito que salgamos de la ciudad y seamos solo nosotros dos durante unos días.

Entre palabra y palabra, me besa la mano.

Me acerco a él.

—Pero ¿qué pensarán los demás?

—¿Cómo? —dice, apoyando la cabeza en la mía.

—¿Qué dirán tus agentes? ¿Y tu recepcionista? ¿Y si piensan que me he acostado contigo para conseguir este trabajo?

—Menuda tontería... —dice, cogiéndome la cara entre las manos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque aún no nos hemos acostado —me susurra al oído.

—¿Y lo de ayer, qué?

Me mira un instante. El miedo de sus ojos ha desaparecido y ahora le brillan con un aire divertido.

—Es un pequeño anticipo de lo que te espera este fin de semana...

Me siento atraída por él como si fuera un imán, pero el coco me taladra sin cesar¹. Las preguntas siguen dando vueltas en mi cabeza como buitres sobre el desierto. Mi cerebro intenta procesarlo, pero el resto de mi cuerpo tiene, definitivamente, otros planes.

—Vale, pero ahora en serio: ¿qué va a pensar todo el mundo? ¿De verdad quieres hacerlo oficial tan pronto?

Estoy tan cerca de él que no consigo respirar con tranquilidad.

—Tienes razón. Puede que sea pasarse. Pero por favor, ven conmigo esta noche. Iremos juntos, aunque sea como socios.

—Más bien como jefe y empleada.

—Bueno, si eso es lo que crees que somos... —dice de nuevo con esa voz claramente ambigua—. Luego te llevaré a mi casa. No lo digo de coña.

—¿A hacer qué...?

—A pasar el fin de semana entero en la cama, contigo.

El corazón me late tan rápido que estoy segura de que él puede oírlo. Me vuelve a pasar el dedo índice por los labios.

—¿En la cama porno?

Dios, ¿por qué me pone tan nerviosita?

—¿Cómo?

—Bueno, en la casita de Malibú tienes una cama giratoria... Con una pantalla encima. ¡Es una cama porno, a mí no me engañas!

Me mira brevemente, como si viviéramos en mundos distintos, pero luego percibo un atisbo de diversión y lujuria en sus ojos.

—Ya veo. En ese caso, te enseñaré mi cama porno.

¹ N. de la T. Se refiere a que no puede dejar de darle vueltas al asunto.

21

—¿Estás preparada?

Grayson me mira, enarcando las cejas.

—No —murmuro, mientras echo un vistazo al espejo del parasol del coche.

Compruebo por última vez que tengo el pelo en su sitio, que no se me ha corrido el rímel y que las ronchas rojas están bien ocultas gracias al maquillaje y la ropa.

—No te pongas nerviosa. Va a ser una noche agradable, ya lo verás. Y si alguien te molesta o te hace sentir incómoda, me avisas.

Soy consciente de que pretende infundirme valor y hacer que me sienta más liviana, pero la mera idea de pasar, aunque sea, un minuto sin él en esta fiesta me da dolor de cabeza.

—¿Vamos, entonces?

—Sí, vale... —le digo.

Antes de que acabe la frase, ya está fuera del coche, rodeando el deportivo a toda prisa. Sí, es otro distinto. Me abre la puerta. Al igual que Alfred en su momento, me tiende la mano para que me agarre a él y salga. Se preocupa por tratarme como si fuera un tesoro.

Hemos aparcado en primera línea del puerto deportivo, así que el yate del señor Fitz está justo delante de nosotros. Es el único que tiene una banda tocando en directo. Se oye el sonido de decenas de voces en un alboroto alegre y de repente, me entran ganas de pasármelo bien esta noche.

¿Un barco...? ¡Será posible! Yo diría más bien un navío. En fin, este yate, seguramente, requerirá una enorme cantidad de dinero para todo tipo de tareas de mantenimiento. Busco mi cámara por instinto, pero no la saco. La llevo encima, pero hoy no me toca trabajar, al menos no como antes, así que prefiero concentrarme en los que me rodean.

Grayson me coge de la mano como si me leyera la mente. Seguimos cerquita el uno del otro hasta que llegamos al embarcadero y entonces, nos soltamos las manos. Dejo que se adelante, porque para el caso, él es mi entrada para la fiesta.

El sol arde sin piedad. Ya siento el sudor corriéndome por la espalda. Bueno, eso también se debe al conjunto que he elegido. Aunque Grayson me dijo varias veces que podía usar su tarjeta de crédito para engalanarme, me mantuve firme y no caí en la tentación. No soy su obra de caridad del mes, ni tampoco pretendo serlo. No quiero aprovecharme de su generosidad, por muy amable que sea. Es más, tampoco quiero llevar nada holgado o escotado, porque con ello no me siento segura ni protegida. Tendré que convivir con el sofoco.

Subimos una rampa metálica y nos recibe un hombre alto vestido de traje. Lleva un pinganillo en la oreja.

—Hola —dice Grayson con naturalidad y el hombre le hace un gesto con la cabeza.

Sin decir nada más, pasa junto a él en dirección al yate.

—Buenas noches...

Sonríó al guardia de seguridad, vacilante.

—¿Su nombre, por favor?

Voy a responderle, pero Grayson interviene. Por lo visto, se ha acordado de que en Malibú, y más en este sitio, no tengo ni el renombre ni el porte que se espera de mí. No soy él.

—Es Riley Foster, mi...

Se detiene un momento, como si alguien le hubiera golpeado en la frente.

Nuestras miradas se cruzan.

—Mi empleada —completa la frase.

—De acuerdo, señor. ¡Disfruten de la velada!

Sonríó cuando Grayson me deja pasar primero. Entro en el barco con las piernas temblorosas.

—¿Te apetece una copa?

Se ajusta el cuello de la camisa.

—Sí, claro.

Como si conociera bien el lugar, Grayson camina en una dirección concreta. Probablemente tenga tan buena relación con el señor Fitz que esta no sea la primera vez que pise su yate.

—¡Ahí estáis!

Yasha se acerca. Nos saluda con una mano y en la otra, lleva una copa. Le da un beso a Grayson para saludarlo y hace lo mismo conmigo. Su perfume huele genial y nos envuelve como un manto agradable. Provoca en mí una sensación muy cálida para el tiempo que hace, pero es reconfortante.

—Llegáis tarde —nos regaña.

—La culpa es mía. He estado con mi tía más tiempo del que tenía previsto.

Faye estaba tan contenta con que hubiera ido a verla y a contarle los detalles sobre los últimos acontecimientos que le ha costado dejarme marchar. Cuando le dije con quién iba a estar en el acto de esta noche, se le iluminaron los ojos. Con este trabajo, ya no me siento una fracasada y eso me hace feliz. Como ahora soy arquitecta en Montgomery & Lewis, después de ver a mi tía he hecho un montón de llamadas para organizarme con los dueños de mis protegidos. Al fin y al cabo, el trabajo en la agencia inmobiliaria no me permite ocuparme de todos los perrillos con la misma frecuencia que antes. Estoy intentando buscar una solución ideal, porque no me gustaría dejar a nadie colgado.

—¿Cómo está?

Yasha da un sorbo a su bebida.

—Recuperándose. Espero que pueda salir pronto del hospital... En fin, ¿cómo van las cosas por aquí?

Maniobra de distracción en proceso...

Creo que funciona. La verdad es que no quiero hablar de cuando mi tía vuelva a casa, y menos de que tendremos que cuidarla a diario. Ese es un problema del que se encargará la Riley del futuro.

—Allí están el señor Fitz y... su hijo.

Yasha frunce el ceño y mira a Grayson con ojos cómplices. Entre ellos, se entienden.

—Oh... Creo que va siendo hora de involucrarme en esa conversación. ¿Me disculpas un momento?

El hecho de que me haga esa pregunta me deja sin palabras, así que me limito a asentir.

—Mientras Grayson hace lo suyo, voy a intentar encandilar a las damas de la familia —añade Yasha.

Asiente y se marcha. De repente, me doy cuenta de que Grayson sigue a mi lado. Creo que le cuesta dejarme sola.

—¡Vamos, Grayson! ¡El negocio es el negocio!

Hago fuerza para sonreír lo máximo que puedo. Parece convencido, y unos segundos después, él también desaparece entre la multitud, que sigue charlando en un tono bastante animado.

Pues nada, aquí estamos, sola en un yate. Camino un poco y me pongo de puntillas, con la esperanza de encontrar una cara conocida.

—Bueno, bueno... ¿Estás sola?

Sawyer aparece a mi lado.

—En cierto modo, sí. ¿Y tú?

Me he dado cuenta de que últimamente rara vez lo veo sin Yasha. Se apoya en una mesa alta con actitud despreocupada. Estoy segura de que Grayson y él comparten sastre, o al menos visten de la misma marca, porque siempre se pasean con trajes de un estilo similar.

—No por mucho tiempo... Y probablemente, tú, tampoco.

Frunzo el ceño un momento, como tratando de entender a dónde quiere llegar.

—¿Ahora sois pareja? —me pregunta por fin.

Miro bruscamente a mi alrededor para asegurarme de que nadie haya oído lo que acaba de decir.

—Oh... ¿Nadie debe saberlo todavía? Entonces, ¿por qué habéis venido juntos, cogiditos de la mano?

Deja el vaso vacío sobre la mesa. A nuestro alrededor, grupitos de gente se reúnen en torno a mesas altas y conversan alegremente.

—Somos amigos —respondo, escueta.

—Claro que lo sois...

Me miro los zapatos.

—Me caes bien, Riley. Eres una chica guay. En cierto modo, eres normal y tienes los pies en la tierra. No como las otras mujeres que lo rodean. Vamos, que es un alivio, pero no todo son ventajas en este mundo. Cuídate y no le hagas daño... Ha sufrido el equivalente a dos vidas ya...

Sawyer se pasa la mano por el pelo, como suele hacer Grayson.

—No tengo intención de hacerle daño.

Intervengo en un tono más grave de lo habitual.

—Me alegro. En ese caso, no dejes que nadie te haga daño a ti, ¿vale?

Tras esas palabras, se marcha y me deja sola. No puedo dejar de mirarlo.

¿Qué ha sido eso? ¿Era una amenaza? ¿Pretendía insultarme al llamarme normalilla? En este negocio, esa palabra se dice con retintín, ¿no?

Me gustaría correr tras él y plantarle cara, pero no puedo con la intensidad de las miraditas de los que me rodean, así que sigo caminando por la cubierta. Me detengo en la barandilla. El yate ya ha levado anclas y ni siquiera me he dado cuenta. Me tomo un momento para disfrutar de la suave brisa, que refresca mi piel cubierta de sudor. Necesito desesperadamente una copa.

Apenas me cuesta encontrar la barra. Pensaba que me llevaría más tiempo localizarla. Primero, echo un vistazo a la carta, para ver qué ofrecen, si hay bebidas sin alcohol y cuánto valen. Pero estoy tan obsesionada con las palabras de Sawyer que no me atrevo a pedir.

—¿Qué pasa? ¿Has venido hidratada de casa o qué?

¡Caras conocidas, al fin!

Quinn, Brielle y Mackenzie se reúnen a mi alrededor como si fueran el grupo de chicas más populares del insti.

—No, la verdad es que me tomaría una copa... —respondo a la pregunta de Quinn.

Lleva un vestido amarillo limón ajustado que combina a la perfección con su tez dorada y su brillante pelo rizado. Tiene un bolso con forma de pez. Parece un pececillo de tela, como los que cuelgan de las paredes de los bares viejos. Hasta tiene la boca abierta.

—Bonito bolso —digo sonriendo—. Es... original.

—Bueno, una tiene que vestirse acorde al evento al que asiste. ¡Ah, ahí está el señor Fitz! Voy a saludarlo.

Poco después, sale pitando, tambaleándose con sus zancos.

Me preocupa seriamente que se le quede un tacón enganchado entre los listones de madera de cubierta, con ese par de zapatones...

—Bueno, compi, ¿qué tal tu primer evento?

Brielle me sonrío. La reprobación que suelo entrever en su tono de voz ha desaparecido. Lleva un traje pantalón rosa chillón, que combina a la perfección con su pelo oscuro y una blusa que me recuerda a otra época. ¿Al barroco, puede ser? Sé de historia de la arquitectura, pero mis conocimientos de moda son bastante escasos.

—¿Qué te apetece tomar?

Mackenzie se pone en la cola para pedir unas copas.

Toca arriesgarse.

—Mojito, pero sin alcohol, por favor.

—¡Perfecto!

Me levanta el pulgar. A su lado, no me siento tan fuera de lugar con mi vestido negro. Ella también lleva ropa oscura, pero a diferencia de mí, enseña mucha pierna y esos hombros bien esculpidos.

—No sé muy bien qué pensar de las fiestas en yates —le confieso a Brielle, mientras me aparto un mechón de pelo de la cara.

—A mí me pasa lo mismo. No es que se vea mucho el mar y siempre hay alguien que se marea.

Me alivia haber encontrado a alguien con quien encajo, al menos en apariencia.

Mackenzie vuelve enseguida con las bebidas.

—¿Cuánto te debo?

Las dos me miran con los ojos muy abiertos.

—No me debes nada. A menos que quieras echarle el guante a uno de los hombres más ricos de la región... Si esa es tu intención, corre detrás de Quinn, porque a ella se le da muy bien engatusarlos.

Brielle le da un codazo a Mackenzie.

—¡Solo digo la verdad! —se justifica Mackenzie.

Brielle niega con la cabeza y le da un trago a su cóctel y Mackenzie se encoge de hombros y me pasa el mío. Las tres brindamos.

Doy un gran sorbo. Al fin, algo fresquito. La piel empieza a picarme bajo el maquillaje, que poco a poco, se me corre. Vivo en un ciclo frustrante de echarme crema, tener picores y rascarme. Pero ya me sé las reglas del juego, así que...

Esta noche se va a por todas.

—Bueno, pues al fin trabajamos juntas. Estoy muy contenta. Pero ¿por qué no me dijiste que fuimos a la misma universidad?

A Brielle le brillan los ojos.

—La verdad es que me daba un poco de vergüenza. No era justamente una alumna modelo...

Como siempre, me guardo para mí las razones de mis malas notas. No quiero que nadie sepa que estuve ausente varios meses y que casi no me graduó porque una enfermedad autoinmune estuvo a punto de acabar conmigo.

—No tienes por qué avergonzarte. Quiero decir, lo entiendo... Yo misma me dejé la carrera y acabé cambiando de rama.

—Bueno, ¿ya sabéis en qué proyecto vais a trabajar juntas?

Mackenzie me sonríe. Está claro que es una persona empática, porque se ha dado cuenta de que el tema me incomoda, así que lo ha cambiado de una forma muy sutil.

—¿Crees que tendremos nuestro propio proyecto?

Al terminar la frase me doy cuenta de lo ingenua e inexperta que parezco.

—Grayson me dijo que primero tenías que trabajar con él, en la villa. Luego ya te pondrás manos a la obra con el proyecto de construcción de Manhattan Beach, conmigo. En fin, al menos eso es lo que tengo entendido...

Brielle mira a su alrededor y se inclina hacia mí.

—No te lo tomes a mal, pero hoy, después de que te contrataran, he escuchado a la gente cotilleando en la oficina...

Me muerdo el labio inmediatamente. Intento tomar una bocanada de oxígeno por la nariz y el aire salado me escuece, al igual que las palabras de mi nueva compañera.

Brielle y Mackenzie se acercan a mí al instante.

—¿Qué queréis decir exactamente? —pregunto con voz temblorosa.

—No queremos hacerte daño ni ofenderte... Probablemente sea mentira, pero Diego nos ha dicho que Grayson y tú... Bueno... Cree que hay algo entre vosotros dos.

Estoy ardiendo. ¿Cuándo hemos dejado este yate y nos hemos metido en el desierto de Nevada?

—Grayson y yo...

—Sinceramente, no nos incumbe. Los dos sois adultos y podéis hacer lo que queráis. ¡Diego y Reagan deberían dejar de meterse donde no les llaman!

Brielle deposita su vaso vacío en la bandeja de un camarero que pasa por nuestro lado.

—Sí, eso es asunto vuestro y de nadie más. Pero esos dos siempre aprovechan para rajarse del personal. He pensado en decírselo a Grayson o a Sawyer, pero no quiero meter a Reagan en problemas...

Mackenzie frunce el ceño como si estuviera sopesando si contárselo a los jefazos.

—He conseguido este trabajo con empeño. No tiene nada que ver con Grayson y conmigo. Ni con ninguna otra conexión, vaya, porque no las tengo.

—Y aunque fuera el caso, cada uno utiliza sus conexiones para conseguir lo que quiere. No hay nada malo en ello. Reagan y Quinn lo hacen todo el tiempo. ¡Por eso venden propiedades como cosacas!

Mackenzie hace un puchero.

—Qué calor tengo... —digo, mientras me bebo el mojito de un trago.

El sabor ácido de la lima hace que crisper las facciones.

—¿Por qué no te quitas las medias? —sugiere Brielle.

—Ay, bonita... No lo hará.

Al principio, no entiendo de dónde viene esa voz. Pero entonces, la gente se aparta como si la mismísima reina desfilara entre la multitud. Reagan es una visión angelical. Su brillante melena

castaño oscuro, que le llega hasta el culo, ondea al viento. Está lista para salir en la portada de la *Vogue*. O más bien, para la *Sports Illustrated*, porque con su conjuntito, es como si no llevara nada. Lleva un bañador, pero el escaso tejido no le hace justicia a ese término. Unos cordones dorados ocultan exactamente los puntos delicados de su piel brillante y perfecta. Todo en ella es simétrico, como si llevara un filtro, pero en la vida real. Se acerca a nosotros con sus tacones altos.

—¿Qué has dicho?

Brielle se vuelve hacia ella. Todas lo hacemos, porque Reagan es la luz y nosotras, tan solo polillas siguiendo un instinto. Ella es la abeja reina que somete a la colmena.

—¡Uy! He dicho que Riley jamás se quitará las medias, ¿o no, cielo?

Se aparta el pelo sedoso por encima del hombro y sonríe. Su expresión es impecable y malévola a la vez. Nadie la acusaría de ser maleducada, pero está claro que todo en mí le repele.

El sentimiento es mutuo. Yo también tengo un problemita con ella. Al fin y al cabo, me mintió, y la primera vez que vine a Malibú, aquel día repleto de incidentes, su jugarreta casi me cuesta el puesto en la inmobiliaria de Grayson.

—No es asunto tuyo.

Quiero hacerme la dura y enfrentarme a ella, pero mi voz es debilucha y no consigo desprender ni una fracción del aura perversa que ella irradia de forma natural. Por el rabillo del ojo, veo que los demás invitados nos observan. Unas cuantas polillas más que siguen la luz de Reagan.

—Estabais hablado de mí, ¿verdad?

Mira a Mackenzie, que da un paso atrás. Brielle se pone delante de ella para protegerla.

—Solo te estaba elogiando. A ti y a tus increíbles ventas.

—Por supuesto... Mackenzie se tiene que conformar con el diseño de interiores, pero ¿cómo no va a soñar con mi día a día? Los trabajitos que hago yo están tan lejos de nuestra querida MK como los restos del Titanic de la superficie del mar...

Reagan sonríe y mira un momento por encima del hombro, hacia el océano.

—¿No quieres venir a nadar conmigo, Riley? Se te ve... —Se acerca a mí y me lanza una mirada escrutadora—. ¿Cómo decirlo amablemente...? Se te ve cansada. ¿Ha sido una noche larga? ¿O estás sudando a mares con tu hábito de monja?

No puedo respirar. Estoy tensa a más no poder. Esta harpía no solo ataca donde más duele, sino que clava sus garras afiladas y artificiales en las heridas ajenas y las saca a la luz.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me da un pinchazo desde la mandíbula hasta la nuca.

Pon cara de póker. No te dejes llevar por las emociones. No llores...

No dejo de repetírmelo mentalmente.

Reagan mantiene las apariencias con una facilidad asombrosa. Se baja de los tacones, se quita las gafas de sol de la cabeza y deja su bolso rojo brillante en el suelo, junto al de Brielle y el mío.

—¿Me cuidas esto, cariño? Necesito darme un bañito...

Le guiña un ojo a Brielle y se da la vuelta lentamente. A grandes zancadas, se dirige a la barandilla. Brielle sacude la cabeza y mira hacia otro lado. Yo, por mi parte, no puedo evitar mirar fascinada a la reina suprema de todas las agentes inmobiliarias...

—¿Qué haces? —pregunta Mackenzie, siguiéndola con la mirada.

Pero nada puede detener a Reagan. Se sube a la barandilla, balancea sus largas piernas sobre la barrera metálica y salta. Echo a correr, pero no avanzo ni dos metros. Alguien me coge del

brazo y tira de mí hacia él. Diego me agarra con fuerza de la muñeca.

—¡Reagan! ¡Ha saltado! ¡El barco está en marcha! —exclamo, tratando de aflojar su agarre.

—No. Hace unos minutos que hemos echado el ancla —dice Brielle, mientras se acerca a nosotros.

Mackenzie llega a nuestro lado poco después. Se la ve conmovida. Muchos de los invitados están de pie, en la barandilla, mirando hacia abajo. Saludan y se ríen. Y la cosa no acaba ahí. Reagan desata el caos. La gente se quita la ropa y salta del yate en ese mismo instante. Quinn también se deshace de su vestido y salta al mar, gritando.

—Me haces daño.

Diego me suelta inmediatamente y pone los brazos en jarra.

—Es por tu piel, ¿no? Pobrecita...

La situación es demasiado dura para que pueda soportarla. Camino hacia atrás, despacio.

—¿A qué te refieres?

Brielle mira primero a Diego y luego a mí.

—Tengo que irme... —murmuro.

Me agacho para coger el bolso, pero él se me adelanta. Me lo tiende con una sonrisa cómplice y yo se lo arrebato, con la mano temblorosa.

—Sí, anda, lárgate. De todos modos, este no es tu sitio, bonita... ¡Vives en una farsa!

Gesticula delante de mis narices para deshacerse de mí, como si fuera un insecto molesto.

—Te han contratado por pena, o porque Grayson y tú os acostáis... Me inclino por la primera opción, porque él tiene buen gusto y tú no eres, para nada, su tipo.

Mackenzie se interpone entre nosotros.

—¿Qué pasa, Riley? Diego, ¿qué le has dicho?

Los tres empiezan a discutir, pero yo ya no aguanto más.

Un puñado de extraños me mira. Mis compañeros me rechazan y me insinúan teorías con inquina. Y lo que es peor, se han enterado de que estoy enferma. Han adivinado por qué no voy enseñando la piel libremente. Han descubierto mi debilidad y me han expuesto delante de todos.

Con un nudo en la garganta y las lágrimas quemándome los ojos, me abro paso entre la multitud, que parece apartar la vista de los bañistas en el mar, porque un hombre mayor vestido con ropa informal sube al escenario y respira antes de hacerse oír por el micrófono.

—¡Bienvenidos a mi fiesta anual en yate! Espero que estéis pasando una velada estupenda —dice el señor Fitz, pero no escucho su discurso.

Tan rápido como puedo, abandono la cubierta y me dirijo al personal de seguridad de abordó. Por suerte, no solo hemos echado el ancla en alguna parte, sino que estamos en el puerto. Con el corazón palpitante y un nudo en la garganta, me apresuro a desembarcar.

El cielo cambia de color por instantes. La mezcla de dorado y amarillo se vuelve cada vez más oscura. Luego pasa del naranja a rojo y del rojo, al morado. Justo antes de que cambie a azul, abro el bolso y me doy cuenta de que no es el mío. ¡Me he llevado el bolso de Brielle! Genial, ahora ni siquiera puedo llamar a un taxi, aunque no es que me lo pudiera permitir... No sé si seré capaz de pedirle a Grayson que me lleve a casa, si es que todavía quiere dirigirme la palabra, claro...

En el yate, a unos metros a mi izquierda, la fiesta sigue su curso. La gente grita, alegre. Un DJ ha puesto música y todo el mundo baila. Los de la barra deben estar a tope sirviendo cócteles y los invitados se lo están pasando en grande. Hundo los pies en la arena, con las medias aún puestas. De vez en cuando, esquivo algún que otro mosquito, porque cuando cae la noche, los muy petardos están sedientos de sangre.

De repente, veo que alguien se acerca. Primero, saltan todas las alarmas en mi interior. Estoy sola y la gente del yate no me oiría si tuviera que pedir auxilio. Aun así, creo que la figura que se acerca es una mujer y eso me tranquiliza. Probablemente sea Brielle, en busca de su bolso. No quiero que nadie me vea: parezco un mapache demente con el rímel corrido. Aun así, me gustaría recuperar mi móvil y mi cartera sin blanca, porque ahí llevo los documentos de identidad y el carné de conducir.

—¿Puedo sentarme contigo?

No es Brielle, sino Yasha, que viene hacia mí, pisando fuerte en la arena. Lleva los zapatos de tacón colgados de la muñeca.

Sonrío.

Es reconfortante ver que ni siquiera un mujerón como ella camina bien por la arena. Todas esas historias de *Los vigilantes de la playa* son patrañas televisivas, una inventada de categoría. Vamos, que poco tienen de real. Ni siquiera retratan Los Ángeles como toca...

—¡Claro! —digo, en un tono un poco borde.

Se sienta a mi lado y deja mi bolso, el de verdad, en el suelo, delante de mí.

—Ah, gracias...

—Brielle me ha pedido que te lo traiga.

Asiento. Vuelvo a mirar hacia el mar. Las olas rompen en la orilla. Las gaviotas surcan el cielo y se agachan de vez en cuando a cazar mosquitos y pulgas de playa. No es bueno para mi piel que esté aquí sentada, pero el alma me lo pide. El agua, con su vaivén y su melodía constante e idéntica, me tranquiliza.

—¿Qué ha pasado?

Yasha me mira, pero evito la insistencia de sus ojos.

—Reagan y Diego han...

Se me vuelve a quebrar la voz. Me aclaro la garganta y me obligo a sonreír hasta que me duele el pecho.

—No importa —añado—. De todas formas, la idea de Grayson de contratarme estaba

abocada al fracaso desde el principio.

Yasha no dice nada por el momento. Me atrevo a mirarla, pero tiene la vista fija en el mar.

—Tengo una enfermedad crónica de la piel —admito.

Por un lado, es un alivio, porque por fin puedo desahogarme con alguien. Por otro, se me sale el corazón del pecho, porque seguro que me juzga. Cuando eres una persona con una enfermedad autoinmune, todos los días te acosan los prejuicios. Y cuando los síntomas asoman, la gente se aleja de ti por miedo a contagiarse, lo cual es imposible. Si mi enfermedad funcionara como una infección vírica, mi vida sería más fácil, porque al menos, podrían intentar tratarla. Pero por desgracia, los médicos no saben de dónde ha salido mi psoriasis. Están en ello: siempre se descubren nuevas vías de investigación, pero las enfermedades de la piel no son sexis ni atractivas. Además, nadie quiere investigar en este campo ni invertir dinero en él, porque solo afecta a una pequeña parte de la población. Una parte insignificante y fea, todo sea dicho. Ya se trate de psoriasis, dermatitis atópica o pioderma gangrenoso, es desagradable, poco atractivo y no sale rentable.

Sin embargo, lo peor es que la gente no sepa que tienes esa enfermedad, porque entonces, no hay razón aparente para tomarse las pastillas con regularidad y, por tanto, tampoco para comer a horas fijas. Nadie entiende por qué estás cansado o de mal humor, pero se sufre igual. Ya he pasado por todo eso y he tenido suficiente.

Yasha no dice ni una palabra. Solo me mira y sonríe. Luego asiente, como si quisiera escucharme.

—Tengo psoriasis. No de la flojita, además... No te preocupes, no es contagiosa.

Yasha vuelve a asentir.

—Lo sé —dice.

No dice nada más.

—Puedo trabajar, tranquila. Estoy medicada. Solo tengo que ir al médico de vez en cuando para las revisiones. Llevo bastante tiempo conviviendo con ello. Reagan y Diego lo han descubierto y bueno, probablemente, Grayson, también. Seguro que me ha contratado por eso. Por piedad...

Esta mujer es tan discreta que me siento como si me animara a seguir hablando. Comparto mis pensamientos con ella, sin filtros, sin tapujos. Y cuanto más hablo, más se me aligera el pecho. La piedra que amenaza con aplastarlo todo en mi vida retrocede y se aleja del borde del precipicio.

Inspiro y espiro profundamente.

—No ha sido un error —dice.

—¿Qué?

Miro a Yasha, pero sus ojos están fijos en el mar. De repente, algo salta en el agua.

—¿Eso son delfines? —exclamo.

Me levanto y doy otro paso hacia el océano. Un animal salta una y otra vez fuera del agua. Se alza en el aire y luego cae con la trayectoria de un arco, como imitando las olas. Todo parece en armonía con el mar. Es maravilloso. A mi alrededor, brillan los tonos violeta.

—No ha sido un error contratarte. Y Grayson no sabe lo de tu enfermedad. Al menos, no al cien por cien. Se lo imaginará, pero te aconsejo que seas sincera con él. Le gustas, Riley, y ahora eres parte de nuestro equipo. Se lo dejaré clarito a Reagan y a Diego. No va a volver a pasar. Y si no lo aceptan, yo misma los echaré.

—Pero Reagan...

—Sí, Reagan es, junto con Quinn, nuestra mejor agente, pero somos un equipo. Solo somos fuertes si trabajamos juntos. Me gusta que en nuestra empresa haya mujeres inteligentes que se forjen sus propias opiniones. No tenemos por qué ser amigos de todo el mundo, pero el acoso laboral es algo inadmisibile.

Yasha me rodea con un brazo.

Me muero por contarle la metedura de pata de Reagan en la fiesta de Grayson y mi desafortunada aparición, pero no quiero echar leña al fuego. Sobre todo si eso afecta a toda la agencia inmobiliaria.

Los delfines saltan delante de nosotras en el mar, que brilla con una luz infinita: la hora azul en todo su esplendor. Poco a poco, los colores se desvanecen y todo se vuelve oscuro. Pero no de golpe; cada vez que parpadeo, el cielo parece distinto.

Rodeo a Yasha con el brazo para mostrarle mi gratitud.

—Gracias por habérmelo contado. Seré discreta, si eso quieres, pero no creo que sea necesario.

Se vuelve hacia mí y se levanta la blusa. La cicatriz que se extiende desde su ombligo hasta la cintura de sus pantalones apenas se ve en la penumbra. La miro y un sollozo sacude mi cuerpo. Por un instante, paso por alto la etiqueta y nuestra situación de jefa y empleada y la abrazo.

—No estás sola, ¿de acuerdo?

Su voz se me cuela en los oídos y se me nubla la vista.

—De acuerdo. Gracias.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, pero me consuela abrazar a alguien. Han pasado tantas cosas en los últimos días... Pero no todo ha sido malo, no debo olvidarlo.

—¿Volvemos a la fiesta?

Lentamente, me separo de Yasha.

—La verdad es que preferiría no hacerlo.

—¿Quieres hablar con Grayson?

Asiento.

—Pues ahí lo tienes... —dice, señalando con la cabeza en dirección al yate.

Lo reconozco solo por sus andares rápidos y decididos.

—Confía en él. Te dará el espacio que necesitas. No te presiones.

Yasha me da unas palmaditas en la parte superior del brazo, coge el bolso de Brielle y se marcha. Cuando se encuentra con Grayson, se detiene un momento, le susurra algo al oído y luego se dirige de nuevo hacia el yate.

Grayson viene directo hacia mí.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—No mucho. Bueno, gracias a Yasha, ya me siento mejor.

Me limpio los ojos a toda prisa. No quiero que me vea llorar. Levanta los brazos y los deja caer hacia atrás. Al parecer, no sabe cómo gestionar la situación y eso me quita inmediatamente la presión que he acumulado nada más verle.

—Dime quién ha sido, por favor.

—Pero Yasha ya...

—¡Riley, dime quién te ha hecho esto!

Alza la voz. Aunque aprecio que esté tan decidido, esa no es la solución.

—Yasha lo sabe ya. Deja que se encargue ella, por favor.

Grayson se pasa una mano por el pelo y se aparta de mí durante unos segundos. Luego

vuelve en sí y se me acerca de nuevo.

—Está bien. ¿Qué necesitas?

En medio del caos, sus ojos me dan estabilidad. Me apoyo en él.

—Tranquilidad... Un abrazo... A ti.

Me rodea con sus brazos de inmediato.

—Conmigo estás a salvo. No importa lo que haya pasado.

Le apoyo la cabeza en el hombro. Inhalo su aroma y cierro los ojos. Dejo a un lado las luces parpadeantes del yate y los otros barcos en la distancia.

—¿Quieres ir a tomar algo?

—No, la verdad es que no.

—¿Y qué me dices de un bañito?

La sola idea de desnudarme delante de él y meterme en el mar me deja helada. Seguro que la piel me escocerá. Lo tengo claro.

Se da cuenta de que mi actitud ha cambiado y me acaricia la espalda con cuidado.

—¿Qué tal si vamos a mi casa? Así descansas y podemos hablar de lo que ha pasado en la fiesta...

Asiento. Lo único que quiero ahora es alejarme del yate y de esa gente, que no me hace ningún bien. Grayson es la mezcla perfecta de emoción y relax. Levanto la cabeza y le beso. Me estrecha contra su cuerpo y noto los latidos de su corazón en la palma de la mano, que está apoyada en su pecho.

Nos separamos brevemente, miro al cielo y veo las primeras estrellas.

—Vámonos de aquí... —sugiere.

Cojo el bolso y los zapatos, y enseguida, se ofrece a llevármelos. Caminamos juntos hacia el puerto y esta vez, nuestras manos no se separan cuando pasamos junto al yate.

El vestidor que me ha descrito Grayson está repleto de ropa, zapatos y accesorios. No me puedo imaginar el lujo en el que tiene que vivir para tener su propio vestidor. Pero bueno, aquí estoy, sacando las pocas cosas que llevo en el bolso. Al lado de todos esos magníficos tejidos y de las joyas relucientes de su armario, mis prendas de ropa parecen harapos.

—¿Todo bien?

Grayson se asoma por el pasillo y se apoya en el marco de la puerta. En la parte de arriba solo lleva una camiseta blanca, cuyas mangas se le ajustan a los bíceps. Me muerdo el labio inferior y me concentro en mi bolso.

—Sí, claro...

Se aparta de la pared y se acerca a mí.

—No mientas... ¿Qué te pasa?

—¿Qué es todo esto? ¿Es... era de tu mujer?

Ahí, a la izquierda, lo que cuelga no es ropa de hombre. Hay vestidos, trajes de chaqueta, blusas... incluso medias y ropa interior. Reconozco la ropa de mujer en los cajones abiertos.

—No, son tus cosas.

Me giro para mirarle.

—¿Quééééé?

—Bueno, sé que no querías usar mi tarjeta de crédito y no te culpo por ello. Yasha me dijo que odiarías que te pagara ciertas cosas, pero... Se me permite hacerte algún que otro regalo, ¿verdad?

Grayson me sonríe, satisfecho.

Sacudo la cabeza, incrédula, pero camino hacia el lado del vestidor que me atrae mágicamente. Abro los cajones con respeto. Hay colgantes, pendientes, pulseras y gafas de sol. Prada, Gucci, Chanel... Hasta el maquillaje y los accesorios para aplicarlo están cuidadosamente ordenados por secciones. Estaba todo intacto hasta que he metido la manaza...

—No —digo cruzándome de brazos.

Por detrás, me rodea con sus brazos.

—Sí... —me susurra al oído.

Su olor me envuelve y me impide pensar con claridad.

—No, no puede ser. Esto es demasiado. Te has pasado. ¿Te has vuelto loco?

Me retuerzo para zafarme de su abrazo y me giro para mirarle. Grayson se limita a sonreír.

¿Por qué ha hecho algo así? ¿Está poseído o qué?

—Un regalito, vale, te lo acepto. Al fin y al cabo, solo soy una chica... Me gusta que me mimen, pero ¿todo esto? Tienes que estar de coña.

—¡Bree me ha ayudado! La ropa, las joyas... ¡Son para ti! ¿De qué me sirven a mí?

Señala la parte de la habitación donde están guardadas todas esas cosas.

—¡Devuélvelo todo ahora mismo! Te habrá costado una fortuna...

—Te lo has ganado —Es todo lo que dice.

—¡Grayson! —le grito, para que entre en razón.

Él también se cruza de brazos.

—Necesitas ropa nueva para trabajar conmigo, ¿o no?

—Sí, pero no de estas marcas. En la vida he tenido yo semejante ropa. ¡Nunca he llevado algo así!

—Pues ya va siendo hora...

Entrecierro los ojos.

—¿Por qué? ¿Quieres que me convierta en una barbie?

En cuanto suelto esa perla, me doy cuenta de la barbaridad que he dicho: no está bien hablar así de otras mujeres.

—No sé por qué metes a mis empleadas en esto. Ya sé que alguna ha sido cruel contigo. Entiendo que te enfades, pero... ¿Qué me dices de Yasha? ¿De verdad crees que es solo una barbie? Y aunque lo fuera, ¿qué problema habría?

Grayson mira al techo y se pone las manos delante de la cara. Luego me mira.

—Siento haberme pasado. Solo quería complacerte, porque he notado que siempre te quedas mirando la ropa que llevan los demás. Ha sido una estupidez, perdona... —añade.

—No —digo, antes de que me interrumpa.

Con dificultad, me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—No es una estupidez. Lo que pasa es que...

No encuentro las palabras. ¿Un gesto bonito? ¿Bastante exagerado? ¿Muy atento por su parte?

—Es mucho... —admito, finalmente.

—Casi tanto como lo que siento yo por ti.

Me mira y observa mi reacción.

—Pero a veces, dar mucho tampoco es bueno... —murmuro.

Hay que admitir que este hombre siempre sabe qué decir y despierta en mí una serie de sentimientos perfectos. Aun así, me he quedado muerta. Miro todas las joyas, las telas tan preciosas que ha comprado y se me forma otro nudo en la garganta. Poco después, un par de lágrimas saladas se unen a la ecuación.

—A veces, «mucho» es la cantidad perfecta —contesta.

—Pero yo no soy perfecta...

Se me quiebra la voz.

Grayson se pone enfrente de mí. Me acaricia suavemente el dorso de la mano y yo intento librarme de mi actitud de rechazo.

—No espero que lo seas. No busco la perfección. Si algo he aprendido en los últimos años es que las cosas nunca salen como uno cree, para bien o para mal. Pero tú eres algo bueno. Yo tampoco soy perfecto. Joder, si soy un viudo criando a un niño a solas... Un padre soltero. Tiene un puntito sexi, ¿no?

Si supiera lo sexi que es... Pero en fin, no es el momento.

—Brandon es adorable —susurro.

Grayson sonríe y le brillan los ojos. Me aparta suavemente un mechón de pelo de la cara.

—Pues ahora a lo importante: ¿Qué sientes? ¿Qué quieres? ¿Es demasiado para ti?

Soy consciente de que no se refiere a la ropa, pero vuelvo a mirarla. En mi interior se genera un abismo, un agujero enorme, como si mi piel acabara de desgarrarse, cuando en realidad, no es más que una vieja herida que se abre de nuevo.

Primero cae una lágrima y luego todo un mar.

Grayson me mira. Me seca las lágrimas con los pulgares. No me da vergüenza estar triste delante de él. Me siento como si estuviéramos navegando juntos entre mis emociones.

—Yo también siento mucho y quiero que estemos juntos, pero no sé si puedo aceptar todo esto —admito entre sollozos.

—¡A tomar viento la ropa! Puedo librarme de ella si quieres, ahora mismo.

Grayson, con su característico brío, se acerca a grandes zancadas a uno de los armarios e inmediatamente coge un puñado de perchas y las tira al suelo.

—El tejido... ¿De qué está hecha la ropa? ¿Es de algodón?

Una vez más, se me quiebra la voz. Me tomo un momento para respirar e intento ignorar su expresión irritada.

—También he de tener cuidado con las joyas... —gimo.

Quizá me esté revolcando en la autocompasión, pero ¿acaso el mundo le ofrece semejante riqueza a una pobre desgraciada como yo y luego le impide disfrutar de ella? Esa es otra de mis frustraciones personales.

—Riley, no te entiendo. Por favor, explícame qué pasa.

Deja la ropa en el suelo y me coge de la mano. Lentamente, me lleva fuera del vestidor y nos sentamos juntos en la cama. Sí, en la cama porno.

Grayson me abraza y yo sollozo en su camisa. No es como me lo imaginaba, pero aun así, es mi realidad y tengo que afrontarla. Con los ojos cerrados, me siento erguida y digo:

—Tengo psoriasis.

—Vale... —responde inmediatamente.

—Eso significa que soy una enferma crónica. La tengo siempre, todo el rato. Debo tener mucho cuidado con la piel y cuidarla de manera especial. Hay ciertos tejidos y materiales que están prohibidísimos, porque empeoran la situación. Y bueno, si alguna vez te has preguntado por qué siempre me tapo delante de ti... En fin, esa es la razón.

Dejo la verborrea a un lado, porque necesito que reaccione.

Le miro. Grayson sonríe. Es una sonrisa amable y comprensiva, pero se le ve pensativo. Probablemente esté encajando las piezas del rompecabezas. Se pasa la mano por la barbilla, abre la boca y vuelve a cerrarla.

—Ahora estoy mejor. Antes era mucho más agresiva, pero he superado esa etapa. Me sigo cohibiendo en ciertos aspectos de mi vida diaria, así que puedo entender si...

—¡Para! —Me agita el dedo para que deje de hablar—. Siento cortarte, pero no se trata de cómo me siento yo, sino de ti. Seamos sinceros: cada uno tiene su carga y yo acepto la tuya.

—Gracias... —susurro.

Las lágrimas siguen cayéndome por la cara. A un ritmo más lento, pero el flujo de emociones no cesa.

—Yo también acepto tu carga. No pienses que es demasiado. A veces es mucho, pero no tiene por qué ser malo, después de todo.

—«Mucho» es la cantidad perfecta. Y si solo puedes llevar algodón, tendrás un armario entero de algodón. Eso no es ningún problema. Averiguaremos qué joyas puedes ponerte y te las conseguiré. Conozco a un artista que hace cosas preciosas con madera y...

Corto su cháchara con un beso. No es apasionado ni sexi, es solo un besito. Es una prueba de lo que siento, una forma de expresar de mi gratitud por su actitud adulta y natural.

—¿Qué necesitas?

Es una pregunta tan sencilla y, sin embargo, la he oído pocas veces. Mientras me pierdo en sus ojos claros, me doy cuenta de que nadie me había preguntado algo así antes.

—Pues... A ti —susurro.

—Eso está hecho. ¿Algo más?

—Un buen seguro médico —digo despreocupadamente, pero en el fondo, va en serio.

—Eso ya lo tienes, desde que te contratamos. ¿Qué más necesitas?

—Mi tía... Quiero que se recupere. O al menos, que sea lo suficientemente independiente como para seguir con su vida.

Grayson me coge de la barbilla y me besa suavemente.

—Por desgracia, hay cosas que el dinero no puede comprar. Pero estoy aquí para apoyarte.

¿Por qué siempre encuentra las palabras perfectas?

—¿Y qué más?

Me entra un calor repentino. Desde el altercado con Reagan y Diego, me pica la espalda. Estoy convencida de que es un sarpullido bien gordo y que necesita atención urgente.

—Un momento para mí —me atrevo a decir.

—Sí, claro...

Se aparta inmediatamente de mí, sonriente, y se deja caer en la cama.

Cojo el bolso y entro en el cuarto de baño contiguo. Me apoyo unos segundos en el lavabo y respiro hondo. Esta noche me ha dejado sin energías. Aunque me alegra haber admitido que tengo una enfermedad delante Grayson y que ya lo sepa todo, cuando te marcas un *striptease* de alma, como a mí me gusta llamarlo, es normal que se te agoten las pilas...

Aun así, su reacción lo compensa todo. A ver, apenas hemos hablado de los detalles, pero siento que vamos a conseguirlo juntos. No se ha asustado ni se ha echado atrás, no, me ha apoyado. Ha demostrado entereza, como una roca en el mar. Bueno, salvo porque el agua no se choca con él, sino que la deja fluir a su alrededor.

Cuando me quito el vestido y me miro la espalda en el espejo, maldigo en voz alta.

—¿Va todo bien?

—Sí, tranquilo...

Una trola como una catedral.

Tengo toda la espalda cubierta de granos rojos y pústulas. Sin más dilación, meto la mano en el bolso y me tomo otra pastilla. Con las manos bajo el chorro de agua del lavabo, formo un pequeño cuenco para beber un poco. ¿Será el agua de Malibú mejor que la de Los Ángeles? Espero sinceramente que sí.

Luego saco el tubo de pomada del bolso y me la aplico en las distintas manchas. No es fácil, así que tengo que hacer unas cuantas acrobacias. Finalmente, consigo cubrir la mayor parte del sarpullido. Solo me quedan unas zonas que son las que más me pican y duelen, pero esas son inaccesibles.

—¡Joder!

Me doblo hacia atrás como un contorsionista, pero no lo consigo.

De repente, llaman a la puerta. Me detengo en seco y abro los ojos.

—¿Te ayudo?

Grayson parece estar justo detrás de la puerta. No la he cerrado, así que podría entrar en cualquier momento. Eso sería un desastre, ¿verdad?

—No, estoy bien.

Intento disuadirle con esta mentira improvisada, pero no lo consigo.

—¿Estás segura?

No tengo respuesta a esa pregunta. Por primera vez desde que vivo con esta enfermedad, contemplo la posibilidad de que me ayude alguien que no sea el personal de enfermería o mi tía. Una mano me vendría muy bien. Por mucho que me empeñe en hacerlo todo sola, esto no puede seguir así.

—No —digo.

—¿No a que no necesitas ayuda o... no a que no estás segura?

—Grayson...

—¿Sí?

Me muerdo el labio inferior y me miro en el espejo. ¿Tan horrible sería que me ayudase? Probablemente, no. O bueno, puede que sí lo sea, pero como ya me he acostumbrado a ver este desastre día tras día, no contemplo que se pueda llevar un susto. Tengo el cuerpo cubierto de cicatrices. No de cicatrices de guerra, de las que tienen una historia, no. No es nada de lo que pueda presumir. Son solo manchas claras y oscuras que, dependiendo de la exposición al sol y de lo bronceada que esté mi piel, salen a la luz. Y bueno, también están esas ronchas rojas, que me invaden de forma intermitente, como si mi cuerpo fuera disfuncional.

Soy bastante reacia a la situación, pero tengo curiosidad por ver cómo reacciona.

—Puedes ayudarme si quieres, pero... No sé, es raro.

El corazón me late al ritmo habitual. Si se le puede llamar así, porque es más bien un caos discordante y desbocado.

—¿Puedo pasar, entonces?

—Sí, pasa...

Le veo entrar en el cuarto de baño a través del espejo. Entonces cierro los ojos, porque no quiero ver su reacción. Ya me he comido demasiadas caras de impresión o asco. La gente que siente lástima o curiosidad es ligeramente más agradable, pero nunca han sido una alternativa satisfactoria. Le oigo caminar sobre las baldosas y siento el calor de su cuerpo extendiéndose sobre mí.

—¿Dónde te echo la crema?

Abro los ojos de golpe.

—Pues... Por en medio. Con eso, basta.

Estoy tan desconcertada que le dejo el tubo de pomada en la mano a duras penas. Se lava las manos, se las seca y desinfecta, y luego me aplica el ungüento en el sarpullido con una precisión de la que yo jamás habría sido capaz.

—No es contagioso.

Ahí está. Di lo tuyo, Riley...

He repetido tantas veces esa frase que sería mejor que me la tatuara en la frente.

Grayson se limita a asentir y le pone el tapón al tubo.

—¿Te duele? ¿Necesitas analgésicos o algo?

—¿No te da asco?

Me obsesiona un poco el asunto. ¿Cómo es que no le importa?

—No —dice simplemente.

Vuelve a lavarse las manos y yo le observo atentamente. No se echa dos o tres veces jabón ni entra en un bucle infinito de desinfectárselas. Simplemente se lava con normalidad.

—Puedes decírmelo, ¿sabes?

—No hay nada en ti que pueda darme asco, Riley. Al menos, nada que se me ocurra. A ver,

si atropellaras gatos, comieras carne de perro o ahogaras niños, me repugnaría. Pero esto...

Me pone una mano en la parte superior del brazo, justo donde tengo un par de cicatrices de las gordas.

—Es piel. Sigo pensando que eres guapa. De verdad, eres preciosa. Ojalá te vieras con mis ojos...

Deja la pomada en el estante de encima del lavabo y se apoya en la pared.

—Y solo he tocado con cuidado tu sarpullido porque se me partiría el corazón si supiera que te hago daño. Si tú estás bien, yo también, y a la inversa. En ese sentido, a lo mejor tu enfermedad sí que es contagiosa...

En eso tiene razón. Me pasa lo mismo con Faye. Conozco esa sensación agotadora de no poder ayudar a alguien. Grayson debe ser un maestro en eso... De repente, todo tiene sentido. Poco a poco, me doy cuenta de lo afortunada que soy de estar aquí, con él.

—Gracias por ser tan comprensivo. Y por no tratarme como un animal de zoo o un zombi, sino como a un ser humano. Como a una mujer, vaya.

Añado las últimas palabras con dificultad, pero es importante para mí. Cuando me mira, no me siento desnuda ni vulnerable. Estoy bien con él. Grayson tiene derecho a ver mis cicatrices y mi psoriasis en pleno apogeo, porque me trata con amor. Me acerco a él con valentía y entrelazo los dedos con los suyos.

—Eres una persona como cualquier otra y una mujer como ninguna otra que haya conocido. Bueno, eso no es del todo cierto...

Por un instante, la expresión de su rostro cambia, pero enseguida vuelve a ser el de siempre.

—Si esto es demasiado rápido para ti... En fin, debes echarla muchísimo de menos.

No puedo ni imaginar lo que debe ser para él. En cierto modo, yo he perdido a mi padre, pero esta es una situación completamente distinta.

—El adjetivo «rápido» es casi tan bueno como la noción que tenemos de «mucho». Sinceramente, he tenido mi periodo de luto y lo he digerido. Durante el resto de mi vida y la de Brandon, será una cicatriz, pero estoy listo para seguir adelante, aunque me duela de vez en cuando.

Grayson levanta nuestras manos entrelazadas y besa las mías.

Imito su gesto y le beso el dorso de la mano, y ahí, vuelve a relucir.

—Solo quiero que sepas que lo siento muchísimo.

—Yo también lo siento. Lo de mi mujer, por supuesto, pero también tu situación...

Nos miramos durante unos instantes. La conexión que tenemos no puede describirse con palabras. Me atrae todo de él: su aspecto, todo lo que ha conseguido... Pero sobre todo, la forma en que se enfrenta a los temas peliagudos. Es admirable cómo mantiene la cabeza fría, se compromete con los que le importan y ve la pasión como una fortaleza, no como una debilidad.

—¿El altercado del yate tiene que ver con esto?

La mirada de Grayson se oscurece, pero nuestro vínculo no se rompe, solo cambia.

—Sí... Reagan ató cabos y se enteró de lo que me pasaba. Diego también piensa que me he aprovechado de la situación.

Grayson no dice nada. Le late la vena de la frente. Desde fuera, es la única señal de que está hirviendo por dentro.

—¿Podemos hablar de esto en otro momento? No quiero que nos estropee la noche —añado.

—De acuerdo —dice en tono seco.

Su voz es como una espada que corta el aire entre nosotros y me tenso.

A este hombre no se le escapa ni una, así que cuando me ve alterada, aprieta los dedos alrededor de los míos.

—Perdona, solo estoy enfadado, pero no hablemos de esto esta noche. No hasta que estés preparada. Eso sí, llegado el momento, te aseguro que habrá consecuencias...

Se apoya en la pared con el pie y me da un beso en la mejilla.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta.

—Pues no lo sé...

No es verdad. Dejando a un lado las zonas irritadas de mi espalda, que ya empiezan a calmarse, hay otra cosa que me pica: el gusanillo de la curiosidad. Necesito que me enseñe esa cama.

—¿Hay algo que quieras que te enseñe?

Dicho así, suena algo guarrete, pero deduzco, por la expresión de su cara, que no van por ahí los tiros.

Asiento y me deja salir del baño. Mientras tanto, vuelvo a ponerme las mangas del vestido. Quiero subirme la cremallera, pero Grayson me pone una mano en la espalda, justo donde está. La habitación está prácticamente a oscuras. Hay una lamparita cerca del pasillo del vestidor que proporciona algo de luz. Por lo demás, solo entra el tenue reflejo de la luna.

—Ven aquí —dice.

Se aleja de mí, se deja caer sobre la cama y mira al techo. Yo sigo de pie, sin saber qué hacer.

¿Qué leches tiene en mente? ¿Querrá ver una peli porno conmigo después del día que llevamos? ¡Si estoy agotada...!

Frunzo el ceño y miro la pantalla del techo, justo encima de la cama.

—¿Riley?

—¿Quieres meterte en la cama porno conmigo?

—Es una cama normal. ¿Por qué la llamas así?

Se apoya en los codos y me sonrío. La forma en que está tumbado es bastante seductora.

—Es redonda, tiene una pantalla arriba y tú... Bueno, antes me creía que eras un *playboy*...

Su risa llena la habitación. Mi sonrisilla avergonzada es un chiste en comparación con las carcajadas que suelta. Parece que le divierte la situación.

—Anda, ven. Confía en mí. No es nada guarro, ¡en serio! Te lo prometo.

Se deja caer hacia atrás y se acomoda en la cama. Mira hacia arriba. Confío en él, así que me quito los zapatos y me pongo a su lado. Me acurruco contra él y siento un cosquilleo muy peculiar en el estómago. Inmediatamente, se acerca.

Por un momento, no pasa nada. Sigo mirándole, pero él señala hacia arriba. De repente, se oye un ligero crujido. ¡Que se mueve! El techo entero se mueve... Se abre y el cielo nocturno se despliega sobre nosotros. La madera cruje y un enorme agujero deja pasar el fulgor de las estrellas al dormitorio. Esparcen su brillo por encima de nosotros, de la cama.

—¡Hala...! —digo simplemente, porque me impresiona la inmensidad del cielo de color negro, justo encima de nuestras cabezas.

—Somos pequeñísimos, ¿verdad? —murmura, mientras me roza la pierna con la suya.

—Totalmente insignificantes... —Le doy la razón.

Las estrellas parecen un mar de lucécitas que alguien ha dispuesto con sumo cuidado, pero me doy cuenta de que Grayson me está mirando a mí.

—Esto viene muy bien para mantener los pies en la tierra...

Le devuelvo la mirada y asiento.

—Mirar al cielo para mantener los pies en la tierra. Me gusta. Bueno, ¿entonces no es una cama porno?

—Siento decirte que no hay cama porno. A menos que...

Lo miro. Con esta luz, le brillan los ojos y el pelo. El resplandor de las estrellas se posa sobre nosotros como un delicado velo, que me permite intuir lo que tiene bajo la ropa. Lo he sentido antes, pero esta noche, aún no lo he visto. Si podemos mirarnos, significa que el sentimiento es mutuo. ¿Estoy realmente preparada para dar ese paso?

Grayson sospecha que estoy sopesando los pros y los contras. Para mí, la seguridad que me proporciona es una certeza, pero parece que él duda. Una vez más, verle flaquear hace que me derrita. No porque me alegre de ver que su confianza en sí mismo también tiene puntos débiles, sino más bien porque tengo ese efecto sobre él. Aunque no entienda por qué, es evidente que despierto ciertas sensaciones en él y eso me hace sonreír.

—Sin cámaras...

Antes de que pueda responder, lo beso. Con dulzura, porque hoy han pasado demasiadas cosas entre nosotros. El calor se despierta en mi interior, pero esta vez no es un deseo desesperado. Quiero sentirlo porque es importante para mí. Ambos somos importantes para el otro, y eso es lo que intento transmitir con mi beso.

Grayson lo entiende y me rodea con los brazos. Con cuidado, porque sabe que tengo la espalda delicada. Esa sensación de seguridad me anima a acurrucarme más contra él. Nos frotamos el uno contra el otro y prolongamos los preliminares de una forma deliciosa. Sus labios son como una promesa: todo lo cubren y todo lo exigen, pero no son invasivos. Apenas me acaricia, como si supiera que aún soy vulnerable. Yo tengo el control de la situación. Al dejarme asumir el poder, puedo rebelarme y pedirle lo que sea. Al principio, iremos lento y luego más rápido, a medida que el ansia me corroa con violencia más y más. Asumo simplemente el poder, algo que normalmente me prohíbo. Al oír sus gemidos, un impulso se desata en mí.

Me ayuda a desnudarlo. Tenerlo sin ropa delante de mí, estando yo medio vestida, me hace sentir algo especial. Mis preocupaciones pasan a un segundo plano. Por fin tengo tiempo para disfrutarlo, para explorarlo. Le beso. Primero en el cuello, en esos hombros musculosos y luego en el pecho. Disfruto lamiéndolo a fondo. Él no deja de mirarme. Nuestros ojos se funden en los del otro. No somos capaces de soltarnos y noto su excitación rozándome el muslo. Me muerdo el labio y pongo una mano sobre él. No puedo esquivar su mirada y por un instante, mi determinación se tambalea.

¿Lo estaré haciendo bien? ¿Le gustará?

—Soy tuyo... —susurra.

Una vez más, es como si me leyera el pensamiento.

Le masturbo lentamente. De forma pausada y cuidadosa al principio y luego con más rapidez e intensidad. Grayson gime. Dice mi nombre y alarga tanto las vocales que sonrío. El corazón me late tan fuerte en el pecho que temo que me atravesara la caja torácica. Se le tensan los músculos de la cara. Le arde el cuerpo y no deja de mirarme. Quiero más: más de esa mirada, de esos rasgos perfectos y de todo él, así que me deslizo hacia abajo y sustituyo la mano por la boca.

Los maravillosos gemidos que se le escapan de la boca son cada vez más fuertes, más insistentes, suplicantes, quizá. Me agarra del pelo y marca el ritmo, pero yo le detengo. Paro de repente, le miro fijamente a las muñecas y observo su reacción. Es perfecta. Sus rasgos son una mezcla de asombro y fascinación.

Grayson Montgomery está fascinado conmigo.

—Aquí eres la jefa, lo he entendido, pero no juegues conmigo, ¿vale?

—No juego contigo... —susurro y continuo para hacerle gemir.

Disfruto de su cercanía, su olor y su sabor. Me excita ver cómo arquea la espalda y viene a mi encuentro. Compartimos este momento tan especial. Bajo el tacto de mis labios, en mi boca, él se prende en llamas y yo soy testigo del incendio. Jadeando, se aparta brevemente de mí y me atrae hacia sus labios

—Eres increíble... —susurra mientras me besa.

Me muerde suavemente el labio inferior. Luego me agarra de las caderas y nos hace girar para ponerse encima de mí.

—¿Podemos... abrazarnos? —le susurro.

Me da vergüenza expresar mis necesidades de esta manera, pero con él, estoy dispuesta a abrir puertas y simplemente me lanzo a la piscina.

Grayson se toma mi petición como si fuera la cosa más normal del mundo. La tensión de su cuerpo disminuye. Se lo noto en los músculos, que de repente, se ablandan. Se acerca a mí, levanta el brazo y me lo coloca detrás de la cabeza. No parece sorprendido ni ofendido, sino complacido.

Como si ya hubiéramos hecho esto infinitas veces, nos acurrucamos el uno junto al otro. Apoyo la cabeza en su torso. Es perfecto. Encajamos como dos piezas de un puzle. Y mientras contemplamos juntos las estrellas y él me acaricia el pelo, nuestra respiración se calma. El deseo se convierte en algo que no había sentido en mucho tiempo. Me invade una sensación de seguridad y cuantos más minutos pasan, más pesados se vuelven mis párpados.

—¿Estás preparada?

—Sí... Creo.

Grayson me aparta las manos de los ojos y parpadeo para habituarme al sol. Apenas puedo ver lo que tengo delante. Para empezar, porque los rayos de luz se reflejan en la superficie brillante del objeto en cuestión, pero sobre todo porque, cuando me doy cuenta de lo que es, tengo que luchar contra la incredulidad.

—¿Grayson?

Mi voz es un susurro.

—No me digas que te da miedo volar... —me dice al oído y me besa el cuello.

El buenorro de mi jefe se acerca y me coge de la mano.

Me ha traído hasta este helipuerto en su precioso Rolls-Royce, que es, probablemente, el coche de lujo número cinco. He perdido la cuenta. Así que aquí ando, con mi nuevo mono de algodón, que ha comprado la pobre Bree al amanecer y que ha lavado con detergente hipoalergénico. Todo muy normal. ¡Ah, sí! Se me olvidaba... Estoy frente a un helicóptero.

Una mujer de mediana edad con unas gafas de sol gruesas y el pelo castaño recogido en una trenza se acerca a nosotros.

—Señor Montgomery, es un placer volver a verle.

Aunque primero se dirige a Grayson, me tiende la mano nada más llegar.

—Gracias por acceder a un plan tan improvisado. Esta es la señorita Foster. Creo que este es su primer vuelo.

—¡Hola, señorita Foster! Encantada de conocerla. Me llamo Lydia.

La interacción es de lo más rara, porque dicho esto, le estrecha la mano a Grayson. Después, ambos se me quedan mirando: Grayson con bastante expectación y la desconocida, asintiendo lentamente.

—Sí, es la primera vez —confirmo.

La emoción hace que me entre un cosquilleo, que como una corriente de agua cálida y agradable en un *spa* de lujo, me envuelve los brazos y las piernas. Bueno, así me lo imagino yo, porque no tengo ni idea de lo que se siente en un *spa*; nunca he estado en uno.

El sudor se me acumula en las palmas de las manos, sobre todo en la que aún se aferra a la mano de Grayson.

—¿Tiene alguna enfermedad coronaria que haga que un vuelo en helicóptero sea un riesgo para usted?

Sacudo la cabeza y me alegro de que mi enfermedad no sea algo que tener en cuenta por una vez. Por suerte, con Grayson no parece ser nunca un problema.

—Entonces síganme. Despegaremos enseguida. ¿Qué será, un vuelo circular, como la última vez?

La piloto va delante y nosotros la seguimos.

—No, no exactamente. Llévanos por la zona con mejores vistas. Si no te importa,

acabaremos en el observatorio.

Miro a Grayson con curiosidad, pero él se limita a sonreír.

Esta mañana, cuando me ha despertado con el desayuno en la cama, ya tenía un aire misterioso. Me ha dicho que quería llevarme a una cita. No esperaba tener que pisar un helipuerto para acabar en el observatorio. Mi noción de cita era más bien una sesión de cine y una cenita después. Lo normal, vamos. Sin embargo, Grayson lo lleva siempre al siguiente nivel.

—¿Qué es todo esto? —pregunto.

—Espera y verás.

Subo al helicóptero y Grayson me ayuda a abrocharme el cinturón, a ponerme el casco grandote sobre las orejas y a mantener la calma. Mientras tanto, a él se le ve relajado. Es como si, para él, todo esto formara parte de la vida cotidiana, cuando en realidad, este es uno de los momentos más emocionantes de mi vida.

¿Cuántas veces habrá hecho esto Grayson? ¿Es este su «conozco un sitio» para encandilar a las mujeres?

El interior del helicóptero me supera. Hay botones y correas por todas partes. Eso sí, mientras las puertas estén abiertas, no se me pasarán los sudores fríos.

Espera... ¿Acaso este bicho tiene puertas?

—Puede que, después de todo, tenga un poquito de miedo —digo.

Justo entonces, Lydia arranca el motor. Al principio suena como un coche, pero luego las hélices empiezan a girar. Los auriculares amortiguan el sonido, pero miro a Grayson con la boca abierta.

Milagrosamente, ha entendido lo que he dicho.

—¡Es normal tener miedo, pero déjate llevar! —exclama por encima del rugido de los rotores.

El helicóptero se tambalea. Me agarro adonde puedo por acto reflejo. La voz de Lydia resuena en mis oídos.

—¿Estáis preparados?

Grayson levanta el pulgar y me mira. Aprieto los labios e imito su gesto. Se me acelera el corazón. Mi pulso es cada vez más rápido y se acompasa con el motor. Grayson me rodea con el brazo, tanto como le permiten los cinturones de seguridad. Huele a crema solar y al perfume que llevaba ayer. El ritmo de las hélices se acelera de nuevo, aunque no creo que puedan ir más rápido. Entonces, suena un pitido. Lydia dice algo por su auricular, pero no podemos oírlo. Probablemente esté pidiendo permiso para salir. Eso es lo que siempre hacen en las pelis, ¿no?

Despegamos. Al principio, apenas lo noto. Flotamos suavemente sobre el asfalto del helipuerto. Luego subimos más alto, cada vez más, hasta que sobrevolamos los edificios, el hangar y los coches aparcados. A partir de ese momento, me olvido del miedo. Lo miro todo con los ojos de una niña curiosa. Mi interés es tal que me despego de Grayson.

Quiero secarme el sudor de la frente con la manga, pero acabo limpiándome con la piel desnuda del brazo. He salido de mi zona de confort y me he puesto un mono de manga corta. Grayson me ha echado crema solar para protegerme la piel. Hasta he renunciado a maquillarme. No me he echado base ni en la cara ni en los brazos, así que las cicatrices están a la vista. Salir de casa ha sido más fácil de lo que me esperaba, sobre todo porque iba con Grayson.

Me vuelvo hacia él y admiro su perfil. Tiene la vista perdida en el horizonte y parece ensimismado. Cómo me gustaría acariciarle la frente, la nariz y la barbilla. Me encantaría tocarle en general, estar lo más cerca posible de él. Me apetece ponerle la mano en la rodilla y entonces

me doy cuenta de que está todo el rato en tensión. Sube y baja el pie tan rápido que le tiembla la pierna. Lo miro más de cerca, y esta vez, no me concentro en su atractivo, sino en su lenguaje corporal, que contradice sus actos y palabras.

—¿Estás bien? —grito, pero no parece oírme.

Cumplo con mis intenciones y le pongo la mano en la rodilla. Así consigo su atención. Me mira y sonrío suavemente. Esta vez, se han invertido los papeles. Me enseña una sonrisilla forzada. Aunque no hace mucho que nos conocemos, soy capaz de ver a través de la fachada. Está asustado. Grayson Montgomery tiene miedo a volar. La pregunta que me ha hecho antes no es más que una proyección de sus temores. Lo rodeo con un brazo y lo atraigo hacia mí.

—¿Por qué haces esto por mí?

Una vez más, no me escucha, o no del todo. Aun así, creo que ha captado la idea general. Se encoge de hombros y se acerca a mí. Es una sensación agradable. Estoy acostumbrada a ser el apoyo de los demás. Lo soy para Faye, para los perros y, hasta cierto punto, para mi madre. Sin embargo, este gesto suyo es tan especial que me emociono. Grayson siempre me ha parecido un hombre invencible, pero él también tiene miedos a los que enfrentarse. Ni siquiera el señor Montgomery es perfecto. Y ahora entiendo por qué adora la imperfección. Yo también la adoro.

Lo adoro a él. Le quiero...

Lo asumo y le beso en la sien. Apoya la cabeza justo al lado de mi cuello y se acurruca a mi vera.

Nos movemos por la costa. A un lado, el mar se extiende bajo nosotros como una alfombra infinita y resplandeciente, con sus infinitos tonos de azul. Al otro, vemos el oleaje. Las olas se amontonan y forman espuma blanca al llegar a la arena. Hay gente tumbada, tomando el sol. Los niños juegan al fútbol; los adultos, al voleibol y los coches pasan justo por delante del paseo marítimo. Las colinas, a lo lejos, separan la ciudad que se extiende ante nosotros de un sinfín montañoso. Es una transición de los elementos: el mar se une a la tierra y las montañas parecen adornar el horizonte como collares en el cuello de una mujer pudiente.

La brisa marina se cuela en el helicóptero y me revuelve el pelo. Incluso el pelo de Grayson, que siempre está tan peinado, se deja arrastrar por el viento, alborotado. Hoy no se ha echado ningún producto de peinado, porque sabe que me encanta hurgarle en la cabeza.

Aunque mi acompañante es una vista magnífica en la que podría perderme durante horas, el paisaje atrae mágicamente mi atención. Más allá de la playa de arena, cerca de los acantilados, unas rocas emergen del océano y, como por instinto, le acaricio la cabeza a Grayson. Él es mi roca entre las olas y ahora mismo, me parezco un poco a él. Me da la impresión de que cada vez está más relajado.

La costa de Malibú pasa ante nuestros ojos. Es como si estuviéramos en el carril de adelantamiento en plena autovía. En un momento dado, Lydia vuelve a tierra firme. No aterriza, no, sino que abandonamos el Pacífico, y Los Ángeles, con todas sus atracciones turísticas, se despliega ante nosotros. Nos dirigimos directamente al famoso cartel de Hollywood.

He estado muy pocas veces en la zona del monte Hollywood y jamás he pisado el observatorio. Aunque es muy interesante desde el punto de vista arquitectónico, siempre he evitado el bullicio de los turistas. Todos saben que esta parte de la ciudad suele ser un infierno. Pero cuando aterriza el helicóptero, no hay ni un alma a la vista. Nos desabrochamos los cinturones y bajamos. La ciudad está a nuestros pies. El cielo está despejado, así que tenemos una vista interminable.

—Vaya, ¡es increíble! ¡Me llega la vista hasta muy lejos! ¡Qué suerte hemos tenido de que

no haya nadie!

Me emociono y doy vueltas sobre mí misma. El motor amortigua mi voz, así que aunque grite de alegría, no sé cuánto se me escuchará.

Lydia acelera de nuevo las hélices del rotor. Ahora que no llevamos protección auditiva y estamos tan cerca de ese monstruo, el ruido es tan fuerte que me tapo los oídos con las manos. Grayson y ella se despiden con gestos cordiales y el helicóptero despegue sin nosotros.

Cuando al fin puedo apartarme las manos de los oídos, me lanzo al cuello de Grayson y él me abraza.

—Sí, es una suerte....

Me sorprende la forma en que lo dice.

—¿Qué pasa?

Me aparto de él y busco alguna pista en su rostro. Me recojo el pelo y me lo trenzo a toda prisa, porque se me ha enmarañado por el viento.

Grayson no contesta.

—Venga, ¡vamos a ver el observatorio!

Entrecierro los ojos con sospecha, pero estoy demasiado emocionada como para tener dudas. Cuando veo el edificio, cojo inmediatamente la cámara. El sol se refleja en la piedra blanca del observatorio.

—Tiene un estilo tan distinto a todo lo que he visto hasta ahora...

La interacción entre el *art déco* y los elementos egipcios es extremadamente inteligente. Me encantaría crear un diseño así. Olvido todo lo que me rodea: solo tengo ojos para la cúpula que tengo delante. El contraste entre las paredes y columnas blancas y los tejados oscuros, que me recuerdan a tierras lejanas y a los edificios viejos de anfiteatros universitarios, me obliga a no perder el tiempo y fotografiar la escena. Hago una foto tras otra: la stampa es única. No hay ni una sola persona que me bloquee la vista. Fotografiar edificios así de famosos es toda una hazaña, ya que siempre hay turistas alrededor, estorbando por los caminos y colándose con torpeza en mis fotos. Los autobuses repletos de gente curiosa ya son la guinda del pastel. Pero aquí reina la paz y la tranquilidad.

—Grayson, tengo un mal presentimiento. Algo no va bien... ¡Aquí no hay nadie! Quizá deberíamos irnos también. ¿Has mirado el móvil? A ver si va a haber una alerta por terremoto... ¡O un apocalipsis zombi!

Bajo la cámara. Grayson se ríe a carcajadas.

—Oye, ¿de qué te ríes? ¿Dónde están todos?

—Los he echado.

Inclino la cabeza hacia delante.

—¿Qué?

—Quería que fuera un día especial para ti y en tu piso faltaban fotos del observatorio, así que pensé que sería mejor que no nos molestaran. Y por eso pues...

No termina la frase. Le clavo el dedo índice en el pecho.

—¿Qué leches has hecho, bestia?

—Lo he alquilado —dice, sonriente, pero al mismo tiempo frunce el ceño.

Tardo un momento en procesar esta información.

Pero ¿de qué va este hombre?

—Te has levantado esta mañana y has dicho: «Hola. Soy Grayson Montgomery, megabróker inmobiliario, y hoy hace un día perfecto para alquilar el observatorio Griffith por un cuatrillón de

dólares. Ah, pero espera, voy a ir en helicóptero, aunque me da pánico volar...». Di que sí, hombre, luce una cita promedio.

Mi voz se vuelve más alta y estridente. No me gusta, porque es un signo de debilidad, pero me cuesta ocultar el cóctel de emociones que poco a poco se apodera de mí.

—Bueno, suena un poco radical, pero en verdad, sí, ha sido así —Grayson hace una mueca—. ¿Loooo... siento?

Necesito un poco de espacio. Este hombre me desquicia. Para bien o para mal; no lo tengo muy claro.

Echo a andar y cruzo las grandes losas del camino que lleva directamente a la entrada del observatorio. Dejo atrás la hierba perfectamente recortada, que se enfrenta sin miedo al sol implacable. Estoy tan abrumada que ni siquiera saco la cámara. Grayson me sigue a unos pocos pasos de mí. Al parecer, se ha dado cuenta de que necesito airearme un poco. Cuando nos detenemos frente a la imponente puerta, me asaltan unas cuantas dudas.

—¿Por qué has hecho esto? Sé sincero.

—Quería hacerte feliz, demostrarte que me tomo en serio todo lo que hago y que quiero pasar tiempo contigo.

Se apoya en una de las columnas blancas de la entrada y abro los ojos de par en par.

¿Cómo puede apoyarse en algo tan valioso así, sin más?

Le estiro de la camisa para evitar que toque la pared, pero eso lo acerca más a mí. Trago saliva.

—Vale, lo entiendo. Pero ¿por qué el helicóptero? Está claro que te da miedo volar...

Grayson aparta la mirada un momento, pero cuando nuestros ojos vuelven a encontrarse, algo arde en su interior; algo que no puedo interpretar.

—Sí, bueno, me dan miedo los aviones y los helicópteros, pero no pasa nada. Para mí, el miedo forma parte de la vida.

Me viene a la cabeza su ataque de ansiedad y asiento.

—A veces merece la pena dominar los miedos. Sobre todo cuando controlan tu vida y te limitan. Por eso, hace tiempo decidí luchar contra mi miedo a volar. Primero lo hice por Brandon, porque tenía muchas ganas de subirse a un helicóptero. Un año después, lo hice por mi hermano, porque se sacó el carné de piloto y quería que le acompañara de vez en cuando. Y hoy... Bueno, hoy lo he hecho por ti.

Un sentimiento cálido y agradable prima sobre todos los demás. Mi nervio repentino se transforma en un pulso moderado que, de forma subyacente, todavía aún el asombro y la ausencia de voz. Me faltan las palabras, pero me siento bien. Grayson me da una sensación de seguridad que jamás había tenido.

—Gracias —digo y le acerco la cara a la suya.

—Es un placer... —susurra.

La atracción entre nosotros es tan fuerte que estoy segura de que hasta unos desconocidos percibirían el aura que nos rodea. Mi cuerpo me pide que me abalance sobre él. Varias capas de ropa se interponen entre nosotros, pero aun así, siento el calor de su piel.

—¿Estás enfadada?

Me pone las manos en la espalda y tira de mí para acercarme aún más a él, si es que eso es posible.

—No.

Le apoyo las manos en los hombros, que suben y bajan cada vez más rápido. Respira de

forma agitada y siento su aliento sobre mí.

—¿Estás segura?

—Grayson... —le digo.

Da un paso atrás y aparta las manos de mí. Noto su ausencia y se vuelve casi dolorosa.

—¿Puedes besarme, por favor?

Nada más terminar la frase, se me acerca de nuevo. Me coge con sus brazos fuertes y nos gira a los dos, de forma que apoyo la espalda en el edificio. Me choco ligeramente la cabeza con la pared. De repente, me he olvidado por completo de la pintura blanca, del valor de la fachada y del riesgo de mancharla. No me importa nada excepto él.

Grayson aprieta sus labios contra los míos y gimo, porque es justo lo que necesito. Ejerce presión con las manos contra la pared para aprisionarme. Es hora de explorarlo. Primero le cojo del pelo y lo arrimo a mí. Luego le agarro la cara y él me mete la lengua en la boca.

Quiero más. Más de él y de su cuerpo.

Bajo las manos hacia su pecho, donde el corazón le late tan rápido como el mío, y luego descendiendo hasta su abdomen, hasta la cintura.

Aunque le cuesta, porque no le suelto la boca, Grayson rompe nuestro beso de forma repentina.

—¿Qué haces?

—Estamos solos, ¿no? —pregunto.

Me quedo quieta, porque le estaba desabrochando el cinturón.

—No del todo... —murmura, besándome de nuevo.

—¿Quién va a haber por aquí? —insisto entre besos.

—Un trabajador del observatorio.

Gimo, pero esta vez no de pasión.

—Pues haz que se largue...

—Vale —murmura Grayson, mordiéndome ligeramente el labio inferior—. Yo me encargo. Dame un minuto.

Se aparta de mí.

El corazón me late en el mismo vientre. Lo anhele hasta la médula. Me hormiguea la piel, pero no por el típico picor que tanto odio. Es el deseo lo que me consume.

—¡Date prisa! —le grito, como si me urgiera.

En cierto modo, es el caso. Lo necesito desesperadamente.

Con cautela, me despego de la pared y sigo a Grayson a través de la pesada puerta que ha dejado abierta. Justo delante de mí, hay un círculo de mampostería, donde se exhibe el primer objeto de la exposición. Hay un péndulo sujeto al techo por un cable metálico y se balancea por encima de la sala. Aunque estudié física en su momento para entender los métodos de construcción y la estática, las ciencias naturales nunca han sido lo mío. La mayor parte del tiempo las evito, pero el planetario ha suscitado mi curiosidad.

Las voces de Grayson y el desconocido me hacen adentrarme en el edificio. Me mantengo a la izquierda y sigo el sonido de su conversación. Por el camino, paso por un par de nichos y me doy cuenta de que, realmente, no se ve ni un alma por aquí. Tras las vitrinas hay aparatos y objetos que solo veo de reojo. Los numerosos bancos de madera, que de normal permiten a los visitantes recuperar el aliento, brillan con la escasa luz del sol que dejan pasar los cristales tintados de las ventanas.

Al final del pasillo, frente a una sala que es aún más tenue, veo a Grayson junto a un hombre de uniforme. Se dan la mano. Veo que en ese apretón asoman unos cuantos billetes. El joven me saluda con amabilidad, me da las gracias y desaparece en dirección contraria. Grayson mira el móvil y luego se fija en mí.

—¡Ya está! Todo listo —dice, antes de acercarse a mí.

Levanto las cejas.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a estar solos las próximas dos horas. He echado a ese chico. Podemos hacer lo que queramos.

Lo dice con un tono que hace que se me encoja el corazón.

—¿Quieres ver las exposiciones? —propongo amablemente y me muerdo el labio inferior.

Preferiría que explorara mi cuerpo...

—La verdad es que no.

—¿Y entonces?

—Prefiero verte a ti... —me susurra y miro a mi alrededor como si alguien pudiera pillarnos en el acto.

—¿Aquí no hay cámaras? ¿Y otros empleados? ¿Personal de limpieza o algo así?

—Todo el mundo se ha ido. Las cámaras están apagadas.

—Vaya... —digo y justo entonces oigo un pitidito justo detrás de mí.

Me doy la vuelta y miro fijamente la esfera flotante, en una especie de vitrina de cristal, de la que salen destellos de luz.

Grayson me abraza por detrás.

—¿Qué quieres hacer?

No importa lo que quiera yo; mi cuerpo ha decidido por mí hace mucho tiempo. Le cojo las manos y se las beso. Con eso le basta. Me gira para ponerme frente a él y se apodera de mi boca con su lengua voraz. Nos besamos con pasión, pero no me siento del todo a gusto. Aunque esta

parte del edificio es importante desde el punto de vista científico, no es muy romántica.

Grayson se da cuenta enseguida de que algo no va bien.

—¿Vamos a otro sitio?

Asiento. No hace falta que le explique lo que está pasando. Me guía hacia el interior del edificio. Pasamos por un telescopio gigante, a través de una sala oscura que imita un magnífico cielo estrellado. Me detengo, pero él sacude la cabeza. Se le habrá ocurrido algo mejor. Bajamos tantos escalones que no sé en qué planta estamos ni en qué dirección está la salida. Si no tuviera a Grayson, jamás saldría de aquí. El observatorio es más grande de lo que parece desde fuera. En un momento dado, se detiene bruscamente, mira a su alrededor y asiente. Estamos frente a una puerta que fácilmente podría conducir a una nave espacial.

—¿Y eso qué es?

—El planetario.

Como no estoy muy familiarizada con los términos, me limito a asentir. Grayson tira de la manilla alargada, que me recuerda un poco a la puerta de un hospital, y me deja pasar.

Inmediatamente, me siento como cuando estaba en la universidad. Delante de nosotros se extiende una sala con muchos asientos. Unas escaleras bajan directamente a una especie de tarima, sobre la que hay una gran pantalla fijada a una pared muy alta. Solo con ver la altura del techo, deduzco que debemos de estar en una de esas cúpulas que vimos fuera. Delante de la tarima hay un aparato que nunca había visto. Brilla de una forma mística y encajaría a la perfección en una peli de extraterrestres.

Bajo lentamente las escaleras.

—¿Vas a poner una peli porno? —Señalo la pantalla y el proyector.

Grayson se ríe. No me sigue, sino que examina una especie de caja de luces que hay en la pared. Vuelve a coger el móvil y lee lo que quiera que tenga en la pantalla. Luego fija la atención en la caja y acciona una palanca.

De repente, se va la luz. En la sala reina la oscuridad y retrocedo escaleras arriba, por impulso.

—Eso has sido tú, ¿verdad? *Solos en el planetario* es un buen título para una peli de miedo.

—Sí, tranquila. Espera un segundo. Me está costando leer las notas de Henry...

Habla consigo mismo y luego se pierde en un balbuceo incomprensible, mientras sigue pulsando botones.

De repente, suena música. La máquina del centro de la sala empieza a moverse y a proyectar imágenes. Pero no en la pantalla, como imaginaba que haría, sino en el techo de la cúpula. Millones de estrellas aparecen en el cielo por encima de nuestras cabezas. Parece el firmamento de noche.

Grayson se acerca a mí y me coge de la mano. Bajamos las escaleras y me sostiene cuando casi me caigo. Las vistas me fascinan tanto que me olvido de dónde estamos. Me guía hasta los asientos más bajos, que parecen pequeños sillones y nos ponemos cómodos.

La música sigue sonando. Los colores danzan por la sala como en un arcoíris. Las estrellas se convierten en planetas y una sonda espacial sobrevuela la sala. No sé si son tomas reales o solo imágenes para acompañar la música y el espectáculo, pero me da igual. Me entran escalofríos en los brazos y la espalda al ver una imagen en la que la Tierra parece una diminuta bola azul y verde en el espacio. No sé por qué, pero me conmueve. Este sinfín de planetas, luces y atmósferas brillantes, centelleantes... me pone la piel de gallina.

A la imagen y el sonido fascinantes de la sala, se suma la mano de Grayson, que coge la mía

de imprevisto. Se acerca más a mí y me rodea con un brazo para que pueda inclinar la cabeza hacia atrás y verlo mejor. Ni siquiera sé cómo ponerla para no perderme nada. Es como viajar por el espacio y el tiempo.

No sé cuánto tiempo pasamos aquí, sentados, mirando hacia arriba. Vemos todo tipo de fenómenos meteorológicos: auroras boreales, diferentes tipos de nubes y el sol. Y más tarde, tan solo el cielo nocturno, repleto de estrellas fugaces que surcan sin cesar la oscuridad infinita. El espectáculo termina y me limpio una lagrimilla que me cae por el rabillo del ojo.

—Ha sido increíble. Gracias...

—Estás preciosa.

Cuando lo miro, me doy cuenta de que tiene los ojos fijos en mí.

—¿Quieres ver otro espectáculo? No tengo ni idea de si ya ha terminado o si...

Le interrumpo con un beso. Solo lo necesito a él, aquí y ahora; no quiero nada más. Ya he esperado bastante y es el momento perfecto. Él es perfecto. Para mí. Trato de expresar todo eso con un simple beso.

Cambiamos de postura, totalmente sincronizados, para acceder mejor al cuerpo del otro. Los pelos de su barba me rozan la barbilla, sus labios acarician los míos antes de devorarlos con cada respiro y me apoya las manos en las caderas, pero el reposabrazos que separa los dos asientos nos estorba.

Grayson se levanta y me ayuda a ponerme en pie. Se me escapa un grito ahogado cuando me agarra por las caderas y me coge en brazos. Intento deshacerme de todas las dudas y concentrarme únicamente en él. Le rodeo con las piernas y él se deja caer en el asiento para que me ponga a horcajadas encima de él. Y entonces ya no hay quien me pare. Hunde las manos en mi pelo y tira de él hasta que tengo que echar la cabeza hacia atrás. Me besa y me lame el cuello hasta que se me escapa un gemido. Lentamente, me desabrocha el mono. Lo hace tan despacio que gimo de impaciencia. Quiero más, así que le beso primero en la boca y luego por los pómulos y la barbilla. Me ayuda a bajarme la parte de arriba hasta la cintura para seguir besándome. Me lame, chupa y mordisquea desde la clavícula hasta los pechos. Me arde la piel, en el buen sentido. El fuego se me extiende por el cuerpo y amenaza con quemarme. Me llevo la mano a la espalda y me desabrocho el sujetador. Me lo quito apresuradamente y lo tiro a un lado. Grayson se detiene un momento, me mira y sonríe.

—¿Te gusta lo que ves? —susurro para llenar el silencio.

No me contesta. Al menos, no con palabras, porque continúa su camino de besos hacia abajo. Un aliento frío me recorre el pecho antes de que sus labios envuelvan mi zona sensible. Gimo y tenso la espalda mientras me lame el pezón. Aprovecha para chupar y mordisquearme el pecho y me tienta cada vez más. Me aferro a sus hombros y cierro los ojos. Los abro poco después. Me está empujando de tal forma hacia el placer que se me está acabando la paciencia. Intento desabrocharle también la camisa, pero no puedo, porque me tiemblan los dedos. Él quiere ayudarme, pero una vez más, rompo la tira de botones. Los botoncitos saltan y le dejo el torso al descubierto.

—¿Te gusta hacer eso, verdad?

Me sonríe descaradamente y señala con la cabeza uno de los botones del suelo.

Me inclino hacia delante y le beso el pecho y luego el hueco entre el cuello y el hombro. Me atrevo a morderle, lo que hace que se levante un poco más en el asiento.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Estás segura? Porque si no paras...

—Sí, por favor... —le suplico mientras le beso.

Pero en esta posición, no podemos seguir. Me levanto de su regazo y estoy a punto de bajarme más el mono, pero la luz se intensifica. El cielo estrellado sigue proyectándose sobre nosotros, pero la luz es más brillante. No queda ni rastro de oscuridad. Mi primer instinto es parar. Hay demasiada luz, así que verá todos mis defectos. Pero la forma en que está ahí de pie, respirando violentamente, con un bulto evidente en sus pantalones, hace que se prenda un incendio en mí. No puedo cortarlo de raíz, porque ya se ha extendido. Necesito gasolina con la que avivarlo. Así que respiro hondo, exhalo varias veces y me desnudo delante de Grayson. Él apoya la mano en la barbilla, luego se pasa la mano por el pelo y niega con la cabeza. Me detengo, insegura.

—Joder...

Se acerca a mí y se arrodilla. Con prisa, tira de las perneras de del pantalón del mono y me lo quita.

—¿A qué viene ese «joder»?

—A que eres increíblemente sexi. Te deseo. Te deseo ahora.

No hace falta que me lo diga más veces. Le desabrocho el cinturón y se quita los vaqueros. Le siguen los bóxers y me muerdo el labio inferior. Me coge de nuevo en brazos, pero esta vez me lleva hasta el escenario. Me deja suavemente en el suelo y me acaricia los muslos. Su figura se impone por encima de mí. Estiro el cuello y le beso. Con la mano, voy bajando y acaricio el miembro duro que me presiona en el muslo. Gime en mi boca y es tan sexi que le acerco las caderas. Estoy lista para él, para que me toque.

Primero acaricia la parte más sensible de mi sexo y luego la frota. Le cojo la otra mano y con la lengua, bailo alrededor de sus dedos y me los meto en la boca. Nos miramos a los ojos todo el rato. Gimo porque lo que está haciendo ahí abajo es exactamente lo que necesito. Aleja la mano de mí y, mientras observa atentamente mi reacción, me mete los dedos húmedos en mi zona íntima. Gimo una vez más. Empieza el juego. Me lleva al límite con sus manos, pero nunca más allá. No me da el gusto, todavía. Acaricio, beso y araño todo lo que consigo alcanzar.

—Grayson, por favor...

Se toma en serio mis súplicas y se separa brevemente de mí. Oigo cómo rasga un plástico y luego vuelve hacia mí. Me rodea los tobillos con las manos y me levanta las piernas. Se las apoyo en los hombros y me deslizo más cerca de él. Los latidos de mi corazón me resuenan por todo el cuerpo. Tengo la cabeza nublada, y en ella solo hay sensaciones agradables y el deseo irrefrenable de que por fin me haga suya.

Y eso hace.

Me penetra con su sexo duro y ahogo un respiro. Al principio, se mueve despacio, pero luego encuentra un ritmo que me hace gemir. Jadea sobre mí y me pone las manos en los pechos. Apoyo los codos en el suelo para acercarme más a él. Sentirlo dentro de mí es impresionante.

Es perfecto.

Juntos, aceleramos el ritmo. El sudor me cae por la espalda y la temperatura no deja de subir. Se me sonrojan las mejillas y se me eriza cada vello del cuerpo. La música suena cada vez más fuerte, o puede que sea mi sensación. Ahora mismo, lo siento todo.

Todo.

Las luces bailando sobre nuestros cuerpos desnudos. Su piel, que brilla uniforme bajo las estrellas. Sus músculos, que me hechizan. El ritmo de la música que acompaña sus caricias. Sus jadeos y mi nombre, que sale una y otra vez de su boca...

Riley. Riley. Riley. Riley.

Está tan guapo, tan ardiente, que siento que me rompo en mil pedazos. Y cuando cambia ligeramente de postura y me masajea el punto exacto que solo yo creía conocer, me lleva al clímax. Me dejo caer de espaldas. El frío suelo me refresca la piel. Respiro hondo y grito su nombre.

Estoy en caída libre. Es como si mi piel luchara contra una quemadura de tercer grado. Tiemblo, cierro los ojos y saboreo las oleadas de calor y las chispas que me invaden desde mi bajo vientre. Se repiten una y otra vez y no parecen terminar nunca, hasta que, de repente, se frenan. Me estremezco. Él también grita mi nombre una última vez. Mis piernas, ahora de goma, caen lentamente, pero no nos alejamos mucho el uno del otro. Grayson se tumba a mi lado y me abraza. Juntos, intentamos recuperar el aliento, mirando al techo lleno de constelaciones.

No me suelta. Nuestros dedos están entrelazados y se agarran con firmeza a los del otro. Levanta nuestras manos y señala hacia el cielo.

—¿Ves esa estrella?

Tiene la voz ronca.

—Mmm... —digo y giro hacia la izquierda para verla mejor.

—Me recuerda a esto.

Me mira de nuevo y me señala con los ojos la parte superior del brazo, donde se juntan varias cicatrices. Unas finas líneas forman una especie de dibujo en mi piel.

—Eres tan bonita como el cielo. Estás cubierta de constelaciones.

Me besa el brazo justo en el punto que ha señalado antes.

—Estás loco —susurro.

—Bueno, es posible. ¿Puedo?

Señala la cámara que sobresale de mi bolso.

—¿Cómo?

—¿Puedo enseñarte lo guapa que eres?

Tardo un momento en entender qué pretende. En realidad, no tengo motivos para no confiar en él.

—Está bien —susurro.

Grayson coge la cámara y no parece entender cómo funciona de primeras, así que le ayudo. Cuando apunta en mi dirección, no siento el miedo habitual. Sorprendentemente, estoy bien. Pulsa varias veces el disparador y vuelve a tumbarse a mi lado. Luego se coloca en posición y saca una foto de los dos. Con una sonrisa de lado que solo le he visto a él, me enseña su obra. Todas las fotos están borrosas y en algunas hasta se le ha colado un dedo. Aun así, se me hace un nudo en la garganta. Gracias a estas fotos, puedo verme con sus ojos, asumir lo que normalmente no se me permite: que mi piel no es repulsiva. Es solo piel. Y yo sigo siendo yo.

Grayson me observa atentamente. Cuando nuestros ojos se encuentran, me besa la punta de la nariz. Sonríe y, satisfecha, apoyo la cabeza en el hueco entre su cuello y su hombro.

En mi vida he descorchado una botella de champán, pero supongo que siempre hay una primera vez para todo. Con los brazos extendidos, sostengo la botella de cristal llena de dióxido de carbono —a poder ser, lejos de mi cuerpo— mientras intento extraer el corcho con todo mi control. Finalmente, lo consigo, y un «pop» resuena por toda la piscina, el campo de golf adyacente y la villa de Grayson. En cuanto me aseguro de que el preciado líquido no va a desbordarse de improvisto, cojo una copa de champán y nos sirvo. Me echo tan solo un sorbito, porque luego la rellenaré con zumo de naranja. Sé que probablemente llevaría a más de un famosillo al borde de un ataque de nervios si supieran que rebajo mi Moët & Chandon con un zumo de Whole Foods¹. Pero bueno, a Grayson le lleno la copa hasta arriba.

En cualquier momento, volverá de la reunión de negocios en la que se le requería y podremos disfrutar de nuestro último día juntos aquí en Malibú, antes de volver a la realidad de Los Ángeles. Y además, podremos continuar lo que empezamos esta mañana en la tumbona...

Solo de pensar en su cuerpo desnudo bajo mis manos, se me va la cabeza a otra parte. Siento que tengo el cerebro forrado de algodoncito. ¿Serán esas famosas gafas de color de rosa, de las que todo el mundo habla cuando está enamorado? Si es así, no quiero quitármelas nunca más, solo disfrutar de mirar a través de ellas. Necesito contemplarlo a él y su cuerpazo, que no me han dejado dormir en veinticuatro horas.

Me dirijo hacia la mesita que he colocado junto a la piscina y en la que he dejado varios aperitivos. No es que me los pudiera permitir, pero quiero devolverle algo a Grayson, aunque sea. Demostrarle, al menos en pequeñas cantidades, lo que ha significado para mí este fin de semana con él.

Me siento tan bien aquí... Seguimos rodeados de un lujo casi absurdo, elegante y caro, pero me estoy acostumbrando a un ritmo peligroso. Sigo mirando embobada la ropa que me ha regalado, empezando por el bikini que llevo, y alucino con la comida que me sirven, pero ya no me asusta. En cierto modo, me siento libre. Es como si pudiera volver a respirar sin dificultades después de toda esa preocupación por el dinero, los problemas de mi mundo y las dudas sobre mí misma.

Ya sé que todo eso no ha desaparecido. Todavía tengo que asegurarme de pagar las facturas atrasadas y saldar mis deudas. La tía Faye sigue en el hospital y necesita ayuda. Y mi piel... Bueno, sigue siendo mi piel. Pero al menos, ya no siento esa sensación sofocante en el cuerpo, esa ansiedad que me consume. Algo me dice que estaré bien. Poco a poco, pasito a pasito, empiezo a creerlo.

Miro el móvil. No tengo llamadas ni mensajes. Tensa, miro a mi alrededor. Primero cojo uno de los palos de golf e intento meter unas cuantas bolas en el hoyo. Lo hago fatal. El palo pesa un quintal y apenas puedo manejarlo, pero es que además no hay forma de dar en el blanco. Lo agito en el aire una y otra vez, sin dejar de mirar a mi alrededor, porque temo que Grayson aparezca por detrás en cualquier momento y se parta de la risa.

La suerte se pone de mi parte con el último golpe, pero tengo tan mala puntería que, antes de

meterla en el hoyo, la bola rebota en un pilar de la casita del jardín, donde está empotrada la barbacoa. Rápidamente, vuelvo a colocar el palo en su sitio y salgo del césped. No quiero más accidentes.

Como no sé dónde meterme y el *jacuzzi* me llama con sus burbujitas, decido hacer algo por mi espalda contracturada. Con cuidado, meto un pie en el agua. Desde que me diagnosticaron la psoriasis, no me he bañado ni en el mar ni en una piscina. Ni siquiera me atreví a bañarme cuando Grayson me lo sugirió. Puede que los médicos me hayan dado luz verde, pero yo no me fío ni un pelo. Por eso, me dejo caer lentamente en el agua, por si las moscas.

La sensación merece la pena. El líquido caliente me moja el cuerpo y los chorros me sacuden los muslos y los brazos. Es como si me dieran un masaje de bienvenida. Exhalo lentamente y al final, me sumerjo de golpe, hasta los hombros. Luego me acerco al borde y me siento. Las burbujas del agua destacan sobre mi piel, frescas y centelleantes. Había olvidado lo que se supone que ofrece un *jacuzzi* y estoy encantada: es como si me bañara por primera vez en siglos. Cierro los ojos e intento concentrarme en el momento. La piscina no es extremadamente ruidosa, pero las burbujas ahogan todo lo que me rodea y siento que me sumerjo en otro mundo.

No sé cuánto tiempo paso pensando y flotando en el agua caliente. En un momento dado, oigo voces. Me aferro al borde y noto que tengo la piel de las manos arrugada.

—¿Grayson? ¿Eres tú? —grito, porque parece que ha vuelto.

A pesar de las temperaturas paradisíacas de Malibú, un soplo de aire fresco me sacude la piel al salir del agua. Me seco la cara y me rodeo el cuerpo con los brazos.

—¿Grayson?

En su lugar, dos personas uniformadas se asoman a la terraza: una mujer y un hombre a los que no había visto en mi vida.

—Señorita Foster, va a tener que venir con nosotros... —dice la mujer.

Me quedo de pie, mirándolos.

¿Quién es esta gente? ¿Cómo saben cómo me llamo?

Sus uniformes azul oscuro se parecen a los del personal de seguridad. Supongo que las porras, las pistolas y las esposas que llevan al cinto me dan una pista de que son seguras.

—El señor Montgomery no está aquí, pero seguramente volverá en unos instantes. ¿Qué sucede?

En lugar de correr a su encuentro, me dirijo a la mesa de aperitivos y compruebo el móvil. Veo que tengo dos llamadas perdidas, pero ninguna es de Grayson. Faye ha intentado localizarme y la otra llamada es de un número oculto.

—Voy a llamarle. Un momento.

—No será necesario. Nos envía el señor Montgomery.

La mujer se acerca. Lleva bordado el emblema y el logo de una empresa de seguridad en el uniforme, lo que confirma mis temores.

—Vale, ¿pero por qué?

—Nos acaban de pedir que vengamos a buscarla —responde el hombre, claramente molesto por mis preguntas.

Frunce el ceño y se cruza de brazos.

—Por favor, recoja sus cosas.

La mujer señala mi bolso con la cabeza.

—¿Todas mis cosas? ¿A dónde me llevan? ¿Grayson está bien?

Se me hace un nudo en la garganta. Esta situación es de lo más extraña.

¿Es una especie de secuestro o qué?

—Por favor, dese prisa —insiste el hombre.

Su voz parece decidida.

Me cruzo de brazos y digo:

—Nunca le he visto antes. ¿Por qué debería creerle? Déjeme hablar primero con Grayson, ¡si no, no me iré a ninguna parte!

Les contesto con una voz que no admite réplicas, o eso espero...

La mujer se acerca y coge mi bolso.

—¡Oiga!

Corro hacia ella y se lo arrebato de la mano.

—¿Qué se cree que hace? Voy a llamar a la policía.

Inmediatamente, levanto el móvil y les amenazo con hacerlo. No pienso caer en ninguna trampa.

El hombre se coloca junto a la mujer, de modo que estoy frente a ambos. Tiene que ser una broma. Son más altos y musculosos que yo. Sí, parecen personas que trabajan para una empresa de seguridad, pero quizá vengan de un negocio turbio de cobro de deudas o —quién sabe— de la mafia.

¡¿En qué me he metido?!

—Señorita Foster, podemos resolver esto pacíficamente ahora mismo. Puede hacer las maletas e irse, o puede seguir comportándose de esa manera, pero entonces nos veremos obligados a intervenir.

Mientras dice esto, el hombre apoya la mano izquierda en la porra.

Trago saliva. Mis opciones son limitadas. No soy de las que se pelean. Al menos, no de esta manera. ¿Debería darles una paliza y encerrarlos en la despensa hasta que venga la policía? Les dirijo una mirada malévola y retrocedo unos pasos. Tal vez sea más rápida que ellos. Pero ¿hacia dónde voy a correr?

—Déjenme hablar con él un momento —pido.

La desesperación borbotea en mi interior como pompas de ácido en un caldero.

—No le va a responder —dice la mujer.

—Dios mío, ¿está muerto? ¿Está en el hospital? Díganme ahora mismo qué está pasando.

En este momento, tan solo me rigen el miedo por Grayson y el pánico provocado por la impotencia.

—No, pero no le contestará. ¿De verdad no lo entiende, o solo está haciendo el tonto?

El hombre avanza hacia mí. Levanto las manos inmediatamente.

—Está bien, está bien... No hay necesidad de que esto vaya a más. Recogeré mis cosas y me marcharé, pero no se acerquen a mí o gritaré para que me oiga todo el vecindario.

El segurata levanta sus pobladas cejas hasta el nacimiento de su pelo castaño oxidado. Mira primero a su compañera y luego en todas direcciones, de forma poco disimulada. Aquí no hay nadie. No hay vecinos en los alrededores. La villa de Grayson está al final de una carretera, en una colina, y delante de nosotros no hay más que el valle infinito.

Con la mandíbula apretada, vuelvo sobre mis pasos y doy una vuelta de campeonato para no acercarme a ellos. En todo momento, llevo el móvil en la mano. Así, al menos, podré hacer una llamadita de emergencia. Me abstengo de subir a recoger la ropa, el cepillo de dientes y los productos de ducha que Grayson ha comprado para mí. Supongo que este malentendido se resolverá en los próximos minutos. Sigo las instrucciones de los seguratas y salgo del edificio

por la entrada principal. Me paro en el callejón, vestida solo con un bikini y descalza, y pongo los brazos en jarra. Los guardias de seguridad me siguen a una distancia prudencial.

—No pienso subirme con ustedes —anuncio.

—Esa no era nuestra intención. No somos una empresa de taxis.

La mujer sacude la cabeza, molesta.

—Tiene que abandonar la propiedad, señorita Foster.

El hombre no cede ni un poquito.

—Pero ¿qué coño pasa? ¡Ya he tenido suficiente con esta farsa! ¿Dónde está la cámara oculta? ¿De verdad piensa Grayson que esto es gracioso?

Ambos ponen los ojos en blanco, como si yo no entendiera nada, y se niegan a responder a mis preguntas.

—Cruce la verja y salga a la calle.

Lentamente, me pongo en marcha. Sacudo la cabeza y marco el número de Grayson. Ando con los pies descalzos sobre las piedras ardientes, calentadas por el sol. De vez en cuando, me detengo, porque piso alguna china y se me clava. Al parecer, no tengo cobertura, porque no consigo que suene la señal al otro lado.

—¿Hasta dónde tengo que seguir andando? —Me doy la vuelta, molesta.

Los guardias de seguridad entran en el coche. No hay rastro del coche de Grayson. Puede que haya sido yo la que ha hecho sonar una alarma sin querer. Pero entonces, ¿cómo sabrían mi nombre estos dos?

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Hasta allá, venga!

El hombre señala hacia la otra punta de la calle, donde empieza poco a poco el desfile de casas de la paralela.

Me trago mi enfado. Hace un momento estaba relajándome en la piscina y ahora estoy paseando medio desnuda delante de desconocidos y tengo que hacerme a un lado de la carretera, como una paria. Me arrepiento profundamente de no haber tenido un poco más de cabeza y no haber cogido un albornoz o una bata. Esta locura está durando más de lo que me esperaba.

Al pasar la verja de hierro fundido, el motor ruge detrás de mí. Me aparto y los desconocidos atraviesan las anchas puertas y las cierran tras de sí. Se marchan sin mirarme.

¿Qué les pasa a estos?

Hago una foto de la matrícula con el móvil y vuelvo a marcar el número de Grayson, pero no da señal. Lo intento con Yasha. Suena un par de veces, pero nadie contesta. Vuelvo a llamar a Grayson. Y así sucesivamente. No consigo hablar con nadie. ¿Habría sido él el que...?

¡No, es imposible!

Me siento perdida, aquí en la acera. El sol me quema la piel desnuda y ya se me ha secado el bikini. No dejo de pensar en que necesito vestirme y dejar de estar a merced del mundo. Cruzo de nuevo la calle y sacudo la verja, esperando que no esté cerrada del todo.

No ha habido suerte.

Miro a mi alrededor con impotencia. Vuelvo a intentarlo con Yasha y luego con Grayson. Estamos en las mismas. El corazón me late con fuerza en la yugular y el nudo que tengo en la garganta va en aumento. Me paso la mano por el pelo y me doy la vuelta para buscar ayuda. No es que esté en una situación peligrosa: estoy en una de las mejores zonas residenciales de toda Los Ángeles, a plena luz del día. Aun así, me rindo al pánico y siento que la realidad me abruma.

Me apoyo en la pared junto a la puerta e intento respirar para acallar la oleada de pavor. Pero mis propios consejos, esos que tanto me gusta dar a los demás, no me sirven de nada. Soy

incapaz de librarme del miedo y sé a ciencia cierta que tengo que seguir adelante. Las lágrimas me caen por las mejillas. Me cubro la cara con las manos para que nadie pueda verlas. Son solo para mí. Tengo la piel llena de cicatrices, así que ya estoy enseñando demasiado. Jadeo desesperadamente y tiemblo de tristeza y angustia. La sensación de no recibir suficiente oxígeno es insoportable. De repente, echo a correr. Completamente confusa, avanzo a trompicones y corro calle abajo. Solo el tono de mi teléfono me impide girar la primera esquina y desorientarme del todo. Con las manos temblorosas, miro la pantalla.

—¿Sí? —susurro.

—Te lo dije.

Aunque las palabras lo sugieren, la voz de Sawyer no suena divertida ni mojigata. Más bien tiene un tono desdeñoso.

—¿Sawyer?

Tenía tantas ganas de oír la voz de Grayson... Para adecentarme, me limpio la nariz con la muñeca.

—Dime si has sido tú —gruñe.

—¿Qué pasa? ¡No entiendo nada! Estoy aquí, en medio de la calle, porque dos guardias de seguridad me han echado de la casa de Grayson. Solo llevo puesto un bikini y no entiendo nada de lo que sucede a mi alrededor.

Se me escapa un sollozo y aprieto los ojos.

—¿Has difundido la foto? Es tuya, ¿verdad? ¿Por qué, Riley? ¿Por qué lo has hecho?

Parece indefenso. Justo como me siento yo.

—¿De qué foto estás hablando?

Mi voz se proyecta en la calle desierta. En algún lugar, un perro ladra. No lo hace en un tono tan amenazante como en West Adams, sino con dulzura. El ladrido debe ser de un animalillo con un ego de mastodonte.

—Cuando veas las noticias, lo sabrás.

Activo el altavoz y accedo a la página predeterminada de noticias del móvil. El segundo titular me revuelve el estómago: «¡Grayson Montgomery, el bróker de las estrellas, al descubierto!». Contengo la respiración y bajo por la página, con la certeza de que el corazón se me va a parar en cualquier momento. El artículo de *The Angel Dealer* no solo destaca por un titular sensacionalista, sino también por una foto de Grayson y Brandon. MI foto. La que quería borrar, pero que conservé, porque me parecía monísima. La foto que nadie ha visto, excepto yo.

Bueno, y ahora, el mundo entero.

—¡Joder!

Mi grito choca con las fachadas de las casas y resuena por el barrio.

—¿Es tu foto? —insiste Sawyer.

—Lo es, pero...

El tono que se repite en mi oído me indica que ha colgado.

Me doy la vuelta y golpeo la pared con el puño una y otra vez, hasta que me duele tanto la mano que estoy segura de que me la he roto. No entiendo nada. Una parte de mí quiere respuestas, pero no sé si mi método de afrontar problemas es muy efectivo. Me dejo caer al suelo, junto a la pared, y me tapo la cara con las manos. Tras unas cuantas respiraciones, me dispongo a leer el artículo sobre Grayson y su hijo.

Grayson Montgomery es el hombre de confianza de la gente adinerada. No hay otro capaz

de encontrar la propiedad de ensueño de los ricos. Aparte de su equipo de nueve personas, claro, que siempre aspira a más. Grayson busca los mayores retos, por lo que el mercado inmobiliario californiano desconfía de él. Gracias a sus contactos en Hollywood y el mundo de la música, no hay nada que se interponga entre él y el éxito. Pero su vida privada no ha sido de color de rosa en los últimos años. Tras la muerte de su esposa en un trágico accidente de coche, Grayson Montgomery se ha visto forzado a llevar una vida de padre soltero. Hasta ahora, ha mantenido en secreto la identidad de su hijo, ¡pero hoy, en exclusiva, descubriremos lo que nos ha estado ocultando!

Tengo los nachos que me he comido antes prácticamente en la campanilla. ¡Tom Dubois es el mayor gilipollas que habita el planeta y me las va a pagar! Usar una imagen sin mi permiso tiene tela, pero lo que me intriga es cómo la ha conseguido. No la he guardado en ningún sitio. Esa foto solo estaba en mi cámara y jamás la difundiría. Bueno, se la pasé a Grayson, pero es evidente que no es él quien la ha filtrado.

Recibo una notificación en el móvil. Es un correo. Lo abro y respiro hondo, pero entonces mi respiración se detiene de nuevo. Me estremezco al leer el contenido. Es del bufete de abogados que representa a Grayson y al grupo Montgomery & Lewis. En él se me informa de que se me remitirá una orden de cese y desistimiento, un requerimiento judicial y una orden de alejamiento. Además, mi carta de despido viene adjunta.

Estoy desesperada.

¹ N. de la T. Se trata de una empresa filial de Amazon, una multinacional que opera con supermercados y que, como muchos otros, tiene una marca blanca para ciertos productos.

Paro un taxi y me subo con la esperanza de pagarlo con los últimos dólares que llevo encima, los que Grayson me había metido discretamente en la cartera. Durante todo el trayecto, deseo que se me trague la tierra.

Tras una breve parada en casa para ponerme algo de ropa, contemplo la cara de Tom, al otro lado del cristal de su despacho. Aunque he conseguido calmar mi ira de camino, al ver a este impresentable, la rabia vuelve con fuerza y se apodera de mí como una ola de odio. Durante dos horas, no he deseado otra cosa que no sea presentarme en esta pocilga. La cara de diversión que me lleva mi antiguo jefe solo empeora las cosas.

Me repugna.

Abro de un empujón la puerta de cristal y cuando se cierra de golpe a mis espaldas, con una brutalidad nunca vista, pienso que no me sorprendería verla resquebrajarse.

—¡Riley!

Aún tiene los huevos de acercarse a mí.

—¿Qué has hecho? ¿Has perdido la cabeza?

Mis gritos me liberan. A cada golpe de voz, me impongo. Después de la tristeza y la desesperación, dentro de mí solo queda oscuridad. Este hombre me lo ha quitado todo en un abrir y cerrar de ojos. Sé que cometí un error al sacar esa foto, pero si no fuera por sus triquiñuelas fraudulentas, ¡nadie la habría visto nunca! Como mucho, se la habría regalado a las personas que aparecen en ella, en Navidad...

—Podría preguntarte lo mismo.

Junta las cejas en una franja tupida.

—Dime ahora mismo cómo conseguiste la foto de Grayson y Brandon Montgomery.

Aprieto los dientes. Odio la forma en que me mira. Veo por el rabillo del ojo que mis nudillos se están poniendo blancos de la fuerza con la que aprieto los puños.

—¿De dónde has sacado esa foto? —repito, con frialdad.

Esa pregunta es lo único que me importa.

—¿Por qué le llamas por su nombre de pila? ¿De repente sois uña y carne? ¿Hay algo más que quieras contarme?

Tom mira alrededor de su oficina.

—De dónde... has sacado... la foto.

Las palabras me salen solas. Intento con todas mis fuerzas mantener la compostura y no hacer algo de lo que luego me arrepienta amargamente.

—Me la ha traído un pajarito... —responde vagamente.

Me dedica de nuevo una sonrisa. Me gustaría borrarla a puñetazos.

—¿QUIÉN?

Mi cordura, si es que aún existe, pende de un hilo.

—¿No conoces a ninguna belleza morena que os tenga especial cariño a Grayson y a ti? Hasta me atrevería a decir que es tu compañera. Últimamente has estado trabajando para él, ¿no?

Me entran escalofríos y no consigo concentrarme.

¿De quién está hablando? ¿Quién, de toda la agencia, podría haberle hecho esto a Grayson, nuestro jefe, y a su hijo inocente?

—Esto es lo que pasa cuando no te concentras en lo que importa. ¡Nunca has sido lo suficientemente buena! ¡Te di docenas de oportunidades y las desperdiciaste! ¿Por qué no me trajiste esa foto tú misma? ¡Te habrías forrado! ¡Pero ahora la que tiene el dinero es esa chica...!

Se pasa una mano por el pelo y suspira. Se acabó la calma fingida con la que me ha estado sacando de quicio. Por fin muestra emociones de verdad.

—Lo intenté, pero no es lo mío. Si no lo he dejado antes es porque estaba arruinada.

—Bueno, pues ya no importa, porque estás despedida.

—¡Estupendo!

Le enseño el mismísimo dedo corazón.

¿Es esa una reacción adulta? Por supuesto que no. ¿Me he quedado a gusto? ¡Claro que sí!

—¡Fuera de aquí o llamo a seguridad!

—No me iré hasta que me des un nombre.

Como si se accionara un interruptor dentro de mí, de repente, recobro la lucidez. El rechazo, la ira y la incredulidad se mezclan en mi mente en un cóctel explosivo. No me iré sin mi respuesta. Si es necesario, me fijaré a la pared con la barra de pegamento que tiene sobre el escritorio.

—Por desgracia, por razones de protección de datos, no puedo decírtelo. Además, ya sabes que, como periodista, protejo a mis fuentes.

Pone los brazos en jarra para acompañar su actitud complaciente.

—¿Tú te has escuchado? Mira a tu alrededor...

Señalo las muchas fotografías que cuelgan de las paredes de su despacho, en las que se immortalizan situaciones embarazosas en las que han pillado a los famosos. Tom las exhibe con plena consciencia y orgullo. Si hay alguien al que se la pela la protección de datos y la dignidad humana, es a él.

—¿Ah, eso? Yo veo titulares e historias de éxito... —contesta, en tono molesto.

—Pues yo veo a un tío patético que se divierte con el sufrimiento y los errores de los demás.

Su rostro permanece estoico. Sin embargo, me parece ver que, durante un segundo, arquea la ceja derecha.

Te tengo.

—Voy a llamar a un abogado. Vas a pagar hasta el último centavo por tu error.

Le doy la espalda y agarro la manilla de la puerta. Por desgracia, no hay grietas visibles en el cristal.

—No tienes dinero para eso. No seas ridícula.

Miro por encima del hombro y me fuerzo a sonreír.

—No. Pero Grayson, sí.

Tiro de la manilla y cierro los ojos.

—¡Espera! ¡Espera un momento! —Hace justo lo que esperaba.

Me doy la vuelta lentamente, consciente de lo que me va a decir.

—No te he robado la foto. Como te he dicho, para ese artículo, solo utilicé lo que me dio una fuente externa.

—Por supuesto que lo hiciste. Se lo diré al señor Vreene.

Intento aparentar más confianza en mí misma de la que tengo. Es solo un truco. Debo jugar

bien mis cartas. Recuerdo de milagro el nombre del abogado de Grayson que me escribió el correo. Es un bufete muy conocido en Los Ángeles, pero no estoy segura de que Tom lo sepa.

—Pues dile de mi parte que recibí la foto de una tal señorita Hughes. Ella es la que te la robó.

Parece arrepentirse de haber revelado su fuente.

Para mí, es un triunfo agri dulce. He conseguido la información por la que había venido hasta aquí, pero al mismo tiempo, me siento fatal. Ahora sé que ha sido Reagan. Reagan Hughes. Recuerdo la primera vez que apareció en mi vida.

Con todo, me cuesta entender por qué me haría algo así, por qué robarme esa foto, y sobre todo, por qué iría también a por Grayson. De repente, se me enciende la bombilla: ¡El intercambio de bolsos! La confusión entre el bolso de Brielle y el mío no fue casual. O puede que sí, pero ella aprovechó la oportunidad. Pudo haber metido fácilmente la mano en mi bolso y haber cotilleado mi cámara. ¿Quería hacer algo así? ¿Y por qué sabe tanto de mí?

Riley, hija, vives en un bucle infinito de preguntas...

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—No, hemos terminado. Te deseo una vida de mierda.

Dicho esto, salgo de la oficina de Tom.

Cada vez acelero más el paso. Sin aliento, paso corriendo por delante del ascensor y bajo las escaleras. No hay nada que me retenga en este edificio y me alegro de poder caminar hacia el sol abrasador. Prefiero quemarme en la calle que volver a este infierno.

Tengo miedo de desmayarme por el camino, así que llamo a Faye.

—Hola, tía —la saludo en cuanto descuelga.

—Cariño, he visto que ese tal Grayson y su hijo salen en las noticias y quería decírtelo. ¡Estás en la tele!

De repente, mi ira se esfuma. La fuerza destructiva que me impulsa también se aminora. Bostezo y me tapo la boca con la mano. De repente, estoy agotada. Demasiadas cosas están pasando en el día y me temo que no va a decaer el asunto. Reagan me ha robado la foto; de eso estoy segura. ¿Pero cómo voy a convencer a los demás? Estoy sola. Ahora me doy cuenta. No tengo a nadie. Además, no tengo derecho a molestar a Faye con estas cosas, porque su salud es demasiado inestable. La quiero tanto que prefiero no correr ningún riesgo, por mucho que sufra. Los demás me odian. Sawyer me colgó y no creyó una palabra de lo que dije, Yasha me rehúye con razón y Grayson...

Dios mío, lo he perdido...

Probablemente haya abierto tal brecha entre nosotros que la distancia sea insalvable.

—¿Sigues ahí?

La intuición de mi tía no falla.

—La he cagado, tía —susurro.

No importa quién le enviara esa foto a Tom. Lo que importa es que soy una paparazi y se la saqué yo. No puedo culpar a nadie más. Y por eso, Grayson me odiará para siempre. Quiero llorar, pero ya no me quedan lágrimas ni sentimientos. Estoy muerta por dentro y siento que me hundo en un agujero profundo y oscuro.

Aunque suele ser la persona más curiosa del mundo, de lejos, aunque incluyamos a Sawyer en la ecuación, Faye no indaga más, tan solo se limita a decir:

—¿Y cómo piensas arreglarlo?

Trago saliva.

Lo único que puedo hacer es minimizar daños. Si consigo reunir pruebas de que Reagan filtró

esa foto sin mi consentimiento, al menos podré salvarme el culo. No servirá de mucho, pero me libraré de que me lleven a juicio. Sé que he violado la intimidad de Grayson y Brandon y tendré que pagar una multa por ello, pero quizá pueda evitar una hecatombe. Mientras no se haya emitido la orden de alejamiento, aún estoy a tiempo. Pero no puedo hacerlo sola.

—No puedo hacerlo sin ayuda. Y aunque sé que harías cualquier cosa por mí... Esta vez no puedes ayudarme. Estoy sola, tía.

Miro al cielo y parpadeo para evitar la luz del sol. Unas nubes blancas pasan por encima de mí y se juntan con otras en un revoltijo de semicírculos grandes y pequeños.

—¿Estás segura de lo que dices? ¿No hay nadie a quien puedas pedir ayuda?

Puede que a Faye no le falte razón. Inconscientemente o no, ha metido el dedo en la llaga: ¿no puedo o no quiero pedir ayuda? ¿Puedo apañármelas o me impongo, como siempre, el deber de hacerlo todo sola? Seguro que hay gente dispuesta a ayudarme. Quizá no esté tan desamparada como creo.

Qué molesto es que esta mujer siempre tenga razón...

—Te creo.

Dos simples palabras me dan el apoyo que necesito para sonreír. Miro los ojitos de cervatilla de Mackenzie y percibo la sinceridad que irradia.

—¿De verdad?

Tengo que asegurarme, porque siendo objetiva, mi teoría se tambalea un poco. Sigo sin conocer los motivos de Reagan.

—Sí, me cuadra con su forma de ser. No es buena persona. ¿Qué piensas tú? —le pregunta a Brielle.

Las dos la miramos. Esta apoya la cabeza en el brazo y mira, ensimismada, por los enormes ventanales que bordean las puertas a las oficinas de Montgomery & Lewis.

—No me fío de Reagan. Nunca lo he hecho y no voy a empezar a hacerlo ahora. El beneficio de la duda juega a tu favor, Riley. Yo estaba allí cuando nos cambiaron los bolsos y confirmo que pudo haberle dado tiempo a hacerlo, pero tenemos que probarlo. Necesito estar al cien por cien segura; si no, me pondré de parte de Grayson.

Asiento inmediatamente.

—No quiero que os enfrentéis a él por nada del mundo, de verdad. Es solo que... No creo que pueda desenmascarar a Reagan yo sola.

La puerta principal se abre de un empujón y Quinn entra en las oficinas.

—¡Hola, chicas!

Sus tacones chasquean en el maravilloso parqué. Lleva un ajustadísimo vestido beis con el que luce sus curvas y que le hace unas piernas infinitas.

Miro a Brielle y luego a Mackenzie. Esta última va al grano.

—¿Sabes si Reagan va a venir hoy a la oficina?

—Por supuesto, está de camino. Debería llegar en cualquier momento.

Quinn nos sonríe por encima del hombro y coloca su bolso junto al escritorio. De repente, se detiene y se vuelve hacia nosotras a cámara lenta.

—¿Qué hace ella aquí?

Me señala con la cabeza.

—Oye, Quinn... ¿Verdad que somos compañeras? —Mackenzie se adelanta a los acontecimientos.

—Sí...

Se levanta y se acerca a la recién llegada, para apoyarse en su escritorio.

—Y también amigas, ¿no?

—Claro que sí...

Quinn se acomoda uno de sus mechones dorados detrás de la oreja.

—Entonces no te queda otra que confiar en nosotras y seguirnos el juego.

Se miran de forma insistente hasta que Quinn rompe el contacto visual y fija sus pupilas en mí.

—Mira, tenemos una teoría y queremos saber si se sostiene —interviene Brielle y me indica que me levante.

El corazón me late más deprisa.

Necesito pruebas. De lo contrario, jamás les habría pedido ayuda a Mackenzie y Brielle ni les habría explicado la situación. Aun así, enfrentarme directamente a Reagan son palabras mayores y no estoy segura de estar a la altura.

—Vais a tener que darme un poco más de información... —objeta Quinn, pero Mackenzie niega con la cabeza.

—Lo siento, pero no tenemos tiempo para eso. Ya te enterarás más tarde. Actúa con normalidad, por favor. Ponte a trabajar como siempre. Es casi mejor que no sepas nada, así no se olerá la emboscada.

Mackenzie parece estar maquinando un plan.

—¿Y dónde escondemos a Riley?

Brielle mete las manos en los bolsillos de su falda larga.

—En el baño. Reagan tiene más confianza contigo, Brielle, así que tú hablarás con ella primero. Cuando no están los hermanos Montgomery o Yasha, se comporta de una forma reprochable. Hay que aprovechar para que enseñe sus verdaderos colores. Así podrás sonsacarle algo, hacer que confiese. Yo lo grabaré todo.

Mackenzie camina de un lado a otro y sigue dándole instrucciones a Brielle. Mientras tanto, no puedo dejar de mirar a la puerta y cambiar el peso de una pierna a otra, ansiosa.

—¿Bien, chicas? —pregunta Mackenzie por última vez.

Brielle asiente y Quinn levanta el pulgar, distraída. Se está ciñendo a su papel a rajatabla, porque ha encendido el portátil y parece absorta en la pantalla. Supongo que, a esta chica, las comisiones multimillonarias no le caen del cielo.

—¿Estás de acuerdo, Riley?

Mackenzie espera a que diga que sí.

Siento náuseas. La situación ha ido a peor y mi estómago se rebela. No sé qué pretendía hacer, pero desde luego, no era esto.

—Sí —digo de todos modos.

—¡Pues allá vamos! Venga, al baño.

Aunque nunca he pisado el baño de Montgomery & Lewis, sé adónde ir. Rápidamente cojo el bolso y la chaqueta y me adentro en el edificio. Como Yasha tiene una política de cero puertas en la oficina, no hay muchos sitios en los que esconderse. Los aseos son la única opción.

Entro en la pequeña habitación, pero no enciendo la luz, porque no quiero que se me vea. Entorno la pesada puerta de madera para poder asomarme por la rendija y ver lo que ocurre en la entrada y en la oficina principal. Aunque estoy a varios metros, desde aquí, lo veo todo.

Mackenzie y Brielle están hablando. Desde aquí, percibo sílabas aleatorias a duras penas. Quinn no deja de mirarlas. ¿Habremos hecho bien en fiarnos de ella? Parece tan escéptica como yo...

Desde la otra punta del edificio, la puerta chirría. Cuando Reagan entra en la inmobiliaria, contengo la respiración. Su vestido blanco, que podría simbolizar la inocencia y lo onírico en cualquier otra persona, contrasta fuertemente con su larga melena oscura. Hasta la forma de vestir de esta chica rezuma maldad.

Las agentes inmobiliarias se saludan. Todo parece ir como siempre. Una sonrisa por aquí, un abrazo por allá... Me acerco a la puerta para ver mejor. Respiro por la boca de forma

entrecortada, de modo que se forman gotitas de agua empañada sobre la madera.

Reagan se sienta en su escritorio. Parece un día cualquiera en la oficina. Bueno, eso tampoco sé si es verdad, ya que aún no he tenido la oportunidad de venir a trabajar aquí.

¿Qué decepción que me hayan despedido antes de mi primer día oficial!

Empiezan a asaltarme las dudas. ¿Y si Brielle y Mackenzie no me creen y me la están intentando tramar? Después de todo, apenas las conozco... ¿Qué ganarían con ayudarme? Tampoco es que esto vaya a hacer que aumenten las ventas u obtengan más prestigio...

De repente, es obvio que algo se cuece. Ha llegado el momento de prepararse. Brielle se levanta y le pone una mano en el hombro a Reagan. Ambas cuchichean. Como su mesa es la más cercana a la cafetería y a los aseos, intento escuchar lo que dicen. Me apoyo en la pared y me cuesta decidir por dónde tirar: ¿priorizo la vista o el oído? Finalmente, opto por lo segundo y mientras tanto, fijo las pupilas en las brillantes baldosas blancas.

—¿Ya han hablado contigo los jefes? —pregunta Brielle.

—¿Por?

Brielle se aclara la garganta.

—Por lo de Riley. ¿No te has enterado?

—No, ¿qué pasa?

Aprieto los puños. Su vocecilla alegre y despreocupada hace aflorar mi ira.

La voz de Mackenzie resuena brevemente, pero no distingo lo que dice. Oigo cómo se desplaza una silla de oficina por el parqué.

¿Vista u oído? Creo que me quedará una vez más con el oído...

—Pobre Grayson... —dice por fin Reagan.

Inspiro y espiro, de forma lenta y consciente. Necesito todo mi sentido común para no salir de golpe de mi escondite.

—Es una ida de olla. Ha echado a perder toda su vida privada por una foto. Bueno, la suya y la de su hijo. A saber qué más ha hecho. Es terrible —dice Brielle con voz dramática.

Qué bien se le da esto.

Cierro los ojos para concentrarme.

—Bueno, si va por ahí metiendo a gentuza como ella en el negocio y no indaga un pelín en su pasado... La culpa es suya y de nadie más, ¿no? Creía que había aprendido la lección con el accidente de su mujer...

Se hace el silencio. Hago una mueca.

¿Qué se supone que significa eso?

Pero antes de que pueda entenderlo, Quinn interviene.

—Pero ¿tú sabías quién era Riley? ¿La has investigado?

Reagan no contesta.

—¿Ves? Siempre te las gastas de buenecita, ¡pero no eres mejor que ella! Te queda bien eso de hablar sin saber...

Me sorprende lo directa que puede llegar a ser Mackenzie.

—Bueno, en realidad es cosa de los jefes, pero alguien tendrá que ser razonable en esta agencia, ¿no?

Reagan frunce el ceño de repente, como si se defendiera del corte de Mackenzie. Sin embargo, luego continúa, orgullosa de su lugar privilegiado en el chismorreo.

—¡Es una paparazi, chicas! Riley Foster viene de los barrios bajos. Seguro que solo guardaba las apariencias delante de los jefazos para acercarse a Grayson y meterse donde no la llamaban...

—Pero... A ver que me aclare, ¿averiguaste de dónde había salido? —pregunta Brielle.

—Pues sí. En cuanto noté que estaba en todas partes, cavé más hondo. ¿No lo veis? ¡Lo hice para protegeros y asegurarme de que no nos hiciera más daño!

Se me suben los colores. Aunque Reagan me importa un bledo, porque obviamente no es buena persona y no la tocaría ni con un palo, me duelen sus palabras. No es agradable que alguien te juzgue así.

—¿Cómo? ¿Qué has hecho exactamente, Reagan? —dice la voz de Mackenzie.

Se oye un ligero traqueteo. Miro brevemente a través de la puerta: Brielle está de pie junto a Reagan; Mackenzie está sentada en su silla de oficina, mirando a sus compañeras, y Quinn también se ha levantado de la mesa. Acerco rápidamente la oreja a la puerta.

—¿Qué has hecho exactamente, Reagan? —Brielle repite las palabras de su compañera.

Reagan se ríe como si le hubieran contado el chiste del siglo.

—Me aseguré de que se supiera quién era en realidad. ¿Sabíais que no solo hacía fotos de las casas de nuestros clientes, sino también nuestras? ¿Qué hay de nuestra privacidad? Además, teniendo en cuenta que Grayson tiene un gusto horrible para las mujeres y eligió a ese patito feo para reemplazar a su difunta esposa... ¡Estaba claro que solo esa foto podía desenmascarar a semejante pájara!

Me relamo los labios. Jamás habría publicado las fotos de mis compañeras. Ni las de Grayson, claro está. Les hice fotos a todos, es cierto, pero en cuanto los conocí mejor, mis intenciones cambiaron. Nunca les habría hecho daño.

—Espera, espera, ¿te refieres a la foto de Grayson y Brandon? —pregunta Brielle para estar segura.

—¡Pues claro que me refiero a esa foto! El único límite que pone Grayson en su vida, su niño precioso, ha devuelto por fin el equilibrio a esta agencia. ¡Parece mentira!

Reagan estalla en carcajadas y yo aprieto los dientes.

—Vale, es una paparazi y ha publicado esa foto de Grayson, pero ¿por qué no dijiste nada antes? Así nos habríamos evitado todo esto...

Quinn parece muy enfadada.

—¿Sois tontas o es que simplemente estáis sordas?

Oigo pasos, pero decido seguir escuchando.

—Cuando estábamos en el yate del señor Fitz, Riley y yo discutimos. Sinceramente, esa chica es patética. ¿Y qué me decís de sus conjuntitos ridículos? Mientras la investigaba un poquito, descubrí que tenía psoriasis. No mencionar algo así en una solicitud de empleo es muy poco profesional, pero bueno, esa es otra... Cuando se fue llorando, se dejó el bolso. Siempre se lleva la cámara a todas partes y yo sabía que trabajaba para *The Angel Dealer*...

Se hace el silencio. Todavía no ha admitido haber robado la foto. Todas parecen expectantes.

—¿Le cogiste la cámara?

La voz de Mackenzie sube de tono en un abrir y cerrar de ojos. O es muy buena actriz o está cabreada y no puede creérselo.

—Solo quería entender por qué sacaba tantas fotos. Y entonces las vi... —Reagan hace una pausa dramática—. Fotos tuyas con un cóctel en la mano. O tuyas, delante de la casa de Grayson. Fotos de todos nosotros. De Yasha y de Sawyer, también. Luego me topé con la de Grayson y Brandon. La muy zorra se pasó de la raya y yo no pensaba permitirle. ¡Ya sabéis cómo soy, chicas!

Estoy tan enfadada que apoyo la frente contra la pared de azulejos con la esperanza de

calmarme.

Lo curioso de todo esto es que jamás fotografié a Reagan. Sigo sin entender sus motivos. ¿Estará celosa? ¿Conocerá a mi tía y tendrá algún problema con ella? ¿O simplemente será una persona rencorosa?

—¡No podemos permitir que nos tomen el pelo así!

Cuando Brielle dice esas palabras, se me encoge el corazón.

¿La creerán? ¿Y si se vuelven contra mí y corren a mi escondite para descubrir el pastel?

—No, la verdad es que no... Pero ¿qué podemos hacer?

Mackenzie también parece confundida. De repente, me invade un malestar gélido. La piel de gallina me trepa por la espalda y se me eriza el vello de los brazos.

—Bueno, yo diría que ya nos hemos librado de ella. Su trabajo con nosotros ha quedado en el pasado. No solo le mandé la foto de Riley a ese pez gordo del tabloide, sino que le exigí que la despidiera. Y también borré nuestras fotos de su cámara.

Ojalá hubiera comprobado las fotos de la tarjeta de memoria. Si no hubiera tenido tantos pajarillos en la cabeza con la historia de Grayson, me habría dado cuenta antes de que algo iba mal.

—Ya me lo agradeceréis... —añade secamente.

—La verdad es que prefiero agradeceréte ahora.

Me golpeo la cabeza contra la madera de la puerta. La que escucho no es la voz de Quinn, ni la de Brielle, ni la de Mackenzie. Miro frenéticamente por el hueco y veo a Yasha caminando hacia Reagan. Me sobresalto tanto que me doy contra la puerta y la cierro de golpe.

¡Joder!

Me apresuro a pegar la oreja contra la madera, pero es tan gruesa que me cuesta entender la conversación que tiene lugar al otro lado. Solo oigo fragmentos como «solo los mejores», «despido», «procedimiento judicial» y «abuso de confianza». Luego siguen algunos insultos.

Para mí, es suficiente. Tanteo la pared hasta encontrar el interruptor de la luz. Cuando lo enciendo, entrecierro los ojos porque el resplandor procedente del techo me deslumbra. Mi primer instinto es salir pitando de aquí. Quiero decirle a Reagan lo que pienso de ella y de todo este paripé, soltarle que estoy decepcionada a más no poder y que se atreva a demandarme, porque no le tengo miedo. Pero no es la verdad. Estoy agotada y esa mujer me da un miedo terrible. Sin fuerzas, me dejo caer sobre la tapa cerrada del retrete y apoyo la cabeza contra la fría pared. Me siento febril.

Poco después, llaman a la puerta.

—Adelante... —murmuro, probablemente lo bastante alto para que me oiga la persona que está al otro lado de la puerta.

—Hola.

Yasha aparece en la puerta.

—Hola, Yasha.

Me levanto inmediatamente, porque quiero explicárselo todo, pero me deja allí y vuelve al despacho como invitándome a seguirla. Con las palmas sudorosas, cojo el bolso y salgo corriendo detrás de ella.

—Ha funcionado.

Mackenzie me rodea con un brazo en cuanto me acerco. Me limito a asentir, porque la situación aún me sobrepasa. No estoy en condiciones de alegrarme todavía. Además, eso estaría mal, porque lo único que ha hecho Reagan es admitir que ella fue la responsable de que se

publicara ese artículo. Con todo, sigue siendo mi foto la que ha provocado este desastre...

Reagan se ha ido. Quinn está apoyada en la pared, mirándome fijamente, y Brielle está sentada en su sitio, observando a Yasha, que se pasea de un lado a otro.

—Ahora mismo te envío la grabación con la confesión.

Mackenzie me levanta el pulgar. Está radiante y me siento culpable. ¿Cómo he podido dudar de su entereza?

—A mí también, por favor.

Miro a Yasha. Por fin se detiene y se cruza de brazos.

—Lo siento —murmuro.

Bueno, debería disculparme con Grayson y Brandon, pero ya que no voy a volver a verlos, por algún sitio tendré que empezar.

—Tú sacaste la foto —dice, más como una observación que como una pregunta.

Asiento sin decir palabra.

—Pero tú no la enviaste a esa revista; fue Reagan.

—Por la razón que sea, sí, fue ella quien lo hizo —murmura Brielle.

Quinn se separa inmediatamente de la pared.

—¡Lo hizo porque Riley es peligrosa!

Me han llamado muchas cosas en los últimos días: «chavalita repulsiva», «zorra», «patito feo»... Pero ¿lo de «peligrosa»? ¡Eso es nuevo!

—¡Eso es mentira, Quinn! ¿De verdad crees lo que dice Reagan? ¡Piensa en lo que les hizo a Grayson y su hijo!

Brielle está a punto de llorar. Es probable que esté abrumada por todo el dramita.

—¡Pero fue Riley quien sacó esa foto! Ambas tienen la culpa...

Antes de que Brielle pueda intervenir de nuevo, me pongo delante de Quinn.

—Sí, tienes razón. La culpa es mía. Saqué esa foto de mierda y me arrepiento con todo mi corazón. De hecho, tenía intención de borrarla, pero no lo hice porque le cogí cariño. Quería quedármela, conservarla para mí. Fue estúpido e ingenuo por mi parte, lo sé. Pero nunca he sido un peligro para ti, te lo prometo. Sí, sé que te hice unas fotos, pero siempre en el contexto de visitas abiertas al público u otros eventos, nunca con la intención de venderlas. Hace tiempo que no tengo ningún contacto con *The Angel Dealer* ni con su editor jefe.

Sin aliento, doy un paso atrás y me vuelvo hacia Yasha.

—Lo siento mucho. Desde lo más profundo de mi ser, de verdad. Esto nunca debería haber ocurrido. He violado vuestra intimidad, pero no soy responsable de este desastre. Estas pruebas —añado, levantando el móvil en el aire— las usaré en el juicio para defenderme. Responderé ante el resto, pero no soy responsable de las acciones de Reagan.

No me atrevo a mirar a Yasha a los ojos, así que le hablo mirándole a los pies, en los que lleva un par de elegantes sandalias.

—Estás en tu derecho.

Asiento.

—Solo quiero que sepas que todo fue real. Yo... le quiero y nunca le haría eso. Sé que poco importa, pero aun así: por favor, díselo.

Supero todas mis barreras y la miro a la cara, al fin. Y como antes con Mackenzie, tan solo veo la sinceridad en sus ojos marrón oscuro, casi negros.

—¿Quieres a Grayson?

—Sí, le quiero.

No me hace falta ni un segundo para pensar la respuesta.

Mackenzie se acerca a mí y me apoya la cabeza en el hombro mientras me rodea con el brazo. Brielle se acerca y me coge de la mano. Ahora somos tres mujeres en esta oficina, llorando por lo que podría haber sido. Un sabor salado se me cuele en la boca.

—Solo necesito saber una cosa y luego me iré —anuncio, rodeando también con los brazos a Brielle y Mackenzie.

Yasha levanta la barbilla.

—¿Cómo murió su mujer? Reagan ha insinuado algo antes y yo... Grayson me dijo que fue en un accidente de coche, pero...

Se me quiebra la voz.

—Es cierto. Fue en un accidente de coche. Lo que probablemente no te dijo, porque le duele en el alma, es que fue por culpa de otra persona. Unos paparazis la persiguieron y la siguieron tan de cerca que no pudo evitarlo: se salió de la carretera y cayó por un terraplén.

Sus palabras me sientan como si me dieran una paliza. Eso lo explica todo: su ataque de ansiedad en el hospital, su aversión a los paparazis y la paranoia con las fotos... Se me rompe el corazón. Es como si me hubiera dejado de latir. Vamos de mal en peor. He cometido un error insoportable, terrible e imperdonable. Las lágrimas me caen por las mejillas.

—Gracias —digo, en forma de gañido.

Me separo lentamente de mis antiguas compañeras, me despido con la cabeza y me dirijo a la salida. Siento las piernas como si fueran de algodón. Poco a poco, mis fuerzas me abandonan.

—Espera, que te acompaño.

Yasha cierra la puerta que acabo de abrir delante de mí. Se echa el pelo negro hacia atrás por encima del hombro y se seca el rabillo del ojo con un dedo perfectamente cuidado.

—No puedo prometerte nada, pero creo que ya hemos tenido suficientes dramas. Es hora de dejar atrás esta actitud de gallinas. Somos mujeres adultas que necesitan apoyarse mutuamente. Si de verdad quieres a Grayson, encontraré una solución.

Como no puedo soportar más este vendaval de sentimientos y todo aquello que podría decir me parece superfluo, me limito a rodear su delicado cuerpo con los brazos y aferrarme a ella.

No pienso soltarla.

Poco antes de que el chófer de la limusina se baje del vehículo, Mackenzie me coge la mano y me la estrecha. Su piel, como la mía, está cubierta de una película de sudor. Me reconforta saber que no soy la única que está nerviosita.

—¿Estás lista? —pregunta Yasha, mientras me deja ver una gran sonrisa.

—Sí.

No tengo ninguna duda: esta es mi última oportunidad. Consiga o no recuperar a Grayson, hoy sellaré mi destino.

El chófer nos abre al fin la puerta e inmediatamente se oyen gritos fuera. Al principio son solo silbidos, pero cuando Quinn me guiña un ojo y sale, todos los presentes gritan su nombre. Se oyen truenos a nuestro alrededor, como si hubiera una violenta tormenta.

Después de ella, es el turno de Diego. No espero que sea amable conmigo, ya que no hemos hablado desde la discusión en la oficina. Aunque las cosas se han calmado con Quinn, Diego solo está aquí porque Yasha le ha amenazado a punta de pistola, por así decirlo. Su atuendo también es distinto al que todas llevamos esta noche. No es que sea precisamente un fan acérrimo de nuestra idea, pero según Yasha, nos apoya de todas formas y con eso, me basta.

Cuando Diego baja del vehículo, vuelven a oírse silbidos. Le tiende la mano a Brielle, que se levanta y sale de la limusina, pero no sin hacerme un gesto de ánimo con la cabeza. Su vestido es el más llamativo de todos. Inmediatamente después, le toca a Aubree, que por suerte, ya se ha puesto buena y se ha enterado del dramita de la agencia por las demás. Mackenzie me da un beso en la mejilla y sigue a nuestra arquitecta jefe. Yasha y yo nos quedamos solas unos segundos.

—No tenéis por qué hacer esto —susurro, de una forma apenas perceptible por el ruido de la multitud.

—Claro que tenemos que hacerlo. Por Grayson y su mujer. Y por ti. Además, ya estamos en el lío. Ya no hay vuelta atrás.

Con una actitud regia, me da unas palmaditas en el hombro desnudo y sale del coche. Los fotógrafos, a los que veo a través de los cristales tintados, se vuelven locos. Los *flashes* se disparan y no me extraña lo más mínimo, porque estamos a punto de crear un gran revuelo.

—¿Señorita?

El chófer mira hacia dentro de la limusina, en la que solo quedo yo.

Respiro hondo y exhalo; he ahí mi momentito de introspección para ayudarme a superar esta velada. Me toca levantarme. Con piernas temblorosas y un poco de ayuda del chófer, sigo a las chicas y a Diego. Me enfrento a los truenos y a los *flashes* que relampaguean con los ojos entrecerrados. Intento mostrarme imperturbable y confiada, pero el aire del principio de la noche me hace temblar. Nunca había estado tan poco vestida en público. De hecho, solo llevo ropa interior y una tela casi invisible por encima, pero todo está en su sitio. Mis pechos están cubiertos estratégicamente por unas estrellas cosidas al vestido y lo mismo ocurre en la zona de la pelvis, pero esta vez sobre las nalgas y la entrepierna. Por lo demás, se me ve todo. Así vestida, me siento vulnerable como nunca.

Ha sido un milagro que Yasha haya conseguido organizar todo esto a tiempo. No tengo muy claro cómo, pero logró que seis jóvenes diseñadores nos confeccionaran un conjunto único para la velada. ¡Uno para cada una! Son trajes muy especiales. Siempre le estaré agradecida por haberme apoyado de esta manera, aunque Grayson sea su mejor amigo y confidente.

—¿Y si lo hace por eso mismo?

—¿Cómo te llamas?

Como era de esperar, soy una completa desconocida para los paparazi.

—¡Riley Foster! —les grito, y ellos cuchichean entre sí.

Pero poco importa que no sea nadie para ellos. Las mujeres que tengo delante y a mi lado ya son famosas por mí. Brillan como estrellas en el firmamento. No me refiero solo de forma metafórica: el tejido que nos cubre a todas de una forma u otra está hecho de estrellas y centellea a la luz de las lentes que nos enfocan.

Oigo a Quinn hablando con una periodista.

—Llevas un vestido muy especial. ¿De quién es?

—La señora Chuke, de Textillusion, lo diseñó como parte de la campaña *Shooting a Star*. Pero la idea es, sin duda, de Tom Dubois, el editor de *The Angel Dealer*. Nos inspiró con su visión obstinada del periodismo sensacionalista. Si te fijas bien en cada una de las estrellas, lo entenderás.

La periodista inclina su cuerpo hacia delante para examinar la tela más de cerca.

—¿Es una foto de Hillary Malone?

—Exacto. Esta foto provocó una batalla legal por la custodia de su hija durante su divorcio. Si te fijas, va en el coche con ella en brazos.

Quinn sonríe y mira a los paparazis. El cámara que forma parte del equipo de televisión se acerca y la filma.

—Y aquí está Mason Davids, huyendo de los paparazis mientras ingresa en un centro de rehabilitación. Esta es Nathalie Müller, abandonando la sala del tribunal entre lágrimas, tras haber peleado sin tregua por la herencia de su familia. O Louis Setter, borracho, tirado en la playa comiéndose una hamburguesa. Ah, y aquí estoy yo, saliendo de un coche sin bragas a los 19 años y fotografiada en el momento justo.

Quinn es la bomba. Poco a poco, va señalando las estrellas de su vestido, que representan a personajes públicos en situaciones precarias.

—¡Interesante! —La periodista apenas puede apartar la mirada—. ¿Y cuál es exactamente la reivindicación que hay detrás de todas estas fotos?

Yasha se acerca a Quinn y la rodea con el brazo.

—Queremos arrojar luz sobre la presión mediática a la que se nos somete, que es inmensa e igual de implacable. Que nos saquen fotos de extranjería en situaciones peliagudas no solo es moralmente incorrecto, sino que constituye una violación extrema de la intimidad. Exigimos que se protejan nuestros derechos y los de las personas que no participan en la vida pública.

Yasha se dirige directamente a la cámara. Las dos mujeres que nos acompañan y lucen una tela igual de icónica hacen que me emocione. Se me forma un nudo en la garganta.

—Sorprendentemente, estas jóvenes están haciendo una declaración política aquí, en el Festival de Música King Warren, y hemos tenido la suerte de poder filmarlas hoy —dice la periodista con el pelo rojo y brillante.

Luego se vuelve hacia Yasha y pregunta:

—¿Podemos sacar un par de fotos de vuestro atuendo?

—Siempre que sea con nuestro consentimiento, adelante. ¿Qué tal una foto de grupo con mis compañeras?

—¡Es una idea maravillosa! —exclama la periodista, que luego da instrucciones directas a su cámara y al fotógrafo que está a su lado.

Yasha llama a nuestras acompañantes. Brielle, que solo lleva dos finas tiras de este particular tejido alrededor del pecho y las nalgas, y que por lo demás, lleva el cuerpo al descubierto, se coloca en medio de todas.

—¿Riley?

Yasha me mira, antes de señalar un espacio junto a ella y Brielle.

Sacudo la cabeza.

—¡Ponte! ¡Estáis guapísimas todas juntas! —exclama la periodista.

—¡Ven aquí! —grita Mackenzie, y Quinn me coge suavemente de la muñeca.

—¡Pero yo no soy vuestra compañera! —contesto, aclarándome la garganta para quitarme la vergüenza.

Esta noche, todo el mundo puede verme la piel. Tomé la decisión de forma consciente y asumo mi responsabilidad, pero tanta atención me da escalofríos. Además, tengo una sensación agri dulce al ver a esos mujerones. Forman un equipo excelente y me rompe el corazón no formar parte de él. Nunca podré conseguirlo y eso duele.

Las miro y me contagio de su resplandor. Están preciosas y únicas con esos vestidos. No solo añadieron fotos de famosos y estrellas de los medios de comunicación, sino que también fotos de nosotras mismas. El único vestido distinto es el mío. Estoy cubierta de imágenes de estrellas, sí, pero las mías simbolizan la psoriasis. Probablemente nadie se dará cuenta, y todos pensarán que solo llevo un vestido brillante de estrellas, pero él lo entenderá.

Aun así, no hay rastro de Grayson. Yasha me prometió que aparecería, pero hasta ahora, no lo he localizado.

—Pero eres parte de todo esto. De nosotras.

Brielle ladea la cabeza. Todos los ojos están puestos en mí. No solo los de esas increíbles mujeres, sino los de la periodista, los cámaras, los paparazis que se agolpan tras la verja metálica y las demás estrellas que pasean por la alfombra roja y que se han detenido un par de veces para ver qué pasa aquí.

—De acuerdo —murmuro mientras me acerco a mis compañeras.

Me reciben con los brazos abiertos. Es como un abrazo colectivo y una vez me uno al grupo, me doy cuenta de cuánto lo necesitaba. Hace que me vibre el corazón. Sonrío, pero no de forma forzada. Me hacen sentir fuerte. Es como si estuviera en brazos de Grayson. Al fin y al cabo, no importa quién te abraza, siempre que sea con buenas intenciones y amor.

Su cariño me llena el cuerpo hasta que la presión y el peso sobre mis hombros desaparecen. Juntas, brillamos ante la cámara. Todas se muestran vulnerables y, al mismo tiempo, dispuestas a exponerse para cambiar las cosas. Estoy muy orgullosa de ellas y es una pasada formar parte de este gesto simbólico. Cuando nos fotografían, no entrecierro los ojos. Casi disfruto de mirar a cámara. Las chicas se divierten y nos reímos juntas. Hemos tratado un tema muy serio de una forma amena, lo que nos permite llamar más la atención. Uno tras otro, los entrevistadores hacen cola para hacernos preguntas. A veces responde Brielle; otras, Mackenzie. Cuando es necesario, Yasha interviene. Y de vez en cuando, me toca a mí.

—Todas trabajáis para Montgomery & Lewis... ¿Tiene algo que ver este gesto protesta con la última publicación que contiene una foto de la vida privada de Grayson Montgomery y su

hijo? Ha sido un verdadero escándalo...

El periodista tiene un carisma diferente al de sus compañeros de profesión. Se cree especialmente listo, aunque lo que ha descubierto no es ningún secreto, en realidad.

Veo que Mackenzie pone los ojos en blanco y abre la boca, pero yo intervengo en su lugar.

—Sí —me adelanto.

—¿Y tú eres...?

—Soy Riley Foster, una amiga de la empresa. Yo saqué la foto a la que te refieres.

A pesar de que estoy alterada, logro decirlo con un tono tranquilo y firme. Mi voz no sube ni una octava.

—Entonces estás en el lado equivocado de la valla... —dice, burlón.

Con cierta elocuencia, mira fijamente a los paparazis, que ya no nos prestan atención, porque se han dado cuenta de lo que estamos haciendo. ¿Por qué iban a hablar de algo que les perjudica? Como buitres, se abalanzan sobre la siguiente cara conocida.

Estoy harta de tener que justificarme. Estoy harta de disculparme todo el tiempo. Las personas que me rodean y me importan saben cómo me siento. Sigo teniendo remordimientos, pero es importante seguir adelante y no rendirse.

—Estoy aquí porque cometí un error y lo asumo. Estoy en el lugar correcto, porque todos nos equivocamos alguna vez, solo que algunos de esos errores tienen consecuencias más evidentes que otros. Os pido que reflexionéis sobre el tema. Cada uno de nosotros debería pensar detenidamente en el daño que les causamos a los demás con nuestras fotos.

Digo esto con la mirada fija, sin apartar los ojos de los paparazis. Es una sensación increíble la de estar al otro lado. Está claro que le he tocado la fibra sensible a ese periodista y me divierte ver que se muestra inseguro y se echa atrás.

—Gracias por vuestro tiempo —concluyo, mirando a mi alrededor.

No es como en las películas. Grayson no aparece milagrosamente en el momento perfecto. La euforia se desvanece, pero con todo, aún me siento fuerte.

De repente, oigo el murmullo de la multitud y luego unas risas y susurros burlones que se apoderan de mí. Intento ponerme de puntillas para ver qué pasa. No lo consigo, porque llevo unos tacones tan altos que apenas puedo mantenerme en pie sobre ellos. Pero cuando un hombre, probablemente un jugador de baloncesto, se aparta para dejarme ver la alfombra roja, localizo a una mujer joven en el suelo. Se ha caído y está tumbada de espaldas como una cucarachilla panza arriba. Se lleva las manos a los ojos; es evidente que está avergonzada. Sin pensármelo dos veces, me acerco a ella. Yasha y las otras chicas me siguen. Cuando llego adonde está la pobre, me inclino sobre ella y flexiono peligrosamente las rodillas. En mi mente, ya me imagino aterrizando encima de la chica. Sería una caída doble, lo que acarrearía el doble de vergüenza. Pero justo cuando siento que me caigo hacia delante, una mano me agarra del brazo. Unos dedos cálidos rodean mi piel. Me doy la vuelta con una sonrisa y me dispongo a darle las gracias a Yasha, pero no es su cara la que está frente a mí.

Grayson y yo nos miramos unos segundos. Los destellos de luz irrumpen en nuestro momento y él ayuda rápidamente a la desconocida a ponerse en pie, se asegura de que está bien y grita a los fotógrafos que dejen de hacer fotos inmediatamente. Esto le da a la pobre muchacha un pequeño respiro antes de salir corriendo hacia el edificio donde tendrá lugar la recepción oficial y el festival. Yasha y las demás mujeres forman una especie de escudo humano para que ella pueda llegar sin problemas.

Observo la escena sin saber dónde meterme. Por mucho que quiera, la repentina presencia de

Grayson me ha roto el corazón por segunda vez. Verle en la alfombra roja con su traje perfectamente entallado me conduce a unas semanas atrás.

Le sigo con la mirada y veo que se acerca a los guardias de seguridad y se pone a charlar con ellos.

—¿Va todo bien? —pregunta una voz cercana a mí.

Mackenzie me pone una mano en la espalda y me empuja, de forma disimulada, en la misma dirección que ella.

—Por supuesto, todo va genial. Es maravilloso y estupendo... —balbuceo.

Pero solo tengo ojos para Grayson. Los pocos días que hemos estado separados han bastado para que mi cuerpo anhele el suyo. Es como un dolor permanente, un zumbido constante que me ataca desde dentro.

Yasha se acerca a mí y asiente.

—Es ahora o nunca.

Justo entonces, Grayson se dirige directamente hacia nosotras. Me tiemblan las rodillas. Si no es por los tacones, que me están matando y pueden hacer que me rompa el cuello, será por el aura que desprende este hombre.

—Estaremos dentro —anuncia Yasha.

Grayson intercambia una mirada con ella. No sé qué pasa entre estos dos. ¿Habrán hablado antes?

—Enseguida nos reunimos con vosotras —dice Grayson.

Miro a mi alrededor. ¿Ha traído a alguien con él? ¿A quién se refiere con ese uso del plural? Mis amigas se alejan y es como si me quitaran el velo que me cubría de cara al público. Temblando y un poco menos protegida, me encuentro frente a las escaleras del lujoso hotel que acoge el evento de esta noche y miro a Grayson.

—¿Tienes un momento para que hablemos?

La firmeza de mi voz me sorprende. No hablo con tanta inseguridad como cuando nos encontramos en la alfombra roja por primera vez. Es evidente que aún me siento fuera de lugar, pero ya no me concibo como un padrastro que estorba en el dedo y que hay que quitar cuanto antes.

—Sí, vayamos a otro sitio. Como me saquen una foto más, se me cruzarán los cables.

Me ofrece su brazo y le pongo la mano encima. Seguimos a las demás escaleras arriba. Luego nos dirigimos a la recepción.

—Necesitamos una habitación, por favor —dice Grayson.

La mujer del mostrador nos sonríe.

—Lo siento, pero yo...

—Hablo muy en serio. Necesito una habitación y me da igual que sea la *suite royale*. Esto es un hotel, ¿me equivoco? En ese caso, me gustaría que me proporcionase una habitación, por favor.

Grayson parece tenso. Aumento la presión sobre su brazo y me mira.

—No la ocuparemos durante mucho rato —digo—. Solo necesitamos un lugar para alejarnos de todo lo que está pasando ahí fuera.

Intento que la mujer entienda, con la mirada, lo importante que es esto para nosotros. Es probable que Grayson esté a punto de sufrir un ataque de pánico y necesite un lugar seguro para controlar sus emociones.

—Un momento, por favor —anuncia mientras teclea en su ordenador.

Cierro los ojos y envío una plegaria de socorro a los cielos o a cualquier deidad disponible en estos momentos.

—La *suite royale* está libre. De hecho, no solemos asignarla para tan solo unos instantes, pero...

—Tome —vuelve a interrumpir Grayson.

Le entrega su famosa tarjeta de crédito negra. No es propio de él ser tan brusco con la gente. Es un indicio más de que no está bien.

Cuando por fin le dan la tarjeta de la habitación, me arrastra con él. Avanzamos por los pasillos a toda prisa. Contemplo los marcos dorados, las paredes estucadas, las gruesas alfombras exóticas y la madera oscura y tallada de una forma suntuosa. Pero no hay tiempo para evaluar la arquitectura del edificio ni admirar la decoración del interior.

Con la mano temblorosa, desliza la tarjeta por la hendidura y empuja la puerta. Entramos en una habitación enorme y las luces se encienden automáticamente. De repente, toda la ostentación y el glamur que han logrado meter con calzador en esta *suite* se ilumina. Aunque siempre me ha impresionado la riqueza, está claro que esta vez se han pasado. El lujo contrasta extrañamente con nuestra situación.

Grayson se deja caer en la cama y yo me dirijo a las ventanas. Echo un último vistazo a la locura que hay unos pisos más abajo y corro las pesadas cortinas de terciopelo rojo. Cuando me vuelvo hacia él, solo quiero consolarlo, abrazarle y estar a su lado, hacerle sentir que todo va bien. Pero ya no somos pareja.

De hecho, ¿alguna vez hemos sido pareja?

—Lo siento, Grayson. Yo... Quería decírtelo en persona. Estoy increíblemente arrepentida y avergonzada.

Grayson no dice nada, pero me mira. A diferencia de su ataque de pánico en el aparcamiento del hospital, ahora se le ve cuerdo y no paralizado por el miedo, como supuse que estaría.

—No pasa nada. Como has dicho antes, todo el mundo comete errores.

Trago saliva. Por lo visto, ha puesto la oreja en la entrevista de antes.

—Bien, pues nada... —respondo.

Aprieto los puños, simplemente porque mis dedos ansían agarrarle del pelo una vez más. Mi cuerpo no termina de aceptar que no nos comportemos como hace unos días.

—«Nada» no es exactamente lo que yo diría —contesta Grayson.

—Perdona, no quería decir que... Lo siento, es que...

—Para ya.

—¿Que pare el qué?

Me muerdo el labio inferior. Grayson se levanta.

—Deja de disculparte. Con una vez, basta. No tienes que arrastrarte. Yo también he cometido estupideces alguna vez. Siento no haber hablado contigo primero y haber enviado al equipo de seguridad en su lugar. Me comporté como un imbécil.

Da un paso adelante para acercarse a mí.

—Entiendo por qué lo hiciste...

—No quiero volver a ser un gilipollas —susurra.

Siento su presencia a escasos pasos de mí. El calor que emana de su cuerpo envuelve mi piel gélida. Grayson me mira fijamente.

—Nadie es perfecto.

Me tiembla la voz. Lucho por mantenerme concentrada y lúcida, pero me mira de una

forma... Sus ojos claros son tan hermosos que me pierdo en ellos.

—¡Basta! —gruñe y se pasa la mano por el pelo, nervioso.

—Esta vez no me he disculpado —digo.

—Lo digo en serio —murmura mientras me pone el dedo en el labio.

Donde me toca, mi piel se prende fuego. La llama se extiende: por la boca, por el cuello... hasta llegar al pecho, que es como una herida abierta que lo necesita desesperadamente.

—Te he echado de menos —añade.

Estoy segura de que el corazón me va a explotar en cualquier momento. Un picor ardiente se me extiende por los brazos y el vientre, pero es completamente distinto a los síntomas de mi enfermedad.

—Yo también te echo de menos. Tanto que me duele. Más de lo que jamás me ha escocido la piel...

—Necesitaba tiempo, ¿sabes?

Me acaricia la cara con el aliento y yo asiento con la cabeza.

—Y yo. No estoy aquí para hacer las paces. No directamente, al menos. Aunque lo parezca, no voy a por ti. Aunque ahora mismo crea que nunca volveré a sentir nada más que tristeza... me he vuelto más fuerte gracias a ti y a los demás. Si dejas todo esto atrás, creo que yo también podré hacerlo, pero de todos modos, quería hacer algo por tu familia.

Pierdo la voz por segundos.

—Cuando vi el vestido que llevas, lo supe enseguida... Son las fotos de tu piel que te hice en el observatorio, ¿verdad?

—Entre otras muchas, sí. Quería restablecer el equilibrio entre nosotros.

El corazón me late tan rápido que gimo en vez de hablar. Cada vez me cuesta más respirar. Soy fuerte, lo sé. Siempre lo he sido, pero me he olvidado de ello por el camino. Aunque tengamos que estar lejos del otro, sobreviviré, pero con el corazón hecho trizas.

—No tenías por qué hacerlo. No quiero que te expongas solo para que exista cierta igualdad entre nosotros. Nadie debe exponerse por obligación.

—Lo he hecho también por mí —murmuro.

Se me ven todas las cicatrices, incluso las más feas, en el vientre y el brazo. Aun así, me siento bien. Ha sido una liberación para mí y para mi cuerpo, que me encanta tal y como es.

—Eres increíble. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—No, todavía no.

Sonríó y me cae una lágrima por la mejilla. Grayson se agacha y me la quita con un beso. Cierro los ojos.

—Empecemos de nuevo, Riley.

—¿Estás seguro?

Los abro y solo lo veo a él. No podría imaginar algo más bello.

—No soy el único que te echa de menos. Brandon y Piper, también.

Me echo a reír y parece que estoy desquiciada, porque las lágrimas siguen abriéndose paso por mis mejillas. A Grayson le da igual. Me besa. Lo hace despacio, con suavidad, como si yo fuera sagrada para él.

—Hola, soy Riley Foster, encantada de conocerte —susurro entre besos.

—Oh, ¿eres esa arquitecta con talento de la que todo el mundo habla? —Me vuelve a besar —. Encantado de conocerte, Riley. Soy Grayson, gilipollas de profesión, padre soltero de un niño adorable y también de una perrilla.

Me rodea con los brazos y yo hago lo mismo. Siento su cuerpo contra el mío. No puedo creer lo feliz que soy. Me siento tan bien a su lado... No sé qué nos deparará el futuro, pero ahora mismo solo me importa lo que tenemos.

—¿Tan mal beso?

Se separa de mí y sonrío. Por fin, veo su verdadera sonrisa: la que tanto echaba de menos.

—No, la verdad es que no —murmuro y lo vuelvo a besar.

Me seca las lágrimas de la cara. Luego traza un camino de besos desde el pómulos hasta la oreja y el cuello.

—En cuanto se me pasó el enfado y Yasha me enseñó la grabación de Reagan, cambié el chip. No dejaba de pensar en ti, en nosotros, en lo que tenemos.

Sus palabras son una melodía dulce para mis oídos. Le agarro del pelo y tiro de él hacia mí, pero él se resiste y me besa la clavícula.

—Estás helada...

—Tus labios me ayudan a entrar en calor —jadeo, mientras le recorro los hombros y los brazos con las manos.

—Debería besarte por todas partes, cubrir las constelaciones de tu cuerpo. Llevo soñando con ello desde que toqué tu piel por primera vez...

El calor se desata en mi interior. La sangre se me sube a la cabeza y nubla algunas funciones importantes del cerebro, como la lógica y la razón.

—Tenemos que volver con los demás —dicen mis labios, pero el resto de mi cuerpo tiene otros planes.

Empiezo a desabrochar los botones de su camisa.

—¿Ya se te han quitado las ganas de arrancarme la ropa?

Grayson se quita la chaqueta y la tira despreocupadamente al suelo y luego se arranca la camisa. Los botones salen disparados por la habitación.

—Mmm... ¿Conque así se hace? —digo, risueña.

—Sí. Quítame el cinturón —me ordena.

—No soy tu empleada, así que no puedes darme órdenes.

—Pues me estás haciendo caso...

Su voz se vuelve juguetona cuando le toqueteo el cinturón.

—¿Qué pasa con la fiesta de abajo?

—No sé... —murmura, mientras me obliga a retroceder.

Me golpeo las rodillas contra el borde de la cama.

—Hemos alquilado esta habitación por algo menos de dos mil dólares la noche. ¿Por qué no la aprovechamos?

Dicho esto, me da el empujón final, de modo que acabo cayendo sobre el mullido colchón.

—Vas a tener que convencerme... —le digo con descaro.

Y no hace falta que lo diga dos veces. En un instante, se coloca encima de mí.

—Para —le digo, y se detiene.

Su boca está a un centímetro de mis labios.

—No soy de las que se acuesta con desconocidos.

Frunce el ceño y las cejas le suben hasta el nacimiento del pelo. Aprovecho el momento de confusión para rodearle con los brazos y las piernas. Impulso las caderas y nos cambio de postura. Ahora soy yo la que está encima de él.

—Ajá, ya veo... —dice, pero yo ahogo sus palabras con un beso.

Epílogo

Los pájaros entonan su canto más hermoso y la música callejera que se cuela desde el exterior del parque al oasis verde en el que estamos se mezcla con sus gorjeos. Sentada al sol, siento en la piel los ligeros resquicios del calor otoñal y respiro el aire fresco. Hojas de mil colores caen de los árboles y, de vez en cuando, una roja o marrón se posa justo delante de mis botas. Un espectáculo inusual para alguien de Los Ángeles.

No es que conozca las estaciones en el sentido estricto de la palabra, salvo por lo que he visto en la tele. Sin embargo, me encanta cómo cambia la naturaleza. Es casi reconfortante ver que lo hace con regularidad. El cambio forma parte de la vida. Por todas partes, entre los parterres de flores y las explanadas de césped bien cuidado, la gente se mueve y habla entre sí en una lengua extranjera. De vez en cuando, entiendo alguna palabra que he aprendido antes con la aplicación del móvil.

Los preparativos de este viaje han sido un trabajo de hormiguita. Por supuesto, Grayson estaba mucho más relajado que yo, pero es mi primer viaje largo y lo he organizado todo con entusiasmo. No solo me puse de acuerdo con Brielle para que pudiera gestionar mi larga ausencia en el trabajo, sino que también lo dejé todo listo para que se ocuparan de mi tía. De paso, me leí todas las guías de viaje y artículos de *Architectures Digest* sobre París que cayeron en mis manos. No podría haber tenido mejor regalo de cumpleaños. Aunque el alta del hospital de mi tía Faye fue un regalazo anticipado...

Vuelvo a leer el mensaje que me envió justo antes de que me fuera.

** Faye: Cariño, estoy bien. Bree y Yasha están cuidando muy bien de mí y de Piper. No te preocupes y disfruta de tus vacaciones. Y con independencia de lo que pase en París, haz caso al corazón.*

Sonríy y abrazo el teléfono contra mi pecho.

—¡Riley! ¡Riley!

Brandon corre por el camino empedrado hasta el banco en el que estoy sentada.

—¡Hola! ¡Por fin habéis vuelto!

Me pongo en pie y el pequeñín salta a mis brazos.

—¡Con cuidaaaaado...! —le dice Grayson.

Sigo sin creerme que estén aquí. Que estemos aquí, los tres.

—Mira, Riley, ¡tenemos relámpagos de choooocoooo¹!

Brandon alarga las vocales de tal manera que no puedo evitar sonreír.

—¡Ñam!

—Papá dijo que te trajéramos uno porque son muy monos y te pegan mucho.

Brandon se ríe entre dientes y se sienta en el banco. Pone la caja con los pastelitos a su lado y la abre. Con los ojos brillantes, como solo los niños saben hacerlo, saca un relámpago y lo chupetea.

—¿Crees que soy mona?

Grayson me rodea con los brazos. Me acurruco contra él y aspiro su aroma. Huele a menta, a sándalo y a un futuro juntos.

—¡Pues claro! ¡Lo eres a todas horas! ¿Estás emocionada por lo de esta noche?

Asiento con la cabeza.

—París por la noche... Me muero de ganas de verla.

—¡Vamos a ver la Torre Eiffel! —dice Brandon, mientras se limpia el chocolatito de la boca.

—Exacto. La Torre Eiffel bajo un cielo estrellado —dice Grayson, besándome en la frente.

Nos miramos y se me desborda el corazón. En ese momento, como en todos los que he pasado con Grayson en los últimos tres meses, tengo la certeza de que estamos hechos el uno para el otro. Hacemos la pareja perfecta. Y pase lo que pase esta noche, al pie de la Torre Eiffel, bajo las estrellas, estoy lista para dejar atrás mi antigua vida y embarcarme en esta nueva aventura. Con mi tía, mis nuevos amigos, mi hijo adoptivo, la pequeña Piper y el hombre con el que todo parece tan fácil: Grayson Montgomery.

Nos besamos y Brandon exclama:

—¡Ooooyeee...!

Riendo, cojo la caja de pasteles con una mano. Grayson está en el lado opuesto, así que tenemos rodeado al pequeñín.

—¡Quiero volar! —dice Brandon y al escucharlo, casi se me sale el corazón del pecho de la felicidad.

Como muchas otras veces, Grayson y yo formamos un equipo de campeonato. Cogemos a su hijo cada uno de una mano y lo balanceamos hacia delante para que se eleve ligeramente del suelo. Luego dejamos que vuelva a apoyar los pies en la tierra, con suavidad.

—¡Otra vez! —grita, risueño.

Y así seguimos, paseando por el parquecito que hemos descubierto a las puertas de nuestro hotel a las afueras de París.

Los tres, en familia.

¹ *N. de la T.* En francés, *éclairs*. Son unos pastelitos en forma de panecillo o pepito, hechos con una pasta que se hornea, y que normalmente, se rellena de crema, chocolate, mermelada, etc.

Agradecimientos

Escribir un libro es como vender una propiedad. Necesitas un intermediario, como Cherry Publishing, que asuma la responsabilidad y se encargue de todo el proceso. En ese sentido, gracias por hacer posible un acuerdo y por haberos ocupado de la edición de forma profesional y cordial.

Para vender una propiedad, se necesitan otros agentes que no teman las complicaciones y que a veces organicen visitas fuera del horario de oficina. Hablo de las maravillosas compañeras que me acompañaron durante el proceso de escritura. Gracias a Marit, Krissy, Michelle y Marina. Les rindo especial homenaje a Kathrin y Sarah R., que han estado a mi lado día y noche, entre los preparativos de la boda y las enfermedades de los peques, para aconsejarme y ayudarme.

Mi familia es, sin duda, el equipo de *back office*, que tanto me ha facilitado el trabajo al proporcionarme muestras de color y otros aspectos que contrastar. Gracias por apoyarme y creer en mí.

Pese a todo lo anterior, no se puede vender una propiedad si no hay gente interesada que acuda a las visitas, beba champán y filosofe acerca del mármol. Gracias a Dennis, Linda y Sarah L. por vuestra amistad, vuestra escucha activa y vuestros ánimos. ¡Con vosotros es divertidísimo!

Y por último, pero no por ello menos importante, se necesita una casa que vender. Kevin, tú eres mi hogar y la base sin la cual este negocio no sería posible. Te doy las gracias y te quiero.

Por último, me doy las gracias a mí misma. Como buena promotora inmobiliaria, pedí los materiales, tomé las medidas necesarias y creé algo que espero que mis queridas lectoras disfruten. ¡Gracias por vuestro tiempo!

Lista de reproducción

Diet Mountain Dew – Lana Del Rey
Primadonna – MARINA
WONDERLAND – Neoni
Thing of Beauty – Danger Twins
Cool Kids – Echosmith
Habits (Stay High) – Tove Lo
When the party's over – Billie Eilish
Paradise – Coldplay
Porcelaine – Moby
Sexy Boy – Air
Say Yes To Heaven – Lana Del Rey
Trouble – Cage The Elephant
Don't Blame Me – Taylor Swift
Money Power Glory – Lana Del Rey
Smile Like You Mean It – The Killers
IT GIRL – Aliyah's Interlude
You Get What You Give – New Radicals
What Was I Made For? – Billie Eilish
Thank U – Alanis Morissette
Les rues de Paris – Nicolas Godin

Enlace a la lista de reproducción:

<https://open.spotify.com/playlist/4UQN9xNQhalON6M6aYElgi?si=c567b54f2a204e09>

Si quieres estar al tanto de las novedades
de Cherry Publishing España,
síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@clairecursed](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides
de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Diseño de la cubierta: Ketí Matakov